

# **LA CLASE OBRERA NO VA AL PARAÍSO**

**CRÓNICA DE UNA  
DESAPARICIÓN FORZADA**

Ricardo Romero Laullón (Nega)  
Arantxa Tirado Sánchez

PRÓLOGO

**Owen Jones**



**Akal / Pensamiento crítico / 52**

Ricardo Romero Laullón (Nega) y Arantxa Tirado Sánchez

## **La clase obrera no va al paraíso**

**Crónica de una desaparición forzada**

*Prólogo:* Owen Jones



**akal**

ARGENTINA

ESPAÑA

MÉXICO

Aunque para muchos líderes políticos, periodistas o académicos hablar de la clase obrera en la actualidad resulte un anacronismo y esté pasado de moda, este libro pretende reivindicar la vigencia social y la importancia política de una clase que tiene en sus manos la posibilidad de la transformación social, aunque no siempre sea consciente de ello. Con el desparpajo y el sarcasmo de un rapero que fue ocho años soldador de mono azul y la sapiencia adquirida por una joven de barrio obrero que hasta pidió préstamos para poder estudiar «por encima de sus posibilidades» en el extranjero, se nos muestra la radiografía de la clase obrera en nuestro país, las transformaciones que ha experimentado en el ámbito económico y su relación con la cultura: desde su negación en el cine y su invisibilización en la publicidad, hasta su linchamiento y caricaturización en televisión. Su presencia minoritaria en la Universidad de masas, su tormentosa relación con la academia y, no menos importante, su estrecha y a veces distante sinergia con los partidos de izquierda tradicionales. Sin paternalismo pero también sin concesiones, como solo el orgullo de clase de quien nació en la clase obrera (y no la visitó como turista) es capaz de lograr.

**Ricardo Romero Laullón** (Valencia, 1978) es vocalista y productor en el grupo de hip hop Los Chikos del Maíz. Estudió Comunicación Audiovisual en la Universidad de Valencia y fue soldador e instalador de gas y calefacción durante cerca de ocho años. También ha desempeñado trabajos como mozo de almacén o camarero. Ha escrito junto a Pablo Iglesias *¡Abajo el régimen!* y participado en un libro colectivo, *Cuando las películas votan*, con una retrospectiva sobre Godard y el cine militante. Actualmente escribe con regularidad en medios como *La Marea* o *Público*. Habitual en charlas y foros de la izquierda transformadora, colabora con movimientos sociales como la PAH de Valencia, el sindicato Acontracorrent o con programas como La Tuerka o Fort Apache.

**Arantxa Tirado Sánchez** (Barcelona, 1978) es politóloga especializada en Relaciones Internacionales por la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB) y en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). En la adolescencia empezó a militar en la izquierda transformadora. Ha compatibilizado sus estudios con el trabajo, como becaria en la administración pública (y en la empresa privada), bibliotecaria, analista política, técnica sindical, administrativa, camarera o vendedora de zapatos. Actualmente es investigadora doctoral en la UNAM.

Diseño de portada  
*RAG*

Motivo de cubierta  
*Antonio Huelva Guerrero*

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

© Ricardo Romero Laullón y Arantxa Tirado Sánchez, 2016

© Ediciones Akal, S. A., 2016

Sector Foresta, 1  
28760 Tres Cantos  
Madrid - España

Tel.: 918 061 996  
Fax: 918 044 028

[www.akal.com](http://www.akal.com)

ISBN: 978-84-460-4378-2

*A la gente de nuestros barrios,  
seguros de que en su lucha  
está la clave de nuestra emancipación*

## AGRADECIMIENTOS

A Pablo Manuel Iglesias Turrión, por ser el culpable de provocar que nos conociéramos y acabáramos haciendo este libro.

A Tomás Rodríguez Torrellas, por su paciencia y su acompañamiento a lo largo de los más de tres años de elaboración del libro.

A Owen Jones, por su prólogo y por inspirarnos con un libro tan necesario como *Chavs: la demonización de la clase obrera*.

A los amigos y amigas que nos ayudaron leyendo parte del contenido y nos dieron valiosas ideas. A aquellos que, con su ejemplo y sus anécdotas, nos han servido de inspiración para este libro.

Gracias a todos los jóvenes proletarios y a los emigrados que participaron en las encuestas, la lista sería interminable. Gracias a Rubén y a Tania por su ayuda.

A nuestros padres, familia y barrios, por enseñarnos a ser como somos. Pero, sobre todo, a nuestra clase, porque sin ella no habríamos sido capaces de escribir este libro.

Por último, pero no menos importante, a Alba y a Lalo.



## PRÓLOGO[1]

«Ahora todos somos clase media»: en los años noventa, esta era una frase que podía concitar el acuerdo de la mayor parte del poder político y mediático. La antigua clase trabajadora había desaparecido –o eso afirmaba el análisis– y todo lo que quedaba eran los decadentes restos del naufragio, formado por los vagos, los intolerantes y los desahuciados. Para los defensores del *statu quo*, este análisis era cómodo por múltiples razones. En primer lugar, imposibilitaba comprender cómo y por qué la riqueza y el poder se concentraban en muy pocas manos. En segundo lugar, si la sociedad se componía de individuos atomizados, resultaba imposible una respuesta colectiva ante la injusticia. «“Clase” es un concepto comunista», declaró en una ocasión Margaret Thatcher. «Agrupa a la gente en paquetes y los enfrenta entre ellos.» El concepto mismo de clase era subversivo, creían Thatcher y sus defensores. «No es la existencia de clases lo que amenaza la unidad de la nación –afirmaban los conservadores británicos en los años setenta–, sino la existencia del sentimiento de clase.» Después de todo, eso significaba que un grupo de la sociedad tenía intereses que no solo eran diferentes de los del grupo dominante, sino que en realidad estaban en rumbo de colisión.

En tercer lugar, la política de clase siempre estuvo en el núcleo más profundo de la izquierda. La izquierda, después de todo, se había fundado principalmente para dar a la gente de clase trabajadora una representación política. Si la acción colectiva, la solidaridad y el desafío a los intereses de la clase dominante ya no eran relevantes, entonces la izquierda había perdido toda razón de ser, y no le quedaba más que disolverse en el liberalismo. En cuarto lugar, abandonar la clase significaba ver la pobreza y el desempleo ya no como problemas sociales, sino más bien como fracasos individuales. Dependía de cada individuo «arreglárselas por su cuenta» y salir adelante: si no lo lograba, sería él el único culpable. Y si el comportamiento individual era el que tenía que corregirse, entonces ya no quedaba papel alguno para la acción colectiva. El Estado de bienestar tenía que desmontarse porque, al fin y al cabo, se limitaba a subsidiar los fracasos personales de los individuos.

Esa es la razón de que sea tan importante defender el concepto de clase, y de por qué este libro es tan oportuno. Nuestros oponentes nos dicen que nuestro análisis se remonta a un mundo que ya no existe, pero defender la

centralidad de la clase no significa negar que su naturaleza haya cambiado. Cuando Karl Marx y Friedrich Engels escribieron el *Manifiesto comunista* en 1848, el grueso de la clase trabajadora británica lo formaban criadas y personal doméstico: continuó siendo así hasta la Primera Guerra Mundial. Las décadas de 1940 y 1950 trajeron consigo el auge de la clase trabajadora industrial. Muchas comunidades se habían formado alrededor del lugar de trabajo: en la mina, en la acerería, o en la fábrica. Aunque las mujeres siempre habían trabajado –incluyendo sobre todo el trabajo no remunerado en el hogar–, este era sobremanera un mundo dominado por hombres. Los hijos a menudo desempeñaban la misma ocupación que sus padres, y podían contar con tener el mismo empleo durante toda la vida.

Esto ha cambiado, y de manera radical. La clase trabajadora industrial ha dado paso a una fuerza laboral empleada en el sector de servicios. En los *call centers* del Reino Unido trabaja tanta gente ahora como lo hacía antes en las minas, en el momento álgido de la industria minera. Estos empleos son más limpios, menos arduos y exigentes, y sin duda menos destructivos. Pero los salarios son a menudo relativamente inferiores, y los empleos más inestables. Ha habido un incremento drástico en el número de trabajadores con contrato de cero horas –una modalidad de contrato precario en el que no se garantiza al empleado una carga de trabajo mínima a la semana–, en aquellos obligados a trabajar a tiempo parcial, y en el número de trabajadores temporales y de ETT. La Confederation of British Industry –el organismo que representa a la patronal británica– animó abiertamente a las empresas a que aprovecharan la recesión creando una «fuerza flexible»: una mano de obra cada vez más precaria con un núcleo de trabajadores a tiempo completo cada vez más pequeño. Los derechos que los trabajadores anteriores daban por sentado – como la baja médica remunerada, la baja por maternidad y las aportaciones empresariales a planes de pensiones– se han erosionado incesantemente. En el Reino Unido se estima que, en los años venideros, habrá más autónomos que trabajadores del sector público. La gente que se autoemplea a menudo valora la independencia, la idea de ser «su propio jefe», y esto no es ninguna sorpresa en una sociedad en la que los jefes tienen tal poder despótico sobre las vidas de los trabajadores. Pero los ahora autoempleados carecen de ingresos estables de los que puedan vivir, sus horarios de trabajo a menudo son erráticos, carecen de pensiones complementarias y baja médica remunerada, a menudo les cuesta acceder a créditos de los bancos, sufren a la



hora de cobrar las facturas, o dependen de infraestructuras deficientes.

La naturaleza cambiante de la clase trabajadora pone en cuestión los modos antiguos de construir lazos solidarios. A diferencia de la vieja clase trabajadora, no tenemos comunidades construidas alrededor de los supermercados o *call centers*. La gente cuenta con que tendrá más de un empleo en el espacio de un año, u oscilará entre el trabajo y el desempleo. Esta es la razón de que los nuevos movimientos sociales –como hemos comprobado dramáticamente en España– sean tan importantes, porque la naturaleza cambiante de la clase necesita un renovado énfasis en la organización, tanto de la comunidad como de la fuerza laboral.

Además, la clase no puede entenderse sin el género. Las mujeres se concentran desproporcionadamente en los empleos peor pagados y más inseguros. La austeridad ha dañado mucho más a las mujeres, ya sea en la cantidad de desempleadas o sus ingresos, como en el acceso a la seguridad social y los servicios públicos. En el Reino Unido, la mayor parte de los afiliados sindicales son ahora mujeres. Lo que ha sido especialmente inspirador en España en los tiempos recientes es el papel de las mujeres en los nuevos movimientos de cambio, como Ada Colau en Barcelona y Manuela Carmena en Madrid. Tampoco puede entenderse la clase sin la raza. En el Reino Unido y otros países europeos, los trabajadores negros y de otras minorías étnicas tienen muchas más posibilidades de que sus empleos sean peor pagados y más inseguros, así como muchas más posibilidades de sufrir el desempleo. La edad también importa. Tenemos una juventud que crece sin el viejo bienestar socialdemócrata: carece de trabajo seguro y vivienda asequible; sufre el castigo del endeudamiento, por aspirar a obtener una educación; los servicios de los que más depende son brutalmente atacados, y sus estándares de vida se derrumban.

La clase trabajadora nunca ha sido homogénea: siempre ha incluido a trabajadores rurales y urbanos; propietarios y alquilados en viviendas públicas; trabajadores a tiempo completo y parcial; nacidos en el país e inmigrantes... Los poderosos pueden servirse sin piedad de estas tensiones. A los trabajadores peor pagados se les anima a no enfadarse con sus empleadores si no les pagan adecuadamente, ni tampoco con sus gobiernos por recortar en seguridad social, pero sí a enfadarse con los desempleados, absurdamente acusados de vivir entre lujos. A los trabajadores del sector privado se les anima a no enfadarse por el hecho de que sus empleadores les

hayan arrebatado sus pensiones complementarias, y a enfrentarse con los trabajadores del sector público, que todavía conservan intactas sus pensiones. A aquellos nacidos aquí se les anima a no enfadarse con sus gobiernos por no haber construido viviendas decentes y asequibles ni proporcionar empleos estables, y a dirigir su cólera hacia los inmigrantes por quitarles, supuestamente, los empleos y viviendas que les pertenecen. Se enfrenta al trabajador con el trabajador, a vecino con vecino, en un esfuerzo por redirigir la rabia y desviarla de los poderosos.

En el Reino Unido, la oposición a la inmigración se ha convertido en el prisma a través del cual mucha gente ve los problemas reales. Crecí en Stockport, un pueblo postindustrial del norte de Inglaterra. Muy pocos inmigrantes viven allí; de hecho, la población de Stockport está disminuyendo. El pueblo tiene muchos problemas: falta de vivienda social y empleo estable, salarios que caen, y servicios públicos desbordados. Pero el fracaso de la izquierda a la hora de presentar un relato coherente —de una sociedad manipulada en favor de una pequeña élite, en vez de estar dirigida a favor de la mayoría— ha significado que la oposición a la inmigración ha llenado el vacío.

Desde la crisis financiera, el resentimiento entre las comunidades de clase trabajadora no ha hecho más que crecer. Esta rabia va en dos direcciones muy diferentes. En los Estados Unidos, por un lado, tenemos la formidable aparición de Bernie Sanders, un septuagenario senador judío de Vermont, que es el «socialista» con mayor éxito en la historia de Estados Unidos. Por otro lado, el ascenso de Donald Trump, un cuasifascista que culpa de los muchos males de la sociedad estadounidense a los inmigrantes mexicanos y a los musulmanes. En el Reino Unido, hemos visto el ascenso del movimiento cívico nacionalista por la independencia de Escocia, y del izquierdista Green Party, y la llegada de Jeremy Corbyn a la dirección del Partido Laborista; por otro lado, el populismo xenófobo y antiinmigración de UKIP. En Grecia, el ascenso de Syriza enfrentándose a la austeridad, pero en Francia el del Frente Nacional, de extrema derecha y antimusulmán. En Austria, las elecciones presidenciales de 2016 no se dirimieron entre los partidos tradicionales, sino entre un candidato de la extrema derecha, de un lado, y un ecologista independiente, de otro.

En España, desde luego, hemos visto el ascenso espectacular de Podemos. Para todos los que queremos una sociedad gobernada en el interés de los

trabajadores, esta irrupción ha sido emocionante. Podemos y sus aliados ilustran que la composición cambiante de la clase trabajadora no tiene necesariamente por qué condenar a la izquierda a la extinción. En absoluto: más bien, implica que no podemos caer de nuevo en las viejas certezas políticas y retóricas, y que adaptarse al mundo tal y como es no significa capitular ante el dogma de los ideólogos del mercado.

La idea de clase sigue siendo crítica: como medio de entender la sociedad, y de transformarla. Tras una crisis que causaron los de arriba —y que se espera que pague la mayoría social—, el concepto de clase es aún más crucial. Podemos construir una sociedad diferente, dirigida por y para la mayoría; este libro es una aportación esencial al propósito de construir esa sociedad.

Owen Jones

[\[1\]](#) Traducción de Antonio J. Antón Fernández.

# INTRODUCCIÓN

«El obrero tiene más necesidad de respeto que de pan.»

Karl Marx

«Del hambre real, de la falta de comer de nuestros padres, habíamos sacado nosotros el instinto de morder.»

Javier Pérez Andújar, *Paseos con mi madre*

Este libro surge con la finalidad de buscar explicación y dar respuesta a una ausencia. Tras la ola de recortes y la brutal ofensiva que desde la Troika se lanzó contra nuestro país, en connivencia con un gobierno reducido al papel servil de mero gestor de la contrarreforma, aparecieron distintos movimientos de masas destinados a frenar dicha ofensiva neoliberal. Del 15M (embrión y precursor) a las distintas mareas (sanidad, educación, justicia...), pasando por los yayoflautas, la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH) o colectivos como Democracia Real Ya! (DRY), Juventud Sin Futuro (JSF) o Yo No Pago, las calles de nuestras ciudades han sido escenario de infinidad de manifestaciones, sentadas, acampadas, batucadas, *performances*, cargas indiscriminadas, ocupaciones y (las menos veces) de acción directa. Al margen de sus diferencias y sus características propias, un hilo conductor recorre todas y cada una de las recientes movilizaciones y colectivos que han avivado el conflicto social y han agitado la calle: la ausencia significativa de la clase obrera[\[1\]](#).

Una de las tesis principales del libro es que, salvo excepciones como la movilización minera, la PAH o el SAT, la calle ha sido tomada por una clase media[\[2\]](#) recientemente empobrecida, una falsa clase media para cuyos gurús y portavoces los términos clase obrera o clase trabajadora son un anacronismo o tienen una carga peyorativa. Para algunos sectores de la clase media con conciencia política y movilizados, la clase trabajadora que se queda en casa puede llegar a ser apática, conformista, reaccionaria y hasta caer en los cantos de sirena del fascismo, todo lo cual imposibilitaría el papel de sujeto revolucionario que tuvo antaño. Ejemplos como el de la famosa cajera de Mercadona han contribuido a esta imagen al mostrar a una trabajadora que no está peleando por sus derechos sino asumiendo funciones de guardia jurado cuando los sindicalistas del SAT expropiaban un par de

carritos llenos de alimentos básicos para denunciar el hambre y la necesidad que sufren las clases populares en Andalucía y, por extensión, en el resto del Estado español. Pero, como mostraremos a lo largo del libro, la realidad es mucho más compleja y menos simple de lo que aparenta a primera vista.

Es un hecho incuestionable que reponedores, camareros y camareras, mozos y mozas de almacén, peones de fábrica, limpiadores y limpiadoras, electricistas, peluqueros y peluqueras, conductores y conductoras de autobuses, empleadas y empleados de hogar, fontaneros y fontaneras u operarios/as de toda índole[3], no son mayoría en este tipo de movilizaciones que sacuden el Estado español. Cuando la clase obrera está presente, lo está de manera minoritaria y, desde luego, no marca la agenda de las movilizaciones en función de sus intereses de clase. Los motivos son muchos y de distinta índole: desde la invisibilización de las clases sociales bajo el eufemismo tramposo de la clase media, hasta la desnaturalización (pasando de la parodia y la burla a la abierta criminalización) de los estratos sociales que se encuentran en la base de la pirámide del sistema. Más allá de la responsabilidad colectiva que pueda corresponder a la clase trabajadora, consideramos que tal ausencia también tiene otros culpables, y no nos temblará el pulso a la hora de enumerarlos y criticarlos. Por supuesto, señalaremos a la casta política en el poder, medios de comunicación y al resto de la oligarquía, pero no pasaremos por alto el papel fundamental de partidos políticos de izquierda transformadora que olvidaron a quién representan, sindicatos cautivos de su propia burocracia inmovilista y una izquierda académica (proveniente en su mayoría de la clase media) obsesionada con reinventar y reformular hasta el absurdo, a base de neologismos, las relaciones de explotación existentes. Una izquierda académica alejada completamente de la clase trabajadora y centrada en sus pupilos: los jóvenes universitarios, ni mucho menos mayoría en este país como nos demostrarán los datos. Pudiera parecer –según la manufacturada opinión pública– que en este país solo existen universitarios que se ven forzados a emigrar. Por una vez vamos a centrarnos en los *otros*, en los que no pueden emigrar porque ni tienen una carrera, ni han hecho un máster, ni hablan tres idiomas. Aquellos que, pese a ser más numéricamente, no forman parte de la laureada «generación mejor preparada de la historia». Una clase obrera olvidada y denostada por una elite intelectual que, contra toda tradición antifascista y transformadora, y siempre bajo la excusa de aglutinar, se auto-encadena a la

realidad existente y se esfuerza por parecer –tanto estética como discursivamente– lo más domesticada posible, legitimando dicha realidad y convirtiéndose en esclava de un pragmatismo pueril que conduce al puro inmovilismo o a un tibio reformismo, lejos incluso de la socialdemocracia tradicional.

Hemos de reconocer que este libro es también hijo de las redes sociales, de interminables y reiterados debates en Facebook, de comprobar cómo en todas las discusiones ambos autores nos quedábamos solos defendiendo al cani/nen/garrulo de turno, denunciando que el hijo del obrero estaba ya expulsado de la Universidad antes de la Ley Wert o argumentando que el 15M está muy bien pero tuvo serias dificultades para conectar con el mundo del trabajo y que, como el 15M, cualquier fuerza política que surja está condenada al fracaso si no logra atraer el apoyo de la clase obrera. Nos dimos cuenta de que, pese a nuestras amistades virtuales enmarcadas en ciertos parámetros (gente movilizada, izquierda transformadora, etc.), nosotros éramos distintos y teníamos mucho más en común pese a venir de diferentes corrientes del socialismo[4]. Nos cercioramos rápidamente de que la coincidencia provenía de nuestro origen social y que este condicionaba de manera tajante nuestro punto de vista. Nuestras intervenciones estaban cargadas de una especie de odio y orgullo de clase difícil de describir o teorizar. Un odio latente y primitivo pero presente en cada línea, ese tipo de rencor irracional que describía Frantz Fanon en el alma del colonizado en su monumental *Los condenados de la tierra*. Ese odio del que se sabe con una experiencia vital plagada de penurias o limitaciones económicas frente a un interlocutor que sabes que nunca las tuvo o que, a lo sumo, pisó un barrio obrero para hacer turismo social. Esa rabia que te empuja a querer gritarle algo parecido a «¡¡Pero qué me estás contando si lo más cerca que has estado de un pobre es una novela de Dickens!!». Un odio que en ocasiones es difícil de contener o amaestrar, lo que provoca situaciones tensas con gente a la que aprecias y, sobre todo, con la que compartes barco en esto que llamamos «izquierda transformadora». De la misma forma, y como la otra cara de la misma moneda, el origen social de las amistades con las que debatíamos estructuraba un discurso perfectamente identificable y ciertamente hegemónico –el de la izquierda académica– que inunda las aulas, las redes sociales y los medios de comunicación alternativos. Una hegemonía que, humildemente y cargados de razones, nos hemos propuesto combatir.

Pretendemos demostrar que el origen social condiciona los análisis, la metodología, las herramientas, etc., por mucho que nuestro objetivo sea el mismo y compartamos conferencia o manifestación. No somos los primeros en llegar a estas conclusiones pero consideramos que hay que recordar ciertas cosas, más en tiempos en que afirmarlas no está de moda. Pensamos que no es lo mismo ser comunista por principios que serlo por necesidad. Nunca es lo mismo. Para algunos, el marxismo es una herramienta de análisis de la realidad; para otros, es una necesidad vital, la única esperanza para transformar una realidad asfixiante. Por todo ello caímos en la cuenta de que, si algo necesita la clase obrera, es tener voz propia y visible. Nosotros no pretendemos erigirnos en portavoces de nuestra clase, sino más bien acometer una tarea que consideramos necesaria: contribuir desde nuestra trinchera a una mayor comprensión de qué está pasando con la clase obrera, combatiendo los discursos que solamente la arrinconan o ridiculizan. Nos mueve un ansia de justicia. En el mundo mediático y académico abundan los que hablan en nuestro nombre, pero escasean los análisis desde la clase obrera, para la emancipación de la clase obrera. *Sols el poble salva al poble*[\[5\]](#), gritaba el grupo KOP. O, si nos ponemos más clásicos y eruditos, citando a Marx en su *Encuesta Obrera de 1880* «... solamente ellos [los obreros], y no redentor alguno elegido por la providencia, son capaces de aplicar los remedios enérgicos contra la miseria social que sufren».

Tres elementos convergieron y coincidieron en el tiempo y, de alguna manera, nos empujaron a ponernos manos a la obra y echarnos a la espalda nada más y nada menos que toda una clase social.

El primero surge de uno de esos debates vía Facebook en el que un profesor de Sociología apuntó que no entendía el concepto «orgullo de clase»; que pertenecer a una clase u otra era una cuestión de azar porque nadie puede prever ni decidir dónde nacerá cada uno. Nos tirábamos de los pelos. ¿Cómo explicarle a alguien que uno siente un orgullo infinito por provenir de una clase que no tiene las manos manchadas del sudor ni de la explotación ajenos? ¿Cómo describir ese orgullo defensivo de los que han sido secularmente ninguneados y estigmatizados?

El segundo motivo fue la aparición del libro *Chavs. La demonización de la clase obrera*, de Owen Jones[\[6\]](#). Para la gente con la que solemos discutir fue poco más que un estudio interesante (de hecho, en un medio activista a priori afín, como es *Diagonal*, fue particularmente criticado); para nosotros fue



tocar el cielo, nos dimos verdaderos golpes en el pecho de emoción, rabia y orgullo. No podíamos dejar de asentir con cada una de las anécdotas y los ejemplos de Jones. Sin embargo, la relación de la izquierda académica con *Chavs* es muy interesante; está dispuesta a asumir que ciertos planteamientos pueden ser válidos en el Reino Unido, pero pueden ser rechazados en el Estado español. Obviamente, si lo trasladamos a nuestra sociedad muchos de los miembros de esa izquierda académica no salen muy bien parados.

La tercera y última de las razones fue cuando otro profesor, de la Universidad Pompeu Fabra, subía y avalaba la famosa foto –que reproducimos en esta página– en la que se denunciaba que los canis, pobres, bakalas y otra gente de mal vivir se quedaba de botellón mientras el grupo de licenciados se veía forzado a emigrar. Siendo criticado por los que firman estas líneas, el citado profesor no eliminó la foto ni pidió disculpas, se reafirmaba en sus posiciones, la fotografía continúa en su muro de Facebook... Poco después purgaba a ambos autores tras una discusión en la que defendimos a Cuba, los metarrelatos y la idea de revolución. Existen sujetos que se esfuerzan en denunciar el estalinismo con tanto ahínco que a veces olvidan que albergan un pequeño Stalin en su interior... Para más inri, semanas después aparecía la noticia de un macrobotellón que congregaba a 12.000 universitarios. Decidimos que ya era suficiente.



**ELLOS SE QUEDAN**



**ELLOS SE VAN**

Nuestras reflexiones, sí, pretenden comprender y defender a los de arriba de la foto, los que sostienen el cubata, aquellos que no han podido o querido estudiar una carrera y tampoco hablan tres idiomas. No por nada en especial, es que sencillamente son nuestros amigos, vecinos, compañeros de trabajo o familiares. ¿Acaso el hecho de no haber estudiado los hace inferiores? ¿Se puede defender semejante elitismo desde la izquierda? Nosotros nos proponemos ir más allá de los clichés que repiten incluso personas de gran bagaje cultural y supuesta sensibilidad social. Nos negamos a asumir la culpabilización de los individuos sin analizar cuáles son las estructuras sociales en las que estos se desenvuelven y que los condicionan en grado sumo, como veremos a lo largo de los capítulos.

Por todo lo anterior, entre otros motivos, este libro nace del orgullo de clase, concepto pasado de moda que rebanó muchas gargantas de patrones y terratenientes hace no tantos años. El orgullo es el verdadero culpable de este proyecto. Ambos autores provenimos de hogares obreros; pese a ello, y rompiendo unas estadísticas que nos ubicaban fuera de la educación superior, alcanzamos estudios universitarios y hemos logrado desarrollarnos profesionalmente en entornos alejados de nuestros orígenes sociales. Por ello nos toca debatir siempre con gente que viene de la Universidad (hijos de padres universitarios, como muestran las cifras) y de un entorno familiar más acomodado ya que, lamentablemente, la presencia de hijos de la clase obrera en ciertos círculos o debates de índole teórica o política, es meramente anecdótica. Unos debates en los que, por cierto, nos han llegado a llamar «impostores» por tener estudios universitarios y hablar como clase trabajadora, como si el estudiar borrara las condiciones socioeconómicas de nuestras familias. Pareciera que si no se responde al prototipo existente de nuestra clase social —ser cani, aspirar a ser princesa de barrio o hablar con un léxico limitado— no se puede ser de clase obrera. El hecho de poder desempeñar más profesiones que nuestros padres, que no tuvieron estudios, se utiliza también como argumento para deslegitimarnos, o el hecho de habernos emancipado y ya no residir en nuestros barrios. Que nadie lo olvide: nosotros salimos del barrio, pero el barrio no de nosotros. Esto es algo que esa gente no podrá entender nunca por mucho que citen a Baudrillard (la cuestión es que ni siquiera Baudrillard lo hubiera entendido jamás). Algunos incluso argumentarán que somos el vivo ejemplo del «sí se puede» y la movilidad social, de que esforzándote puedes conseguir lo que quieras, hasta

estudiar, incluso en el extranjero, a pesar de ser de familia humilde. Aunque pueda sonar poco modesto, nosotros nos consideramos especiales pero no por ser el ejemplo del «sí se puede», sino porque pensamos que contamos con una perspectiva más amplia, al haber conocido el mundo obrero y su cultura, pero también el mundo académico y su endogamia, su falsa meritocracia, sus gurús y su clientelismo. Muchos de los que leerán estas líneas, no. Cursaron estudios universitarios porque es lo que se esperaba de ellos, sus padres lo hicieron. El sistema se reproduce gracias a ellos. Para los que estudiar fue la norma y no la excepción, es difícil entender lo que es tener un hermano que abandona los estudios en cuarto de la ESO, o al que lo expulsan de su colegio antes de acabarla diciéndole que «total, no sirves para nada, vas a acabar descargando camiones en el mercado». Tampoco saben lo que es venir de un entorno donde estudiar está mal visto, o vivir en un barrio que te hace sentir culpable o avergonzado hasta el punto de mentir sobre tu procedencia, como hace mucha gente de barrios marginados.

Nuestras bisabuelas y abuelas limpiaban en la casa del señorito en una época en la que el fordismo todavía no había explotado; nunca llevaron un mono azul ni trabajaron en una cadena de montaje, pero siempre se identificaron con la clase obrera. Hoy —en boca de cierta izquierda académica— una limpiadora no pertenece a la clase obrera, se trata de un «nuevo sujeto» emergente o «precariado intelectual» al que le es imposible identificarse con la clase obrera. Obviamente es muy difícil que se identifique con la clase obrera si, desde la propia izquierda, se niega y hace desaparecer el concepto teóricamente, con el beneplácito de los medios de comunicación que contribuyen a desaparecerlo mediáticamente. Sigue siendo una asalariada como la de principios del siglo XX pero, por una parte, el sistema mediático le dice que debe avergonzarse de identificarse con la clase obrera, ya que la clase obrera es Belén Esteban ejerciendo de bufón o los jóvenes musculados de *Gandía Shore*. Por otra parte, una legión de académicos le grita en todos los canales que la clase obrera ha desaparecido, que es un anacronismo, que tu deber es forjar una nueva identidad en base al género, la raza, la tendencia sexual, el barrio, el 99 por 100, la región donde vives y otros factores y especificidades propias del multiculturalismo (que también abordaremos en profundidad). La mejor manera de combatir algo, es negar su misma existencia. En realidad el conflicto identitario es mucho más complejo y difícil de clarificar. Hoy, una limpiadora sin estudios, hija de fontanero, es

clase obrera tradicional. ¿Una licenciada con dos idiomas, hija de padres con profesionales liberales, que limpia o sirve mesas para ahorrar e irse a Alemania, de las que gritan «no nos vamos, nos echan», es un nuevo sujeto emergente? Un joven peruano (o español sin estudios) que friega platos en McDonald's es clase obrera en estado puro. ¿Un joven con dos carreras y un máster que friega platos en un McDonald's de Londres es precariado intelectual? De ser así, el sesgo clasista sería verdaderamente insultante. Pudiera parecer que a la clase media no le gusta ser clase obrera y hará cualquier cosa por desvincularse de ella aunque, con Marx en la mano, sean tan clase obrera como la hija de un fontanero. Es muy lógico por otra parte: no han estudiado dos carreras para ser friegaplatos. De la misma forma que no es lo mismo ser marxista por principios que por necesidad, tampoco es lo mismo visitar la clase obrera temporalmente que nacer en ella y saber que tus posibilidades de salir de ella son muy reducidas. Lo interesante es que el llamado «nuevo sujeto» es el que se está movilizandando mientras que la obrera, que sabe que nunca saldrá de obrera, brilla por su ausencia en las movilizaciones. No obstante y pese a todo, resulta curioso que un concepto haya desaparecido cuando diariamente, y sin descanso, se lo criminaliza hasta niveles casi grotescos.

Es difícil lanzarse a un estudio en torno a la clase obrera cuando para muchas personas –desde neoliberales a sueldo de *think tanks*, a académicos de izquierda– se trata de un concepto obsoleto incapaz de representar a ningún colectivo social más allá de la plantilla de la SEAT o de un puñado de trabajadores de astilleros levantando barricadas. Ríos de tinta (y muchas nóminas) se han destinado a extirpar la identidad de clase de los trabajadores; la operación se ha hecho con toda la artillería y a conciencia, como solo sabe hacerlo la clase dominante. Bajo nuestro punto de vista la clase obrera no ha desaparecido; ha sido desaparecida. Por un lado tenemos la mentira de la clase media, que no es más que un subdesarrollado Estado de bienestar basado en el consumo y el crédito, sumado a una invisibilización y criminalización por parte de los *mass media*.

Por otra parte, el segundo culpable –además del propio *statu quo* del sistema que quiere reproducirse– es la izquierda académica, obsesionada con la aparición del postfordismo (terciarización, precariedad, flexibilidad) como verdugo y sepulturero inequívoco de la clase obrera. El razonamiento es fácil de desmontar por una sencilla razón: la clase obrera existía antes que el

propio fordismo, de hecho Marx y Engels (unos tipos que sabían algo de la clase obrera) no conocieron el fordismo. Ciertamente, la clase obrera ha sufrido muchas transformaciones desde 1973, pero no encontramos ninguna con el suficiente peso como para que los asalariados dejen de ser considerados clase obrera o clase trabajadora. Vemos más una maniobra-estrategia que responde a unos intereses concretos (de clase, por cierto) y a la naturaleza inequívoca de la academia por reformular –hasta el infinito– como mecanismo autorreproductivo: es poco interesante escribir tesis para decir lo que otros ya dijeron.

Y, en tercer lugar, no podemos olvidar la gran responsabilidad de la mayoría de los líderes políticos y sindicales de la izquierda post-Transición/transacción, quienes han contribuido con ahínco al ostracismo de la clase obrera, tanto dejándola de lado en su léxico como, sobre todo, en sus programas y en sus políticas, lo que se ha traducido en una desafección de los trabajadores hacia unos políticos que no los representan y unos sindicalistas que, salvo honrosas excepciones, parecen más preocupados en su propia subsistencia que en la defensa de los intereses del proletariado. El mayor escarnio proviene del PSOE, el partido que ha perpetrado la mayor traición a la clase trabajadora en nuestro país, pero que irónicamente sigue conservando la O de obrero y la S de socialista en sus siglas. Pero la izquierda transformadora, abandonando el barrio y el centro de trabajo como frente de lucha, explica muy bien la pérdida de músculo político de la clase obrera.

Demostraremos también que la escuela y la supuesta Universidad de masas no son la cuna de la meritocracia ni el mecanismo que, de alguna manera, equilibra las enormes diferencias sociales de nuestra sociedad sino que, como demostró Bourdieu en los años sesenta, no es más que un mero trámite para las clases medias y altas: la elección de los elegidos. Son siempre las condiciones materiales las que determinan el acceso y la relación del individuo con la cultura. Denunciaremos que la educación no es un vehículo de movilidad social sino que, paradójicamente y de un modo edulcorado y velado, reproduce, gestiona y perpetúa esas mismas diferencias. Para describir la actividad y funcionamiento de nuestro modelo educativo tendremos muy en cuenta la dinámica y naturaleza del sistema capitalista de producción: relaciones sociales bajo el amparo de una jerarquizada división del trabajo, jerarquía diseñada a su antojo por los dueños de los medios de producción. Las similitudes entre la educación y el mundo de trabajo resultan

evidentes ya que, tanto la escuela como la empresa se estructuran del mismo modo: se trata de un sistema jerárquico y disciplinado de autoridad. En resumidas cuentas, denunciaremos que la Ley Wert es terrible, pero igual o más terrible es que un sector de la población tenga vetado el acceso a los estudios superiores por un techo de cristal y, sencillamente, no ocurra nada.

No podríamos concluir este estudio sin analizar en profundidad la relación caciquil que los grandes medios de comunicación de masas mantienen con la clase obrera, desde la parodia y espectacularización vía *talk shows* como *El Diario de Patricia*, *realities* tipo *Gran Hermano*, *Princesas de barrio* o *Gandía Shore*, o su completa invisibilización en telediarios y la publicidad comercial. Estudiaremos con detenimiento cómo el cine español ha representado a la clase obrera haciendo paradas obligatorias en títulos de Fernando León de Aranoa y Eloy de la Iglesia. De la misma forma, y en un ejercicio de agravio comparativo, confrontaremos el modelo de Estopa y Camela como grupos musicales de masas frente al modelo Radio 3. También analizaremos y compararemos el tipo de artistas y público que generan macrofestivales como el FIB y el Viña Rock o el Aúpa Lumbreiras o por qué la música latina (especialmente el *reggaeton*) sufrió un verdadero linchamiento público consistente en una mezcla de histeria y odio de clase aderezado con altas dosis de racismo y xenofobia, cuando las letras de Amaral o El Canto del Loco son igualmente machistas en su totalidad, un machismo, además, de tipo velado y latente, mucho más difícil de percibir y por tanto mucho más peligroso.

Por último y a modo de conclusión, intentaremos arrojar luz en cuestiones como hacia dónde se dirige la clase obrera, qué papel está desempeñando en las movilizaciones recientes o cómo debería construir nuevos discursos y referentes visibles que la hagan sentir orgullosa de sí misma y sirvan para aglutinar la voluntad de cambio sin entregar la hegemonía discursiva a la clase media. (No porque despreciemos a la clase media sino porque entendemos que la ausencia de un estallido revolucionario, pese a las condiciones materiales objetivas existentes en la actualidad, se debe a esa participación marginal de la clase obrera en la lucha.) La huelga de limpieza del metro de Madrid, las movilizaciones de los conductores de autobús de Barcelona, los mineros, Estopa y las verbenas de barrio o de pueblo, el SAT y los jornaleros andaluces, o los Bukaneros, son ejemplos vivos que ponen de manifiesto las prisas con las que algunos se apresuraron a celebrar el entierro



de la clase obrera.

Una clase trabajadora que se busca pero no se encuentra, que se quiere y se odia, que duerme quieta, parada, invisible. Pero que, debajo de una superficie de neologismos y carnaval postmoderno de identidades, está ahí amenazante y extraña como un problema que muchos prefieren aparcar hasta que se resuelva solo. No saben lo que hacen.

Somos muy conscientes y estamos seguros de que este estudio va a generar no pocas polémicas, pues aborda un tema, el de la clase social, en el que muchos académicos, y hasta militantes, no se sienten cómodos. Nada más lejos de nuestra intención. Este libro está pensado en gran parte para ellos, sobre todo para los que, estando en la academia o en la militancia activa, sienten —como nosotros— que la reflexión sobre las clases sociales ha sido retirada de la agenda y debe ser retomada. Nos gustaría, además, que este libro se debatiera en las aulas universitarias, en las células y grupos de base de las organizaciones políticas revolucionarias y reformistas, en los institutos, con la familia pero, por encima de todo, nos gustaría que este libro se debatiera en los barrios. Que lo leyeran esos jóvenes que la prensa y la academia mal llaman «ninis», y, los curules de barrio sin estudios universitarios, que se identificaran y encontraran argumentos para defenderse ante los ataques clasistas que padecen; ese sería sin duda el mayor de nuestros éxitos. Pero sabemos que es un propósito difícil teniendo en cuenta que la mayoría de nuestros vecinos, familiares y amigos no han leído en su vida un libro de ensayo. Quizá todavía más difícil porque este libro, aunque no pretenda ser un libro académico sino un libro de agitación política —al más puro *agitprop* soviético—, tiene que adoptar un tono académico en algunas de sus partes que puede ahuyentar a los que no estén familiarizados con la densidad del formato, precisamente para debatir con esa izquierda académica a la que queremos hacer reflexionar sobre su rol. Densidad en el contenido tal vez, que no en las formas, pues nos encontramos lejos de la sintaxis y la palabrería postmoderna que tanto gusta a cierta elite intelectual. Ni que decir tiene que hemos intentado plantear nuestras ideas de la manera más sencilla posible, que no debe ser confundida con el simplismo. Aun así, por desgracia, los debates académicos siguen estando muy lejos de la realidad de los que madrugan todos los días para levantar el país y de aquellos a los que el sistema ha usurpado su derecho al trabajo. Esperemos que esto, igual que la visión folklórica de la clase obrera, cambie algún día también.

Sabemos que nos van a llamar de todo: trasnochados, iluminados, mentes de pensamiento binario, estalinistas anclados en el Triásico y nostálgicos apolillados. No nos importa, más polémico es que existan barrios con un 88 por 100 de fracaso escolar y se hable de generaciones mejor preparadas de la historia. También nos acusarán de agoreros y sectarios, de que no es momento, justo ahora que nuestro país vive la mayor ola de movilizaciones en 30 años, de sacarle punta a las cosas, de poner la lupa, de tocar las narices con lo que ellos consideran nimiedades. Son los mismos que, nacidos a partir del 78, critican con vehemencia la Transición y los Pactos de la Moncloa, pero que, de haberlos vivido en persona, los hubieran apoyado: es lo que tenemos, el pueblo tiene miedo, si sacamos la gente a la calle va a ser una carnicería, hay que ser prudentes... y demás peroratas que justificarán (y justificaron) su pragmatismo obsesivo y su apego a la realidad existente. Un pragmatismo apriorístico y no basado en la correlación de fuerzas existente.

Son los mismos que no se inmutan o, en el mejor de los casos, se compadecen por pura solidaridad de clase cuando aparece un titular como este: «Uno de cada cuatro “sin techo” tiene estudios universitarios»[\[7\]](#). Mendigos ha habido siempre, de hecho la mayoría carece de estudios superiores –un 76 por 100–, pero eso nunca fue noticia. Es lógico y normal que la marginalidad se encuentre formada por gente que no terminó sus estudios. La clase media sabe cuidar de los suyos, y de la misma forma que teoriza que un hijo de abogado con máster que trabaje de camarero en Londres no es clase obrera sino precariado intelectual, que haya un 24 por 100 de sin techo universitarios es un verdadero drama que hay que atajar. La misma gente que nos va a repudiar es la que aplaude noticias de esta otra índole pero en la misma línea: «Elecciones Venezuela 2013: Nicolás Maduro, de conductor de autobús a Presidente»[\[8\]](#), donde nos recuerdan con saña que «Maduro nunca terminó el bachillerato». ¿Dónde se ha visto que un obrero sin estudios superiores pueda dirigir las riendas de la nación? La función de las «clases bajas» es obedecer, no dirigir. Esa misma gente que nos va a linchar, es la misma izquierda elitista que opina que Maduro y Morales son válidos para Venezuela y Bolivia, pero, en cambio, Gordillo o Cañamero no valdrían para el Estado español ya que, en su opinión, no sabrían conectar con las capas urbanas/cosmopolitas/precarias/intelectuales. El razonamiento que subyace en este planteamiento es peligroso, y oscila entre un eurocentrismo latente y un elitismo académico ciertamente cuestionable: un

sindicalista vale para un país lleno de indios y de pobres, pero un jornalero no vale para la España de la UE con la generación mejor preparada de la historia. Razonamiento clasista que se desmonta fácilmente viendo cómo Don Diego Cañamero, jornalero y andaluz sin estudios que trabaja en el campo desde los 12 años, puso en pie el acto central de las CUP en su cierre de campaña en el corazón de la cosmopolita Barcelona<sup>[9]</sup>. Como veremos a lo largo del libro, a veces el clasismo se reviste de elitismo académico.

Lejos de nuestra intención queda el idealizar o glorificar a la clase obrera. Como miembros de ella la conocemos bien, y sabemos de sus defectos y debilidades: vulgar, ordinaria, apática, apolítica, cafre, violenta, pícara, individualista y renuente a la organización en su versión más lumpen... La lista sería infinita. Y pese a ello y a pesar de todo, con un potencial temible cuando se organiza. No en vano, uno de los objetivos principales para la clase dominante ha sido, a lo largo de la historia, impedir la organización de la clase obrera en términos revolucionarios. La tesis principal del libro no es mitificar a esta clase trabajadora, ideologizada o no, sino hacer ver que sin ella no hay transformación posible, que no podemos permitirnos el lujo de no movilizarla, por mucho que cueste. Sin su movilización, la lucha se queda en grupos atomizados que se movilizan por recuperar lo perdido, por volver a poder consumir y vivir con la tranquilidad con la que se hacía antes, sin cuestionar la apropiación del excedente de los trabajadores en forma de plusvalía ni la sangrante desigualdad resultante, implícita a este sistema de exacción llamado capitalismo. Sin su movilización, solo somos Winston Smith en *1984* (Orwell), impotente al saber que no puede despertar a los proles, embotados en el alcohol y la ilusión de la lotería.

También denunciaremos con virulencia a los que, pese a provenir de hogares obreros, se dejan llevar por la inercia (y caen en la espiral de silencio que teorizó Noelle-Neumann) haciendo suyos unos planteamientos, que les son ajenos, en aras de conseguir el puesto en el partido, el sindicato, la facultad o la televisión. Para nosotros, son los peores.

El capitalismo, a diferencia de Roma, sí que paga a los traidores.

<sup>[1]</sup> Utilizaremos indistintamente los términos «clase obrera» y «clase trabajadora» para referirnos a lo mismo: aquellos y aquellas que no se encuentran en posesión de medios de producción. Dadas las transformaciones que el capitalismo ha sufrido en las últimas

décadas, incluiremos además en esta categoría a todas aquellas personas que no nutren el alto funcionariado: judicatura, notaría, Registro de la Propiedad, inspección de Hacienda, profesorado titular (tanto de enseñanzas medias como superiores), sanitarios de Grupo A y todo tipo de cargos públicos. Asimismo, arquitectos, abogados y otras profesiones liberales serán considerados clase obrera o trabajadora en función de su condición asalariada. Pese a utilizar los términos indistintamente (clase obrera/trabajadora/baja/popular) matizaremos los distintos significados y cómo cada término es recibido y/o percibido por determinado grupo social en función de muchos factores (origen social, formación académica, contexto en el que se enuncie...). Ya que, por poner el ejemplo más básico, a la gente le cuesta reconocer que es clase baja u obrera (por una serie de implicaciones que denunciaremos a lo largo del libro) pero en cambio se reconoce en la clase trabajadora o clase media-baja. Más allá de tecnicismos sociológicos, cuando mentemos a la clase obrera o trabajadora estaremos haciendo referencia a los de siempre: a la espalda del mundo, a la sal de la tierra.

[2] Utilizaremos el término «clase media» como sinónimo de pequeña burguesía por el uso generalizado que se hace de él aunque consideramos que, desde el punto de vista del análisis social, el término pequeña burguesía o burguesía es mucho más apropiado que el vago y confuso «clase media», que parece más un eslogan político donde «todo cabe» que una categoría científica. Para profundizar en esta idea véase E. Adamovsky, «“Clase media”: reflexiones sobre los (malos) usos académicos de una categoría», *Nueva Sociedad* 247 (septiembre-octubre de 2013), Buenos Aires, Fundación Friedrich Ebert, pp. 38-49.

[3] Aunque aquí estamos utilizando el masculino y el femenino para referirnos a todas y cada una de las profesiones enumeradas, a fin de evitar presentarlas como propias de un género u otro, en este libro utilizaremos el plural genérico masculino para designar a grupos sociales compuestos de hombres y mujeres, a efectos de hacer más ágil la lectura del texto. Esperamos que nuestras amigas luchadoras del feminismo lo comprendan.

[4] La clase obrera ha conseguido reunir para la ocasión a un marxista-leninista, y madridista declarado, que piensa que Trotsky era un agente de la CIA, con una marxista defensora de la obra política de Trotsky (pero no necesariamente de la de todos sus herederos políticos) y culé. Está claro que, para la clase obrera, la unidad no es un campo teórico sino una necesidad.

[5] Solo el pueblo salva al pueblo.

[6] O. Jones, *Chavs. La demonización de la clase obrera*, Madrid, Capitán Swing, 2013.

[7] B. García Gallo, «Uno de cada cuatro “sin techo” tiene estudios universitarios», *El País*, edición digital, 22 de febrero de 2013.

[8] «Elecciones Venezuela 2013: Nicolás Maduro, de conductor de autobús a Presidente», *La información*, edición digital, 15 de abril de 2013.

[9] «Diego Cañamero pone en pie el acto central de la CUP», en *YouTube* [[http://www.youtube.com/watch?v=\\_CzaOjweYMU](http://www.youtube.com/watch?v=_CzaOjweYMU)], consultado el 16 de junio de 2013.

PRIMER BLOQUE  
Clase obrera y mundo del trabajo

# CAPÍTULO I

## La clase obrera en el postfordismo: «todos somos clase media»

«Las clases son amplios grupos de personas que se distinguen los unos de los otros por el lugar que ocupan en un sistema de producción social históricamente determinado, por su relación (en la mayoría de los casos fijada y formulada por la ley) con los medios de producción, por el papel que tienen en la organización social del trabajo...»

V. I. Lenin

«... hablar de clase capitalista o burguesía, pequeña burguesía, clase media y clase trabajadora (la mayoría de la población) se considera ser muy anticuado. Las ciencias sociales, sin embargo, son ciencias. Y la clase social es una categoría científica. Y en ciencia no debe confundirse antiguo con anticuado. La ley de la gravedad es muy antigua, pero no es anticuada. Si lo duda, salte de un cuarto piso y lo verá. Y esto es lo que está ocurriendo a gran parte de las izquierdas gobernantes. Están saltando del cuarto piso y están cayendo en picado.»

Vicenç Navarro

Un fantasma recorre Europa y no es todavía el del comunismo, sino el de la aversión a la clase obrera. Escribir un libro en defensa de una clase demonizada en plena era postmoderna puede resultar un ejercicio de provocación, máxime para una academia que viene decretando su muerte desde hace décadas, unos medios de comunicación que se empeñan en invisibilizar su existencia y una izquierda que parece ya no tenerla como referente. Sin embargo, nosotros, dos tercios nacidos al calor de la transición a la supuesta democracia que hoy padecemos, hemos decidido ir a contracorriente de las modas porque consideramos que esos muertos que algunos matan alegremente gozan, si no de buena salud, al menos de una salud que debe ser debatida.

Además, definir qué es la clase obrera nos parece todavía más urgente cuando observamos la confusión que reina en algunas aproximaciones al tema de las clases sociales. A pesar de que hablar de clases sociales parece de mal gusto y hasta demodé, el asunto sigue preocupando a tirios y troyanos, como demuestra la iniciativa de la Asociación Sociológica Británica que, en 2013, decidió que la división clase alta, media y trabajadora ya no era

operativa y propuso siete nuevas clases sociales (élite, clase media establecida, clase media técnica, nuevos trabajadores pudientes, clase obrera tradicional, trabajadores emergentes de servicios y *precariado*). En tiempos de crisis y desesperación, ya se sabe, se multiplican las voces que pretenden dar explicación –y solución– a lo que está sucediendo. Algunas, menos sofisticadas intelectualmente, se aprovechan de la desorientación política para colar discursos de apariencia progresista pero, en realidad, plagados de prejuicios clasistas. Tal es el caso de un señor llamado Rafael Saura, quien publicó en 2013 un libro titulado *El paradigma. Por qué somos como somos los de clase media*. Nos basta mirar la página de Facebook dedicada al libro para darnos cuenta del nivel de confusión y prejuicios que subyace en ciertos análisis. Su autor responde con esta perla a una internauta que le pide definir a la clase media:

Como cualquier otra etiqueta, clase media no es más que una forma de llamar a esa clase trabajadora, u obrera, a la que tú prefieres referirte; como también considero que un pensionista que cobra por haber trabajado durante toda su vida, sigue perteneciendo a la clase trabajadora y, por ende a la clase media según mi –tan artificial como opinable– clasificación. Creo que mi libro aclara sobradamente este asunto. Un obrero industrial del siglo XIX o principios del XX, miserable y casi siempre analfabeto, no encajaría, sin embargo, en mi definición de clase media. A día de hoy –huelga decirlo– ser un trabajador por cuenta ajena o un desempleado no lleva, en absoluto, aparejada la ignorancia, y es por esto que yo prefiero considerarles clase media<sup>[1]</sup>.

Es decir, como la clase obrera es sinónimo de ignorancia y embrutecimiento para el autor, este utiliza el concepto «clase media» para agrupar a los trabajadores del siglo XXI validando su argumentación en que muchos de ellos seguramente se identificarán más con esa etiqueta que con la denigrada etiqueta de clase obrera o clase trabajadora. La anécdota podría resultar graciosa si no fuera porque denota la profundidad con la que ciertos prejuicios han permeado la mentalidad colectiva y, encima, se combinan con una falta absoluta de claridad sobre la realidad de las clases sociales en el capitalismo actual. Algo bastante peligroso en términos políticos y científicos. Como explica Ezequiel Adamovsky:

Nombrarse «clase media» no solo es unificarse con otros como clase: es también *colocarse en el (justo) medio* y reclamar una ubicación en el mapa de la «civilización»,



una operación del orden de lo simbólico con profundas consecuencias en el plano de las relaciones entre las clases. Aunque no sea consciente de eso, lo mismo le cabe al investigador que coloca en esos sitios las categorías sociales que elige designar como «clase media»[\[2\]](#).

Lo difícil hoy en día es creer que todos somos de clase media, cuando la crisis ha hecho estallar el velo que nublaba la vista de muchos que seguían creyendo que vivíamos en una sociedad donde todos teníamos los mismos derechos, deberes y, sobre todo, las mismas oportunidades. Por mucho que algunos como el señor Saura se empeñen en aferrarse a esa tabla de flotación social, la crisis está mostrando de manera descarnada la falacia del mito de las «clases medias». Vivimos en sociedades cada vez más polarizadas. No es solo que en el Estado español 20 personas posean la misma riqueza que nueve millones de españoles sino que, en pleno siglo XXI, en una de las ciudades pioneras de la modernidad dentro del Estado español y escaparate mundial como es Barcelona, una persona que nazca en un barrio burgués como Sant Gervasi tiene ocho años más de esperanza de vida que alguien que nace en una zona deprimida como el Raval[\[3\]](#); otros datos nos muestran que la atención sanitaria, supuestamente universal hasta hace dos días, en realidad es distinta en función de la clase social. Si todos somos de clase media, que baje Marx y lo vea...

Todo lo anterior nos lleva a algunas de las reflexiones que están en el aire. ¿Qué es la clase obrera hoy? ¿Podemos seguir utilizando ese término para definir al conjunto de los trabajadores y trabajadoras? ¿O el término serviría solamente para una parte de estos? Si nos basamos en la propuesta del señor Saura, los trabajadores del siglo XXI son clase media, mientras que en muchos textos académicos encontramos que la clase obrera hace décadas que desapareció. Pero, ¿es cierto que ya no existen los obreros y las obreras? Entonces, ¿cómo podemos definir en la actualidad a la clase trabajadora? ¿Nos hemos convertido todos en clase media sin darnos cuenta, o bien seguimos siendo clase trabajadora pese a creernos clase media?

Estas son solo algunas de las preguntas que nos proponemos responder en este primer bloque en el que, además, analizaremos cuál es la relación de la clase obrera del siglo XXI con el mundo del trabajo en la coyuntura histórica donde le ha tocado desarrollarse. Así, nos interesará observar en primer lugar cómo ha mutado el capitalismo a lo largo del siglo XX y cómo se ha adaptado

la realidad laboral a estas mutaciones, con el paso del taylorismo y el fordismo al toyotismo y, de este, al fin del trabajo que preconizan algunos autores del sistema, con Jeremy Rifkin a la cabeza, pero también desde esferas académicas supuestamente progresistas. Tras caracterizar a los trabajadores y describir la estructura laboral del Estado español, nos detendremos a debatir con las nuevas modas intelectuales que nos hablan de una nueva clase social emergente llamada «precariado», y con otros análisis interclasistas; así, analizaremos la búsqueda de nuevos sujetos revolucionarios que prolifera en la academia postmoderna, para finalizar reflexionando sobre la cultura del emprendedor y sus miserias.

## DEFINIENDO Y CARACTERIZANDO A LA CLASE OBRERA

Como ya apuntábamos en la introducción, partimos de una visión en la que clase obrera y clase trabajadora son términos indistintos. Creemos que, hoy más que nunca, hace falta sumar fuerzas para lograr un frente popular revolucionario que subvierta el *statu quo* existente y lo transforme en emancipación. Y, para sumar, hay que empezar por no dividir a los trabajadores (en activo o desempleados) con el lenguaje.

Somos conscientes de que, desde un punto de vista sociológico, no es lo mismo hablar de clase obrera, clase trabajadora o clase proletaria. Cada uno de los términos tiene un significado distinto, aunque puedan tocarse en algunos puntos y hasta utilizarse como sinónimos de manera laxa. No obstante, desde un punto de vista político –que es el que nos interesa aquí–, clase obrera, clase trabajadora o proletaria pueden ser utilizados como equivalentes, aun reconociendo sus distintos matices. Cosa distinta es el término «asalariado», ya que este puede englobar al conjunto de los trabajadores que reciben una remuneración en forma de salario pero, como veremos, no todos los asalariados pueden incluirse en la clase trabajadora.

En este apartado no pretendemos realizar un estudio sociológico sobre la estratificación social. Ese trabajo de equidistancia académica se lo dejamos a los sociólogos profesionales. Nuestro propósito es bien distinto, aunque utilicemos algunas herramientas del análisis sociológico que podemos considerar útiles. Lejos de contentarnos con describir la realidad existente, queremos tomar partido decantándonos por los análisis que –desde el

marxismo y el pensamiento crítico— nos ayudan a recordar algo que, aunque pueda resultar muy obvio y asumido por los sectores sociales de mayor conciencia política, creemos que es necesario repetir hasta la saciedad, más en los tiempos que corren. A saber, que la clase obrera, pese a las mutaciones que ha experimentado, igual que el resto de clases sociales, sigue existiendo; que el antagonismo de sus intereses con los intereses de la burguesía, aunque se pretenda ocultar en los medios, sigue haciendo de la lucha de clases el motor de la historia; y que el hecho de que alguien esté confundido acerca de la clase social a la que pertenece, no hace que su situación de clase no exista, o que exista tal y como él o ella la percibe. Tristes tiempos en los que hay que defender lo obvio.

#### LOS DEBATES ACADÉMICOS: SOCIOLOGÍA *versus* MARXISMO

Las clases sociales han existido a lo largo de la historia, no son un invento de trasnochados marxistas obsesionados con demostrar la desigualdad social. Por mucho que Margaret Thatcher se empeñara en afirmar que el concepto de «clase» era un término comunista, la realidad es que desde tiempos antiguos, en forma de jeroglíficos o en alfabeto, en tablas o en pergaminos, ha quedado constancia de la división de clases. Incluso la Biblia, ese libro de cabecera para muchos de los que niegan que vivamos en una sociedad de clases antagónicas, está plagada de referencias clasistas. En la literatura también podemos encontrar magistrales retratos de la sociedad de clases; solo hace falta mirar con las gafas adecuadas para darnos cuenta de que, incluso antes de que comenzara la acumulación originaria que dio paso al capitalismo, las sociedades han estado fracturadas entre propietarios y esclavos, patricios y plebeyos, señores y vasallos, burgueses y obreros. En definitiva, los de arriba y los de abajo, los ricos y los pobres. Diferentes términos para definir la opresión a la que ha sido sometida la mayor parte de la población por una minoría a lo largo de la historia.

La clase obrera es la clase social que emerge con la sociedad industrial en el siglo XIX. El concepto sirve para caracterizar a aquellos que, a diferencia de la burguesía, no poseían los medios de producción en el nuevo sistema económico y, por tanto, tenían que vender su fuerza de trabajo a la nueva clase dominante. Sin embargo, la explotación no se inicia con el trabajo

asalariado, sino que ya estaba presente en formas previas de sometimiento como la esclavitud y el vasallaje. La novedad con el capitalismo es que ahora la relación entre explotador y explotado toma forma de contrato mediado por un salario.

El capitalismo trae aparejado el desarrollo de una ciencia social surgida para tratar de explicar los cambios que se están produciendo a un ritmo vertiginoso, la sociología. Esta es el intento de los científicos sociales de la clase burguesa, cuyos máximos exponentes en ese tiempo fueron Comte, Durkheim y Weber, por comprender el porqué del conflicto social. Con el desarrollo de la sociedad industrial surge también el más grande pensador político de todos los tiempos, Karl Marx, quien, junto con su colega Friedrich Engels, llega para trastocar los análisis sociales existentes hasta la fecha.

La sociología ha sido tildada de ciencia antisocialista<sup>[4]</sup> por algunos autores que se reivindican del marxismo: en su ejercicio de comprensión de la sociedad y sus conflictos, la sociología tiene como objetivo proporcionar un nivel de comprensión de la realidad que puede ser funcional para los intereses del capital, al dotar a este de herramientas para aminorar el conflicto social; a diferencia del marxismo, cuyo origen está no solo en la comprensión del funcionamiento del sistema para paliar sus contradicciones, sino en la voluntad expresa de derrocarlo. El pensamiento de Marx va a revolucionar las incipientes ciencias sociales al poner sobre la mesa un tema espinoso que todavía sigue siendo objeto de gran debate en la academia, como veremos más adelante, y que es el de la necesaria vinculación de la teoría con la praxis. El marxismo es incómodo porque desenmascara y denuncia la defensa de un *statu quo* opresor en toda ciencia social que opere en la abstracción y se escude en una supuesta neutralidad científica para eludir el necesario compromiso político que requiere la emancipación humana. Una clara toma de partido que sigue incomodando a quienes aspiran a pasar por la academia teniendo una vida cómoda, plácida y sin sobresaltos.

Mientras el marxismo aspiraba a analizar la desigualdad generada por la propiedad privada de los medios de producción para escudriñar la manera de acabar con ella, la sociología se dedicaba a describir la estratificación social. Ello era coherente con el nacimiento de la sociología como disciplina científica liberal: una disciplina destinada a ordenar y catalogar la sociedad existente. Ello no fue óbice para que, dentro de la disciplina sociológica, se desarrollaran diversas corrientes críticas, incluso rupturistas, que han bebido

en mayor o menor medida del marxismo como fuente epistemológica.

El marxismo se centró en analizar la estructura de clases en un sistema de producción determinado y, por tanto, a observar los intereses antagónicos que enfrentaban a las distintas clases sociales con el fin último de superar dicho conflicto. La aportación de Marx es crucial al dotar al concepto de clase de una dimensión científica y política rigurosa. El análisis de las clases, para la teoría marxiana[5], no es una mera enumeración cuantitativa de estratos ordenados jerárquicamente, sino que las considera fuerzas vivas sobre las que se arma la explicación del devenir histórico de las sociedades. A partir de ese momento, la historia comienza a entenderse como la sucesión de la lucha de clases, entendiendo por clases las categorías económicas que representan intereses y relaciones antagónicos. Dentro de ellas, hay una clase que, por su ubicación en la cadena capitalista, tiene la misión histórica de ser el sujeto que lidere el cambio social, la clase obrera. Esto se debe a que la clase obrera es capaz de paralizar la actividad económica cuando se moviliza, poniendo en jaque a las fuerzas productivas y, en segundo lugar, porque es la única que puede hacerlo en términos emancipatorios, ya que su liberación trae aparejada la liberación del conjunto de la humanidad al quebrar las bases económicas que sustentan el capitalismo como sistema de explotación, dando lugar a un nuevo tipo de sociedad.

La relación con los medios de producción es para Marx el eje principal que vertebra la pertenencia a una clase u otra bajo el capitalismo. Es importante tenerlo en cuenta porque en ocasiones se confunde el poder adquisitivo o el estatus que otorga determinada posición laboral con una posición de clase. Siguiendo a Marx, dos individuos que compartan oficio e ingresos pueden pertenecer, incluso, a dos clases sociales distintas; por ejemplo, un electricista que sea autónomo y tenga su propio negocio, y otro que sea asalariado de una empresa.

La fragmentación experimentada por la clase obrera en las últimas décadas, subdividida ahora en múltiples oficios conforme a distintas habilidades manuales o intelectuales, tiende a trasladarse en algunos análisis sociológicos a una estructuración social dividida en categorías laborales e identidades, en lugar de en clases. Esto es un error de análisis; en primer lugar, porque confunde clase con oficio o identidad cuando es evidente también que diferentes oficios que aporten distintos niveles de ingresos pueden ser agrupados bajo una misma clase social, la trabajadora, en este caso; pero es

asimismo un error político, porque debilita los intentos de construcción de una identidad colectiva de la clase trabajadora que pase por encima de las diferencias de oficio, salario, etc., que se puedan dar en su seno. Esta visión se reproduce en la cotidianidad cuando creemos que un administrativo que trabaja llevando la contabilidad de una empresa es menos obrero que quien hace el reparto de la empresa, o que los trabajadores manuales que pueda haber en ella.

Estos posicionamientos que hacen énfasis en las subdivisiones de la clase trabajadora focalizando la atención más en lo que la separa que en lo que la une, entroncan con las visiones sociológicas que realizan estratificaciones sociales sobre la base de aspectos distintos a la clase social, visiones que serán inspiración para sectores de la academia postmoderna que consideran que el principal eje divisor de la estructura social de las sociedades actuales ya no es la clase, sino otros aspectos como las categorías profesionales de prestigio, la raza, el género o la orientación sexual. La misma academia postmoderna que puso el grito en el cielo porque el marxismo corría un tupido velo sobre las confrontaciones no clasistas, es la misma que ahora ignora la confrontación capital-trabajo e invisibiliza a la clase obrera... Ironías del destino. Pero, sigamos, si bien esos otros aspectos, «clivajes políticos» en terminología politológica, se suman al de la clase social y pueden desempeñar un papel preponderante en realidades sociales donde la variable étnica es un determinante de peso para la ubicación social (como es el caso de las sociedades latinoamericanas, donde ser indígena o afrodescendiente en la mayoría de países determina en gran manera el destino de los sujetos), la clase social es, al fin y al cabo, lo que acaba determinando en última instancia la jerarquía en una sociedad determinada. Parafraseando a Marx, para el capital todos los hombres (y mujeres) son igual de explotables. ¿O acaso cuenta con los mismos horizontes de vida una mujer de clase alta que una mujer de clase trabajadora? ¿O tiene las mismas expectativas al nacer un afrodescendiente latinoamericano que llegue al mundo en una familia con recursos y tenga la posibilidad de realizar estudios universitarios, que un afrodescendiente que nace en una favela, ranchito o en una villa miseria?

Es cierto que, en este tipo de sociedades, el concepto de clase como variable principal se complejiza y está permeado por esas otras variables, pero la clase sigue siendo el determinante último que coloca a los individuos en un lugar u otro de la balanza social. Por ejemplo, más allá de la existencia

de personas que abrazan el supremacismo blanco representado por el Ku Klux Klan y la creencia de que hay razas superiores a otras, la discriminación de los afrodescendientes en Estados Unidos deriva directamente de la esclavitud y del papel al que fueron relegados en el desarrollo del capitalismo industrial de Estados Unidos[6]. Primero fue la esclavitud y luego llegó el Ku Klux Klan. Se argumentará que, para que hubiera esclavitud, se requirió de una ideología que viera a los africanos como seres inferiores que podían ser sometidos y esclavizados. Cierto, pero no más cierto que afirmar que las necesidades materiales de una mano de obra que escaseaba en América fueron las que estuvieron detrás de la aberrante decisión de secuestrar y arrancar a millones de seres humanos de su tierra en África para trasladarlos al continente americano, personas que a ojos de los esclavistas aportaban además la ventaja comparativa de trabajar sin percibir un salario, lo que suponía ampliar todavía más los márgenes de ganancia de los explotadores. Que lo económico es el punto neurálgico para el sistema lo sabían también los exesclavistas de Estados Unidos, ya convertidos en «respetables» políticos, cuando mostraban un pánico especial a que los afrodescendientes pudieran unirse políticamente a los inmigrantes blancos que tenían claros posicionamientos de clase, como nos cuenta Howard Zinn en su imprescindible *La otra historia de los Estados Unidos*. Este es solo un ejemplo que ilustra cómo la discriminación racial no puede desvincularse de la variable económica. Lejos está de nuestra intención negar la existencia de una lacra como el racismo que, por desgracia, sigue vigente en las mentes de muchas personas y en las políticas de muchas instituciones pero, como se decía en América Latina en tiempos de la Colonia, es indudable que en la mayoría de contextos el dinero blanquea. Si alguien lo duda en la actualidad, no tiene más que pensar en los jeques árabes que cada año son recibidos con alfombra roja en Marbella, por los que cierran establecimientos enteros para que se gasten allí los cientos de miles de euros que pueden desembolsar en cuestión de minutos mientras que unos kilómetros más allá, casi en la misma costa, otros árabes (a los que no dejarían entrar en esos establecimientos de lujo) se dejan la vida en las concertinas por arribar al «Primer Mundo».

Las visiones fragmentadas de la sociedad, tan caras al análisis postmoderno actual, también encontraron hueco en la sociología. Así, tenemos una pléyade de subdisciplinas dentro del campo de la sociología: sociología de la familia, sociología de la educación, del género, del arte, de la comunicación, del



trabajo[7] y un largo etcétera. Estas escuelas ven el mundo a través de un trocito de su realidad, olvidando muchas veces la necesaria referencia a la totalidad que todo análisis debería presentar para poder ser realmente comprensivo. Por el contrario, el marxismo trató de comprender la realidad como un todo, yendo de lo abstracto a lo concreto, para dar explicaciones globales y multifactoriales de los procesos, sin perder de vista su ubicación dentro del decurso histórico. Una voluntad «totalizante», de búsqueda de la verdad que sirva para la emancipación del conjunto de la humanidad, que ha sido cuestionada por las corrientes posteriores que tienen en el análisis de la fragmentación y la diferencia su razón de ser.

Dentro del campo sociológico hay una pugna abierta entre los defensores de la vigencia de la división de clases para analizar la estratificación social y los que consideran que el término de clase social es ya inservible para el estudio de las sociedades postindustriales. Este debate, que pudiéramos pensar que es nuevo, viene coleando desde hace muchas décadas, pues, a principios de los setenta del siglo pasado, ya se publicaban reflexiones como estas:

En los últimos veinte años la abundantísima literatura sobre la sociedad occidental nos llena de confusión sobre qué son, para qué sirven (¿acaso existen?) las clases sociales. Hubo un tiempo en que, a pesar de la juventud de la sociedad capitalista (y, por tanto, de la permanencia de muchos elementos de sociedades anteriores), la existencia de las clases parecía un hecho indiscutible. Cuando el desarrollo de la sociedad capitalista ha dado lugar a que en cada país la formación socioeconómica correspondiente se asemeje más al modo de producción capitalista puro, se han multiplicado las tentativas de confusión ideológica sobre la división social[8].

Alguno de los argumentos que sociólogos como Raymond Aron utilizaron en su momento para relegar la clase como criterio de estratificación fue que las clases sociales ya no son grupos «tan diferenciados y tan claramente identificables como lo era el proletariado del siglo XIX»[9]. Otros autores argumentaron que las diferencias físicas entre un trabajador y un burgués fuera del ámbito laboral eran imperceptibles (lógicamente, se están refiriendo a sociedades donde no hay una vinculación expresa entre clase y etnia), o que las actuales líneas de jerarquía social están más difuminadas[10]. Estos argumentos se escribieron a mediados de los noventa; cabría preguntarse si los autores seguirían sosteniendo tales afirmaciones en un contexto de cada

vez mayor concentración de la riqueza. Aunque también sorprende que se hicieran entonces afirmaciones de este tipo, pues las diferencias de clase en las sociedades no «pigmentocráticas» son perceptibles por aspectos como la ropa que se usa, el habla o el envejecimiento prematuro que padecen quienes venden su fuerza de trabajo, sobre todo en actividades de desgaste físico o de mucho estrés psicológico.

Incluso aquellos sociólogos que, como Alain Touraine y sus teorías del postindustrialismo, no consideran la existencia de clases sociales antagónicas pueden ser refutados simplemente observando si se da o no en la sociedad lucha de clases. Como la respuesta es un sí rotundo —este hecho es incluso aceptado públicamente por destacados representantes de la clase dominante, como el financiero y multimillonario Warren Buffett[\[11\]](#), quienes se supondría que estarían más interesados en negar su existencia—, no podemos más que afirmar que las teorías que postulan un mundo armonioso, donde las clases sociales estarían constituidas por gradaciones de estratos con intereses interclasistas, no son más que maneras de eludir, y hasta negar, el meollo del asunto: la lucha de clases es el pilar sobre el que se sigue sustentando el devenir histórico.

Curiosamente (o no), la sociología liberal coincide con los «postmodernos de izquierdas» en considerar que seguir hablando de proletariado y de la organización de la clase obrera es cosa del pasado:

Hay que decirlo claramente: la condición proletaria, en una sociedad en vías de enriquecimiento y de institucionalización de los conflictos de trabajo, no puede ya constituir el tema central de los debates sociales. En cambio, el control de la información, la autonomía de las colectividades locales, la libertad y la «desestatización» de las instituciones universitarias, la adaptación del trabajo a la mano de obra, y una verdadera política de ingresos, constituyen los objetivos en torno a los cuales pueden organizarse y se organizan los movimientos sociales[\[12\]](#).

Por otra parte, desde algunos sectores de la sociología, el trabajo ha dejado de verse como eje articulador de la identidad y la vida de los individuos. Se argumenta que la existencia de niveles cada vez mayores de desempleo hace que esas personas no puedan identificarse como trabajadores. Este hecho, sin duda, plantea un desafío para reflexionar pero, de igual manera que el hecho de no contar con un trabajo no anula la identidad del sujeto como miembro de

la clase trabajadora, tampoco la visibilidad cada vez mayor de la complejidad y diversidad de las sociedades actuales anula la existencia de las clases sociales.

Otros teóricos hablaron en su momento de una «nueva clase obrera» compuesta de empleados de «cuello blanco» que no se habrían proletarizado, a diferencia de lo esperado por el marxismo y que, por el contrario, basarían su distinción en la posesión de lo que Pierre Bourdieu llamó «capital cultural institucionalizado», es decir, en sus niveles relativamente altos de educación y formación, lo que los distinguiría de los poseedores de capital y de los trabajadores manuales[13]. Una especie de «clase de servicio» con valores conservadores que se asimilaría, en algunos aspectos, a las «clases medias». Sin embargo, la crisis económica está suponiendo una proletarización cada vez mayor de estos sectores, que no se libran de la precarización creciente que impacta en casi todo el mercado laboral.

En el campo marxista, existe todo un debate académico y político, que consideramos innecesario reproducir aquí, sobre cuál era la concepción de Karl Marx acerca de las clases sociales; es sabido que Marx murió dejando inconcluso el capítulo 52 de *El Capital* que había comenzado bajo el epígrafe «Las clases». Si bien en el inicio de este capítulo Marx apuntaba a una división tripartita en función de la ubicación de las clases en el proceso productivo —es decir, entre propietarios de simple fuerza de trabajo, propietarios de capital y propietarios de tierras, que correspondían respectivamente, a obreros asalariados, capitalistas y terratenientes—, mucho ha llovido desde que Marx escribió su obra cumbre y mucho ha cambiado la sociedad desde el siglo XIX. Igual que Marx no pudo teorizar sobre muchos de los problemas que hoy en día aquejan a nuestras sociedades, por muy visionario que fuera, tampoco podemos pedirle que describiera en el siglo XIX cómo iba a ser la composición de clase de las sociedades del siglo XXI. Además, autores como Daniel Bensaïd destacan que a Marx no le interesó entrar a describir quiénes conformaban una clase u otra, pues, para él, la importancia de las clases radicaba en las relaciones sociales conflictivas que establecían entre ellas[14]. La idea de las clases como relaciones sociales es fundamental, pues nos hace ver que no existen unas clases sociales en abstracto que se yuxtaponen, sino que las clases sociales se autoconstituyen relacionamente, es decir, su origen se da en la relación de interacción que establecen con otras clases sociales. Para describirlo gráficamente, la clase

obrero existe y seguirá existiendo en tanto en cuanto tenga enfrente a una clase burguesa, con la que coexista y choque en función de los distintos intereses económicos que cada clase tiene. Siguiendo a Bensaïd: «Las clases no existen como realidades separables, sino solo en la dialéctica de su lucha. No desaparecen cuando las formas más vivas o las más conscientes de la lucha se atenúan. Heterogénea y desigual, la conciencia es inherente al conflicto que comienza con la venta de la fuerza de trabajo y la resistencia a la explotación. Y que ya no cesa»[\[15\]](#).

Más allá de estos debates, puramente académicos por otra parte, lo que nos interesa rescatar de la teoría de Marx es su cualidad visionaria, no porque seamos fans de los futurólogos, sino por su capacidad para describir el funcionamiento de la maquinaria capitalista y las consecuencias que se iban a derivar de su desarrollo, incluso en términos del impacto en las clases sociales, que nos puede ser útil para el análisis actual. Además, hay otros aspectos de su teoría que nos sirven. Uno es su esquema dicotómico, en palabras de Ossowsky, que analiza las clases como una oposición binaria entre clase dominante y dominada, explotadores y explotados o trabajadores y no trabajadores; aunque es cuestionable reducir el pensamiento dialéctico de Marx a un esquema dicotómico, a efectos funcionales podríamos afirmar que esta visión es la del Marx más político[\[16\]](#). Otro es la misión histórica de la clase obrera, es decir, su potencial revolucionario, porque «La condición de la emancipación de la clase obrera es la abolición de todas las clases»[\[17\]](#), lo que significa que, cuando la clase obrera rompe sus cadenas, rompe las cadenas de toda la sociedad porque destruye el edificio social erigido sobre la explotación capitalista, quebrando su funcionamiento y dando lugar a un nuevo orden económico. Y, el último, es la polarización creciente de las sociedades fruto del avance del capitalismo que acaba proletarizando a la pequeña burguesía, una realidad que podemos comprobar hoy en día con el impacto de la crisis económica en Europa, pero también en un mundo donde la riqueza está concentrada cada vez en menos manos. Solo así se entiende que, en un contexto de crisis económica, los ricos sean cada vez más ricos y se esté dando un empobrecimiento de los sectores populares que está afectando incluso a las antiguas clases medias. Una prueba de que Marx no se equivocó en sus predicciones es que, en plena crisis económica, crezca el número de millonarios y aumenten las ventas de los artículos de lujo. Se manifiesta una vez más que la relación entre clases es dialéctica e hija del

conflicto: la miseria de muchos se traduce en los beneficios y opulencia de unos pocos.

Antes de que nos tachen de mecanicistas y economicistas, queremos dejar claro que, como han demostrado varios de los grandes pensadores que han enriquecido la teoría marxista, para comprender el fenómeno de las clases sociales hemos de acudir también al análisis de otros aspectos que van más allá del ámbito laboral, como son los estilos de vida, el estatus, los orígenes familiares, los niveles culturales y educativos, la participación social y política o, incluso, el género o el grupo étnico, ya que, para comenzar, no podemos negar que existe una doble explotación de la mujer trabajadora en el sistema capitalista, igual que en ciertas realidades la pertenencia a un grupo étnico determinado puede suponer o bien la marginación o bien el privilegio social. Algunos de estos temas los abordaremos con mayor profundidad a lo largo del libro; sin embargo, cabe apuntar aquí que en ellos radica muchas veces la heterogeneidad y la fragmentación de la clase trabajadora que se expresa en las contradicciones secundarias que observamos entre la propia clase obrera, en las diferentes expectativas vitales que puede tener un niño de barrio, hijo de padres con inquietudes culturales, de aquel cuyos padres no se han interesado nunca en coger un libro, las distintas pautas de consumo y ocio, o el divergente posicionamiento ideológico. Todo ello nos remite a la vez al tema de la conciencia de clase que, sin duda, está permeado por muchos de los aspectos que acabamos de enumerar, por lo cual no podemos esperar que haya una relación lineal entre ubicación laboral y conciencia de clase.

Se argumenta frecuentemente que, si muchos de estos trabajadores no son conscientes de pertenecer a la clase trabajadora, no pueden constituir una clase como tal. Desde un punto de vista objetivo, sí la constituyen, pues siguen existiendo las relaciones sociales de explotación que permiten que podamos hablar de clase trabajadora y clase burguesa. ¿O acaso ya no hay explotadores y explotados? Sociológicamente, además, estos trabajadores, aun sin conciencia, se agrupan bajo un mismo paraguas clasificatorio. Ahora bien, en términos subjetivos, políticos, seguramente estamos lejos de lograr que se erijan como una misma clase social consciente de sus intereses en tanto en cuanto no desarrollen dicha conciencia en la lucha. Es lo que en términos clásicos se llamaría el paso de ser «clase en sí» a «clase para sí». Para nosotros no hay duda de que son una clase potencialmente

revolucionaria, aunque ni ellos mismos se den cuenta todavía. Pensar que la clase obrera no existe como tal si no es plenamente consciente de sus intereses colectivos en el capitalismo, es pasar por alto que la clase obrera se topa con impedimentos para esa toma de conciencia, que van desde los aspectos materiales presentes en la misma naturaleza de las relaciones mercantiles del trabajo, donde encontramos el velo del dinero y otros asuntos que llevan a la generación de una falsa conciencia que se da de manera espontánea y cotidiana; unido a los aspectos más ideológicos, como es el hecho del constante bombardeo que la clase obrera padece de las ideas de la clase dominante que van contra sus intereses, ideas que, en demasiadas ocasiones, adopta como propias. Este es el papel y la función del sistema: convencer a la clase obrera de su propia inexistencia. La clase dominante es muy consciente de lo que ocurriría si, por casualidad, algún día la clase obrera toma conciencia de su existencia, sobre todo de su capacidad de subvertir el sistema que la oprime: los cimientos del capitalismo correrían grave peligro. Solo gracias al papel de los medios de comunicación y la influencia de las ideas de la clase dominante en la conciencia de los trabajadores, aspectos que abordaremos con más detalle en los próximos capítulos, se entiende que haya obreros que voten al PP. Pero votar al PP, por mucho que les duela a algunos, no les hace menos obreros, solo los vuelve tontos útiles para la derecha. El objetivo del próximo apartado es, precisamente, ver quiénes son los trabajadores que conforman la clase obrera del siglo XXI en el Estado español. En otras partes del libro analizaremos por qué, pese a ser de clase obrera, no se sienten como tales.

### ¿QUIÉNES SON LOS TRABAJADORES EN EL POSTFORDISMO?

Partimos de una caracterización de la clase obrera coincidente con la que expresan varios especialistas del mundo del trabajo, entre ellos una de las personas que más ha estudiado las clases sociales en el Estado español, Daniel Lacalle<sup>[18]</sup>. Igual que para él, para nosotros la clase obrera hoy «... es el conjunto de los trabajadores asalariados no directamente involucrados en los intereses de los propietarios de medios de producción, es decir, no contabilizando a los gerentes y directores de empresas privadas y altos funcionarios de las administraciones, incluidos los altos cargos pertenecientes

a las Fuerzas Armadas y de Seguridad»[19]. A pesar de que Lacalle hace una distinción entre clase obrera y trabajadores dependientes, en los que incluye a los falsos autónomos y franquiciados, entre otros, creemos que muchos de esos falsos autónomos conforman también la clase obrera precisamente por lo falso de su condición de autónomos[20].

Coincidimos en una visión ampliada del concepto de clase obrera porque observamos que algunos análisis basados en interpretaciones restringidas del marxismo o en visiones puristas del mismo —como la de Nicos Poulantzas, que niega la pertenencia a la clase obrera de los trabajadores asalariados de servicios por pertenecer a la categoría de trabajadores improductivos— pueden llevarnos al absurdo al intentar aplicar categorías propias de una realidad de hace dos siglos, de manera mecanicista, a la situación del mundo del trabajo actual. Esto es especialmente cierto a la hora de analizar y definir quiénes son los obreros del siglo XXI. Como nos explica Mariano F. Enguita:

La mayoría de los autores marxistas sostienen un concepto del trabajo productivo que restringe este al de los obreros industriales que trabajan para el capital. Quedan fuera, por consiguiente, los trabajadores asalariados de los servicios, el comercio y las finanzas. Algunos de entre ellos, además, consideran que el concepto de trabajo productivo es idéntico al de clase obrera con lo cual son excluidos de esta los trabajadores asalariados ya citados y, *a fortiori*, los del Estado, cualesquiera que sean sus condiciones de trabajo[21].

Estas visiones ortodoxas, paradójicamente, alimentan el mito de una clase obrera folklórica a la que tanto apelan algunos de manera interesada para llevar el debate a su terreno. Nos referimos a la imagen de un trabajador varón, de mediana edad, padre de familia, heterosexual, vestido con un mono azul, que labora en una fábrica industrial, tiene carné de alguno de los grandes sindicatos de clase de este país y fuma ducados. Un personaje que, además, se adorna con calificativos de machista, sexista y racista. Dejando a un lado lo cuestionable de estas generalizaciones, este cliché de la clase obrera ni responde a los cambios sociales que se han producido en las últimas décadas ni nos permite avanzar hacia una identidad más plural que tenga en cuenta la nueva configuración de la clase trabajadora, heterogénea y multifacética, conformada por todos esos trabajadores y trabajadoras que no encajan en el prototipo, pero que son tan clase obrera como el modelo de



trabajador industrial de los siglos XIX y XX.

El debate no es si la clase obrera es representada por un obrero de mono azul o una reponedora. La clase obrera no es ni ha sido nunca un ente inamovible ajeno a las mutaciones del capitalismo. La clase obrera se ha ido transformando al compás de las propias transformaciones capitalistas y por tanto, obviamente, su conformación varía en función de muchos factores: histórico, geográfico, cultural, etc. En la Europa de los años cincuenta era representada por el obrero fordista de mono azul, pero en la España de los años treinta era la gente pobre del campo que nutría las filas de la CNT y de otros sindicatos de clase. Es muy revelador estudiar muchos carteles de la época en los que se apelaba a dependientes y camareros a que nutrieran las filas de la clase obrera contra el fascismo. En la Venezuela bolivariana era representada por un militar de origen humilde, como era Hugo Chávez, o en la actualidad por un conductor de autobuses llamado Nicolás Maduro. En Bolivia, por un sindicalista al que le cierran el espacio aéreo europeo (pero ya no hay imperialismo, ¿verdad?). En la Andalucía del siglo XXI la clase obrera es representada por un profesor de instituto y alcalde llamado Juan Manuel Sánchez Gordillo y por un jornalero sin estudios llamado Diego Cañamero. En Vigo, por los trabajadores de astilleros. Quizá en Madrid es representada por un camarero o una cajera de supermercado pero, cuando la marcha minera entró en el Paseo de la Castellana, fueron los mineros leoneses y asturianos los que representaban a la clase obrera y al conjunto de los explotados, aunque fuera por unas horas. Ese no es el debate; la clase obrera es flexible y multiforme y está ahí para ser representada, y dicha representación variará según las circunstancias.

Por suerte, desde el marxismo ha habido también aportaciones que han enriquecido la perspectiva, como las de Paul Hirst o Elmar Altvater, quienes defienden que maestros, actores, cantantes, escritores o chefs también pertenecen a la clase obrera, sin importar si son trabajadores productivos o no, ya que «los productores no-materiales, periodistas, deportistas, cantantes –siempre están sometidos al capital– realizan también un trabajo productivo, porque sufren también para añadir plusvalía a ese capital, escribiendo, saltando, cantando»[\[22\]](#). Expresado en términos más generales, Ernest Mandel afirma:

La característica estructural que define al proletariado en el análisis marxiano del



capitalismo es *la obligación socioeconómica de vender su propia fuerza de trabajo*. Así, pues, dentro del proletariado se incluyen no solo trabajadores industriales manuales, sino todos los asalariados improductivos que están sujetos a las mismas restricciones fundamentales: no propiedad de los medios de producción; falta de acceso directo a los medios de subsistencia (¡la tierra no es de ninguna manera libremente accesible!); dinero insuficiente para comprar los medios de subsistencia sin la venta más o menos continua de la fuerza de trabajo[23].

Es importante, por tanto, no perder de vista que, en la actualidad, aquellos a los que el marxismo califica de «trabajadores improductivos» (es decir, trabajadores de los que no se extraería plusvalía y, por tanto, no generarían riqueza social) también experimentan situaciones laborales muy cercanas a las que viven los trabajadores productivos[24], como se puede apreciar en las condiciones laborales cada vez más degradadas que padecen incluso los empleados públicos. De hecho, estudiosos del trabajo como Ricardo Antunes proponen una concepción ampliada de la clase trabajadora «que incorpora *la totalidad del trabajo colectivo y social* que participa de la producción de mercancías, sean estas materiales o inmateriales, sea [dicha clase] directa o indirectamente participe del proceso de reproducción del capital»[25].

Los cambios experimentados por el capitalismo a lo largo del último siglo nos llevan a tener una visión no restrictiva de la clase trabajadora, desechando la idea de que su composición sigue siendo la misma desde su surgimiento a finales del siglo XIX. Hoy la clase obrera no se nutre exclusivamente de aquellos trabajadores que solo podían vender su capacidad manual al patrón en el contexto de una fábrica, lo que tradicionalmente se conoció como trabajadores de «cuello azul». Desde hace décadas, la clase obrera comenzó a estar conformada también por trabajadores del sector servicios que gran parte de la sociología había catalogado como trabajadores de «cuello blanco» e integrantes de las «clases medias» por desempeñar labores no manuales. Pero, en realidad, estos supuestos trabajadores de «cuello blanco» son, en la mayoría de ocasiones, trabajadores que se dedican a tareas tan manuales como los de «cuello azul»: camareros, conductores, administrativos, instaladores, teleoperadores, dependientes... No considerar a estos trabajadores de clase obrera es un error garrafal que nos debilita, además, políticamente.

Si nos quedáramos con las interpretaciones restringidas o las deformaciones

reduccionistas, nos encontraríamos con que casi no habría clase obrera en el Estado español ya que en la actualidad más de 3 de cada 5 españoles trabajan en el sector terciario de la economía, es decir, en el sector servicios, el que para muchos sociólogos engrosa las «clases medias» o que, por otra parte, se nutre de gran parte de «trabajadores improductivos». Pero suponemos que a nadie se le ocurriría afirmar que una señora de la limpieza que trabaja para una subcontrata, o cualquier otra empresa esclavista de las que se dedican a prestar servicios a una institución pública o privada superexplotando a sus trabajadores, no es clase obrera. La respuesta, en cambio, parece no ser tan fácil para algunos cuando se trata de dirimir si otros miembros del sector servicios que podrían entrar en la categoría de trabajadores intelectuales, como los informáticos de mantenimiento o los diseñadores gráficos, pertenecen a la clase obrera o no. El hecho de tener estudios o conocimientos técnicos, ¿los colocaría en una clase distinta a la trabajadora de la limpieza?

Un argumento que escuchamos con frecuencia para justificar la desaparición de la clase obrera es que actualmente vivimos en sociedades donde los trabajadores manuales son una minoría y los trabajadores intelectuales, el «cognitariado» a decir de cierta academia afecta a los neologismos, serían trabajadores no asimilables a un trabajador manual. Pero la precarización cada vez mayor de los puestos de trabajo en esta etapa del capitalismo provoca que una parte considerable de los trabajadores intelectuales que no se encuentran entre las profesiones de elite, encargados de operaciones abstractas, muchas veces con formación universitaria, y que pueden desempeñarse como técnicos, científicos, analistas o cualquier otro tipo de profesión para la que se necesite algo más que procesos manuales y mecánicos, lo que se conoce tradicionalmente como «aristocracia obrera», comparta condiciones de vida que los equiparan a la clase trabajadora. Aunque sean parte de lo que la sociología llama trabajadores de «cuello blanco», pretender que algunos sectores de estos trabajadores no conformen la clase obrera sí que es estar anclado en el siglo XIX y tener una visión reduccionista del mundo del trabajo. Es evidente que si el mundo del trabajo muta, también lo harán los trabajadores que de él formen parte. ¿Deberíamos dejar de llamar clase obrera a los trabajadores del siglo XXI solo porque ya no encajen en el imaginario preconcebido que algunos tienen del obrero fabril?

Porque ¿qué diferencia hay en la actualidad entre vender una fuerza de trabajo física y vender una fuerza de trabajo intelectual? En un mundo donde

se ha producido una revolución científico-tecnológica con la irrupción de la informática y la necesidad de manejar sistemas de computación u otra maquinaria compleja para desempeñar el trabajo cotidiano de muchos trabajadores –no dotados necesariamente de formación universitaria y, a veces, ni siquiera profesional–, las divisiones estancas entre trabajadores manuales y trabajadores intelectuales son cada día más difusas. Una simple dependiente de una zapatería tiene que saber vender un producto pero también cobrarlo y, para ello, ha de poder utilizar un ordenador y el programa específico instalado en él. Puede parecer algo muy básico, pero no deja de requerirse un mínimo de familiarización con un entorno informático que exige ciertas habilidades que, vistas desde otro momento histórico, serían habilidades complejas. Los que tenemos padres que superan los sesenta años de edad y que no han tenido que usar un ordenador antes por motivos laborales, sabemos de lo complicado que puede llegar a ser para alguien no familiarizado con estos entornos el simple hecho de utilizar un ordenador. No estamos equiparando este acto mecánico a un trabajo intelectual, sino subrayando que las destrezas asociadas a los trabajos manuales o de servicios tienen un componente cada vez más próximo a habilidades que en otro tiempo eran netamente intelectuales.

Las interpretaciones sociológicas y políticas que hacen énfasis en las divisiones existentes entre los trabajadores de «cuello blanco» y «cuello azul», presentándolas como contrapuestas, no nos sirven para aglutinar en términos políticos a los trabajadores bajo un mismo paraguas de intereses comunes que confluya en una propuesta política colectiva que responda a los intereses de la clase trabajadora. Todavía con mayor motivo cuando observamos que gran parte de los trabajadores de «cuello blanco» tienen mucho más en común con la clase trabajadora que con la pequeña burguesía. Aunque la clase obrera esté dividida en diversas capas, algunas de las cuales –como la «aristocracia obrera»– pudieran tener a priori intereses más próximos a los de la pequeña burguesía<sup>[26]</sup>, la precarización creciente de sus condiciones de vida aproxima a la «aristocracia obrera» al resto de capas de la clase trabajadora. Sin negar las diferencias que se pueden dar entre distintos tipos de trabajadores –de las que se pueden derivar sin duda distintos intereses en el corto plazo por la «posición contradictoria de clase» de la «aristocracia obrera» y otros sectores de los trabajadores intelectuales–, lo cierto es que en el largo plazo el horizonte de emancipación es el mismo:

el comunismo como necesidad histórica para la supervivencia de la humanidad.

La movilidad social de los trabajadores de las sociedades occidentales a lo largo del siglo XX también ha sido utilizada como elemento de negación de los antagonismos de clase y hasta como herramienta para convertir el conflicto de grupo en competencia individual entre trabajadores por posiciones en un mismo sistema ocupacional, a decir de sociólogos como Ralf Dahrendorf. Para otros sociólogos, la movilidad social tiene que ver más con un tema de estatus o prestigio que con la clase, definida esta en términos económicos[27]. Habría, por tanto, mucho que decir al respecto pues la movilidad, a pesar de haber sido importante a partir de los ochenta y noventa, no ha dejado de ser relativa, al menos en el Estado español, ya que si se hubiera dado una movilidad colectiva en términos ascendentes estaríamos hablando de una sociedad que funcionaría sin mecánicos, basureros, electricistas o fontaneros, que no es el caso. Por otra parte, la actual crisis ha venido a tirar por tierra los sueños de movilidad ascendente para grandes capas de trabajadores. Es más, lo que tenemos actualmente es una movilidad descendente para el conjunto de la sociedad –menos para los grandes propietarios de siempre, que con la crisis se han hecho más ricos a costa del resto.

En el Estado español, el 83 por 100 de los ocupados son asalariados, un 66 por 100 de los cuales trabajan en el sector privado y casi un 17 por 100 en el sector público. Los trabajadores se agrupan desigualmente en los sectores de actividad (4,3 por 100 en la agricultura, 14 por 100 en la industria, 8,9 por 100 en la construcción y un 73 por 100 aproximadamente en los servicios) [28], dando cuenta de la terciarización de la economía que afecta también a la economía española. El mercado de trabajo español presenta, para autores como Daniel Lacalle, una dualidad significativa. Para este autor, encontramos por un lado a unos trabajadores que gozan de relativa estabilidad en el empleo, con trabajo fijo (todo lo fijo que puede ser un trabajo en estos tiempos) y ciertas prestaciones; y, por el otro, tenemos a los trabajadores que sufren temporalidad, desregulación laboral, que están en la economía sumergida, en el paro o que, en definitiva, padecen una mayor precarización de sus condiciones de trabajo. Esto conlleva unas «rupturas internas» en la misma clase trabajadora

... entre los asalariados con contratos indefinidos y derechos sociales y laborales, y asalariados con contratos precarios y sin derechos plenos, y en el caso de los laborales a veces sin ningún tipo de derechos, esto de tal modo que los primeros, que además son ya minoritarios, tienen en ocasiones la percepción de que el enemigo principal no es el empleador, sino el otro grupo de trabajadores (precarios, mujeres, inmigrantes) que pueden quitarle sus privilegios relativos, en realidad pseudo-privilegios[29].

En realidad, la desconfianza opera de manera bidireccional, pues también ciertos sectores de los trabajadores más vulnerables, con peores condiciones salariales y derechos laborales, llegan a ver a los trabajadores más asentados como unos «privilegiados» con los que no pueden luchar codo con codo, dividiéndose así la clase trabajadora internamente, cuando es más que urgente la unidad de acción en todos los frentes.

La dualidad, no obstante, es cuestionada por otros autores, como Vidal Aragonés, quien afirma que el modelo dual es un paradigma falso de las relaciones laborales actuales, pues, si bien operó en la década de los noventa, lo que encontramos hoy en el mercado laboral español es una atomización de la precariedad.

Por último, esbozaremos un breve perfil de tres grandes grupos de trabajadores que merecen unas observaciones aparte por sus peculiares características y su importancia en la composición de la clase obrera actual.

### *Las mujeres*

Las mujeres de la clase trabajadora sufren una doble explotación, por ser de clase trabajadora y, además, mujeres. En su condición de sujeto sojuzgado a lo largo de la historia, han padecido desde siempre una mayor precariedad laboral, primero por su desigualdad en el acceso a la educación que las ha llevado a trabajos menos cualificados y, después, porque a pesar de ese acceso, abierto primero para las mujeres de la clase burguesa, siguen enfrentándose a un techo de cristal para acceder a determinadas posiciones laborales de mayor prestigio.

Aunque distinta es la situación de las mujeres que integran los trabajos intelectuales, que comparten con los hombres condiciones laborales ventajosas respecto al resto de trabajadores, observamos que en pleno siglo XXI los salarios femeninos siguen siendo en promedio el 77,5 por 100 de los

que ganan los hombres[30], siendo las mujeres con mayor cualificación las que tienen un diferencial mayor respecto a los hombres[31]. Es, por tanto, en la burguesía donde se reproduce el patriarcado con mayor fuerza. En una fábrica o un almacén es muy difícil, pero no imposible, que encontremos diferencias salariales vinculadas al género entre los asalariados bajos y medios.

No obstante, persiste una discriminación salarial hacia las mujeres que se concreta en la máxima «a igual trabajo, menor salario», algo que es a todas luces injustificable desde ningún punto de vista. La temporalidad, además, incide especialmente en las mujeres, un 61 por 100 de ellas tiene un contrato inferior a los seis meses[32], así como el paro y el paro de alta duración.

Todavía perdura una mentalidad –por suerte o por necesidad cada vez es más minoritaria– que considera el trabajo femenino como complemento del trabajo masculino, lo cual se traduce en la falta de políticas públicas para conciliar la vida laboral con la vida familiar. En este sentido, no podemos dejar de mencionar el rol clave que desempeñan las mujeres como reproductoras de la fuerza de trabajo, sobre todo aquellas que se dedican en exclusiva al trabajo doméstico no remunerado. A los ojos del jefe de la patronal, Juan Rosell, son unas vividoras en toda regla que «se apuntan al paro para cobrar ayudas»[33] porque todo el mundo sabe que en el Estado español, si algo sobran, son las ayudas... y la cara dura de los empresarios.

### *Los desempleados*

Los desempleados son un contingente cada vez más grande dentro de la clase trabajadora. En el Estado español las cifras son de escándalo: tasas de desempleo superiores al 25 por 100, y aun del 50 por 100 para el caso de los jóvenes, hacen que el Estado español encabece los índices de desempleo de todos los países de la Unión Europea (UE). En 2012, un 10,1 por 100 de los hogares españoles tenía a todos sus miembros activos en el paro, cifra que seguirá aumentando previsiblemente, tal y como lo viene haciendo desde 2007, cuando el porcentaje era del 2,7 de las familias[34]. Casi la mitad de los desempleados no recibe ninguna prestación y lo mismo sucede en setecientos mil hogares, que no sabemos qué malabarismos hacen para poder llegar a final de mes.

El desempleo, pese a ser un fenómeno generalizado, no afecta por igual al conjunto de los trabajadores. Los datos del Instituto Nacional de Estadística (INE) para 2010 nos muestran que, dentro de los desempleados, el porcentaje de estos con estudios superiores es del 11,27 por 100; con estudios medios, el 22,78 por 100; con primarios, el 28,59 por 100; sin estudios, el 35,71 por 100, y analfabetos, el 44,42 por 100. De estos datos se concluye que el desempleo afecta en mayor medida a las personas que no han podido tener acceso a la educación, especialmente a la superior. Un tema sobre el que volveremos cuando nos detengamos a analizar la relación entre clase obrera, educación y mundo académico.

Gran parte de estos desempleados provienen del sector de la construcción, que ha sufrido un descenso en picado desde que estallara la burbuja inmobiliaria en 2007. La construcción, desde entonces, ha perdido más de un millón de trabajadores, lo que tendrá un gran impacto en los barrios obreros y en las cifras de desempleo juvenil. Gran parte de los jóvenes de estos barrios eran trabajadores de la construcción que ahora se encuentran en paro y que, a diferencia de los jóvenes con estudios, siguen viviendo en sus barrios y no han emigrado.

La pérdida del empleo puede desvincular a los trabajadores de las luchas al desligarse estos del proceso de producción, a lo que hay que sumar el desánimo que afecta a quien ve peligrar su inserción social y económica – aunque no tiene que ser así necesariamente, como demuestran los movimientos de desempleados.

A pesar de ser un sector que ha sido vilipendiado por los voceros de la derecha –que acusan a los desempleados de vivir muy contentos con su prestación de desempleo y sin trabajar, prácticamente tildándolos de parásitos sociales–, una encuesta demostró que el 81 por 100 de los desempleados preferiría tener un trabajo a tener un subsidio, si el salario fuera el mismo[35]. Unos datos que ponen sobre la mesa, además, la importancia que tiene poder trabajar para aquellos que se ven privados de un empleo.

### *Los jóvenes*

Los jóvenes españoles, la que nos han vendido como la «generación más preparada de la historia» o la «generación perdida», llevan décadas



padeciendo unas condiciones laborales que se caracterizan por la temporalidad, la precariedad y los bajos salarios. Esto es especialmente sangrante para los hijos de los trabajadores.

Existe una brecha entre los trabajadores de cierta edad y los jóvenes trabajadores que no han podido beneficiarse de un momento de relativo *boom* económico porque, entre otros motivos, se han incorporado al mundo laboral en un contexto de reflujo de las luchas obreras, lo que los ha dejado más desprotegidos ante los recortes de derechos laborales. Esa brecha establece una «ruptura generacional» entre trabajadores maduros y jóvenes dentro de la misma clase trabajadora. Los hijos de la clase obrera tradicional no van a poder gozar de la estabilidad laboral que sí tuvieron sus padres. En este sentido, las cifras de la temporalidad en los jóvenes son de pavor: un 86 por 100 de los asalariados menores de 30 años tiene un contrato temporal, y más del 55 por 100 cuenta con un contrato inferior a los seis meses[\[36\]](#).

Lo que caracteriza hoy a la juventud es su mayor precariedad laboral, el desempleo generalizado, el «milleurismo» o «inframilleurismo» y una falta absoluta de perspectivas laborales que están incidiendo en la demografía. La disminución de los índices de fecundidad es una muestra de ello, también lo es —dejando a un lado las cuestiones culturales— la cifra del 77 por 100 de jóvenes menores de treinta años que siguen viviendo en el domicilio familiar[\[37\]](#) y la cantidad de jóvenes treintañeros que tampoco han podido abandonar el hogar familiar o han tenido que regresar a él. Y es que con contratos por debajo del salario mínimo interprofesional es difícil emanciparse, si no imposible, por mucha voluntad que se tenga.

Como conclusión de este apartado, creemos que la innegable disminución de los trabajadores fabriles y el crecimiento de los trabajadores del sector servicios, la elevación de los niveles de cualificación de los trabajadores o el impacto en la composición de la fuerza laboral de la subcontratación y los falsos autónomos, así como la precarización creciente de las condiciones laborales, son fenómenos que dan cuenta de los cambios en la composición de la clase obrera del siglo XXI. Pero estos fenómenos, inseparables de la transformación constante del sistema capitalista, no nos llevan a concluir —como se hace desde determinados posicionamientos académicos y políticos— que la clase obrera se haya extinguido para dar lugar a algo distinto. Solo porque lo que se ha considerado «clase obrera tradicional» (el trabajador



industrial, masculino y heterosexual) sea numéricamente inferior a otras épocas, no podemos afirmar que la clase obrera ha desaparecido. Más bien ha mutado en su composición, respondiendo a las exigencias de un capital que requiere de la fuerza de trabajo unas nuevas habilidades laborales distintas a las de otras épocas, pero su esencia sigue siendo la misma: la clase de los explotados por el sistema, estén en un sector u otro de la economía. Para colmo de sus males, ha sido fragmentada y debilitada merced a las políticas neoliberales que han permeado el mundo del trabajo y que han impactado fuertemente en las posibilidades de organización y resistencia de la clase trabajadora, como veremos con mayor detalle en el apartado siguiente. Pero de ahí a decretar su defunción va un trecho muy grande, tan grande como la distancia que separa a cierta academia y a ciertas cúpulas políticas de la clase obrera.

[1] Véase la página de Facebook «El paradigma. Por qué somos como somos los de la clase media», en <https://www.facebook.com/paradigmaoccidente>, consultado el 21 de diciembre de 2013.

[2] E. Adamovsky, art. cit., p. 48.

[3] «Los vecinos de barrios ricos de Barcelona viven ocho años más que los del Raval», *El País*, edición digital, 8 de octubre de 2012.

[4] I. Gil de San Vicente, «Marxismo versus sociología. Las ciencias sociales como instrumento del imperialismo», *Rebelión*, 2011 [<http://www.rebelion.org>].

[5] Por teoría marxiana nos referimos a la producida directamente por Marx y Engels. Bajo la teoría marxista, en cambio, se encuadraría toda la producción teórica de quienes se identifican con el legado teórico y político de aquellos.

[6] Idea desarrollada por el sociólogo marxista y afrodescendiente Oliver C. Cox en *Caste, Class and Race: A Study in Social Dynamics*, tal y como menciona R. Stavenhagen, «Clases sociales y estratificación», en N. Birbaum *et. al.*, *Las clases sociales en la sociedad capitalista avanzada*, Barcelona, Península, 1976, p. 186.

[7] La sociología del trabajo cuenta con sus detractores, como el sociólogo italiano Franco Ferrarotti, quien considera que aquella tiene cuatro funciones: espiar a la clase trabajadora; detectar sus niveles de estrés y malestar para desactivar sus causas; mixtificar la explotación asalariada; y manipular a la clase trabajadora integrándola en el orden para desactivar el conflicto. Citado en I. Gil de San Vicente, art. cit., p. 23.

[8] J. Borja, «Introducción: “La confusión sociológica sobre las clases sociales”» en N. Birbaum *et. al.*, *op. cit.*, pp. 5-6.

[9] Véase A. Giddens, *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*, Madrid, Alianza, 1973, p. 67.

[10] T. Nichols Clark y S. M. Lipset, «Are social classes dying?», en D. J. Lee y B. S. Turner (eds.), *Conflicts about Class. Debating Inequality in late Industrialism*, Essex, Longman, 1996, pp. 42-48.

[11] De hecho Warren Buffett se preguntaba cómo era posible que su secretaria pagara un 33 por 100 de impuestos mientras él solamente pagaba un 19 por 100 teniendo ingresos muy superiores. Véase J. Gómez-Jurado, «Warren Buffett, el secreto del oráculo», *ABC*, edición digital, 5 de marzo de 2012.

[12] A. Touraine, *La imagen histórica de la sociedad de clases*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1973, p. 59.

[13] Véase J. Goldthorpe, «Sobre la clase de servicio, su formación y su futuro», en J. Carabaña y A. de Francisco (comps.), *Teorías contemporáneas de las clases sociales*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1993, pp. 229-263.

[14] D. Bensaïd, *Marx intempestivo. Grandezas y miserias de una aventura crítica*, Buenos Aires, Herramienta, 2013, p. 175.

[15] *Ibid.*, p. 186.

[16] Para Ossowsky, Marx realizó distintas categorizaciones de las clases, coherentes con los fines de su análisis. La visión dicotómica de las clases que pone el énfasis en la explotación correspondería, como hemos comentado, al Marx agitador que escribe el *Manifiesto comunista*; el Marx analista sociológico o económico realizó en otros escritos aproximaciones multifactoriales al tema de las clases, estableciendo una gradación de las mismas en función de su propiedad o por aspectos como las fuentes de ingreso o sus funciones socioeconómicas en una sociedad determinada. Véase T. Dos Santos, *Concepto de clases sociales*, México, Ediciones Quinto Sol, 1973, pp. 17-20; y A. Giddens, *op. cit.*, pp. 70-75.

[17] K. Marx, *Miseria de la filosofía*, México, Siglo XXI de México, 1987, p. 121.

[18] Nos referimos, lógicamente, al Daniel Lacalle miembro de la Fundación de Investigaciones Marxistas, no a Daniel Lacalle Fernández, hijo del anterior pero tiburón de las finanzas en Londres.

[19] D. Lacalle, *La clase obrera en España. Continuidades, transformaciones, cambios*, Barcelona, El Viejo Topo/Fundación de Investigaciones Marxistas, 2006, p. 12.

[20] Seguramente también podríamos incluir dentro de la clase obrera a muchos de los auténticos autónomos que no son más que trabajadores manuales autoexplotados, sin trabajadores a su cargo, que se distinguen de los trabajadores asalariados por cotizar por su cuenta pero que, pese a contar con herramientas propias para desempeñar su trabajo, comparten lugar de residencia, ingresos, estatus, cultura y hasta conciencia de clase con la clase obrera antes que con la pequeña burguesía.

[21] M. F. Enguita, «El problema del trabajo productivo», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 30 (1982), Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, p. 93.

[22] E. Altvater y F. Huisken, «Sobre trabajo productivo e improductivo», *Crítica de la economía política* 8 (1978), México, El Caballito, p. 27.

[23] E. Mandel, *El capital. Cien años de controversias en torno a la obra de Karl Marx*, México, Siglo XXI de México, 2005, p. 128.

[24] R. Antunes «Século XXI: nova era da precarização estrutural do trabalho?», en R. Antunes y R. Braga (comps.), *Infoproletários: degradação real do trabalho virtual*, São Paulo, Boitempo, 2009, p. 238.

[25] *Ibid.* (traducción propia del original portugués).

[26] Un artículo que de hecho refuta el carácter reformista y conservador de la «aristocracia obrera» es el de C. Post, «Explorando la conciencia de la clase trabajadora: una crítica a la teoría de la “aristocracia obrera”», *Razón y Revolución* 26 (2013), pp. 65-106 [<http://revistaryr.org.ar/index.php/RyR/article/view/126>].

[27] R. Crompton y J. Scott, «Introduction: the state of class analysis», en R. Crompton et. al. (eds.), *Renewing class analysis*, Oxford, Blackwell, 2000, p. 1.

[28] Datos correspondientes a 2010. Instituto Nacional de Estadística, *Indicadores sociales 2011. Trabajo. Tablas nacionales* [[www.ine.es](http://www.ine.es)].

[29] D. Lacalle, *op. cit.*, p. 73.

[30] Instituto Nacional de Estadística, *España en cifras 2013*, Madrid, INE, 2013.

[31] D. Lacalle, *op. cit.*, p. 45.

[32] *Ibid.*, p. 38.

[33] «Rosell dice que “un millón de amas de casa se apunta al paro” para cobrar ayudas», *El País*, edición digital, 1 de julio de 2014.

[34] Instituto Nacional de Estadística, *España en cifras 2013*, cit.

[35] «Desmontando mitos: el 81% de los parados prefiere, a igual salario, un empleo que un subsidio», [elEconomista.es](http://elEconomista.es), 12 de junio de 2016.

[36] D. Lacalle, *op. cit.*, p. 32.

[37] «Cuando emanciparse es imposible: el 77% de los menores de 30 años vive con sus padres», [elEconomista.es](http://elEconomista.es), 30 de julio de 2014.

## CAPÍTULO II

# Las transformaciones del capitalismo y su impacto en el mundo del trabajo

«Algo malo debe tener el trabajo, o los ricos ya lo habrían acaparado.»

Mario Moreno, Cantinflas

Marx definió al capitalismo como uno de los sistemas más «perfectos», no porque fuera pro-capitalista (creemos que no hay duda al respecto, aunque ahora que el marxismo vuelve a estar de moda para intentar explicar la crisis, no descartamos que surja algún revisionista al estilo Pío Moa, versión económica, a decirnos lo contrario), sino porque dedicó años de su vida a desentrañar su funcionamiento. Dejó decenas de obras de una profundidad analítica incontestable que siguen siendo una fuente obligada de estudio para los aspirantes a economistas actuales, así como para cualquier científico social o militante que quiera entender cómo funciona el sistema económico bajo el que vivimos. En ellas nos cuenta cómo el capitalismo se adapta *ad infinitum* para seguir expandiéndose y no ahogarse a sí mismo en sus sucesivas etapas de crisis que se alternan con fases de expansión. El objetivo último siempre es la acumulación del capital y aumentar (o al menos mantener) la tasa de ganancia. Es bajo esta lógica como se han de entender los cambios en el mundo del trabajo, las mutaciones del capital para seguir favoreciendo la acumulación y la expansión en aras de la maximización de los beneficios de los capitalistas. Una reestructuración del mundo del trabajo que tiene que ver con la reestructuración del capitalismo para superar sus propios límites a la hora de seguir generando plusvalía.

Por tanto, las transformaciones experimentadas en la organización de la producción en el mundo del trabajo no se pueden analizar sin ser contextualizadas en los cambios experimentados por el sistema capitalista a lo largo de las últimas décadas, en esta lógica mencionada. Igual que la banca nunca pierde, bajo el capitalismo las empresas no pueden dejar de ganar cada año más, poco importa si ese crecimiento se hace a costa de los seres humanos, del medioambiente o de la democracia. Una auténtica espiral de locura que llega a justificar absurdos –desde el punto de vista de una lógica humanista, tan ausente de los cálculos económicos y políticos que

padecemos— como aprobar reformas laborales que permiten a las empresas hacer eres a pesar de tener beneficios si esos beneficios no superan los del año anterior, tal y como sucede en el Estado español.

Precisamente la crisis económica por la que atraviesa el mundo (una crisis real, sin duda, pero una estafa en toda regla si observamos su gestión política) y, de manera especialmente sangrante, el Estado español, es una consecuencia natural del funcionamiento del sistema capitalista. A principios del siglo XX el economista ruso Nikolái Kondratieff teorizó la sucesión de ciclos de crecimiento y depresión que durarían un aproximado de 40 a 60 años. La mejor salida a la depresión —nosotros lo sabemos, pero el Gobierno de Estados Unidos y el complejo militar-industrial que lo controla, todavía más— pasa por la activación de la maquinaria de guerra, destruir todo para tener que reconstruirlo, si puede ser con las empresas de mis amigos, mejor que mejor.

El «corto» siglo XX del que nos habló Eric Hobsbawm sería corto, pero sin duda fue muy intenso. Tras dos guerras que destruyeron gran parte de las fuerzas productivas de Europa, principalmente, y que supusieron la consagración de Estados Unidos como potencia occidental hegemónica, en competencia con la URSS, el capitalismo entró en una fase de expansión que trajo consigo cambios estructurales e institucionales para el sistema. Se fortalecieron en este momento las empresas transnacionales para organizar los capitales oligopólicos y un nuevo sistema monetario y financiero basado en el patrón oro-dólar con tipos de cambio fijos. Todo ello se dio en el contexto de un régimen de acumulación fordista, hegemonizado por los Estados Unidos, que duró hasta la década de los setenta, cuando el patrón oro-dólar entró en crisis.

El neoliberalismo, que es la doctrina política y económica que caracteriza a la fase actual del capitalismo mundializado imperialista, tuvo su presentación en el mundo bajo la dictadura pinochetista. Para imponerlo, Estados Unidos perpetró un golpe de Estado contra el gobierno de la Unidad Popular de Salvador Allende en 1973 a través de su marioneta en Chile, el general Augusto Pinochet, y de los sectores ultraderechistas del Ejército chileno. El neoliberalismo se introdujo en Chile a base de sangre, torturas y desapariciones. El experimento chileno fue el programa piloto de la Escuela de Chicago en el mundo. Una vez probado en la población chilena, cobaya involuntaria del terrorífico experimento, las políticas neoliberales se

extendieron por el orbe. Privatizaciones, flexibilizaciones, desregulaciones y otros eufemismos acabados en «ones» fueron características de la economía chilena que tuvieron su correlato en el mundo laboral. Para imponerlo, como ya sabemos, se tuvo que machacar a una clase obrera potente y fuertemente organizada. Una clase obrera que, pese a todo, siguió resistiendo y organizándose desde sus barrios contra la dictadura.

Pero las políticas neoliberales se extendieron como la pólvora y tuvieron su auge en los años ochenta del siglo XX, sobre todo gracias a las victorias de Ronald Reagan en Estados Unidos y de Margaret Thatcher en Reino Unido, verdaderos arietes de la derecha neoliberal que sirvieron de guía para el resto de derechas internacionales y hasta de ciertos sectores de la socialdemocracia europea o lo que algunos ya tildan como social liberalismo por su apuesta por una «Tercera Vía». En el Estado español estas políticas se desplegaron a partir de la década de los ochenta, es decir, fueron aplicadas con fruición desde los primeros gobiernos de un PSOE muy lejano ya de sus orígenes históricos como partido socialista y obrero, pero en especial a partir de la entrada del Estado español a la Comunidad Económica Europea en 1986.

El neoliberalismo ha ido acompañado, además, de todo un corpus ideológico, una concepción filosófica del mundo con pretensión de barrer todo lo que el marxismo había aportado en las décadas anteriores. Tras la caída del Muro de Berlín, sus ideólogos se sintieron más fuertes que nunca, tanto como para decretar el «fin de las ideologías» y hasta de la Historia misma. Durante un tiempo fue exitoso en sus propósitos, pues logró hegemonizar su visión del mundo, aunque no sin granjearse francas resistencias. Tiene, por otra parte, una voluntad globalizadora o totalizante, pues ha ido acompañado de un proceso conocido como globalización, que ha sido presentado como nuevo, pero ¿cuánto hay de novedad en la globalización neoliberal?

## ¿GLOBALIZACIÓN O IMPERIALISMO?

Globalización es quizá una de las palabras más utilizadas en las ciencias sociales desde la década de los noventa, un comodín que ha sido tan manoseado que ya ni sabemos qué significa exactamente. Su popularidad ha traspasado las fronteras de la academia y se ha vuelto una palabra de uso

común; de hecho, si buscamos el término en Google encontraremos varios millones de resultados. Hay tantas definiciones como perspectivas existentes sobre la globalización.

En las tres últimas décadas hemos escuchado hasta la saciedad que nos encontramos con la novedad de vivir en un mundo globalizado, propiciado por la expansión de un capital que avanza de manera indefectible empujado por la mano invisible del mercado. Un proceso que iría acompañado de nuevas formas de organización del trabajo, una revolución en las comunicaciones y la expansión de la democracia liberal<sup>[1]</sup>. En esta globalización, bajo la que supuestamente vivimos, nos gobiernan las grandes empresas e instituciones supranacionales como el Banco Mundial (BM) o el Fondo Monetario Internacional (FMI) que aparecen, por cierto, como organismos neutrales y multilaterales, pero no son más que instrumentos de los Departamentos de Estado y Defensa de los Estados Unidos al servicio de la clase dominante de ese país. Se nos dice que existe una especie de gobierno global por encima de los Estados, inermes en el marco de la dichosa globalización, que sería como una fatalidad del destino, ante la cual no se podría hacer nada. La lucha frente a un enemigo tan difuso es prácticamente estéril. No luches contra tu gobierno porque en realidad no te gobierna tu gobierno sino el Club Bilderberg o el FMI y el BM. Cuanto más lejano y oculto esté el enemigo, más difícil se torna calibrarlo y poder combatirlo. La proliferación de teorías «conspiranoídes» sobre gobiernos mundiales en la sombra, degeneradas en alucinaciones delirantes sobre alienígenas y masones que guían nuestro destino y manipulan nuestra conciencia, son solo una mutación de esta misma idea llevada al paroxismo. Pues bien, el término «globalización» ha servido un poco para afianzar la idea de la globalización como irremediable estadio histórico contra el cual no se puede combatir, porque forma parte de un devenir imparable gobernado por personajes que se reúnen a escondidas en un hotel una vez al año para confabular en contra de la humanidad. ¡Como si los que mueven los hilos del capitalismo necesitaran reuniones presenciales y secretas para coordinar sus acciones!

El concepto de globalización surgió a finales de la década de los ochenta del siglo XX y cobró fuerza en los noventa. Su origen está en las escuelas de negocios que, tras la caída del Muro de Berlín, intentan encontrar nuevos términos para definir la situación hegemónica en la que se encontraba el capitalismo internacional. A mediados de los noventa se extendió su uso a los

ámbitos académicos, periodísticos y empresariales, desatándose la euforia de lo que John Saxe-Fernández ha denominado como «globalismo pop». Bajo esta perspectiva, la globalización implica que la competitividad global y la estabilidad financiera darán oportunidades para todos y contribuirán al aumento de la riqueza y el bienestar global. Asimismo, presupone que con ella se logrará cierta integración cultural y social, que algunos asimilan al multiculturalismo. Ante esta visión idílica de la globalización emergió otra visión crítica que es la que se asocia a los grupos conocidos como «antiglobalización», muchos de los cuales, por desgracia, nunca lograron hacer un análisis del tema que les llevara de la antiglobalización al anticapitalismo.

Pero, como afirmara John K. Galbraith, «[la globalización] es un término que nosotros mismos, los americanos, inventamos para disimular nuestra política de avance económico en otros países y para tornar respetables los movimientos especulativos del capital»; es decir, el concepto de globalización fue creado por los ideólogos estadounidenses como eufemismo con el que tapar la acción depredadora de los Estados imperialistas que operan en las periferias del capitalismo. Su surgimiento y utilización van en la misma línea que el surgimiento y utilización de otros conceptos en el marco de las ciencias sociales cuya carga ideológica no es ni mucho menos neutra. Nos referimos a los conceptos de sociedad civil, ciudadanía, capital social, gobernabilidad, etc. La aplicación de dichos términos implica la negación de la vigencia de clase social, pueblo, explotación, lucha de clases, etc., como categorías de análisis.

Aunque hay controversia al respecto, nosotros estamos del lado de los autores que creen que la globalización no es más que una fase de la internacionalización del capital –profundizada y ampliada– que ya fue prevista y teorizada, con distintos matices, por autores como Marx, Engels, Hobson, Hilferding, Lenin o Luxemburg. Evidentemente, ellos no pudieron predecir la totalidad de las características que el capital iba a revestir en este periodo, pero sí que pudieron atisbar la tendencia natural del capitalismo hacia su expansión internacional, hacia la búsqueda del máximo beneficio a través de los monopolios depredadores de los países de la periferia, hacia la creciente desigualdad y pobreza de los trabajadores (tanto del centro como de la periferia), así como la competencia inevitable entre capitalistas. En definitiva, caracterizaron *grosso modo* lo que, en palabras de Lenin, era la



fase superior del capitalismo, el imperialismo[2]. Los analistas que siguen esta línea de pensamiento consideran que nos encontramos ante la forma actual de la tendencia del capitalismo a su internacionalización y creciente interdependencia mundial, un proceso que sería tan viejo como el capitalismo mismo.

Desde la izquierda también se han producido otro tipo de aportaciones, cuyos autores han sido llamados «globalistas», que ven en la globalización un cambio cualitativo equivalente a la Revolución Industrial de finales del siglo XIX. Resaltan sus aspectos tecnológicos, destacan el colapso del socialismo como alternativa al capitalismo, la debilidad del Estado-nación, la preeminencia de las instituciones como el FMI y el BM, etc. En esta postura se insertan teóricos como Antonio Negri y Michael Hardt. Para estos autores la globalización sería el fin del imperialismo, encontrándonos ahora en la era del imperio, una era postmoderna y posthistórica donde habría una suerte de «poder global» no localizado que estaría controlado por unas empresas transnacionales que, a su vez, habrían sustituido el papel de los Estados-nación. Lástima que el fin del imperialismo sea refutado tozudamente por la realidad. No hace falta más que abrir los periódicos, ver cuál sigue siendo la política exterior de Estados Unidos y analizar los casos de Afganistán e Irak, o los más recientes de Libia o Siria. También podríamos preguntarle a los venezolanos o a los cubanos si creen que el imperialismo es algo del pasado... Pero no nos detendremos a rebatir las afirmaciones que Negri y Hardt recogen en su obra *Imperio*, ya que autores como Atilio Boron, entre otros, lo han hecho ya de manera magistral[3]. Queremos hacer hincapié en otros aspectos que destaca Peter Mertens y que recoge la obra citada, como la inexistencia del imperialismo en la actualidad y la sustitución del concepto de clase social por el de «multitud». Para Hardt y Negri nos encontramos asimismo en una «era del sector servicios» que implicaría la sustitución de la producción material por la inmaterial, de lo que se deduciría algo crucial: la clase obrera se desvanecería y, con ella, los sindicatos y partidos que tradicionalmente defendieron sus intereses y que ya no tendrían razón de ser[4]. De estas últimas afirmaciones nos encargaremos en el último capítulo del libro, pero la desaparición de la clase obrera merecerá algunos comentarios en el apartado siguiente.

Por todo lo anterior, dejando aparte los debates sobre si el proceso conocido como globalización es nuevo o es un proceso con continuidad histórica pero

cualitativamente distinto, creemos que en todo caso sería más apropiado hablar de imperialismo a la hora de caracterizar el proceso de expansión del capitalismo que se da en este siglo XXI. Por supuesto que sus características difieren en la forma de la expansión del capital que se vivió a finales del siglo XIX (en aquel caso, del capital financiero, principalmente; ahora, en particular del capital productivo), pero no en el fondo[\[5\]](#). Estos procesos no son, en verdad, varios, sino el mismo adaptado dialécticamente a la realidad de otra época. Una mutabilidad a la que el capitalismo nos tiene acostumbrados, pero que no conlleva que podamos hablar de un nuevo sistema económico o del fin de las clases sociales. Mucho menos del fin de la lucha de clases, como desearían algunos y como veremos a lo largo del libro. Si el vocablo imperialismo tiene vigencia en términos económicos, todavía lo tiene más en términos políticos. Ahora bien, si alguien quiere pasar a la historia inventando un neologismo para este proceso que, indudablemente, tiene características nuevas que lo hacen distintivo seguramente del imperialismo clásico, lo animamos a que lo haga, por nosotros que no quede...

Si nos ponemos quisquillosos y nos detenemos a debatir el uso del término globalización es porque creemos que es sintomático de la «intoxicación lingüística» de la que nos habla Vicente Romano[\[6\]](#). Decantarse por hablar de globalización y no de imperialismo nos sitúa, aun sin saberlo, en un posicionamiento teórico y epistemológico determinado, y no se diga ya político. Un posicionamiento que implica ocultar las desiguales relaciones económicas de dominación imperialista que se tapan bajo el eufemismo de la globalización, dando a entender que hay una especie de vacío de poder cuando en realidad la llamada globalización se da «en el marco de un sistema de relaciones internacionales económicas que opera con los dados cargados a favor de los países capitalistas avanzados»[\[7\]](#). Ello nos alerta de cómo la selección de los términos y su utilización nunca son acciones inocentes. Mucho menos cuando se trata de aplicarlos para analizar la realidad social, sujeta a tantas apreciaciones subjetivas, pese a la cacareada objetividad con la que se llenan la boca en medios de comunicación y en ámbitos universitarios. Y lo que parece más grave es comprobar que algunos vocablos se han extendido y popularizado (tanto en los cenáculos académicos como en la prensa u otros ámbitos de las relaciones humanas y políticas) de tal manera que se usan sin saber qué implicaciones tiene el reproducirlos. Porque a la hora de reproducir un concepto como «globalización» estamos asumiendo

toda una carga ideológica e ignorando un debate político que es consustancial al surgimiento del término. Los que hoy nos venden la globalización como un proceso neutral y sin carga ideológica son los mismos que nos querían convencer de que Mandela fue un luchador por la paz al que no había que politizar tras su muerte. En definitiva, si seguimos usando el término globalización estamos en cierto modo legitimando un «hecho consumado» y privando al resto de interlocutores de la posibilidad de obtener una visión más profunda y acertada de los procesos económicos, sociales y políticos a los que nos enfrentamos en la actualidad. Lo mismo que sucede cuando repetimos acríticamente visiones que niegan o invisibilizan a la clase obrera.

#### CAMBIOS EN EL SISTEMA PRODUCTIVO: ¿UN MUNDO SIN TRABAJO... Y SIN TRABAJADORES?

Ya desde finales del siglo XVIII los empresarios ingleses estaban cada vez más presionados por la imposibilidad de encontrar zonas de paz social donde instalar sus talleres, puesto que los obreros, esos seres cochambrosos y deleznales que no se sabían comportar ni agradecer a la mano que les daba de comer, decidían boicotear la producción a través de los sabotajes o de las resistencias pasivas o activas. En 1777, tras un boicot a una represa cercana, los obreros llegaron a cortar la alimentación de energía mecánica de la fábrica Crompton y la paralizaron. La respuesta de la patronal no se hizo esperar, encargando a un tal señor Watt que introdujera en la fábrica máquinas de vapor independientes de la represa, para evitar los sabotajes[8]. El *luddismo*, que surgió también en Inglaterra pero a principios del siglo XIX, fue otra expresión de las rebeliones obreras a la imposición de la máquina, a la que veían como el instrumento que servía para expropiarles sus conocimientos y capacidades a la vez que aumentaba su alienación en el proceso productivo. Lo que estos ejemplos ilustran es que desde el surgimiento del trabajo asalariado se da una pugna entre obreros y empresarios por la introducción de innovaciones tecnológicas cuya finalidad es, además de la optimización de la producción en una lógica capitalista, quebrar la posición de dominio que el obrero tenía dentro de la fábrica merced a su conocimiento y dominio del proceso productivo. Con el paso de las décadas, esta dinámica ha continuado. Las innovaciones tecnológicas que el mundo del trabajo ha ido incorporando

en las sucesivas revoluciones tecnológicas se enmarcan en la lucha histórica por la expropiación del saber de los trabajadores por parte de los capitalistas.

También desde entonces se ha considerado que las diversas revoluciones tecnológicas experimentadas en el mundo laboral iban a significar un trastoque en las relaciones de producción conducente al fin de la clase obrera. Esta es la tesis principal del libro de Jeremy Rifkin, *El fin del trabajo*, publicado por primera vez en 1996. El futuro se nos presentaba como un mundo poblado de máquinas y robots inteligentes que iban a sustituir a los trabajadores en sus funciones pero, pese a la automatización creciente de muchas fases de la producción, ese mundo visionado todavía no se ha convertido en realidad. Lo cierto es que el capital, hasta el momento, sigue necesitando de manos que procesen la fruta que quizá cosechan unas máquinas y de trabajadores que activen esas mismas máquinas –y otras–, así como de trabajadores intelectuales que piensen de manera tal que todavía no puede pensar un robot.

Para los teóricos de la «nueva economía» nos encontramos en un mundo donde se ha producido una revolución tecnológica basada en sectores punteros como la informática, las telecomunicaciones, internet o la nanotecnología. Esta revolución tecnológica sería equivalente a la Revolución Industrial que se produjo en el siglo XVIII y que dio origen al capitalismo, así como a la revolución tecnológica acaecida entre finales del siglo XIX y principios del XX que dio paso al capitalismo monopolista, y estaría acompañada de la «globalización de los negocios», espoleados estos por la mencionada revolución tecnológica. Los teóricos de la «nueva economía» son los mayores apologetas de la misma. Sus críticos son menos optimistas al respecto y dudan que la revolución tecnológica de finales del siglo XX sea comparable a la Revolución Industrial de finales del XVIII porque, entre otros aspectos, no tienen claro que sea un proceso que vaya a perdurar en el tiempo[9]. Otros críticos alertan de su incapacidad para generar riqueza suficiente que permita al sistema reproducir la acumulación del capital «... sin perturbaciones bruscas que profundicen sus contradicciones estructurales y sociopolíticas»[10]. Y otros, como James Petras, nos advierten de que los sistemas informáticos de alta tecnología están supeditados, al fin y al cabo, a una economía predominantemente financiera e industrial. Antonio Negri y Michael Hardt van más lejos todavía y afirman que «el lugar central en la producción de superávit, que antes correspondía a la fuerza de los

trabajadores de las fábricas, hoy está siendo ocupado progresivamente por una fuerza laboral intelectual, inmaterial y comunicativa»[\[11\]](#).

Pero vayamos a los datos duros. Según el INE, con las últimas cifras disponibles para el primer trimestre del año 2016, en el Estado español solamente un 3,1 por 100 de los ocupados lo hacen en la actividad productiva que está bajo la categoría de «Información y comunicaciones», que a su vez se subdivide en varios apartados, dentro de los cuales encontramos «Telecomunicaciones» (0,7 por 100) y «Programación, consultoría y otras actividades relacionadas con la informática» (1,5 por 100). Entre ambas, apenas sobrepasan el 2 por 100 de la actividad productiva, muy lejos del 4,3 por 100 de las actividades agrupadas bajo la categoría «Agricultura, ganadería, silvicultura y pesca», el sector primario de la economía, que en las sociedades avanzadas tiende a ser cada vez más pequeño, o del 12,4 por 100 de la «Industria manufacturera»[\[12\]](#), esa industria que para algunos ya no existe. Se podrá argumentar que el Estado español no es precisamente la vanguardia del I + D + i, pero en otros países del centro parece que las cifras tampoco son mucho más abultadas. La verdad es que, para estar en la época de la «nueva economía» y en la era de la «Tercera Revolución Industrial», parece que no se nota mucho...

Ahora bien, no hay ninguna duda de que el mundo del trabajo ha experimentado grandes mutaciones desde que Marx escribió *El Capital*. La realidad de los obreros del siglo XIX dista de la que los obreros del siglo XX vivieron, y lo mismo sucede para los trabajadores del siglo XXI. Sin embargo, ¿significa eso que ya no exista la explotación ni la plusvalía? ¿Se ha agotado acaso la contradicción capital/trabajo? Que atendamos a la realidad cambiante del capitalismo no excluye que podamos seguir analizando el mundo desde una visión que es todavía una herramienta de análisis que nos permite entender incluso esos cambios, quizá no previstos tal cual se dieron, pero sí anticipados por el marxismo en su lógica de análisis del capitalismo como sistema en permanente mutación y adaptabilidad. El capitalismo ha cambiado, pero no así las leyes de funcionamiento de la economía.

La racionalización y automatización de la producción introducidas por el fordismo tuvieron un impacto que trastocó el mundo del trabajo existente hasta la fecha. De la rigidez del fordismo-taylorismo se pasó a la flexibilidad, la rotación, la incorporación de los salarios de productividad, las normas de competencia, una cultura laboral productivista[\[13\]](#) y el consumo de masas.

Tras el *know how* del obrero aprovechado por el toyotismo, llegó la supuesta «Tercera Revolución Industrial» cuyo impacto, como ya hemos visto, ha sido relativo. No obstante, las nuevas tecnologías y el uso de medios electrónicos de comunicación aplicados al trabajo de este siglo XXI postfordista permiten agilizar las comunicaciones y realizar acciones que antes hubieran sido impensables. Pero ni el fordismo ni el toyotismo ni la revolución tecnológica han acabado con la propiedad privada de los medios de producción ni con la explotación de la fuerza de trabajo. Para ser más claros: la organización del trabajo basada en los cambiantes paradigmas laborales todavía no acaba con el trabajo. Este no ha perdido su centralidad como fuerza de transformación histórica-social ni ha dejado de ser antagónico a los intereses del capital.

Desde ciertas corrientes de la academia liberal se ha postulado que vivimos en un mundo postindustrial, donde la riqueza ya no sería generada principalmente por la industria sino por una economía financiarizada y especulativa, una economía de casino. Si bien es cierto que los movimientos especulativos generan pingües beneficios a los capitalistas usureros que se dedican a trasladar cifras de un ordenador a otro y de un país a otro para lucrarse, también es cierto que la especulación se realiza sobre acciones de empresas que, en la mayoría de casos, tienen relación con la economía real, o bien sobre materias primas que son sustento para la humanidad, como la actual tendencia a especular con el precio de los cereales. En esencia, si no hubiera economía productiva, real, no podría haber creación de valor, que es uno de los pilares fundamentales en los que se sostiene el capitalismo.

Afirmar lo anterior no es contradictorio con asumir que desde los años ochenta, gracias a la liberalización y desregulación de los mercados financieros ejecutada por los Estados, tenemos también un capitalismo con gran presencia de lo que François Chesnais denomina «régimen de acumulación por dominación financiera». Ello trae aparejado un funcionamiento del capitalismo basado en la lógica especulativa del capital financiero que se focaliza en tres mercados principales: el mercado de cambios, las bolsas de valores y los mercados de derivados[14]. Aunque estos sectores han crecido en los últimos tiempos, su crecimiento, como se ha demostrado con esta última crisis, está basado en capital ficticio, es decir, en una burbuja especulativa inmensa en comparación con la base productiva sobre la que se supone que se asienta dicho crecimiento.

Lo cierto es que la economía real, a pesar de sus mutaciones, sigue



obteniendo sus ganancias a través de un mecanismo, pasado de moda para algunos e imposible de encontrar en los medios de comunicación, pero de plena vigencia, el de la extracción de plusvalía a los trabajadores. La plusvalía es la ganancia que el empresario se embolsa por la explotación a la que somete al trabajador y que es, precisamente, la diferencia entre lo que el trabajador «cuesta» (trabajo necesario) y lo que el trabajador puede producir durante toda la jornada laboral (trabajo excedente). Es decir, que la ganancia del empresario es el tiempo de trabajo excedente o plusvalía que extrae sobre la apropiación del trabajo ajeno. Así, el enriquecimiento de la clase capitalista está fundado, como en las formaciones sociales anteriores, en la explotación del trabajo, y particularmente del trabajo de la clase asalariada. Para que se entienda gráficamente con un ejemplo por lo demás sangrante, en México se calcula que los trabajadores con salario mínimo generan en nueve minutos el salario que les pagan; las 7 horas y 51 minutos restantes de su jornada laboral van directamente al enriquecimiento empresarial[15]. No hay barreras morales ni físicas para el capital, poco le importa si esta explotación se hace a costa de reducir la vida de los trabajadores.

Si no existiera plusvalía, el capitalista tendría que inventarla, ya que sin ella se desmoronaría el sistema capitalista como un castillo de naipes. El capitalismo se fundamenta en la extracción de plusvalía y, por tanto, si se da dicha extracción, hay necesariamente relación entre empresario y trabajador en el marco de un trabajo productivo. Y si hay trabajo productivo y relación asalariada, es que sigue habiendo trabajadores pues, que sepamos, todavía no vivimos en un mundo donde los robots sustituyan a los seres humanos en su conjunto. Es importante, entonces, destacar que lo que ha cambiado en el capitalismo no es la ley básica de creación de riqueza a través de la plusvalía, la conocida como teoría del valor, sino la generación de ganancias bajo nuevas formas financieras o rentistas.

Tal y como afirma Néstor Kohan, las relaciones de producción están atravesadas por la lucha de clases, son a la vez relaciones sociales de poder y de fuerza[16]. La manera de extraer ese excedente, aunque se pueda presentar como nueva, es más vieja que la pana. Consiste básicamente en lo que autores como Daniel Lacalle, Arturo Guillén, James Petras y tantos otros han apuntado: elevar las ganancias presionando sobre la fuerza de trabajo alargando la jornada laboral –plusvalía absoluta– en paralelo a utilizar la revolución técnica para obtener mayor productividad –plusvalía relativa–[17],

junto a un tercer mecanismo que es el aumento de la intensidad del trabajo. En momentos de crisis, el capitalismo refuerza sus viejos hábitos vampirescos: exprimir más y más a los trabajadores para obtener más riqueza de ellos. Los recortes salariales y el aumento de la carga de trabajo para multiplicar la productividad no son más que una prueba de este robo. También lo es el regreso a formas de explotación que se creían superadas y que se dan sobre todo en los países donde se deslocalizan las empresas: trabajo infantil, superexplotación de la mano de obra[\[18\]](#), jornadas de trabajo extenuantes, aumento de la intensidad del trabajo, aumento de la tasa de explotación, salarios de miseria... en definitiva, precariedad en estado puro. Una precariedad que, como veremos más adelante, se da cada día más en los países «desarrollados» a los que tal vez sería mejor definir con un eufemismo a la inversa: países en vías de subdesarrollo. La división internacional del trabajo suponía, hasta hace poco, un panorama donde el papel de los países desarrollados y el de los países subdesarrollados estaba bien definido:

En el contexto de la relación compleja centro-periferia, los países desarrollados se especializan en industrias y sectores de punta como tecnología, telecomunicaciones, industria militar y aeroespacial, ingeniería genética e instrumental, etcétera, mientras que los países dependientes de la periferia capitalista irremediabilmente se desindustrializan y se especializan en producciones primarias como minería, petróleo y gas, agricultura, ganadería, etcétera. Esta división internacional del trabajo crea una gran demanda de fuerza de trabajo sin calificación, con remuneraciones raquíticas y sin prestaciones sociales[\[19\]](#).

En el cambio de era en el que nos encontramos, puede que lleguemos a ser testigos de la emergencia de nuevos centros y nuevas periferias. De hecho, el propio Adrián Sotelo plantea la extensión de la superexplotación de la fuerza de trabajo, característica de las economías dependientes, al conjunto del sistema[\[20\]](#). Pero, de momento, la división internacional del trabajo sigue operativa: maquilas, extracción de minerales y otros trabajos para los que se requiere poca cualificación en los países periféricos, y el desarrollo de tecnologías de punta en algunos países avanzados, que no todos.

El sistema, en su mutación constante, encuentra nuevos nichos para la acumulación de capital que parecían obsoletos. Uno de ellos es lo que David Harvey[\[21\]](#) ha teorizado como la «acumulación por desposesión» que se



concreta en transformar en capitalista un sector que antes no era capitalista, como por ejemplo se hace con las privatizaciones de servicios públicos, las guerras, la desposesión a los pueblos de sus bienes colectivos o las migraciones. Estas últimas tienen que ver con arrebatar a los productores directos sus medios de producción, tal y como sucede por ejemplo en América Latina con el despojo de tierras a indígenas y campesinos desplazados en beneficio de las empresas transnacionales. Algo que se da junto a una reprimarización de las economías latinoamericanas, es decir, la vuelta al sector primario como fuente del desarrollo económico. Las mineras canadienses que operan en varios países latinoamericanos con total impunidad medioambiental y laboral, gracias a la connivencia de los gobiernos locales, saben bien del tema. Esta «acumulación por desposesión» de Harvey sería equivalente a lo que Marx denominaba «acumulación originaria», un método de acumulación que es propio de las etapas iniciales del capitalismo y que nos podría llevar a afirmar con Marx que la historia se repite dos veces, la primera vez como tragedia y la segunda como farsa.

Es importante, en este sentido, mirar a otras latitudes para tener una perspectiva global, pues nos dota de una comprensión mayor de unos procesos que nunca son aislados ni circunscritos a un solo país. Por eso, cuando afirman que la clase obrera va en retroceso o ya no existe, lo que algunos analistas obvian en sus análisis –quizá por exceso de eurocentrismo– es que el planeta está experimentando una proletarización creciente debido a la descentralización productiva. El número de trabajadores proletarios es hoy mayor que hace décadas ya que, en palabras del vicepresidente boliviano, Álvaro García Linera, se está produciendo una externalización de la clase obrera del centro a la periferia. Desde que cayó el telón de acero, la ley del valor se ha extendido por todo el planeta. Con la incorporación de los países de la antigua URSS más China e India, la fuerza de trabajo se multiplicó por dos en el mercado mundial. Según datos de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) aportados por Michel Husson, de 1992 a 2008 la tasa de salarización aumentó un 20 por 100 en los países «avanzados» pero un 80 por 100 en los «países emergentes». En el caso de la industria manufacturera, de 1980 a 2005 la mano de obra aumentó un 120 por 100 en estos mientras que descendió un 19 por 100 en los «avanzados»[\[22\]](#). No hay más que pensar en las maquilas que se expanden por los países latinoamericanos o asiáticos. ¿Qué implican para los habitantes del país en los que se radican sino la

proletarización con condiciones laborales semejantes, incluso, a las del proletariado de finales del siglo XIX? Que la clase obrera en Europa haya mutado y se haya distanciado de lo que fueron sus orígenes en el siglo XIX y XX (aunque tal y como están las cosas parecemos asistir a un regreso a las condiciones laborales de tiempos pretéritos) no significa que podamos afirmar lo mismo para el resto del universo. No deberíamos olvidar que hay vida más allá del Viejo Continente y que, si el capital en su expansión busca romper todos los límites territoriales que lo puedan constreñir, también deberíamos nosotros superar nuestros horizontes intelectuales yendo más allá en el análisis. Pero es que incluso en Europa el número de asalariados no ha descendido en las últimas décadas, refutando, también desde esta realidad, las teorías que nos bombardean con una supuesta desaparición de la clase obrera en este nuevo milenio.

Las deslocalizaciones han colaborado a que no veamos la densidad industrial que antes podíamos observar en las grandes ciudades del Estado. Pero las industrias no han desaparecido, sino que han sido desplazadas a otras zonas del planeta donde los costes salariales son menores y las legislaciones laborales, inexistentes. Salvo en casos muy concretos, fruto de acuerdos de cooperación económico-política con pretensión contrahegemónica –como los acuerdos de países latinoamericanos gobernados por la izquierda con potencias extrarregionales como China o Irán–, no suele haber transferencia de tecnología en la instalación de fábricas en los países de la periferia mundial. Lo único que existe es un movimiento de rapiña por parte de las grandes empresas. Los capitalistas, con su sentido de la practicidad característico cuando se trata de hacer negocios y aumentar su patrimonio, han llegado a trasladar la producción a barcos que se sitúan en aguas internacionales para no tener que estar sujetos a ninguna legislación laboral nacional. A este punto de inhumanidad y descaro hemos llegado sin que, aparentemente, nada suceda.

Uno de los aspectos más notorios en los cambios producidos en el mundo del trabajo y que se utiliza como argumento del fin de la clase obrera, entendida esta en el sentido limitado de trabajadores de la industria, es la terciarización de la economía. Bajo dicho argumento, ya no habría prácticamente clase obrera porque la clase obrera está vinculada al sector industrial, que viene disminuyendo a favor del sector servicios. Este aspecto no es nuevo sino que viene produciéndose desde mediados del siglo XX,

profundizándose en nuestros días a través de prácticas como la subcontratación –más conocida por el término inglés *outsourcing*– o el *offshore* –esto es, externalizar servicios, tanto en administraciones públicas como en empresas privadas– que pueden confundir a la hora de contabilizar el porcentaje de trabajadores, ya que muchos trabajadores que antes serían cuantificados en el apartado de «industria» ahora pasan a estar contabilizados bajo el apartado «servicios»[\[23\]](#), aunque su trabajo sea inseparable del trabajo industrial, como es el caso de todos aquellos que trabajan para empresas que prestan servicio a la gran industria, bien sea haciendo piezas de automóvil, bien sea limpiando sus instalaciones.

Por otra parte, se sobredimensiona el sector servicios para afirmar que los trabajadores de «cuello azul» son cada día más minoritarios al vincular en muchos análisis a los trabajadores del sector servicios con los trabajadores de «cuello blanco», a pesar de que muchas ocupaciones de este sector son netamente de «cuello azul», como lo son administrativos, dependientes, conductores, camareros o teleoperadores[\[24\]](#), por poner algunos ejemplos. Asimismo, se obvia que gran parte del tercer sector corresponde a la gestión burocrática de las actividades derivadas de los otros sectores, agrícola e industrial[\[25\]](#). Nos encontramos, pues, ante una reconfiguración del mundo del trabajo, que no ante una extinción del mundo del trabajo; lo que Ricardo Antunes define como nueva «morfología del trabajo»

... cuyo elemento más visible es su diseño multifacético, resultado de las fuertes mutaciones que afectaron al mundo productivo del capital en las últimas décadas. Nueva morfología que comprende desde el obrero industrial y rural clásico, en proceso de encogimiento, hasta los asalariados de servicios, los nuevos contingentes de mujeres y de hombres tercerizados, subcontratados, que se expanden. Nueva morfología que puede presenciar, simultáneamente, la retracción de los obreros industriales de base taylorista-fordista y, por otro lado, la ampliación, según la lógica de la flexibilidad-toyotizada, de las trabajadoras de *telemarketing* y *call center*, de los *motoboys* que mueren en las calles y avenidas, de los digitalizadores que trabajan (y se lesionan) en los bancos, de los asalariados del *fast food*, de los trabajadores de los hipermercados, etcétera[\[26\]](#).

Pese a todo lo que afirman ciertos paradigmas postmodernos, el trabajo sigue siendo un elemento fundamental de articulación social para la gente. Las encuestas del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) muestran que

la mayoría de españoles vive preocupada por un tema que para algunos teóricos ya no existe. Así, el 70 por 100 de los españoles cree que el trabajo es un asunto «muy importante», solo superado por la familia, que reviste la misma importancia para el 91 por 100 de las personas[\[27\]](#). De igual modo, el paro viene siendo en los últimos tiempos el principal problema para más de la mitad de los encuestados. ¡Qué curioso comprobar que el trabajo sigue siendo la principal preocupación en una sociedad donde se decretó el fin de su existencia! ¡Qué empecinada la gente que sigue queriendo trabajar cuando, desde ciertas posturas políticas, se habla de la necesidad de abolir el trabajo! ¡Qué atrasados están los trabajadores del Estado español! Ironías aparte, estos resultados revelan el momento de incertidumbre económica por el que pasan los ciudadanos españoles además de poner de manifiesto que el trabajo sigue siendo la principal fuente de sustento para la mayoría de la sociedad, lo que demuestra, a su vez, que vivimos en un mundo donde el trabajo, lo queramos o no, desempeña un papel ordenador central de la sociedad. Tener o no tener trabajo marca la línea entre poder comprar la comida de tus hijos o tener que pedirla en el banco de alimentos o rebuscarla en el contenedor de la basura, una estampa que ya viene siendo habitual en nuestras ciudades, a pesar de los riesgos sanitarios que puede conllevar. Cabe decir aquí que, debido a las rebajas salariales consustanciales a la reorganización del capital, algunos salarios no permiten siquiera franquear la barrera de la subsistencia, y muchas personas, incluso con trabajos más o menos estables —o todo lo estables que pueden ser en la actual coyuntura económica—, se ven abocadas a echar mano de sus familiares más cercanos para llegar a final de mes. Hoy, en el Estado español, un 20 por 100 de los jubilados mantiene a su familia.

Aunque consideramos que no vivimos en ese fin del trabajo que algunos se aprestaron a vaticinar, es innegable que avanzamos hacia un mundo donde cada vez más trabajadores son prescindibles, de igual modo que cada vez más personas son vistas como un «estorbo» para los gobernantes maltusianos que tenemos. En el capitalismo sobra gente. No se trata de una película de ciencia ficción, sino de una realidad donde el crecimiento demográfico es exponencial mientras que los recursos de la Tierra van siendo consumidos o despilfarrados de manera también exponencial. Esto es especialmente cierto en el caso de los países centrales que, pese a no sumar ni el 10 por 100 de la población del planeta, tienen un nivel de consumo de recursos hasta diez veces superior al del resto de países, de ahí que algunos autores, como el

paquistaní Anwar Shaikh, apunten a que «el problema del exceso de la población está en el centro del capitalismo»[28]. El darwinismo social que profesan quienes nos gobiernan se puede observar en la eliminación de puestos de trabajo sin el menor empacho, los recortes de derechos básicos y demás políticas de extorsión contra el mundo del trabajo que relegan a la mayoría de la humanidad a la subsistencia, cuando no directamente a la pobreza. La eliminación de los puestos de trabajo no va acompañada de políticas que resarzan la expulsión de cada vez más seres humanos de la posibilidad de ganarse la vida por sí mismos. En los países de América Latina, ante la ausencia generalizada de políticas de creación de empleo digno para el pueblo, la gente tiene la opción de salir a la calle para vender lo que sea, engrosando así las filas de un creciente comercio informal que sirve de sustento a muchísimas familias. En el Estado español, además de hacer chapuzas en el mercado «en negro» (eso sí, sin pegar carteles en la calle para anunciarse, no vaya a ser que el ayuntamiento de turno te multe con 155.000 euros, como le sucedió a un ciudadano de Barcelona)[29], la única alternativa es dedicarse a vender *tupperwares* a las vecinas en casa, hacer la calle o migrar a otros países, tal y como viene sucediendo con mayor énfasis en estos últimos años.

Es la paradoja del capitalismo: el sistema necesita de la riqueza que generan los trabajadores para sobrevivir pero, a la vez, necesita deshacerse de los trabajadores para ganar más y más. Puede que lleguemos al mundo sin trabajo algún día, pero seguramente será porque antes se habrá acabado con los trabajadores. Eso, si se lo permitimos...

## POLÍTICAS LABORALES: PRIVATIZACIÓN, DESREGULACIÓN Y FLEXIBILIZACIÓN

¿Cómo hemos llegado a una situación tal en que tener trabajo ya no es garantía de no engrosar las estadísticas de la pobreza? ¿Cómo se ha logrado que haya más de cinco millones de desempleados en el Estado español y unas tasas de desempleo juvenil que superan el 50 por 100 de la población? Pudiera parecer que las crisis económicas son fenómenos meteorológicos que nos asuelan como un *tsunami* que, como mucho, se puede predecir pero nada se puede hacer para evitarlo. Nada más lejos de la realidad. Creemos que es importante insistir en una idea: para llegar a la situación económica en la que

nos encontramos ahora, los sucesivos gobiernos españoles de la democracia han tomado una serie de decisiones políticas sobre la economía que han tenido el resultado que todos conocemos. Esas decisiones, para el caso del mercado laboral, se traducen en unas políticas laborales que, como veremos, no pueden separarse del proceso de neoliberalización de la economía que se ha dado a escala global.

El neoliberalismo imperante se ha caracterizado por hacer de la privatización su buque insignia. Así, los políticos neoliberales y sus gurús intelectuales nos machacaron en la década de los ochenta con una idea que, hasta cierto punto, ha logrado filtrarse en el sentido común de mucha gente: «lo público es ineficiente, lo privado es eficiente». Este mantra que nos han repetido hasta la saciedad desde los medios de comunicación, desde la academia liberal y hasta desde las barras de bar, no es más que una burda mentira para lograr que los de siempre se embolsen un montón de dinero a costa de lo público. Para empezar, las privatizaciones se hacen en aquellas empresas que son rentables; ningún capitalista va a apostar por filantropía por una empresa quebrada si no ve un filón de negocio en la empresa que va a comprar. Y si hay filón de negocio significa que la empresa es rentable. Otra cosa es que se intente arruinar previamente o maquillar sus cuentas para justificar la privatización, como ha sucedido en casos flagrantes en España como Telefónica o Iberia, pero se podrían poner ejemplos de otros países donde la lógica ha sido la misma. En segundo lugar, una empresa privatizada no es necesariamente más rentable ni eficiente que una empresa pública; se le puede preguntar a los usuarios de Aerolíneas Argentinas, vendida a precio de saldo a Iberia en plena vorágine privatizadora del menemismo, para caer años después en manos de un grupo empresarial tan poco eficiente como el también español Grupo Marsans, y ser finalmente nacionalizada bajo el gobierno de Cristina Fernández. Pero las privatizaciones tampoco redundan en un mayor beneficio para los trabajadores de la empresa privatizada, cosa que pudieron comprobar en sus carnes los trabajadores de Sintel, víctimas del compadreo entre el entonces presidente José María Aznar y el líder de la «gusanera» cubana en Miami, Jorge Mas Canosa, al que Aznar le puso en bandeja la filial de Telefónica también a precio de saldo y al que se le permitió llevarla a la quiebra con alambicadas operaciones de ingeniería financiera, dejando en la calle a casi 2.000 trabajadores y sus familias.

Uno de los puntales para poder llevar a cabo estas políticas de saqueo de lo

público es la desregulación de toda normativa que pueda suponer un freno a la expansión del capital. Para acometer este trabajo, los grandes empresarios cuentan con toda una serie de abogados a sueldo para ejercer presión, algunas veces en forma de *lobbies* que extorsionan a los gobiernos de turno para que bloqueen normativas medioambientales, recorten derechos laborales o apuesten por una sanidad privada en detrimento de la pública. En muchas ocasiones la extorsión es innecesaria, pues es más eficiente la persuasión en forma de puestos y cargos directivos a los políticos de turno, las famosas «puertas giratorias» que llevan a los políticos del *establishment* del sector público al sector privado. En el actual clima de impunidad que reina en el Reino de España, valga la redundancia, tenemos ejemplos vergonzosos de esta alternancia entre la administración pública y la gestión privada en las mismas áreas de interés. En Catalunya, por ejemplo, dos periodistas de la revista *Cafè amb llet* llevan años denunciando los chanchullos y corruptelas varias de funcionarios del ámbito sanitario vinculados, además, con el negocio de la sanidad privada. Paradójicamente, o quizá no tanto dado el mundo patas arriba en el que vivimos, que diría Galeano, los periodistas fueron llevados a juicio por vulnerar el honor de las personas a las que denunciaron. Finalmente, tras un recurso contra su condena, los periodistas fueron declarados inocentes, pero las autoridades que han desfalcado el dinero de todos continúan en sus cargos públicos.

Estas modificaciones del capitalismo se han producido a escala global. En el Estado español tuvieron su correlato en sucesivos ajustes legislativos que se fueron realizando para lograr políticas laborales que encajaran en esa lógica de maximización de beneficios. Las sucesivas reformas laborales, auténticas contrarreformas en la realidad, han ido recortando los derechos de la clase trabajadora a la velocidad en que esta perdía músculo en la calle y en que las organizaciones sindicales claudicaban en la defensa de los intereses de la clase a la que supuestamente representaban. Sin la connivencia de las dirigencias sindicales, ninguno de estos retrocesos hubiera sido posible, pero la connivencia también pone de manifiesto la pérdida de fuerza de la clase trabajadora organizada. Debilidad que, a su vez, no puede entenderse sin el giro a la derecha de las organizaciones de la izquierda que se da en Europa a partir de la década de los setenta y que en España coincide con la mal llamada Transición a la democracia.

Tras la Transición se inició en el Estado español una cultura del consenso



que cristalizó para el ámbito laboral en una serie de grandes pactos entre los llamados agentes sociales (Gobierno, patronal y sindicatos) que, si bien fueron acuerdos en los que los sindicatos participaron en aras de lograr mejoras para la clase trabajadora, supusieron a la vez sentar las bases para la consolidación de la precariedad laboral: en 1977 se firmaron los Pactos de la Moncloa, que implicaron una limitación a la capacidad adquisitiva de la clase trabajadora; en 1984, la Unión General de Trabajadores (UGT) firmó el Acuerdo Económico y Social (AES) que abrió la puerta a la contratación temporal; en 1997, Comisiones Obreras (CCOO) y UGT firmaron el Acuerdo para la Estabilidad del Empleo y la Negociación Colectiva (AEN y Negociación Colectiva) que suponía reducir la indemnización por despido improcedente escudándose en que con ello se reduciría la temporalidad; y, en 2006, ambos sindicatos nuevamente firmaron el Acuerdo Tripartito donde se rebajaban las cotizaciones de los empresarios[\[30\]](#). Estos no son los únicos acuerdos firmados por los sindicatos en el marco de un Pacto Social que ya se desmorona, pero los destacamos por la relación directa que guardan con la precarización del mercado laboral español.

La flexibilización, ansiada por los empresarios debido a la supuesta «rigidez» del mercado laboral, pero ideada para contrarrestar el descenso de sus tasas de ganancia, no es más que otra arma de la lucha de clases, que un eufemismo que no logra esconder la precarización del trabajo, vía el socavamiento de la estabilidad laboral, el abaratamiento del despido, la reducción de los salarios o la barra libre a la discrecionalidad de los empresarios para convertir las empresas en un cortijo particular al que no llegue la molesta ley en forma de convenios, ni ningún otro derecho laboral para los trabajadores. La reducción de los costes laborales para los empresarios está íntimamente relacionada con la reducción de los derechos laborales de los trabajadores. Como dos caras de una misma moneda, una no se puede entender sin la otra.

Para lograr la flexibilización, el capital tiene que desregular lo que antes estaba regulado, es decir, adaptar la legislación para que sea acorde a sus necesidades de recortes de derechos y maximización de beneficios. Uno de los principales ejemplos de desregulación lo tenemos en la contrarreforma laboral de 1984, Ley 32/1984 para quienes gusten deleitarse con su lectura, que, junto a los reales decretos previos, abrió la veda a la contratación temporal estableciendo 14 nuevas tipologías de contratación temporal. Vale



decir que, según el Estatuto de los Trabajadores aprobado en España en 1980, la contratación era indefinida, por defecto, y solamente podía ser temporal bajo tres supuestos de temporalidad (contrato de obra y servicio, contrato eventual por seis meses y contrato de sustitución con reserva de puesto de trabajo). Con esta primera contrarreforma se legalizó la contratación temporal y se permitió la realización de contratos temporales para puestos cuya naturaleza no era temporal, pero sucedió además algo con mayores repercusiones para el mercado laboral: se creó la figura del trabajador temporal<sup>[31]</sup>. Hubo varias contrarreformas que se sucedieron desde entonces: las de 1993-1994 bajo los últimos gobiernos socialistas de Felipe González, unilaterales por parte del Gobierno, introdujeron los contratos formativos de prácticas y aprendizaje para jóvenes que supusieron la introducción de una distinta tabla salarial para los jóvenes respecto al resto de trabajadores, así como la aprobación de la comercialización de la mano de obra gracias a la legalización de las Empresas de Trabajo Temporal (ETT); las de 1997 y 2001 bajo las dos legislaturas de José María Aznar, la primera fruto de un consenso entre grandes sindicatos y empresarios, apoyada por el Gobierno, la segunda sin interlocución social, profundizaron en la impunidad con la que los empresarios contrataban temporalmente de manera fraudulenta; y las de 2006 y 2010 bajo mandato de José Luis Rodríguez Zapatero, la primera consensuada con CCOO y UGT, la segunda rechazada –y contestada, meses después, con una huelga general–, que quitó las restricciones a la contratación por parte de las ETT.

Otro aspecto fundamental que introducen estas contrarreformas y que coadyuva a la precarización del trabajo a través de la fragmentación y el debilitamiento de la clase obrera es la introducción y reforzamiento de la subcontratación, el *outsourcing* que ya comentamos con anterioridad. Esta es una de las figuras más perniciosas para los trabajadores (y eso que es difícil elegir) que nos podemos encontrar. Pongamos el caso de una institución pública en el extranjero, es decir, una oficina cualquiera de un Ministerio español de turno encuadrada en la Embajada de España que alega no poder contratar directamente al personal de servicios (limpieza, vigilancia, etc.) por cuestiones presupuestarias y abre un concurso a las empresas privadas para que estas peleen entre sí el adjudicarse la prestación del servicio. En la lógica del capitalismo, la empresa que presente la mejor calidad/precio ganará el concurso, pero presentar costos bajos supone sobreexplotar a la mano de obra

subcontratada a la que, además, la empresa pagará menos de la mitad de lo que cobra de la institución por cada trabajador/a que preste sus servicios allí. Quienes ganarán el concurso serán las multinacionales españolas que utilizarán mano de obra local a la que pueden pagar salarios «locales» de miseria, muy inferiores de los que esa misma institución pagará al más inferior de sus trabajadores contratado directamente en España. La subcontrata operará como los esclavistas de otros siglos pero bajo el más absoluto amparo legal. Este ejemplo, basado en la realidad de las instituciones públicas españolas en el extranjero, puede ser aplicado a lo que sucede en las instituciones públicas en territorio español y, por supuesto, en las empresas privadas.

Aparte de las desregulaciones recogidas en las reformas laborales, en los últimos años la clase obrera ha sido atacada desde el Estado con modificaciones legislativas de un impacto muy lesivo para los intereses de nuestra clase, algunas recogidas en la Ley 3/2012. Por citar algunas sin ánimo de exhaustividad, tenemos la posibilidad de aplicar eres en la administración pública, el aumento de la edad de jubilación a los 67 años, la exclusión del derecho a la Seguridad Social a los mayores de 26 años que no hayan cotizado antes, la restricción de derechos sanitarios y políticos de los españoles que han tenido que salir del país para buscarse la vida en el extranjero y un largo etcétera. En general, de todas aquellas políticas de recortes que, de manera abierta o subrepticia, están revocando derechos consagrados en la Constitución Española de 1978 por los que se supone que el Estado debería de velar, tales como el derecho a una educación pública, una sanidad universal o aun derechos que solo una dictadura violaría, como el derecho de participación política. Por no hablar del regalo de despedida del gobierno de Zapatero, la reforma constitucional del famoso artículo 135 aprobada a finales de 2011 con «agostidad» y alevosía por PP y PSOE, con la comparsa de Unión del Pueblo Navarro (UPN), que ata de manos al Estado al no poder aumentar el déficit público e hipoteca las políticas sociales mientras se inyectan centenares de miles de millones de euros a la banca privada que salen del sudor de los trabajadores, no lo olvidemos. Una auténtica guerra en la que no hay un día en que no nos bombardeen con alguna nueva iniciativa, ley o modificación legislativa que nos vuelve más esclavos ante una aparente indiferencia generalizada. La clase obrera está en el *ring* al borde del KO, pero sigue recibiendo golpes sin que ningún árbitro pare el abuso.

Es importante concluir reflexionando sobre un punto crucial: todas estas políticas que han cercenado los derechos laborales de los trabajadores españoles en las últimas décadas se han aplicado en medio de ciclos económicos distintos, tanto expansivos como recesivos, lo que demuestra que la estrategia del capital viene de antes y va más allá de un periodo de crisis concreto. Por eso, cuando desde el Gobierno o la patronal se escudan en la supuesta crisis para justificar los crecientes recortes de los derechos de los trabajadores, no podemos más que responderles que, si así fuera, el número de millonarios no crecería en el mundo de manera escandalosa a la par que se degradan las condiciones de vida de la clase trabajadora.

### *El papel del Estado*

Ninguna de las políticas mencionadas anteriormente hubiera podido ser llevada a término sin la acción imprescindible del Estado. Al contrario de lo afirmado por ideólogos neoliberales y globalistas de izquierdas, el Estado-nación no desaparece en esta fase de internacionalización de los capitales, pues su accionar es imprescindible para la expansión del capital a todo el planeta. Se ha tendido a confundir la desregulación y liberalización de los mercados con una pérdida de la capacidad regulatoria de los Estados, pero el Estado sigue siendo imprescindible para imponer las legislaciones que recortan derechos e, incluso y paradójicamente, para adelgazar al propio Estado que, en muchos casos, queda como entramado institucional mínimo para aplicar las políticas de saqueo en beneficio de las grandes corporaciones internacionales. No obstante, es importante no olvidar que dichas corporaciones siguen necesitando, hasta la fecha, de la existencia de esa institucionalidad tanto para diseñar jurídicamente las políticas que someten a los pueblos como para implementarlas y garantizar que se cumplan a través de los aparatos de coerción del propio Estado. El pretendido «poder global» tiene en los Estados-nación su correa de transmisión y su aliado indispensable para «desintegrar» el mundo del trabajo. Pero, paralelamente, el Estado es también el mecanismo de coartación que puede pararle los pies a las acciones del imperialismo, bien sea en su vertiente económica, bien sea en su vertiente política (aunque ambas son inseparables). Esto dependerá de cómo sea la correlación de fuerzas de la lucha de clases en un Estado determinado.

Otra cosa es que las soberanías nacionales se ven ampliamente restringidas no solo por el papel de las empresas transnacionales sino también por la existencia de potencias hegemónicas como Estados Unidos que pueden hacer y deshacer por el planeta invadiendo países, derrocando presidentes incómodos a sus intereses, espionando a amigos y enemigos, presionando a gobiernos para que adopten determinadas políticas, bloqueando economías y un largo etcétera sin que prácticamente ningún país les pueda plantar cara en términos militares. El proyecto de la UE es otro ejemplo del debilitamiento de las soberanías nacionales de los países «pobres» (sería más correcto llamarlos «empobrecidos») del sur de Europa para mayor gloria de la soberanía nacional de terceros países con mayor poder en su seno, léase Alemania o Francia. La crisis ha contribuido mucho a hacer pedagogía sobre la Unión Europea, por cierto; gracias a la crisis más españoles saben hoy que existe una institución llamada Banco Central Europeo (BCE) que, pese a no estar sometida a ningún tipo de control democrático, tiene las riendas de la política económica de este país y del resto de países de la UE. De manera incomprensible, el anteriormente citado Antonio Negri, europeo del sur y antiguo preso político comunista, votó a favor de la neoliberal Constitución Europea.

De lo anterior se deriva un debate que tiene impacto en el tema de las clases sociales y que consistiría en ver si tenemos burguesías nacionales que defienden capitales nacionales, burguesías transnacionales que defienden capitales internacionales, burguesías nacionales que sirven a los intereses de los capitales internacionales en su Estado-nación, burguesías nativas pero no nacionales o burguesías mundiales sin base nacional, entre otras múltiples variantes. Este viejo debate lo desarrollaron Nicos Poulantzas[32] o Ruy Mauro Marini[33], entre muchos otros, hace ya unas cuantas décadas y entoncaba con inquietudes que no eran meramente académicas, pues tenían que ver con las estrategias políticas de los distintos partidos comunistas y organizaciones populares sobre la alianza que debía establecer o no la clase trabajadora con estas burguesías, generalmente bajo la forma de frentes populares. De ahí la importancia de teorizar sobre sus características.

Pero no nos detendremos en este debate, ni tampoco en otros debates clásicos sobre la naturaleza del Estado como formación social, quiénes conforman el bloque dominante, o en otros más recientes como en qué se ha convertido el Estado-nación en este siglo XXI. Lo que nos interesa es destacar

el papel del Estado en su faceta de palanca de los intereses de las clases dominantes. En el caso del Estado español, esto se hace patente en las sucesivas «contrarreformas» laborales que se han aprobado en los últimos treinta años de «democracia» y que suponen una merma progresiva en los derechos contractuales y jurídico-laborales de los trabajadores, como ya hemos comentado. Pero también en el papel de defensor del *statu quo* que el Estado ejerce desde la búsqueda de la hegemonía a través del consenso o la coacción, por decirlo en términos gramscianos.

Si en los tiempos del keynesianismo hubo algún pequeño atisbo de Estado del bienestar (cosa que para el caso del Estado español es más que dudosa si hacemos caso al profesor Navarro), este se fue acotando y recortando cada vez más gracias al ejercicio del Estado neoliberal. En el neoliberalismo vemos que el Estado desempeña una doble función, como garante de la valorización del capital y como garante de las condiciones para la reproducción de la fuerza de trabajo[34]. El Estado no es un actor pasivo, sino todo lo contrario; está en sus manos la gestión de aspectos fundamentales para la perpetuación del sistema o para permitir rupturas en el mismo, aunque en el neoliberalismo su papel fue arrumbado a un segundo plano en beneficio de los famosos «mercados».

Estas políticas estatales que nos venden como una consecuencia inevitable de la globalización no son tales. Las experiencias políticas que América Latina está viviendo en la última década gracias a la llegada al gobierno de fuerzas de la izquierda demuestran que se puede tratar de tomar las riendas del Estado para, desde ahí, poner freno al neoliberalismo y tratar, en algunos casos, de construir una alternativa en términos socialistas... o postcapitalistas, cuando no se quiere citar la palabra maldita que Chávez volvió a poner en la agenda política mundial, o no se tiene claro si lo que se construye va hacia el socialismo o hacia alguna otra cosa indefinida todavía. Por solo poner un ejemplo, la Ley Orgánica del Trabajo, los Trabajadores y las Trabajadoras, más conocida por su acrónimo LOTT, aprobada en Venezuela en 2012, sirve para restregar a las naciones «primermundistas» que legislar en beneficio de la clase trabajadora es cuestión de voluntad política[35], pero, claro, en Venezuela, a pesar de lo que nos dicen los medios de intoxicación masiva, el pueblo lleva años despierto, tomando las riendas de su destino y ha elegido a un presidente que se llama a sí mismo «Presidente obrero». Algunos se mofarán del apelativo, pero de risa es ver

que el Estado español parece que ya solo sirve como agente de los banqueros y los grandes empresarios de turno mientras que para los trabajadores solo hay recortes y represión; otros se escandalizarán porque crean que un Presidente obrero no puede ser el presidente de todos los venezolanos y venezolanas al ser «partidista», pero no verán ningún inconveniente en que Mariano Rajoy sea el Presidente empresarial y, encima, no tenga el valor de añadir el adjetivo a su título... Pero, ¿qué podemos esperar de un presidente que hace sus intervenciones públicas desde una pantalla de plasma?

[1] J. Saxe-Fernández y O. Núñez Rodríguez, «Globalización e imperialismo: la transferencia de excedentes de América Latina», en J. Saxe-Fernández y J. Petras *et. al.*, *Globalización, imperialismo y clase social*, Buenos Aires/México, Lumen Humanitas, 2001, p. 103.

[2] De hecho, Lenin caracteriza a la fase imperialista del capitalismo de una manera que parece hoy en día plenamente vigente y aplicable, en términos generales, al capitalismo del siglo XXI. Para Lenin el imperialismo tiene las siguientes características: a) la concentración del capital y de la producción que da lugar a los monopolios; b) la fusión del capital bancario con el industrial y el consiguiente surgimiento del «capital financiero» con su propia clase, la oligarquía financiera; c) la exportación de capitales, diferente a la exportación de mercancías que se había dado hasta entonces; d) la formación de asociaciones internacionales de monopolistas capitalistas que se reparten el mundo; y e) el reparto del mundo entre las potencias capitalistas más destacadas. En V. I. Lenin. *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Barcelona, De Barris, 1999.

[3] Véase el imprescindible A. Boron, *Imperio & Imperialismo*, México, Itaca, 2003. También descargable online en las páginas de CLACSO o *Rebelión*.

[4] Véase P. Mertens, *La clase obrera en la era de las multinacionales*, Oviedo, Asociación Cultural Jaime Lago, 2011.

[5] Para un compendio de algunos de los enfoques teóricos actuales sobre el imperialismo puede consultarse R. Keucheyan, *Hemisferio izquierda. Un mapa de los nuevos pensamientos críticos*, Madrid, Siglo XXI de España, 2013, pp. 131-151.

[6] V. Romano, *La intoxicación lingüística. El uso perverso de la lengua*, Barcelona, El Viejo Topo, 2007. También descargable en la página de *Rebelión* [<http://www.rebelion.org/docs/71900.pdf>].

[7] J. Saxe-Fernández, «Globalización e imperialismo», en J. Saxe-Fernández, *Globalización: crítica a un paradigma*, México, Instituto de Investigaciones Económicas/UNAM/Plaza y Janés, 1999, p. 12.

[8] Anécdota mencionada por I. Gil San Vicente, art. cit., p. 18.

[9] Al respecto puede consultarse A. Guillén R., *Mito y realidad de la globalización neoliberal*, México, Universidad Autónoma Metropolitana/Porrúa, 2007.

[10] A. Sotelo Valencia, *La reestructuración del mundo del trabajo. Superexplotación y nuevos paradigmas de la organización del trabajo*, México, Universidad Obrera de México/Escuela Nacional para Trabajadores/Era, 2003, p. 69.

[11] M. Hardt y A. Negri, *Imperio*, Paidós, Barcelona, 2002, pp. 42-43.

[12] Véase Instituto Nacional de Estadística, *Encuesta de Población Activa*, «Ocupados por sexo y rama de actividad».

[13] A. Sotelo Valencia, *La reestructuración del mundo del trabajo*, cit., p. 131.

[14] A. Guillén R., *op. cit.*, p. 65.

[15] J. C. Miranda, «Un trabajador con salario mínimo genera el valor de su sueldo en solo 9 minutos», *La Jornada*, edición digital, 7 de mayo de 2012.

[16] N. Kohan, *Con sangre en las venas*, Bogotá, Ocean Sur, 2007.

[17] Para algunos autores marxistas y exponentes de la teoría de la dependencia, como Ruy Mauro Marini, la extracción de plusvalía absoluta sería propia del capitalismo dependiente de la periferia, mientras que la superexplotación basada en la extracción de plusvalía relativa sería la correspondiente al capitalismo de los países avanzados o del centro económico.

[18] Siguiendo a Marini, la superexplotación de la clase trabajadora se da cuando la fuerza de trabajo es remunerada por debajo de su valor.

[19] A. Sotelo Valencia, *La reestructuración del mundo del trabajo*, cit., p. 139.

[20] A. Sotelo Valencia, *Los rumbos del trabajo. Superexplotación y precariedad social en el siglo XXI*, México, UNAM/Porrúa, 2012, p. 71.

[21] Véase D. Harvey, *El nuevo imperialismo*, Madrid, Akal, 2004.

[22] M. Husson, «La formación de una clase obrera mundial», *Marxismo Crítico* [<http://marxismocritico.com/2014/01/10/la-formacion-de-una-clase-obrera-mundial/>], consultado el 10 de enero de 2014.

[23] P. Mertens, *op. cit.*, p. 20.

[24] Partit dels Comunistes de Catalunya, «Nosaltres, la Classe Treballadora», *Dossiers de l'Avant* 1, 14 de abril de 2013, p. 10.

[25] *Ibid.*, p. 6.

[26] R. Antunes, «Al final, ¿quién es la clase trabajadora hoy?», *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista* 36 (octubre de 2007), pp. 81-87.

[27] Véase Centro de Investigaciones Sociológicas, *Barómetro de Octubre. Distribuciones marginales*. Estudio n° 3001, Madrid, CIS, 2013 [[http://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Marginales/3000\\_3019/3001/Es3001.pdf](http://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Marginales/3000_3019/3001/Es3001.pdf)].

[28] «Si ustedes imaginan un mapa del mundo en el cual la densidad de la población fuera medida no por el número de la población sino por la intensidad del uso de los recursos por cada persona, o sea, en última instancia, la población ponderada por el uso de los recursos, entonces veríamos que el problema del exceso de la población está en el centro del capitalismo.» Véase «En el capitalismo sobra gente», Entrevista a Anwar Shaikh en *Iniciativa Socialista* 42 (diciembre de 1996) [<http://www.inisoc.org/Anwar.htm>].

[29] «Barcelona multa más de 300 veces a un pensionista por enganchar carteles», *La Vanguardia*, edición digital, 29 de enero de 2014.



[30] Gran parte de este apartado es deudor de lo contenido en el trabajo del abogado laboralista Vidal Aragonés, *Precariedad laboral*, Barcelona, Col·lectiu Ronda, 2011, p. 10.

[31] *Ibid.*, pp. 14-15.

[32] N. Poulantzas, *Las clases sociales en el capitalismo actual*, México, Siglo XXI de México, 2005 (1.<sup>a</sup> ed., 1976).

[33] Véase, por ejemplo, R. M. Marini, «Estado y crisis en Brasil», *Cuadernos políticos* 13, julio-septiembre, México, Era, 1977, pp. 76-84.

[34] B. Jessop, *Crisis del Estado de bienestar: hacia una nueva teoría del Estado y sus consecuencias sociales*, Bogotá, Siglo del Hombre/Universidad Nacional de Colombia, 1999, pp. 64-65.

[35] Un artículo que aborda un breve estudio comparativo entre la LOTT y las reformas laborales del Estado español es el de Vidal Aragonés, «Unas notas sobre la reforma laboral en la República Bolivariana de Venezuela y la contrarreforma laboral en el Reino de España», *Mientras Tanto*, 30 de junio de 2013 [<http://www.mientrastanto.org/boletin-104/notas/unas-notas-sobre-la-reforma-laboral-en-la-republica-bolivariana-de-venezuela-y-la->].



## CAPÍTULO III

### El impacto del neoliberalismo en la clase obrera

«El trabajo asalariado en el capitalismo es congénitamente precario.»

Adrián Sotelo Valencia

El neoliberalismo y sus políticas, que hemos descrito en los apartados anteriores, han provocado grandes cambios en la estructura del empleo. No es de extrañar si tenemos en cuenta que las políticas neoliberales han supuesto un ataque frontal a la clase trabajadora a escala mundial. Para este ataque, el capital no ha escatimado recursos: desde el uso de métodos inflacionistas para fijar los precios, pasando por el aumento de la intensidad laboral, el recorte en derechos que antes se presuponían intocables como la sanidad o la educación, el abaratamiento de costes basado en la reducción salarial o la flexibilización de la legislación laboral. Sorprende la saña con que la clase obrera ha sido atacada por una ideología que niega su existencia como colectivo y, todavía más, como sujeto protagonista del cambio social. Si la clase obrera no existe, si lo social es mera ilusión para el neoliberalismo, si los trabajadores ya no son el actor social que va a derrocar al capitalismo... ¿por qué ese empeño en destruirlos?

La mayoría de países latinoamericanos padeció lo peor de las políticas neoliberales, cristalizadas en el Consenso de Washington que se impuso en la región tras la famosa década perdida de los ochenta. Después de años de lucha, muchos de ellos han conseguido romper la dinámica neoliberal eligiendo a unos representantes que están tratando de remar en una dirección opuesta. Sin embargo, en el Estado español todavía parecemos lejos de encontrarnos en una fase así. De momento, el neoliberalismo parece haber dejado KO a los trabajadores y trabajadoras, también a sus organizaciones políticas y sindicales referentes, así como a muchos intelectuales de la izquierda que se apresuraron a decretar el fin de la clase obrera como sujeto revolucionario.

NEOESCLAVITUD, FRAGMENTACIÓN, PRECARIZACIÓN Y... ¿SUMISIÓN?

Si Michael J. Fox activara su coche del tiempo para regresar al futuro y

viera las condiciones laborales de este siglo XXI, seguramente regresaría corriendo al pasado. Las relativas conquistas que la clase trabajadora pudo arañar en la fase de auge de las luchas obreras son hoy un espejismo para la mayoría de trabajadores. En conjunto, se puede afirmar que en las últimas décadas hemos asistido a una creciente pérdida de derechos laborales y sociales. Las condiciones laborales que encontramos en la actualidad pueden ser tildadas de neoesclavistas. El sálvese quien pueda está de hecho consagrado por el sistema. Ofertas laborales que dicen expresamente «absténgase quien busque un trabajo retribuido» nos muestran que ya estamos en tiempos de la neoesclavitud: trabajo a cambio de alojamiento, de pequeñas chapuzas de albañilería, a cambio de comida o... ¡¡a cambio de nada!! Pero la cosa no acaba ahí. Tenemos también «ofertas de empleo» que ofrecen trabajar ¡¡pagando!! Quizá deberíamos dar las gracias por no seguir descendiendo hasta encontrar ofertas como esta: «Se ofrece puesto de esclavo en plantación. Retribución: un mendrugo de pan y 10 latigazos al mes. Se requiere que traigan sus grilletes». El descaro de un capital que se ha soltado la melena como no lo hacía desde los tiempos de Thatcher y Reagan, no conoce límites, y la desesperación colectiva es tan grande, la respuesta coordinada tan débil, que todo esto sucede actualmente en el Estado español, el segundo Estado más desigual de la UE, sin que ninguna institución de contrapeso al Ejecutivo mueva un dedo para evitarlo. Pero ¿cómo van a evitarlo si forman parte del mismo engranaje del sistema y se nutren de la misma clase dominante? Aquí no hizo falta dismantelar a los sindicatos para neutralizarlos, como hizo Reagan en Estados Unidos; aquí los sindicatos mayoritarios se volvieron inofensivos por voluntad propia. Como decía la FRAC, que vuelva la URSS... Al menos cuando la URSS existía teníamos un espejo en el que mirarnos, donde había algo que se llamaba derechos laborales, beneficios para los trabajadores, etc. Un campo socialista que metió miedo al imperialismo obligando al capital a ceder ante las luchas obreras de sus respectivos países. Cuenta la leyenda que, cada vez que la Unión Soviética probaba una cabeza nuclear con éxito, le subían el sueldo un poquito a los trabajadores europeos... Ironías al margen, hoy estamos huérfanos, debilitados y entonando el «virgencita, que me quede como estoy». Por suerte, y para ser optimistas como los buenos revolucionarios, también vemos que persisten reductos de combatividad y muchos trabajadores (sindicalizados o no) que no se resignan a su suerte y luchan

desde su puesto de trabajo, su barrio, su partido o alguna plataforma reivindicativa.

Como rezaba una pintada anarquista: «La esclavitud no fue abolida, solo se puso en nómina». En realidad, estamos tan mal, y en un momento de reflujo tal de las luchas, que hoy es difícil luchar desde la izquierda por el derecho a la pereza y en contra de la esclavitud asalariada. Hacerlo podría suponer una burla para muchos que matarían por poder tener un contrato de trabajo que los esclavice, sí, pero que también les permita poder llevar el sustento a casa. Trabajar se ha convertido en un privilegio del que solamente pueden prescindir aquellos que viven de rentas o que tienen el paraguas protector de papi y mami. El resto de la humanidad necesita seguir vendiendo su fuerza de trabajo para poder comer y pagar todos los gastos que ocasiona vivir en el capitalismo. Los que vociferan por el «fin del trabajo» es porque nunca han sabido lo que es carecer de él.

De igual modo, creemos que los que gritan desde los pupitres universitarios o tribunas «internáuticas» que los trabajadores que piden trabajo en una ETT son traidores o que los que están dispuestos a trabajar por casi nada son unos vendidos, tampoco saben qué es estar desesperado por no tener con qué ganarte la vida. Lo mismo sirve para los que afirman que quienes tragan vejaciones degradantes de la empresa o quienes se someten a condiciones de explotación son sumisos. Dudamos que quienes sientan cátedra tan a la ligera sobre la manera de ganarse la vida de terceros provengan de un entorno obrero que no tiene más remedio que «mancharse» y «prostituirse» al vender su fuerza de trabajo en el capitalismo. Es muy fácil vivir en una burbuja de pureza cuando se cuenta con otros recursos, materiales o familiares, para poder subsistir en el mundo de los inmaculados. El ultraizquierdismo pueril se agota cuando la necesidad llama a la puerta. Esto no es una defensa de la falta de escrúpulos ante cualquier situación, tampoco queremos justificar a los que se escudan en estos argumentos para buscar su salida individual incorporándose a los cuerpos represivos ni mucho menos a los esquiroles y otras gentes de esta calaña. Cada cual sabe dónde está el límite, pero alguien que no ha padecido necesidad en su casa no tiene la legitimidad para otorgar patentes de coherencia a quienes sí conocen esa necesidad de primera mano. Cuando se encuentre en una situación similar a la de aquel que está criticando, entonces podremos escucharle.

Por ejemplo, Hardt y Negri postulan en *Imperio* la deserción y el éxodo de

las fábricas como «una potente forma de la lucha de clases que se da en el seno de la posmodernidad imperial y contra ella»[\[1\]](#). No sabemos si nos están invitando a hacernos emprendedores o qué alternativa proponen para aquellos a los que no les queda más remedio que vender su fuerza de trabajo al mejor postor. Olvidan, por otra parte, que el lugar de trabajo, más allá del lugar de alienación del obrero, es también el lugar de su aprendizaje político y donde se desempeñan sus luchas. Tal y como lo expresó Lenin:

La fábrica, en la que algunos ven un espantajo, constituye la forma más alta de cooperación capitalista, que ha unido y disciplinado al proletariado, le ha enseñado a organizarse, y lo ha colocado a la cabeza de los demás sectores de la población trabajadora y explotada. Y el marxismo, la ideología del proletariado formado por el capitalismo, ha enseñado y enseña a los inestables intelectuales la diferencia que existe entre la fábrica como medio de explotación (disciplina basada en el miedo a morir de hambre) y la fábrica como factor de organización (disciplina basada en el trabajo en común, unificado por las condiciones de una producción altamente desarrollada desde el punto de vista técnico). Educado en la «escuela» de la fábrica, el proletario asimila con especial facilidad la disciplina y la organización, que tanto trabajo le cuesta asimilar al intelectual burgués. El miedo mortal a esta escuela, y la incomprensión total de su importancia como factor organizador, son características, en efecto, de la manera de pensar que refleja el modo de vida pequeñoburgués...[\[2\]](#).

Casi el 49 por 100 de los jóvenes españoles aceptaría cualquier trabajo, sin importar el lugar ni el sueldo. En cambio, los jornaleros andaluces de los años treinta decían «en mi hambre mando yo», para lo cual se requería de un nivel de conciencia altísimo. Mantener el orgullo cuando tus hijos se están muriendo de hambre es algo que poca gente puede hacer. El ser humano es débil y el capital sabe por dónde atacar. Pero no podemos olvidar que la historia de las luchas de los trabajadores se ha forjado gracias a esos pocos que se han sacrificado anteponiendo un futuro de liberación para todos a la inmediatez de obtener un plato de sopa caliente para los suyos. ¿Nos indican estas cifras la falta de conciencia actual, o el nivel de desesperación? Difícil es dilucidarlo. Seguramente tenemos más de lo segundo y algunas dosis de lo primero. Pero... ¿por qué siempre le exigimos a la clase trabajadora que se enfrente a la lucha a pecho descubierto mientras otros luchan con las espaldas cubiertas y, encima, se permiten dar lecciones de moral a los primeros?

Ver a los trabajadores de Cortefiel teniendo que aparecer en un vídeo

navideño corporativo fingiendo buen rollito y haciendo loas al magnífico ambiente laboral de la empresa solo nos puede provocar rabia hacia la empresa y empatía con unos trabajadores que, a excepción de los pelotas y desclasados de turno, seguramente han sido obligados a aparecer en él bajo extorsión, explícita o velada. Lo mismo se aplica para los trabajadores de Ikea obligados a cantar en su puesto de trabajo o a todos aquellos trabajadores que deben sonreír y poner buena cara si trabajan de cara al público, bajo riesgo de despido si se niegan a entrar en el juego de la felicidad perpetua, tal y como sucede con los trabajadores de los parques de atracciones de Disney en Estados Unidos pero también en muchos pequeños comercios del Estado español. A veces las coacciones van más allá de lo sutil y se vuelven auténtico acoso laboral. Los trabajadores alemanes de Ikea y Lidl denunciaron hace unos años el espionaje y el acoso por parte de sus respectivas empresas, a las que acusaron en el caso de Ikea de padecer condiciones de trabajo similares a las del siglo XIX. En el Estado español la empresa Mercadona es bien conocida por tener prácticas similares de coacción hacia los trabajadores para que no se cojan bajas médicas y vayan a trabajar aun estando enfermos, so pena de ser despedidos en caso de no acceder. Lo curioso es que, a pesar de eso, Mercadona es presentada como una empresa modelo, y más después de que anunciara que iba a pagar un salario mínimo de 1.260 euros brutos al mes[3] en un país donde mucha gente soñaría no ya con ser mileurista, sino con tener una nómina. Pero lo que hace Mercadona en realidad es comprar la obediencia ciega de sus trabajadores, fomentar una visión paternalista del empresario que nos retrotrae a tiempos del franquismo, además de presentarnos al Sr. Roig, su dueño, como si de un empresario bondadoso se tratara. Nada más lejos de la realidad. Nadie se hace empresario para dar trabajo a la gente y repartir la riqueza, sino más bien al contrario; a algunos no se les ocurre nada mejor para acumular riqueza que expropiar el trabajo de otros. Y parece ser que el Sr. Roig sabe hacer esto muy bien porque, en pocos años, ha conseguido convertirse en la segunda fortuna de España[4], solo superada por otro filántropo laboral como el dueño de Inditex, Amancio Ortega, el mismo que debería pudrirse en la cárcel en pago por cada uno de los cerca de 1.000 muertos en *su* fábrica en Bangladesh[5].

Se calcula que, en el Estado español, 5 o 6 asalariados de cada 10 están en el paro o tienen un trabajo precario mientras que entre 6 y 7 de cada 10

padecen condiciones de inseguridad e indefensión que van desde la emigración, la economía sumergida, el trabajo precario, el desempleo o la superexplotación[6]. Es muy grave, por tanto, la situación en la que se encuentran los trabajadores en la actualidad. De por sí, la explotación del trabajo asalariado es un factor que ata a los trabajadores y los supedita a la voluntad que tiene el empresario de turno de contratarlos o no. Pero hoy el fantasma de la crisis está siendo utilizado por los empresarios para chantajear a cualquier trabajador que no sea lo suficientemente dócil a sus ojos. La existencia de un enorme ejército de reserva dispuesto a trabajar en condiciones todavía más precarias permite a los empresarios mostrar a los trabajadores díscolos cuál es el camino para quien se sale del redil: la cola del paro.

Y, por si fuera poco, el abaratamiento del despido que han garantizado las últimas desregulaciones laborales pone en bandeja el acto de finalizar la relación laboral, lo que explica que el Estado español destruya el doble del empleo que los países de su entorno con una situación económica similar[7]. Nunca antes en la historia de la democracia había sido tan barato deshacerse de un trabajador. En la actualidad, extinguir la relación contractual no supone una carga económica para el empresario. La estabilidad en el empleo se ha pulverizado por completo. Estamos en la barra libre empresarial. ¿Le molesta ese trabajador respondón que, encima, intenta convencer a otros de que se organicen y hagan huelga? ¡Despídalo! ¿Su trabajadora se ha quedado embarazada y esto no le conlleva a usted más que problemas y quebraderos de cabeza? ¡Despídala! Da igual que su despido sea improcedente, ahora solo tendrá que pagar 33 días por año trabajado y un tope de 24 mensualidades (antes era de 45 días y un tope de 42 mensualidades).

Por otra parte, paradójicamente, la neoesclavitud que padecemos hoy está también vinculada a la aplicación de las tecnologías de punta al mundo del trabajo. Decimos «paradójicamente» porque la tecnología, en teoría, podría ser un elemento liberador pero bajo la lógica mercantilizada y mercantilizante del capitalismo se convierte en todo lo contrario. El uso de internet, así como la introducción de ordenadores portátiles, tabletas, *blackberries* y demás artilugios tecnológicos han propiciado una mayor extensión de la jornada de trabajo a costa del tiempo de ocio de los trabajadores, pues la posesión de estos dispositivos los hace estar permanentemente conectados al empleo, si así lo requiere el empresario. Si tu jefe te manda un mensaje por *whatsapp*

puede cerciorarse de si lo leíste o no sabiendo a qué hora fue tu última conexión a esa mensajería instantánea. Por no hablar del espionaje cibernético que se produce en los trabajos con programas espías que se instalan en los ordenadores de los trabajadores para saber si están navegando por las redes sociales, o abriendo su correo electrónico personal en horario laboral, amén de otros mecanismos de control de la mano de obra, tecnológicos y no tecnológicos, que coaccionan a los trabajadores para intentar lograr un «autodisciplinamiento»[\[8\]](#) funcional a los intereses empresariales.

Una de las consecuencias más negativas para la clase trabajadora de la aplicación de nuevos métodos de organización laboral es la fragmentación de los trabajadores en distintos grupos y subgrupos en función de su categoría laboral, con sus consiguientes variables salariales, atomización que tendrá un impacto palpable en la pérdida de la identidad colectiva de los trabajadores, así como en las posibilidades de una acción unitaria, bien sea sindical o política. Esto se agrava con la proliferación de fórmulas de subcontratación presentes en muchas empresas o la introducción de tipos de contratación que excluyen la laboralidad, como son los trabajadores autónomos en la teoría, pero falsamente autónomos en la realidad. La fragmentación que rompe las redes de solidaridad de la clase trabajadora es la vía a la debilidad, el *divide et impera* de los romanos aplicado al mundo laboral del siglo XXI. Esto lo saben bien los jefes que pagan un distinto salario a trabajadores que desempeñan las mismas funciones justificándose en las distintas habilidades pero, en realidad, no lo hacen por eso, sino para dividir a sus trabajadores y compensar a aquellos que muestran mayor lealtad o sumisión ante la autoridad.

Quizá una muestra elocuente del debilitamiento y la precarización que ha implicado para la clase trabajadora la inserción de prácticas como la subcontratación, en este caso unida a la privatización de una empresa pública, es lo que nos detalla el abogado laboralista Vidal Aragonés gráficamente:

Años 80: empresa estatal de telefonía, práctica totalidad de actividades se desarrollan por la misma a través de contratados indefinidos, lo que genera fuerte presencia sindical y condiciones laborales dignas. Siglo XXI: la misma empresa privatizada ya tan solo realiza la actividad central, las restantes son desarrolladas por medianas y pequeñas empresas, cuyos trabajadores realizan la actividad con contratos temporales vinculados a obra y no con retribuciones del convenio de la empresa principal sino con

convenios propios o de otros sectores con condiciones precarias. Ello debilita la presencia sindical que a su vez dificulta la respuesta organizada. La misma actividad con dos expresiones distintas para los derechos laborales[9].

Los trabajadores han sido desarmados también en el plano de lo sindical. Además de las dificultades, presiones y hasta coacciones bajo las que muchos de ellos tienen que ejercer la defensa de sus derechos laborales (si pueden), en otras ocasiones el problema radica en que difícilmente encuentran organizaciones combativas que les sirvan como instrumento para luchar por sus derechos. Salvando honrosas excepciones, que las hay, predomina el sindicalismo defensivo más que ofensivo, que poco puede hacer cuando al trabajador ya lo han echado de su puesto de trabajo, pero de este tema nos encargaremos más adelante. Por suerte en este caso, la naturaleza aborrece el vacío y en varios ámbitos laborales persisten pequeños sindicatos combativos o surgen plataformas en defensa de los derechos laborales, como puede ser la del personal administrativo de las universidades públicas y otras iniciativas en las que nos detendremos en el último capítulo.

La división de la clase obrera se establece también con la línea de demarcación trabajadores nacionales/trabajadores inmigrantes. Antes de que estallara la crisis en el Estado español, la clase trabajadora «autóctona» entraba en competencia con la «foránea», dispuesta, por su mayor vulnerabilidad y necesidad, a aceptar condiciones laborales más precarias o trabajos que un español no hubiera aceptado (ahora es otro cantar). Con la economía globalizada y la posibilidad que tiene el capital de trasladar la producción a cualquier otro lugar del orbe donde los salarios sean aún más bajos y las prestaciones menores, la clase obrera entra en competencia a escala global. ¿Qué empresario va a pagar salarios alemanes si puede pagar salarios españoles? ¿Y por qué pagar salarios españoles si pueden ser salvadoreños? Se entra en una espiral descendente que parece no tener límite, igual que la codicia de los capitalistas: si los trabajadores europeos tienen un salario muy alto, la producción se irá a China; si los chinos todavía son caros, probarán con otro país. Los dueños de H&M lo saben bien, los trabajadores chinos eran «muy caros», cobraban 300 euros al mes. Por eso, decidieron trasladar el 80 por 100 de su producción a Etiopía, donde pueden pagar 45 euros al mes y, encima, no estar sujetos a tan «excesivas» regulaciones laborales. Con estas políticas empresariales no es de extrañar que el



porcentaje de los salarios en la riqueza mundial haya descendido más de 5 puntos en las últimas dos décadas[\[10\]](#).

Esta competencia a la baja perjudica a una clase obrera que no puede dar respuestas globales, ni siquiera regionales, a unos ataques del capital que, por el contrario, sí se hacen desde una perspectiva mundial. En Europa, por ejemplo, no ha habido hasta la fecha una huelga general europea coordinada por las distintas direcciones sindicales, pese a los intentos que se hicieron previos a la huelga del 14 de noviembre de 2012. Ni siquiera se consiguió coordinar una respuesta contundente y unitaria en 2006 a la Directiva Bolkestein, una directiva que suponía un ataque a las condiciones de vida de la clase trabajadora de toda la UE al liberalizar los servicios de manera tal que abría la posibilidad a que, por ejemplo, un trabajador español fuera contratado en España, con salario español, para trabajar en Dinamarca. Si esta directiva se aplicara a cabalidad tendríamos la guinda final al pastel del sálvese quien pueda. Coherentes con esta falta de respuesta son los datos de participación en huelgas que en el Estado español han descendido de manera vertiginosa desde principios de los noventa. Según datos del INE, la participación de los trabajadores en huelgas en 1993 fue de 124 por cada mil trabajadores (en 1994, año de lucha contra la reforma laboral del PSOE, fue de casi 634 por cada mil); para 2008 la cifra no llega a 27 trabajadores por cada mil. Se podría pensar que el descenso se debe a una ausencia de conflictividad social, pero sabemos que esa paz social es falsa y, como mucho, está contenida. Lo más triste es que son los propios sindicatos mayoritarios de los trabajadores los que están haciendo esta labor de contención...

Otra de las paradojas del mundo del trabajo actual es que cada vez hay menos puestos de trabajo pero, a los trabajadores «afortunados» que cuentan con un empleo, se les exige trabajar más horas por un mismo salario, o incluso por un salario inferior. Jeremy Rifkin escribía en los noventa que el número de horas que había aumentado el tiempo de trabajo equivalía a un mes al año y que, si la tendencia seguía igual, los trabajadores estadounidenses de las próximas décadas iban a emplear tanto tiempo en su trabajo como los trabajadores de los años veinte del siglo XX. En lugar de dividir el trabajo, los empresarios prefieren concentrarlo en pocas personas para pagar menos costes de seguridad social, impuestos, etc. Si de por sí el capitalismo nos roba el fruto de nuestro esfuerzo con la plusvalía, ahora

imaginemos cuánto más se están embolsando todos esos que hacen contratos por 4, 6 u 8 horas al día pero obligan al trabajador a trabajar mucho más de lo que declaran.

Teniendo en cuenta que más del 90 por 100 de los contratos laborales suscritos en el Estado español durante el primer semestre de 2014 son temporales[\[11\]](#), no hay duda de los niveles de precariedad en los que nos encontramos. Los índices de temporalidad del Estado español son los más altos de toda la UE, duplicando incluso las tasas de algunos países, e impiden cualquier tipo de planificación vital limitando las perspectivas laborales y también de defensa de derechos[\[12\]](#). El trabajador temporal tiene menos posibilidades de organizarse en su centro de trabajo para luchar contra la pérdida de derechos, lo que perpetúa el círculo sin fin de la precariedad. Además, la temporalidad suele estar acompañada de bajos salarios que mantienen a los trabajadores en la pobreza. Ya no es pobre solo aquel al que se desposeyó de su derecho al trabajo, ahora incluso trabajar no es garantía de poder vivir dignamente, algo que en muchos países del mundo conocen bien pero que algunos pensaban que el oasis europeo no iba a volver a vivir nunca. De esta manera se explica que en el Estado español un 12,3 por 100 de las personas con trabajo se encuentren en una situación de pobreza relativa, a la cabeza de los países donde más trabajadores se ubican en esta situación junto con Rumanía y Grecia[\[13\]](#). El descenso creciente de los salarios tiene gran parte de la culpa. Se está destruyendo empleo, muchas veces para crear nuevos puestos de trabajo más precarios que vengán a sustituir a los anteriores. Solo en Catalunya se calcula que el 24 por 100 de la población activa tiene un salario bajo[\[14\]](#), una de cada cuatro personas.

La neoesclavitud, como vemos, está a la orden del día. Al menos en la esclavitud tradicional los amos estaban obligados a dar de comer, proporcionar techo y garantizar la salud de su mano de obra, a la que trataban como una propiedad cuya compra les interesaba amortizar al máximo. El capital, en cambio, «no busca la longevidad de la fuerza de trabajo», como apuntó Marx en su obra cumbre, *El Capital*. Hoy, cada vez más, somos seres prescindibles, intercambiables, pues que alguien pueda permitirse, por condiciones materiales previas, principios o escrúpulos, no aceptar un determinado trabajo, no supone inconveniente alguno para el sistema: hay todo un ejército de reserva dispuesto a trabajar en las condiciones que sean. Nuestra falta de unidad y de respuesta coordinada sigue alimentando la

espiral sin fin de la precariedad.

## DE LA PRECARIEDAD AL «PRECARIADO» Y OTROS SUJETOS EMERGENTES DE LA POSTMODERNIDAD

La academia tiene la memoria muy corta. Solo así se explica que actualmente se hable de la precariedad como si esta se tratara de un fenómeno nuevo para la clase trabajadora. ¿Acaso hemos olvidado que el capitalismo se originó lucrándose de la miseria a la que abocaba a unos trabajadores que se dejaban sus vidas y su salud en lugares de trabajo precarios, con salarios precarios y en condiciones de salubridad más que precarias? Muchos trabajadores de Europa, adultos y niños, murieron precozmente en fábricas y minas; muchas niñas y jóvenes –alguna de nuestras bisabuelas entre ellas– fueron violadas en casa de los señoritos a los que servían. Lo mismo que sucedía entonces y sigue sucediendo hoy en otras partes del mundo. Si miramos a la vida de nuestros abuelos y bisabuelos, seguramente no cambiaríamos su vida, con jornadas de trabajo físico de sol a sol por un salario de subsistencia, por lo que tenemos hoy en día. Las luchas de la clase obrera sirvieron para mejorar las condiciones de vida de los trabajadores a lo largo del siglo XX, arañando al capital mejoras paulatinas en los estándares laborales y mayores derechos laborales, sociales y políticos. Un capital que en Europa y el mundo occidental se encontró entre las cuerdas con la existencia, al otro lado, del «peligro rojo» que suponía el ejemplo de la URSS y tuvo que ceder ante las demandas de los trabajadores organizados. Pero que, con el reflujo de las luchas, la caída del Muro y la imposición del neoliberalismo en todo el orbe, volvió a avanzar de nuevo arrasando a su paso los pocos derechos que se habían conquistado. Y en este avance, algunos descubrieron que existía algo que se llama precariedad y que, por primera vez, han experimentado en sus propias carnes.

No está de más recordar, para ubicar el debate, que lo que se entiende por precariedad puede variar no solo entre clases sociales, sino también en función de las distintas generaciones de un mismo país o de las realidades existentes entre países, sobre todo si los países comparados pertenecen al «Primer» o «Tercer» Mundo. Todos hemos escuchado a personas que, ante la situación de empobrecimiento masivo que se está viviendo actualmente en el

Estado español, afirman que esto no es una crisis de verdad ya que ahora, a pesar de la crisis, la clase trabajadora vive mucho mejor que en la postguerra. Por otro lado, para un latinoamericano de clase obrera, las condiciones de vida que tiene la clase trabajadora europea pueden ser propias de las «clases medias» de su país, aunque los modos de vida no se parezcan en muchos aspectos. Y no digamos lo que pensará un africano que emigra a Europa y que prefiere las condiciones infrahumanas con las que tiene que lidiar en este continente a las que tenía que padecer en su país de origen...

Decir lo anterior no es una oda al relativismo sino constatar que existen tales disparidades. Pero, como toda sociedad ha de compararse con sus sociedades referentes, igual que no se puede exigir a Cuba que tenga indicadores similares a los de los países escandinavos (aunque en algunos aspectos sí los tiene) y su realidad ha de ser analizada a partir de la realidad de su entorno inmediato —en este caso, América Latina y el Caribe—, tampoco podemos entrar en una comparación demagógica de las condiciones de vida de la clase obrera del Estado español con condiciones de vida de la clase trabajadora de países de la periferia del sistema para acabar concluyendo que los trabajadores españoles somos unos «privilegiados» porque tenemos agua caliente, no vivimos en una chabola y comemos al menos una vez al día (los que pueden). Por eso, cuando hablamos de precarización laboral, estamos pensando en una comparativa respecto de las condiciones de vida que los trabajadores españoles tuvieron en su momento de bonanza económica y, en todo caso, confrontando esta realidad con la que tiene el resto de países de la UE. Aunque, cabe apuntar también, la precarización creciente de las sociedades europeas está provocando que, salvando las distancias, los trabajadores del Viejo Continente cada día compartan condiciones de trabajo y exclusión social más parecidas a las que los trabajadores de los países dependientes padecen.

Ciertamente, la precarización de las condiciones laborales en las últimas décadas es una realidad que no se puede negar pero que debe ser contextualizada, ya que no es un fenómeno exclusivamente español ni europeo, es un fenómeno global que tiene que ver con los cambios en el sistema capitalista que hemos comentado, y que afecta, de forma desigual y combinada, tanto a países del centro como de la periferia del sistema mundial. Un fenómeno que surgió en el marco de la ofensiva que desató el capital contra el mundo del trabajo en los países del centro desde mediados

de la década de los setenta. Se trataba de «... debilitar la condición obrera desmontando ventajas y beneficios sociales inscritos en el *Welfare State*»[\[15\]](#) a través de un proceso que viene desde entonces y que se ha agudizado en los últimos tiempos. El objetivo era socializar el subempleo con la universalización de la mano de obra «flexible», así como convertir la superexplotación del trabajo en la característica medular del capitalismo actual para ampliar la tasa de ganancia, debilitando a su vez la organización y capacidad de respuesta de la clase obrera, tanto del centro como de la periferia. El capitalismo, como auguró Marx, avanza hacia su bancarrota y arrastra con él a la humanidad hacia el desempleo masivo, la guerra por los recursos y la generalización de la pobreza y la miseria.

Que el 45 por 100 de los hogares españoles no se pueda permitir salir de vacaciones una semana al año, o que el 42,4 por 100 no tenga capacidad para afrontar gastos imprevistos[\[16\]](#) nos muestra que el Estado español está lejos de considerarse un país «desarrollado» y «primermundista» donde las clases medias son mayoritarias.

La precariedad laboral se consolidó en el Estado español de la mano de las famosas ETT que autorizaron los gobiernos «socialistas», como hemos visto en los apartados anteriores. Se considera que, antes de su arribada, la precariedad era patrimonio casi exclusivo de los jóvenes que se incorporaban al mercado laboral, pero la realidad ahora es bien distinta. La precariedad se ha ido extendiendo como una mancha de aceite en el mundo laboral y tiene su base en tres elementos que se retroalimentan entre ellos: la desregularización, privatización y reducción de los costes en el trabajo; la involución ideológica en la sociedad; y el sindicalismo de la renuncia[\[17\]](#). De los primeros nos hemos encargado en los apartados anteriores, de los siguientes lo haremos en los que están por venir.

En el Estado español los jóvenes trabajadores son uno de los colectivos más afectados por la precariedad laboral, como ya hemos visto. Con tasas de desempleo superiores al 50 por 100 y porcentajes de contratación temporal por encima del 55 por 100, ellos son los que más padecen el nuevo marco de relaciones laborales, pues se incorporan al mercado laboral muchas veces sin poder beneficiarse de los convenios colectivos anteriormente existentes debido a la precarización creciente que impera; un mundo del trabajo donde una minoría cada día más minoritaria de trabajadores cuenta con un empleo fijo, con relativa estabilidad laboral y unos ingresos decentes, frente a una

mayoría creciente de trabajadores cuyas condiciones, tanto de seguridad como de estabilidad o salariales, se encuentran a años luz. Hubo un tiempo en que ser «mileurista» era motivo de queja. Se argumentaba, con razón, que un salario de mil euros era insuficiente y que la «generación más preparada de la historia» no lograba conseguir los ingresos que les había prometido que iban a tener. Hoy ser «mileurista» parece constituir un lujo en nuestro país.

Por otra parte, al trabajador precario se le exige polivalencia; la temporalidad contractual y la escasa oferta de empleo colabora en ello al facilitar que un trabajador promedio de hoy en día, sobre todo si está en la treintena, tenga hojas salariales mucho más extensas y variadas que las que podían tener sus padres. En realidad, en este caso da igual la formación, ya que trabajar «de lo tuyo» es otro lujo en este sistema; son pocos los tocados por la varita mágica de la fortuna, y cada vez más la gente se da cuenta de que bajo el capitalismo no hay posibilidades de realización ni para la clase trabajadora ni para los que se consideraban clase media. Muchos criticaban a países como Cuba porque el Estado asignaba un trabajo a los jóvenes que se iniciaban en el mundo laboral, seguramente hoy muchos de los que veían lo anterior como un ataque a su libertad individual, querrían vivir en un Estado que se preocupara por dotar de trabajo a todos sus ciudadanos.

No somos los únicos en afirmar que la precariedad laboral no afecta por igual a todas las clases sociales. Dentro de la clase trabajadora también hay distintos niveles de afectación, siendo las mujeres, los obreros no cualificados y sus hijos la principal carne de cañón de la precariedad, mientras que los trabajadores con estudios universitarios son los que menos la padecen[18]. Si bien contar con una alta cualificación no exime de caer en la precariedad laboral, lo cierto es que tener estudios universitarios, en contra del discurso hegemónico, reduce las posibilidades de caer en dicha precariedad. El problema parece radicar, más bien, en las altas expectativas que las personas con estudios universitarios tienen respecto a su horizonte laboral y que se ven frustradas al toparse con un mercado laboral incapaz de satisfacerlas[19]. La inadecuación entre la formación y el empleo es especialmente sangrante en los jóvenes que han estudiado, esa «generación más preparada de la historia», que está sobrecualificada para los puestos que ocupa (se calcula que afecta a un 33 por 100 de los jóvenes del Estado español) y, por tanto, percibe como precario un trabajo que a priori no está precarizado sino que, en realidad, no se ajusta a su perfil profesional. Lo que se ha venido en llamar «discordancia

de estatus».

Las formas de contratación que adopta el sistema crean nuevas realidades precarias. Nuevamente citamos a Vidal Aragonés, quien se refiere a dos tipos de trabajadores precarios —que están además excluidos de relación laboral de manera ilegal por la acción fraudulenta de empresas e instituciones públicas— a los que denomina «aristocracia» precaria: los falsos autónomos y los falsos becarios[20], estos sí conformados por sectores de la juventud con muy alto nivel de estudios.

Todo lo anterior se traduce en la imposibilidad de emancipación del hogar familiar, de planificar un futuro, tener hijos, en definitiva, de poder elegir qué tipo de vida quieren llevar. Decisiones de vida que cada vez más son patrimonio de las clases dominantes, mientras los trabajadores y sus hijos han de conformarse con vivir la vida tal y como viene, sin horizontes de futuro y sin perspectivas de mejora. A los jóvenes del Estado español, sobre todo a los más formados, solo les queda la emigración, como a nuestros padres y abuelos durante el franquismo. Pero esto no afecta solamente a los jóvenes. Las condiciones laborales se están degradando a pasos agigantados, conduciéndonos hacia una sociedad donde la precariedad laboral va a ser la norma, antes que la excepción. Una precariedad que está impactando de pleno al conjunto de los trabajadores y que también se expresa en los altos índices de economía sumergida que hay en el Estado español, sector donde los trabajadores son todavía más vulnerables.

Ahora bien, asumiendo que las condiciones materiales de vida condicionan la conciencia, la profundización de la precariedad ¿conlleva necesariamente la creación de una nueva clase social, un «nuevo proletariado», tal y como se empeñan en afirmar desde los púlpitos académicos algunos teóricos sociales? ¿Podemos esperar, entonces, que a esta nueva realidad le correspondan nuevos sujetos que tengan en sus manos el cambio social?

### *El «precariado» y otros nuevos «sujetos revolucionarios»*

Ante la ausencia de una respuesta sindical combativa y de clase al lamentable panorama laboral que tenemos ante nuestros ojos, muchos sectores de trabajadores, especialmente jóvenes que no han conocido las prácticas sindicales de otros tiempos, acaban incorporando «ideas



individualistas por su pérdida de identificación de clase»[21]. Y es en este contexto de desvanecimiento de la identidad de clase entre ciertos sectores de la clase trabajadora cuando surgen interpretaciones académicas que pretenden validar nuevos términos para el análisis social como explicativos de una nueva realidad. Tal es el caso de la creación del concepto «precariado», que es utilizado por primera vez en la década de los ochenta por algunos sociólogos franceses y, posteriormente, por activistas italianos, y que luego es retomado por la Fundación Friedrich Ebert de la socialdemocracia alemana (la misma que se dedica a hacer campaña contra los gobiernos antiimperialistas latinoamericanos). Posteriormente se populariza gracias a su difusión en el Foro Social Europeo. Este concepto, contracción de precariedad y proletariado, englobaría al conjunto de los trabajadores que padecen la explotación del capitalismo del siglo XXI, con independencia de su ubicación en la cadena productiva o su posicionamiento socioeconómico. Es más, estos trabajadores no serían considerados como tales sino, siguiendo la estela de Negri y Hardt, una «multitud explotada»[22], una «clase universal» sin contornos definidos ni jerarquía interna, a la que la afectaría por igual la explotación. ¡Bienvenidos a la sociedad post-clase!

Uno de los principales gurús del concepto de «precariado» es un profesor británico llamado Guy Standing. En su libro homónimo[23], Standing desarrolla un acertado panorama de los cambios que el mundo del trabajo ha experimentado en las últimas décadas. Sin embargo, Standing adolece de claridad cuando intenta explicar cuáles son las clases sociales resultantes de estos cambios. No sin cierta confusión para el lector, y dejando puntos ciegos, Standing apuesta por acuñar el concepto de «precariado», al que él califica como la «nueva clase social emergente», global y en proceso de formación, «consistente en cientos de millones de personas sin un anclaje estable en su trabajo, que se está convirtiendo en una nueva clase peligrosa por su propensión a dar pábulo a voces extremistas o fanáticas y a utilizar su voto y su dinero para ofrecer a esas voces una plataforma política que acreciente su influencia»[24]. Esta nueva clase, a pesar de su «peligrosidad»[25], heterogeneidad y su estadio primitivo de desarrollo según el autor, es designada como el nuevo sujeto social encargado de llevar a cabo la emancipación de los de abajo, aunque el mismo Standing reconoce que carece de toda «agenda o estrategia política»[26]. Standing basa en la dualidad del mercado laboral la emergencia de esta nueva clase social,



distinta a la clase obrera tradicional:

Millones de personas, tanto en las economías ricas como en las emergentes, se incorporan al precariado, un fenómeno nuevo aunque tuviera precedentes en el pasado. El precariado es algo distinto de la «clase obrera» o del «proletariado». Estos últimos términos sugieren una sociedad que consiste principalmente en trabajadores con un puesto relativamente duradero y estable, con jornadas de trabajo fijas y vías bastante claras de mejora, sindicatos y con convenios colectivos, cuyos puestos de trabajo tenían un nombre que sus padres y madres habrían entendido, frente a patronos locales cuyos nombres y rasgos les eran familiares. La mayoría de los trabajadores precarizados no conocían a su patrono ni sabían cuántos empleados tenía este o podría llegar a tener en el futuro. Tampoco eran de «clase media», ya que no tenían un salario estable o predecible, ni el estatus y ventajas que se supone que posee la gente de clase media[27].

Standing obvia por completo los niveles de precarización generalizada en los que se encuentra hoy el conjunto de los trabajadores –incluidos los que llevan décadas incorporados al mercado laboral, pues están perdiendo a pasos agigantados la poca seguridad que tuvieron antaño– tratando de establecer una falsa división entre clase obrera con derechos *versus* «precariado». Realiza, por otra parte, un análisis donde el «precariado» se definiría más bien por lo que no es y lo que no tiene que por lo que es o lo que tiene. Un análisis que, curiosamente, contrapone al «precariado» con la clase obrera pero también con la clase media, como si las condiciones de vida de los trabajadores se asemejaran más a las de la clase media que a las de los trabajadores precarios. Si el «precariado», como afirma Standing, se caracteriza por no tener alguna de las siete formas de seguridad (en el mercado laboral, en el empleo, en el puesto de trabajo, en el trabajo, en la reproducción de las habilidades, en los ingresos y en la representación), nosotros nos preguntamos ¿en qué se diferencia el «precariado» de la clase obrera que comparte, en buena medida, esa ausencia de seguridad de la que nos habla Standing?[28].

En la línea del discurso que enfrenta al 99 por 100 de la población *versus* el 1 por 100, Standing desarrolla un análisis interclasista donde tiene la misma potencialidad revolucionaria alguien que viene de un entorno acomodado y que, por circunstancias de la vida, acaba conformando coyunturalmente el «precariado», que, por poner un ejemplo, el hijo de un soldador en paro.

Pensar que el hijo universitario de un alto funcionario obligado a trabajar temporalmente en un trabajo no acorde a su calificación académica y condición social pertenece a la misma clase social que un chico o chica de barrio sin posibilidades de estudiar una carrera y abocado, desde su nacimiento, a vender su fuerza de trabajo en lo que haya, es pintar con brocha muy gorda la realidad social. Este planteamiento parte de un error de base: creer que la precariedad afecta de igual modo a alguien que tiene recursos educativos, económicos, culturales o familiares para salir de ella que a quienes están privados de todo lo anterior. Además, hablar de «precariado» como nuevo sujeto emergente que compartiría una misma situación de precariedad laboral, es obviar que la desestructuración y la falta de homogeneidad son las características del conjunto de asalariados que padecen el trabajo desregulado y la precariedad[29].

Lo cierto es que el «precariado» de Standing recuerda bastante a las teorías que nos hablan de ciudadanías, multitudes y otras pertenencias interclasistas a «una colectividad socialmente abstracta, sin contradicciones antagónicas en su interior»[30]. No sabemos si el despiste de Standing es intencionado o no. Quizá su falta de discurso de clase se deba a una carencia de orígenes proletarios, lo cual le impide ver más allá de su realidad circundante. Quizá no, y lo que le suceda es que, sencillamente, no tiene un análisis marxista de la sociedad. El caso de Standing es sintomático. Si investigáramos un poco sobre el origen socioeconómico de Standing y la militancia política de él y otros académicos postmodernos que abrazan con alborozo la supuesta irrupción de esta emergente nueva clase social interclasista, podríamos entender mucho mejor por qué la clase obrera ya no les parece relevante y por qué abogan por una apenas velada conciliación de clase. Conciliación de clase en el peor sentido del término, ya que apostar por un proyecto político en el que se sumen intereses antagónicos es despistar sobre la naturaleza clasistamente explotadora de este sistema llamado capitalismo. Y, por otra parte, realizar análisis desde la academia que confunden, más que aclaran, sobre la naturaleza de los mecanismos de explotación a los que están sometidos los trabajadores, así como su distinto impacto en función de la clase social de pertenencia, abona en la confusión reinante que perpetúa el estado de desolación en el que nos encontramos.

Otras aportaciones al debate de los nuevos sujetos revolucionarios nos hablan de la emergencia de los «nuevos pobres», de una masa informe, una

multitud o muchedumbre de gente que irrumpe en la escena movilizándose sin un discurso político articulado y sin más reclamación que gritar su desesperación a los cuatro vientos, como es el caso del movimiento de los *forconi* en Italia[31]. Serían sujetos que, al no ver en los partidos y sindicatos tradicionales ninguna plataforma viable para expresar sus demandas, los rehúyen y optan por la movilización sin encuadramiento político-sindical. Está por ver hasta qué punto estos «nuevos pobres», conformados por diversos perfiles de trabajadores y hasta de pequeños empresarios venidos a menos, podrían constituir una nueva clase equivalente al «precariado» y, sobre todo, conformarse como clase aparte de la clase trabajadora. De momento, lo que sí podemos afirmar es que son la expresión de una rabia contenida hasta la fecha, de un hastío con la realidad circundante y el empobrecimiento colectivo que caracteriza a la actual coyuntura en los países del sur de Europa.

Si discrepamos con estos análisis académicos es porque consideramos que están fundamentados en posturas erróneas, posturas cuyas implicaciones políticas pueden salir muy caras a nuestra clase. Bajo nuestro punto de vista, abandonar un término identitario como clase trabajadora, que sigue aglutinando a la hora de subvertir el sistema económico, es dejarle nuestra cabeza en bandeja al enemigo, sin haber luchado antes. No se trata de negar los cambios sociales y aferrarnos a nuestros términos como si fueran un tótem al que idolatrar; se trata de que esos términos siguen siendo válidos para muchísima gente que, por motivos que detallaremos en los próximos capítulos, no tiene un altavoz en la academia ni en la prensa para decir «Aquí estamos, somos de clase trabajadora y nos identificamos con el imaginario social –luchas incluidas– asociado a ella», lo cual sobredimensiona algunos discursos que se dan en círculos intelectuales al no toparse con voces que los refuten desde ese mismo ámbito. A veces estos discursos que olvidan el papel clave de la clase obrera en la transformación social, minoritarios por lo demás fuera del mundo académico, encuentran altavoz en el micromundo de las redes sociales, lo cual distorsiona el impacto real y la importancia que tienen estos mensajes y sus difusores en las luchas cotidianas. En la calle y en los centros de trabajo poca gente, más allá de cuatro «iniciados», sabe lo que es el «precariado» u otras categorías que, en cambio, parecen centrar la atención de una elite intelectual. El problema, además, es que ciertos teóricos, desde su atalaya y en medio de su amasijo de saberes, terminan confundiendo

categorías de análisis con eslóganes para la movilización. Apelar al «precariado» es tan inútil como acercarse a un almacén apelando a los hijos de la cosificación capitalista. Es como si ciertos pensadores se esforzaran en ejercer el papel que hacen los medios de comunicación del sistema: hablarnos de la realidad que los trabajadores vivimos adaptándola a su particular visión de la misma pero ignorando lo que vive la clase trabajadora en los barrios.

Por suerte o por desgracia, los trabajadores desconocen lo que la elite intelectual predica sobre su realidad cotidiana, pero hay un problema: a los trabajadores nos están negando la voz desde el momento en que otras clases sociales nos vienen a decir que ya no somos trabajadores, que ahora existe una nueva clase social que agrupa al hijo de un alto funcionario que quiera trabajar un verano para pagarse sus extras con aquel que tiene que trabajar en verano para poder seguir estudiando en octubre porque comparten la misma precariedad laboral durante unos meses. Vamos, que el hijo del ministro De Guindos gane 400 euros al mes, como afirma su padre, le vuelve de la misma clase social que nuestras abuelas, que tienen pensiones no contributivas de similar cuantía, pues todos están bajo el mismo paraguas del «precariado», que no de la precariedad, que es una cosa muy distinta. Tan distinta como vivir en la precariedad o visitarla de puntillas unos meses en tu vida pues, como sabrá todo aquel que ha socializado con personas que transitan temporalmente por la precariedad, por ejemplo hippies y okupas de origen burgués, a la hora de la verdad sucede lo que Serrat canta en una de sus canciones: «Vuelve el pobre a su pobreza, vuelve el rico a su riqueza y el señor cura a sus misas». O, por decirlo de manera más castiza, cada mochuelo vuelve a su olivo. La película italiana *Ovosodo* (Paolo Virzi, 1997), ambientada en la *rossa* Livorno, ilustra a la perfección este flirteo interclasista de los hijos de la burguesía con los ambientes alternativos y bohemios durante su juventud... hasta que toca dirigir la empresa de papi. Siempre será así; por mucho que los cachorros de la clase media-alta tengan un panorama de mayor precariedad social frente a sí —si es que ellos lo tienen, pues insistimos en que la precariedad no afecta a todas las clases sociales por igual— que disminuya su estatus social familiar y sus ingresos, nunca formarán parte de la clase trabajadora ni padecerán la precariedad como esta, a no ser que decidan romper con su familia por completo, con sus redes sociales de contactos y con todos los beneficios asociados al hecho de ser hijo o hija de alguien que, con una llamada, puede colocarte en cualquier empresa

de un colega. Otra cosa es el destino de ciertas clases medias, en especial de los sectores de la pequeña burguesía, que siempre han estado limítrofes con la clase trabajadora y que desempeñan un papel de bisagra social. Pero incluso para ellos es distinta la precariedad, ya que se seguramente se encuentran con un horizonte de posibilidades más amplio para salir de ella.

La conclusión que alcanzamos es clara: si nuestra madre friega platos ajenos es clase obrera. Pero si la que friega platos ajenos es una joven con carrera y un máster, que habla tres idiomas y milita en Juventud Sin Futuro, no es clase obrera, es un nuevo sujeto emergente, es «precariado», intelectual además. La sorprendente conclusión que obtenemos de las teorías del «precariado», si las trasladamos al mundo real, es que una camarera es clase obrera siempre y cuando sea una choni sin el graduado escolar que será camarera el resto de su vida; si la camarera ejerce de tal para pagarse los estudios de Ciencias Políticas o un máster en Londres no es clase obrera, es un nuevo sujeto emergente incapaz de identificarse con la clase obrera porque, como apunta el sociólogo Jorge Moruno, «la clase obrera no puede representar a todo el conjunto de los explotados». Obviamente, mientras algunos académicos sigan pensando que la clase obrera es únicamente un tipo con mono azul que fuma ducados, seguiremos nadando en ese mar de incertidumbre y relativismo que tanto parece gustar a los postmodernos. El problema es que cierta izquierda, erróneamente a nuestro juicio, ha convertido fordismo y clase obrera en un binomio indisoluble. Craso error: la clase obrera existía antes del fordismo, existe en el postfordismo y existirá mientras haya un cabrón repartiendo sobres de dinero en cuentas B. Ya antes de que existiera el fordismo, existía clase obrera. El problema no es si esta puede representar a todos los explotados, la cuestión es que la clase obrera está ahí para ser representada como herramienta aglutinante, sea a través de la figura de un jornalero sin estudios, de un líder sindical andaluz ocupando un supermercado, de un minero asturiano, de las mujeres que integran la Corrala Utopía o de Pablo Iglesias en un plató de La Sexta, dependerá de cada contexto.

La lectura es insultante: la clase obrera puede ser precaria, siempre lo fue, pero cuando la clase media (recientemente empobrecida) visita los infiernos de la precariedad y el abuso laboral, se deben parar las rotativas y la izquierda académica occidental se pone a teorizar nuevos paradigmas. Uno de ellos es la figura del reponedor de supermercado, santo grial de la izquierda

postmoderna y, a tenor por cómo se encumbra su figura, legión en nuestra sociedad. En realidad el reponedor ha existido siempre y es prácticamente paralelo a la Revolución Industrial; el primer supermercado se remonta al año 1852 en París, cuando se instala la Maison du Bon Marché en la calle Sèvres. Tan solo diecinueve años después estallaba la Comuna de París; los reponedores a pie de barricada desde el día uno. Pero sigamos.

Lo que estos sociólogos eluden es explicar por qué no todos los explotados se pueden identificar con la clase obrera. Por ejemplo, podríamos añadir un tercer tipo a los ejemplos anteriores, que no es ni la camarera sin estudios ni la precaria con estudios: la universitaria de origen obrero que también trabaja sirviendo copas y que, pese a tener estudios, no se identifica con el «precariado» sino con la clase obrera. ¿Y por qué? Porque ese es su origen social y sabe que, aunque haya podido estudiar, sus expectativas laborales no pueden ser las mismas que las de otros compañeros de clase con contactos y mayores recursos económicos. Sabe que la precariedad es el horizonte de vida de sus antepasados y que salir de esa herencia no será fácil. Quizá sirva copas durante un tiempo hasta que consiga un trabajo «de lo suyo», quizá lo haga por el resto de su vida. Si así fuera, tampoco le extrañaría, lo extraño es que hubiera conseguido un trabajo vinculado a su formación universitaria sin contar con padrinos o sin una familia detrás que pueda financiarle infrasalarios de becaria mientras ella se sigue formando. Todo esto nos lleva a pensar que quizá el concepto de clase obrera ya no puede representar a todos los explotados que efectivamente... no provienen de la clase obrera. Es difícil pedirle a un hijo de la clase media que se identifique con una clase social que no es la suya. Algunos, los que tienen mayor conciencia política, lo hacen, pero muchos sienten una natural reticencia a igualarse con los que están por debajo de ellos. Y es aquí donde algunos ven la utilidad del concepto de «precariado» como instrumento para «igualar» la explotación de las distintas clases sociales, aunque sepamos que la explotación y precarización no las padecen por igual.

En definitiva, sorprende que se hable de la precariedad como un fenómeno novedoso y ahistórico. Imaginamos que quien así se expresa seguramente nunca vivió lo que es la precariedad en su casa, ni ha tenido padres que se han partido el espinazo por un salario que alcanza para lo justo y necesario, si alcanza... Podemos entender que no haya conocido la precariedad en su vida cotidiana viniendo de la clase media, pero esperaríamos que al menos la

hubiera conocido leyendo a Marx, Dickens o a Victor Hugo. Choca escuchar el uso de «precario» como sustantivo, más que como adjetivo de la palabra «trabajador», o el de «precariado». Nos preguntamos si quienes toman la opción de definirse como precarios sin más o se adscriben al «precariado», antes que asumirse como trabajadores precarios o precarizados, tienen en cuenta los antecedentes históricos que hemos comentado. Incluso aspectos supuestamente característicos de estos tiempos, como la incertidumbre laboral, fueron atisbados por Marx y Engels en su *Manifiesto comunista* como propios de la era burguesa iniciada por el capitalismo: «Una revolución continua de la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores»[\[32\]](#).

La exclusión social a la que cada día más se ven relegados centenares y miles de trabajadores les lleva a creer que su incapacidad de encontrar empleo se debe a una incapacidad personal, una especie de ineficiencia por su parte basada en una falta de adecuación a lo requerido por el sistema. Nuevamente, el viejo truco de la clase dominante, que sabe convertir un problema colectivo en un asunto individual para que el pobre se culpe de su pobreza y exculpe a los responsables de mantener la violencia estructural que no le permite salir de su estado. Hoy más que nunca el capitalismo está explotando esa matriz de opinión de manera descarada.

## EMPRENDER O MORIR

Igual que con la crisis están triunfando las visiones demagógicas que culpan a los políticos y a los coches oficiales de la estafa en la que estamos sumidos (una estafa que no es más que el funcionamiento natural de un sistema mafioso y moribundo como el capitalismo), otras visiones están calando en el imaginario colectivo, igual o más peligrosas que las primeras. Nos referimos a la idea del emprendimiento como alternativa a la relación salarial o a la inexistencia de la misma, es decir, al desempleo. En resumidas cuentas: si no tienes trabajo es porque no quieres y eres un vago sin aspiraciones. Ahora mismo deberías reinventarte y emprender –no sabemos qué, pero emprender– algo en tu vida. Estás perdiendo un tiempo precioso. ¡Mueve el culo!

La cultura del emprendedor consagra los valores del individualismo propios

del capitalismo para socavar la fuerza de la unión de los trabajadores, ya que uno de sus pilares es la competitividad entre compañeros, que rompe por completo siglos de solidaridad construida desde el puesto de trabajo y el barrio. El emprendedor no es ya más un miembro de un colectivo sino un sujeto individual, una especie de lobo estepario que debe luchar para no morir en un entorno hostil. Si para ello tiene que matar, pisotear o pasar de su colectivo, poco importa. Además, el emprendedor es presentado de manera positiva a la sociedad por sus cualidades «activas», de «generación de riqueza», frente a la figura de un trabajador que es denostado por ser «pasivo», «no adaptable» y que casi aspira a «vivir del trabajo generado por otros». Sabemos que esto no es como nos lo presentan sino todo lo contrario; pese a ello, y gracias al permanente bombardeo mediático, el discurso del emprendedor sigue engatusando a incautos con poca claridad ideológica o ausencia de conciencia de clase.

Lo más grave del asunto no es que las empresas se hayan dotado de este discurso y lo hayan propalado a sus trabajadores vía las charlas de estos «entrenadores del emprendimiento» o a través de sus gerentes; lo más grave es que desde instituciones públicas se haya fomentado esta cultura del emprendimiento subvencionando políticas públicas que tienen la «emprededuría» como eje de actuación. La Generalitat de Catalunya, gobernada por la derecha catalana (una derecha tan burguesa que lleva la palabra emprendedor en su ADN), es un ejemplo de este aval de las instituciones públicas a la cultura del emprendedor. Importantes sumas de dinero se han destinado a estas políticas públicas en detrimento de otras. Nada es casual. El sistema actúa, lo parezca o no, de manera coordinada y desde diversos frentes. Unos eventuales emprendedores que aligerarán (aunque sea de forma momentánea) las listas de desempleados. Pese a que 180 empresas cierran por día desde que empezó la crisis[\[33\]](#), el mantra es repetido hasta la saciedad como un evangelio.

Resulta obvio que, en el particular mundo de fantasía de quienes siempre ponen la voluntad por delante de las condiciones materiales, quien no tiene un negocio es porque no quiere. Y si lo pone en marcha y le va mal, también es culpa suya: no se esforzó lo suficiente. Desde Risto Mejide a los gurús del *coaching* empresarial, pasando por divulgadores de la felicidad como Eduard Punset, nos repiten insistentemente que «querer es poder», que solo hay que intentarlo con todas tus fuerzas, que si te esfuerzas realmente, la energía



positiva fluiré y saldré del pozo de miseria en el que te encuentras. Salva tu trasero y al resto que le den. ¿Qué es eso de cambiar el mundo? ¿Para qué? ¡No mires al sistema, el cambio empieza en uno mismo! Sé optimista y todo fluiré, el universo llevará a ti todo lo que atraigas con tu actitud, como si fueras un imán, metáfora también utilizada para ponernos en la posición pasiva del que se sienta a esperar que las fuerzas del cosmos acudan en su ayuda.

Estas odas al buenrollismo no son más que un *revival* de los viejos manuales de autoayuda que surgieron en Estados Unidos y se dispersaron por todo el planeta. El pensamiento positivo o la ideología de la felicidad como único objetivo en la vida, toda una exaltación del ombliguismo camuflada en supuestos buenos sentimientos hacia la humanidad entera. En definitiva, una variante del pensamiento ultraliberal enfocado, al fin y a la postre, a la acumulación del dinero a través de una presunta conexión con las bondades del universo mediante una supuesta «ley de atracción»[\[34\]](#). Es curiosa esta obsesión por lo crematístico que comparten desde las sectas evangélicas como *Pare de sufrir* hasta su versión laica con las bazofias pseudopsicologistas como *El secreto*. Por inconexo que parezca a algunos, lo cierto es que este tipo de pensamiento es el que se encuentra en todos los manuales de *coaching* empresarial: se buscan soluciones individuales a problemas que son colectivos.

Que se hagan tantos esfuerzos por convertir asuntos sociales y políticos en problemas de índole individual no es para nada inocente. Es toda una estrategia del sistema y sus gestores enfocada a enmascarar sus responsabilidades. Una estrategia peligrosa porque tiene un impacto enormemente dañino en la psique de los trabajadores que empiezan a creerse el cuento de que su «fracaso» en el sistema es debido a su propia incapacidad, ya sea por no tener la suficiente formación, por no haberse reciclado en su momento, por ser muy viejos, por haberse quedado embarazada, por no tener experiencia, por no estudiar chino mandarín por las noches o por no sonreír lo suficiente. Sonríe o muere. Sé feliz o perece. El énfasis en lo individual diluye las responsabilidades sociales de unas políticas económicas cuyo diseño lleva indefectiblemente al empobrecimiento masivo de la población. Y como no puede haber ricos sin pobres, no puede existir una sociedad donde todos sean emprendedores exitosos porque es sociológica y económicamente imposible. ¿Con qué dinero va a emprender nada una clase que no tiene

capital? Aparece entonces la figura del *loser*: bajo el prisma de estos paradigmas ya no hay pobres, solo perdedores. La pobreza carece entonces de explicación social y económica. El individuo es el responsable último de su pobreza, no un sistema excluyente que lo condena a la miseria. Si eres pobre, es por tu culpa. Razonamiento darwiniano que se materializa en anécdotas como la que sigue.

Nos narraba uno de los cabecillas de la PAH en Valencia que muchos padres de familia, a punto de ser desahuciados, se negaban a que los miembros de la plataforma acudieran a hacer ruido para detener el desahucio. En muchos casos, la vergüenza a ser señalado por los vecinos (como un perdedor) era superior a la esperanza de luchar y albergar la posibilidad de aplazar el desahucio. Muchos prefieren abandonar su hogar sin hacer ruido a que los vecinos se enteren de que no puede pagar su hipoteca: ser pobre se ha convertido en un estigma del que avergonzarse.

Paralelamente y como en todas las grandes crisis, surgen todo tipo de adivinos, charlatanes y chamanes que nos prometen salir del pozo de mierda gracias a sus poderes sobrenaturales. En la crisis tras el *crack* del 29, eran los vendedores a domicilio los que nos vendían la felicidad y el «ungüento de la serpiente» (fueran crecepelos, colonias afrodisíacas o talismanes mágicos); hoy, la proliferación de espacios esotéricos en televisión inunda todas las cadenas generando pingües beneficios. Gurús, profetas y *coaches* de todo pelaje. Todos con un mismo propósito, explícito o implícito, decirnos que la culpa de nuestra infelicidad la tenemos nosotros, que eso de la crisis es algo semejante a un fenómeno natural que no se puede controlar y, por tanto, dependerá de nuestra actitud positiva el poder afrontarla de la mejor manera posible. De hecho, en la mayoría de estos discursos que venden humo lo que se elude por completo es la existencia de algo que se llama sistema económico, sociedad o estructura social. La justicia también está ausente del análisis. No importa si hay justicia o no, en este mundo del relativismo de todo tipo, lo que importa es tener una mentalidad positiva, sea cual sea tu realidad particular o tu entorno social. El esperpento de estos razonamientos lleva al punto de defender el inmovilismo ante cualquier situación de injusticia bajo el razonamiento que, de cualquier situación, se puede salir con optimismo y alegría. Es como decirle a un enfermo de cáncer que no es necesario darle quimioterapia para curarle, pues con afrontar su enfermedad con buen rollito sería suficiente. De hecho, internet se ha poblado de

infinidad de páginas y portales que venden homeopatía, naturismo y medicinas naturales cuyo principio activo para curar un cáncer severo o el VIH parece ser la positividad.

Otra finalidad importante de estos discursos es presentar a los que protestan como gente amargada, que atrae las malas vibraciones del universo y genera mal ambiente allá donde se encuentra. Es más, algunos directamente instan a no ver las noticias y aislarse de lo que suceda en el mundo. No seremos nosotros los máximos defensores del martirio de ver la intoxicación de la prensa cada día, pero, si no sabemos lo que está sucediendo en el mundo, ¿cómo vamos a tener siquiera la remota idea de que algo debería ser cambiado? La clase dominante nos quiere ignorantes, una clase obrera que sea mano de obra barata y sin conciencia de sí, y mucho menos para sí. Como veremos en las páginas que siguen, aquella ha desplegado exitosamente toda una serie de mecanismos para seguir reproduciendo la jerarquía social existente. Dentro de esos mecanismos, el sistema educativo tiene un papel fundamental.

[1] M. Hardt y A. Negri, *op. cit.*, p. 202.

[2] V. I. Lenin, *Obras completas*, t. VII (*Septiembre de 1903-diciembre de 1904*), Madrid, Akal, 1976, pp. 419-420.

[3] «Mercadona pagará un sueldo mínimo de 1.260 euros al mes», *Cinco días*, edición digital, 24 de diciembre de 2013 [[http://cincodias.com/cincodias/2013/12/24/empresas/1387887014\\_067921.html](http://cincodias.com/cincodias/2013/12/24/empresas/1387887014_067921.html)].

[4] «El dueño de Mercadona, Juan Roig, ya es la segunda fortuna de España», *El Mundo*, edición digital, 30 de octubre de 2013 [[www.elmundo.es](http://www.elmundo.es)]. Por cierto, es muy curioso que la sexta fortuna de España sea la del dueño de otra industria del textil, Mango, que recurre – como el grupo Inditex – a externalizar su producción utilizando mano de obra cuasiesclava en países subdesarrollados, exentos de regulaciones laborales, donde sus trabajadores pueden morir aplastados por el edificio donde cosían hacinados sin que sus familias reciban siquiera una mínima indemnización.

[5] Y para quienes piensen que exageramos, recomendamos el siguiente enlace <http://inditex-grupo.blogspot.com>

[6] D. Lacalle, *op. cit.*, pp. 147-148.

[7] V. Aragónés, *Precariedad laboral*, cit., p. 47.

[8] Un estudio sobre estos mecanismos de control puede encontrarse en J. C. Revilla y F. J. Tovar, «El control organizacional en el siglo XXI: en busca del trabajador autodisciplinado», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 135 (julio-septiembre de 2011), Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, pp. 47-68.

- [9] V. Aragonés, *Precariedad laboral*, cit., p. 18.
- [10] M. Husson, art. cit.
- [11] Según las estadísticas del propio Ministerio de Empleo y Seguridad Social, fueron un total de 7.840.700 contratos registrados, 7.182.300 bajo la categoría de temporales y 658.500 en la de indefinidos. Véase Ministerio de Empleo y Seguridad Social, *Publicaciones de síntesis, Resumen últimos datos* (actualizado el 24 de julio de 2014) [<http://www.empleo.gob.es/es/estadisticas/index.htm>].
- [12] V. Aragonés, *Precariedad laboral*, cit., p. 41.
- [13] Datos de la Encuesta Europea de Ingresos y Condiciones de Vida (EU-SILC) recogidos en J. M. Martín, «GRÁFICO: Cuando trabajar no evita la pobreza», *eldiario.es*, 24 de enero de 2014 [[www.eldiario.es](http://www.eldiario.es)].
- [14] Datos correspondientes a 2011. Este porcentaje era dos puntos inferior en 2008, 22 por 100. Unió General de Treballadors de Catalunya, *Treballar per ser pobre (sic)*, julio de 2014 [<http://www.ugt.cat/index.php/accindical-i-social-mainmenu-131/dades-estadistiques-aturn-ipc/aturn-epa-i-altres-dades-sobre-ocupacio/5116-mes-de-543-000-persones-ocupades-a-catalunya-estan-en-risc-de-pobresa>].
- [15] G. Alves, *O novo (e precário) mundo do trabalho*, São Paulo, Boitempo, 2000, p. 240.
- [16] Los datos de la encuesta *España en cifras 2013* hablaban de 38,9 por 100 y 35,9 por 100 respectivamente. Instituto Nacional de Estadística, *España en cifras 2016*, Madrid, INE, 2016 [[www.ine.es](http://www.ine.es)].
- [17] V. Aragonés, *Precariedad laboral*, cit., pp. 4-12.
- [18] D. Lacalle, *op. cit.*, p. 155.
- [19] *Ibid.*, p. 161.
- [20] V. Aragonés, *Precariedad laboral*, cit., p. 26.
- [21] *Ibid.*, p. 40.
- [22] J. Brown, «Sobre esencias, relaciones y luchas de clase», *Rebelión*, 22 de julio de 2013 [<http://www.rebelion.org>].
- [23] G. Standing, *Precariado. Una nueva clase social*, Barcelona, Pasado y Presente, 2013.
- [24] *Ibid.*, p. 17.
- [25] Es curioso observar que en la edición original, así como en la edición brasileña del libro, el título no refiere a una «nueva clase social», sino a la «nueva clase peligrosa». Desconocemos el motivo de tan eufemístico título en la edición española.
- [26] *Ibid.*, p. 19.
- [27] *Ibid.*, p. 25.
- [28] Tiempo después de que se hubieran escrito estas líneas fue publicado en México el que es, hasta donde sabemos, uno de los primeros libros de respuesta a las tesis de Standing. Véase A. Sotelo Valencia, *El precariado: ¿nueva clase social?*, México, UNAM/Porrúa/Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas, 2015.
- [29] D. Lacalle, *op. cit.*, p. 29.
- [30] I. Gil de San Vicente, art. cit., p. 150.
- [31] M. Revelli, «El invisible pueblo de los nuevos pobres», en el blog de *En Campo*

*Abierto* [<http://encampoabierto.wordpress.com/2013/12/20/el-invisible-pueblo-de-los-nuevos-pobres/>], consultado el 22 de diciembre de 2013.

[32] K. Marx y F. Engels, *Manifiesto comunista*, Madrid, Akal, 2004, pp. 25-26.

[33] J. González Navarro, «Unas 180 empresas cierran cada día desde que empezó la crisis», *ABC*, edición digital, 28 de enero de 2013 [[www.abc.es](http://www.abc.es)].

[34] C. Prieto, «El lado oscuro de “Felicilandia”», *Público*, 17 de abril de 2011.

## SEGUNDO BLOQUE

Clase obrera y mundo educativo: crónica de un desencuentro

## CAPÍTULO IV

### Pedagogía y reproducción

«Nadie es, si se prohíbe que otros sean.»

Paulo Freire

«Soy de clase trabajadora porque no tengo estudios.»

Joven del distrito de Nou Barris, Barcelona, entrevistado para el libro

Desde que nos incorporamos a la «democracia», se nos ha estado diciendo que en el Estado español se había producido una democratización del acceso a la educación superior y, por tanto, una universalización de la misma, que todos los jóvenes éramos iguales ante un sistema educativo plural y sin jerarquías, en el que todos los niños y niñas podían completar sus estudios sin distinciones: desde el hijo de una ministra a la hija de un albañil. Y si bien no podemos negar que en las década de los ochenta y noventa la Universidad española abrió sus puertas a todas las clases sociales, lo cierto es que esta apertura siempre estuvo lastrada por otros factores que impidieron que el conjunto de los hijos de los trabajadores pudieran incorporarse a los estudios de tercer ciclo.

La mayoría de estos filtros se producen antes siquiera de llegar al segundo ciclo de estudios, cuando toca elegir entre continuar estudiando el Bachillerato o hacer un Ciclo Formativo de Grado Medio, más vinculado con la realidad que se vive en casas donde los padres no tienen titulación superior, sino un oficio. Estudiar Formación Profesional o un Ciclo Formativo, como se conoce ahora, deviene la salida natural de la clase trabajadora en detrimento de un Bachillerato que se ve muchas veces como el inicio de una larga carrera de obstáculos, costosa y de final incierto. Además, está el «costo de oportunidad»: no todas las familias pueden permitirse tener a uno de sus hijos (mucho menos a varios) estudiando una carrera universitaria si no cuentan con beca y si no pueden aportar durante esos años ingresos al hogar familiar o, al menos, evitar ser una carga adicional.

A lo largo de estas páginas, intentaremos poner en tela de juicio la tan asumida e institucionalizada idea de meritocracia como mecanismo y causa de la estratificación social. Desde la perspectiva materialista y dialéctica que

nos dice que son las condiciones materiales las que determinan el acceso y la relación del individuo con la cultura, explicaremos por qué el fracaso escolar hace estragos entre los miembros del más bajo estrato social y cultural, mientras los hijos de la clase dominante terminan (en la mayoría de los casos) sus estudios superiores y alcanzan puestos de poder y dominio. Intentaremos demostrar que la institución escolar no es el dispositivo que de alguna manera palía las abismales diferencias entre clases sociales, sino que, de un modo edulcorado y velado, reproduce, gestiona y perpetúa esas mismas diferencias. Para ayudarnos a clarificar tamaño conflicto de intereses, recurriremos (dado el desarrollo del actual capitalismo postindustrial) a los autores vinculados a la «Nueva sociología de la educación». Mediante la teoría de la reproducción de Bourdieu, el estructuralismo neomarxista de Althusser, el uso del lenguaje en Bernstein, la teoría de la correspondencia de Bowles y Gintis, la sociología marxista del que fuera brigadista internacional Maurice Levitas y elementos como el hábito de estudio, la presión o la proletarización a tiempo parcial o de media jornada del estudiante de origen obrero, arrojaremos luz sobre las dramáticas estadísticas de fracaso escolar que, por sí solas, cuestionan tanto la idea de meritocracia, como la propia sociología funcionalista y/o positivista, tan aceptada y cuyos postulados en ocasiones se asumen casi como algo natural, innato al individuo. No debe sorprendernos, pues de la misma forma argumentan que el capitalismo es el estado natural de los hombres y que la mano invisible, la división del trabajo y el egoísmo y ansia de negocio, son algo casi genético y no de carácter social. Será nuestra tarea desenmascarar ese modelo de dominación e intentar demostrar que esa supuesta naturalidad (¿neutralidad?), de natural tiene bien poco: responde a poderosos y arbitrarios intereses de clase.

## LA ESCUELA

Dejaremos al margen de forma consciente (e inevitable) la educación privada como vehículo para la movilidad social de los individuos ya que, como nos recordaba Maurice Levitas, «... la escuela privada tiene como propósito preparar a sus alumnos para ocupar puestos de dominio en la estructura de poder económica, política y jurídica de la sociedad capitalista»[\[1\]](#). Obviamente, la educación impartida en esos centros



reproduce de manera incontestable el modelo estructural, tanto que permite que alumnos mediocres (tan mediocres como para no obtener plaza en la Universidad pública) alcancen posteriormente puestos de alta responsabilidad y control. Dejaremos también al margen que el profesorado en la educación privada o religiosa es el menos cualificado y que sencillamente resulta más fácil aprobar cuando pagas, por lo que tampoco nos adentraremos –de momento– en el concepto mercantilista de la propia educación: ese que convierte el conocimiento en un objeto de consumo. La educación como la compra de un título que vendrá a legitimar, también en lo académico, un estatus que ya se posee de cuna. Y como en las transacciones comerciales no hay alumnos sino clientes que se sienten con derechos de compra frente a los profesores, se llegan a dar situaciones en países como México donde un profesor de una Universidad privada puede recibir amenazas de muerte si no aprueba o pone determinada nota a uno de sus alumnos-clientes. La educación privada es sencillamente un mero trámite para las élites, una inversión forzosa con un final pronosticado: heredar la farmacia, la empresa o el banco de papá. Y ya sabemos lo nerviosas que se ponen las élites cuando no se hace su santa voluntad.

Nos centraremos en la escuela, que constituye una primera criba, y en la Universidad de masas, en segunda instancia, en tanto que instituciones que identifican, seleccionan y jerarquizan de forma adecuada los talentos disponibles que posteriormente accederán a los puestos de trabajo cualificados y necesarios para el «progreso» y el «bienestar social». Por supuesto, consideramos que se debe garantizar la justicia y eficacia de este proceso, por lo que la igualdad de oportunidades debe ser el pilar fundamental en el que se cimienta la educación pública.

La educación se convierte, pues, en el mecanismo y causa que organiza la estratificación social, esta gradación de estatus se producirá en base a la justa y equitativa (a priori) idea de meritocracia:

1. Las posiciones sociales se distribuyen de acuerdo con el mérito y la cualificación, no según la filiación hereditaria.
2. La educación formal es el medio principal de adquirir estas cualificaciones.
3. Para todo individuo, la posibilidad de acceso a la educación formal depende solo de sus preferencias y capacidades.

4. Estas capacidades intelectuales se distribuyen al azar entre cualesquiera grupos de población[2].

En principio no hallaríamos nada reprochable a esta acertada (y efectista) definición del proceso selectivo en el interior de un sistema educacional en el que prevaleciera la igualdad de oportunidades y de acceso. Los funcionalistas (y la condicionada opinión pública en general) argumentan que, mediante este procedimiento, el único y último responsable de su triunfo o fracaso es el propio alumno, con lo que, si se produce el fracaso escolar, únicamente responde a la ineficacia, incompetencia, pereza o incapacidad intelectual del sujeto. Una responsabilidad a lo sumo compartida con otro sujeto: el profesor o profesora de turno. Al parecer, este es el modelo (defendido a ultranza por los funcionalistas liberales) que rige nuestro sistema educativo, pero nos vemos en la obligación de apuntar que, si consideráramos estos principios como válidos e inapelables, se llegaría a la conclusión, también inapelable, de que sencillamente los pobres son menos inteligentes que los ricos. Nada más lejos de nuestra opinión. Entremos en materia.

### *Conocimiento o mercancía*

El planteamiento funcionalista es sumamente simple y tramposo, pero se encuentra tan incrustado en la conciencia colectiva que esta casi otorga a la educación carácter divino a la hora de seleccionar a los válidos y desechar a los no válidos. Profundizando levemente, nos vemos en la necesidad de sacar a relucir las tesis de los teóricos críticos de la relación entre educación y reproducción del sistema establecido. Asumimos la perspectiva divergente que no entiende la educación como vehículo hacia la igualdad de oportunidades con el fin de atenuar las desigualdades sociales, sino como todo lo contrario; una institución destinada a eternizar y fortalecer esas mismas desigualdades, a reproducir el modelo político, económico, social y cultural dominante. Entendemos el funcionamiento del sistema educativo, y la forma en que se ejecuta la transmisión cultural, como responsables directos de que determinados grupos sociales tengan prácticamente garantizado el éxito o el fracaso en el proceso académico por el hecho de pertenecer a un colectivo poblacional u otro.

La inadaptación social del estudiante proletario en la escuela, incluso en la pública, se da desde el mismo momento en que esta está diseñada y enfocada a promocionar los valores propios de una clase social (la pequeña burguesía ilustrada) que no es la que el niño comparte. Autores como Bourdieu, Passeron o Levitas han teorizado sobre esta inadaptación y han cuestionado la existencia de supuestos «criterios de selección uniformes» que no pueden tener resultados uniformes –mucho menos justos– en una sociedad basada en la más absoluta falta de uniformidad en lo que a igualdad de oportunidades se refiere. El niño recibe, desde su tierna infancia, un bombardeo de valores ajenos a los intereses de su clase social porque, a diferencia de los cachorros de la clase capitalista que se forman en escuelas privadas donde se perpetúan los valores del capitalismo y los roles sociales que adquirir para la reproducción de la clase dirigente, «la clase trabajadora no tiene un medio comparable para promocionar en sus generaciones siguientes esa conciencia y solidaridad de clase»[\[3\]](#). Es lógico que el sistema educativo de una sociedad basada en la competencia entre los seres humanos y en la explotación de unos sobre otros promueva la competencia en las aulas y normalice el sometimiento. La promoción de la solidaridad y la cooperación propias de la clase obrera quedan, entonces, al arbitrio de la buena voluntad de los profesores.

Por tanto, para comprender la actividad y funcionamiento del actual sistema educativo debe tenerse muy en cuenta la dinámica y naturaleza del sistema capitalista de producción: relaciones sociales bajo el amparo de una jerarquizada división del trabajo, jerarquía diseñada de forma arbitraria por los dueños de los medios de producción. Las similitudes entre la educación y el mundo de trabajo son notables; tanto la escuela como la empresa se estructuran del mismo modo[\[4\]](#), mediante un sistema jerárquico y disciplinado de autoridad. La escuela incentiva a los estudiantes mediante un sistema de premios en forma de calificaciones; del mismo modo, el asalariado recibe su recompensa por parte del empresario según su productividad o rendimiento. El propio sistema de notas ya produce la primera e innecesaria brecha entre los alumnos. Si entendemos la educación como un derecho universal a través del cual accedemos al conocimiento, el sistema de calificaciones mediante notas bajas, medias y altas, carece de todo sentido. El objetivo de la educación (adentrándonos en la escuela, el objetivo de la asignatura o materia) no debería trascender más allá de la simple –y a la vez

categoría— tarea de hacer que el alumno alcance y comprenda determinado conocimiento propio de una u otra materia. Con la introducción del sistema de calificaciones y exámenes se provoca una innecesaria competitividad salvaje que deriva en un nocivo individualismo y anula toda posibilidad de cooperación. Esto va acompañado, como no podía ser menos, de un sistema punitivo basado en el premio para los listos, pero también en el castigo para los rezagados —ya no físico, por suerte, aunque a nosotros nos tocó todavía presenciar a algunos profesores de la vieja escuela que se atrevían a ponerle una mano o una regla encima a sus alumnos con la mayor de las impunidades— a los que se amenaza constantemente con bajar la nota si no se saben la lección o no hacen las tareas. Así se aprende no solo a respetar sino a temer a la autoridad, a la vez que se disciplina a la futura mano de obra.

Una vez alcanzado el conocimiento se trata ahora de identificar, seleccionar, seccionar, fragmentar, dividir al alumnado con el fin de poner de manifiesto y exponer a la luz pública quién accedió a dicho conocimiento de la materia o asignatura con la mayor facilidad, quién en el menor espacio de tiempo, a quién le costó mayor esfuerzo, quién posee mayor capacidad para memorizarlo... En esta labor algunos profesores pueden llegar a ser muy crueles, bien sea inconsciente o conscientemente. Uno de nuestros profesores tenía un sistema perverso para sentarnos en los pupitres de clase siguiendo un estricto orden emanado de un juego sádico digno de cualquier manual antipedagógico: el niño o niña que más aciertos daba a las preguntas del profesor, se sentaba en los primeros pupitres y así seguía en orden de aciertos descendentes hasta el final de la fila, donde se encontraban los niños «menos capaces», que cada día al ir a la escuela recordaban, gracias a este maravilloso sistema de humillación pública, que eran menos listos, más perezosos o menos obedientes que el resto de sus compañeros. En realidad, de este modo brutal o de manera más sutil, la distinción se hace con el fin de facilitar al mercado de trabajo la admisión y el proceso selectivo de nuevos miembros: la división y etiquetado diferenciador no se produce con fines académicos sino mercantilistas. De hecho, todas estas fragmentaciones se producen una vez alcanzado el conocimiento; para aquellos que no lo alcanzan no existe esta competitividad, sencillamente han suspendido. Es entre aquellos que han aprobado y que por tanto han adquirido el conocimiento donde se produce la criba: suficiente, bien, notable, sobresaliente, matrícula. Entendiendo la educación como un derecho

universal, esta diversificación perjudica de forma tajante la armonía, la solidaridad y el compañerismo que debería regir en los centros educativos. El método separativo, individualista y mercantilista funciona a la perfección, tanto que, cuando llegan a la Universidad, ya no existen compañeros sino enemigos a batir: se venden y se compran los apuntes, Platón y Sócrates deben estar retorciéndose en su tumba.

El sistema de premios convierte la educación en mera mercancía, en un plagio de las formas y relaciones de poder que rigen fuera del mundo académico, en una loca y competitiva carrera por ver quién llega primero. Olvidan los funcionalistas que, por edulcorante e ingenuo que pueda parecer, en el acceso al conocimiento, lo importante no es ganar, basta con participar, que no es poco. Tras estudiar las tesis de Bernstein, Bowles y Gintis y otros teóricos críticos en torno al sistema educacional, nos convencemos de que existen alternativas o, al menos, otros puntos de vista. Pero el modelo competitivo se encuentra tan institucionalizado en la sociedad que algunos nos tacharían de trasnochados por abogar por un sistema exento de calificaciones más allá del «necesita mejorar» o «progresó adecuadamente», el que respaldamos con convicción. Para aquellos que nos tachen de iluminados arrojamos la siguiente cuestión.

Supongamos que somos padres de dos hijos, por supuesto ambos se han criado en el mismo hogar, han recibido el mismo cariño, las mismas oportunidades, el mismo apoyo... pero resulta que uno sencillamente tiene más capacidad, es más extrovertido, más vivo, con mayores dotes para la comprensión y el análisis... quizá el otro hermano solo tiene más problemas personales pero de alguna manera estos se reflejan en su desarrollo académico. Como padres, ¿nos encargaríamos de recordarles una y otra vez quién es el mejor? ¿Lo haríamos en público delante de todas sus amistades? ¿Premiaríamos al primero con mejores regalos en reyes por el hecho de que siempre llega antes? A cualquier padre algo así le resultaría una locura. Bien, pues de eso se encarga la escuela, de hacer aquello que a un padre le resultaría amoral e incomprensible. Y aunque existiera una real y verdadera igualdad de oportunidades, no nos parecería adecuado convertir el acceso al conocimiento en una carrera de obstáculos por ver quién llega el primero, el segundo, el tercero, quién no llega... Pero este no es el caso, la realidad nos dice que consultando cualquier investigación o estudio que aborde el fracaso escolar o quién obtiene mejores o peores calificaciones, el resultado siempre

es el mismo: el fracaso escolar hace estragos entre los núcleos familiares de más bajo estrato social mientras que, en la enseñanza media y superior, son los alumnos pertenecientes a las clases altas los que obtienen mayores calificaciones. Por ello, y como no asumimos el llano planteamiento de que sencillamente los ricos son más inteligentes o tienen mayor capacidad intelectual, nos vemos en la obligación de, por un lado, afirmar que la igualdad de oportunidades que produzca la movilidad entre clases es un mero espejismo y quimera, y por otro, intentar explicar por qué se produce esa brecha académica en función de los ingresos de los padres, pese a que desde hace décadas la educación es pública y (relativamente) gratuita, dos elementos que en teoría deberían contener esa discordancia.

En 1964, en plena expansión de la Universidad de masas y auge del Estado del bienestar, el sociólogo francés Pierre Bourdieu en colaboración con Jean-Claude Passeron publicó *Les Héritiers* (traducido en la edición española como *Los herederos: los estudiantes y la cultura*), trabajo que recoge investigaciones con estudiantes franceses de la época cuyo resultado fue el mencionado anteriormente: el origen y la clase social del alumnado condiciona de manera concluyente el rendimiento académico, incluso en un sistema de educación público. Lo más curioso del citado estudio es que el condicionamiento o propensión al fracaso en las clases más humildes no lo produce la carencia económica, sino la cultural, íntimamente ligadas. Según los autores, la institución escolar valora un tipo de actitudes y aptitudes que corresponden a la clase alta, lo que da lugar a que la selección escolar acabe convirtiéndose simplemente, en la elección de los elegidos<sup>[5]</sup>. Por tanto, la cultura escolar no es neutra, y la distancia de los alumnos respecto de la misma, determinada por su origen social, se convierte en el elemento diferenciador y selectivo. Esa cultura es arbitraria y relativa, reproduce las formas, modos e ideología de la clase dominante, transmitidas a través de un profesorado que premia las conductas propias de su clase social de origen, generalmente la pequeña burguesía. El alumno perteneciente a la clase trabajadora debe, por un lado, esforzarse como el resto para alcanzar el conocimiento marcado y no engrosar las listas de fracaso escolar, y, por otro, iniciar un costoso proceso de adaptación cultural que regresa a su punto de partida cada vez que sale de la escuela y entra en su casa. Si esto sucedía en la Francia previa al neoliberalismo, no queremos imaginar cómo es la situación en países con un atraso educativo como el Estado español o en

realidades tan polarizadas como las latinoamericanas, donde todavía hay millones de niños (ninguno de ellos cubano, eso sí) que no tienen acceso siquiera a la escuela.

### *Lenguaje «no neutro»*

Uno de los principales elementos que cuestiona la supuesta igualdad de oportunidades es el lenguaje. Dicen que la cara es el espejo del alma, en absoluto; el reflejo del alma no es ni más ni menos que el lenguaje y sus usos y aplicaciones. El lenguaje es el vehículo por el que se exteriorizan las carencias o virtudes culturales del individuo para con el mundo exterior.

El británico Basil Bernstein marcó las pautas a este respecto. Su obra se encauza hacia el análisis y comprensión de las distintas estructuras de la comunicación en la familia dependiendo del origen social de la misma. De acuerdo con estas investigaciones, cada clase social utiliza un código distinto de comunicación, por lo que inevitablemente se producen variantes de habla. Bernstein identifica dos códigos: uno restringido o público, y otro elaborado y formal. La clase obrera utiliza el primer código, determinado por el uso de oraciones cortas y gramaticalmente sencillo, su interior alberga una serie de significados inherentes al individuo que no necesitan hacerse explícitos en la estructura sintáctica o comunicativa, ya que se dan por descontado en las experiencias vitales de esta clase social, lo que reduce su vocabulario y riqueza léxica. Un ejemplo práctico sería el siguiente: si un miembro de la clase más desfavorecida le pide prestado a un igual y este le responde, es que estamos a fin de mes, el primero no necesita de más explicaciones, y a menos explicaciones menos riqueza lingüística. El ejemplo peca de arbitrario y oportunista, pero ilustra de forma clara la existencia de distintas significaciones y sentidos particulares en virtud de la experiencia vital de cada sujeto dependiendo de la clase social a la que pertenezca, es decir, en virtud de las condiciones materiales. Puede parecer descabellado, pero una alumna de Derecho en la Universidad Juan Carlos I de Madrid nos contaba que mientras ella se angustiaba con el pago de la matrícula (tiene que trabajar para no verse expulsada), muchas de sus compañeras ni siquiera sabían cuánto cuesta esa matrícula: pagaban sus padres. Se puede ir a la misma clase y vivir realidades completamente distintas.

Las clases medias y altas utilizan, por su parte, un código elaborado, repleto de oraciones estructuradas de forma mucho más compleja, así como el uso habitual de pronombres impersonales, lo que produce que los significados se expresen de forma independiente al contexto, de forma neutra, algo que se traduce inevitablemente en una riqueza léxica superior. La imposición del código dominante en la escuela no se produce únicamente sobre la base de que esta utilice el código elaborado y de alguna manera superior, también se produce el atropello y marginación lingüística cuando aparecen códigos no inferiores, sino sencillamente distintos, y, por ello, discriminados al no entrar a considerarse su lógica interna y extrapolable al resto: el lenguaje de los negros, de los latinoamericanos y otras minorías. Esto explica el alto porcentaje de fracaso escolar entre las clases subordinadas; el esfuerzo del alumno procedente de dichas clases debe ser doble, pues la escuela reproduce el lenguaje no de la mayoría, sino el de la clase dominante. Reproduce el código que tiende a orientar los significados independientemente de cuál sea el contexto, significados neutros, por lo que se convierte en inevitable que los niños de clase trabajadora se enfrenten a situaciones de extrañamiento ante la institución escolar. El alumno perteneciente a las clases altas, y asumiendo que la educación es un partido de fútbol en el que hay que meter el mayor número de goles posible y ser el mejor, juega en casa y además tiene ayuda del árbitro. Ello quizá explica por qué el porcentaje de fracaso escolar en el Barrio del Cristo llegara a alcanzar el 88 por 100, o que Ceuta y Melilla encabezen la lista de fracaso escolar con una tasa del 47,7 por 100. Pese a lo escalofriante de los datos, algunos insisten en afirmar que existe igualdad de oportunidades y que el origen social no condiciona el acceso al conocimiento.

### *El hogar, factor determinante*

Otro de los elementos determinantes que condicionarán el rendimiento del alumno perteneciente a núcleos familiares de bajo estrato social, será inequívocamente la presión. Los datos nos dicen que en la mayoría de familias de clase trabajadora, únicamente uno de los hermanos alcanzará estatus universitario; la carga de presión se hace inevitable. Por un lado sus padres depositan en él todas sus esperanzas, sabedores que (en teoría) realizando estudios superiores no desempeñará un tipo de trabajo no



remunerado o de baja cualificación y se producirá la ansiada movilidad social. Por otra parte, el alumno se ve en la obligación de no defraudar esas esperanzas (y sacrificios de tipo económico) puestas en él; se produce una coerción involuntaria que lo condiciona profundamente porque apela a su sentido de responsabilidad familiar. Sin embargo, hay que distinguir. La presión que inculcan los padres de clase trabajadora es cualitativamente distinta a la que ejercen la pequeña burguesía y la clase alta, que albergan, como diría Dickens, «grandes esperanzas» para el futuro de sus hijos vinculadas a nociones del éxito social propias de su estatus. A diferencia de la clase media y alta, la clase trabajadora carece de ese tipo de expectativas de estatus. Sus esperanzas son de otro tipo: intentar salvar a sus hijos del destino al que ellos se han visto abocados a través, ingenuamente, de darles los estudios universitarios que ellos nunca pudieron siquiera soñar. Debido al desconocimiento del mundo académico que tienen sus padres, es mucho más sencillo para un hijo o hija de trabajadores llegar a su casa y contar que ha elegido estudiar una carrera con tan poca salida laboral como, por ejemplo, Filología Románica, frente a unos padres instruidos, profesionales y con «visión» que seguramente no recomendarían a sus descendientes optar por algo con tan poca demanda en el mercado. Por eso, cuando uno de los vástagos de la clase dominante se rebela y decide no estudiar una carrera universitaria o no estudiar la carrera universitaria que continúe el linaje familiar (léase Medicina, Derecho o Arquitectura), su familia pone el grito en el cielo y trata, por todos los medios, de reconducir su «vocación». Mientras, una familia obrera puede tener una hija estudiando Ciencias Políticas y no descubrir, hasta el tercer año de carrera, que su hija no va a ser política sino politóloga.

Por suerte, existen (o existían) las becas que, pese a su carácter social e igualitario, son en realidad el mayor elemento de presión para el alumno perteneciente a la clase trabajadora: en el momento en que su rendimiento disminuya, la beca desaparecerá. Repetir curso es un privilegio propio de las clases medias. Mientras que el alumno perteneciente a la clase alta carece de toda presión; los estudios universitarios son algo habitual en el seno familiar, puede suspender repetidamente pues ello no condicionará su continuidad en la carrera... a lo que hay que añadir otro elemento fundamental del que no dispone el alumno perteneciente a la clase obrera: el hábito de estudio. Los padres de clase trabajadora, al no haber alcanzado estudios superiores,

también desconocen completamente los métodos y formas que configuran cualquier hábito de estudio. Pueden repetir constantemente a su hijo que estudie, pero en realidad se encuentran perdidos a la hora de inculcar o transmitir de forma eficaz verdaderos procedimientos o técnicas que ayuden a su hijo a enfrentarse o motivarse frente a determinada materia o asignatura, o frente a un mes de febrero lleno de fechas de examen.

El hogar, en términos de alojamiento, también desempeña un papel determinante. En 1967 J. W. B. Douglas publicó un estudio titulado *El hogar y la escuela*, basado en la realidad de la Inglaterra de esos años, donde se afirmaba que el alojamiento era un aspecto determinante del rendimiento de los hijos de la clase trabajadora: «Pues los niños de la clase trabajadora manual... cuyos hogares son insatisfactorios [clasificados por el hecho de si están o no abarrotados, si el niño estudiado comparte su cama o duerme solo, y si hay agua caliente corriente y cocina y cuarto de baño no compartido con otra familia] alcanzan resultados más bajos en los *tests* para once años que en los *tests* para ocho años»[\[6\]](#). Se argumentará que esa realidad no corresponde a los hijos de la clase trabajadora actual, pero pensemos por un momento cómo puede encontrar no ya un espacio para estudiar, sino la calma necesaria, el hijo o hija de un desahuciado en la actualidad.

Por no hablar de las presiones y distracciones que existen en el entorno en que se ubica el hogar: el barrio. En términos generales podemos decir que en el barrio prevalece una cultura antiintelectual y antiacadémica que puede llegar a excluir a uno de los suyos si siente que este pretende ser distinto o «elevarse por encima de su entorno» cursando una carrera. No siempre es así y también se da la admiración sincera por parte de otros vecinos que ponen en un pedestal demasiado alto a los que, pese a todos los obstáculos, logran ir a la Universidad. Lo cierto es que hay que tener mucha determinación y fuerza de voluntad para pasársela en la biblioteca o encerrado en casa estudiando mientras otros están fumando o bebiendo en el parque, confraternizando de un modo que pareciera estar vetado al estudiante proletario que, a partir del momento en que se vuelve estudiante, comienza a vivir escindido en una «tierra de nadie», como veremos más adelante.

*Aparato ideológico del Estado*

Los factores y circunstancias citados funcionan (a la vista está el porcentaje de fracaso escolar entre las clases populares) porque así se han diseñado. Que la escuela y la Universidad reproduzca el modelo estratificado de clases sociales no responde a ningún tipo de libre albedrío (llámese meritocracia si se quiere) sino a poderosos y arbitrarios criterios e intereses de clase.

Partimos de la base althusseriana que afirma que todos los aparatos ideológicos del Estado responden a un mismo objetivo: la reproducción constante de las relaciones de producción, es decir, las relaciones capitalistas de explotación y dominación. El aparato político inculca a los individuos la ideología dominante, en nuestro caso la más que discutible monarquía parlamentaria de carácter capitalista. Por su parte el aparato mediático, o de información, bombardea noche y día a través de los grandes medios con dosis diarias de nacionalismo, liberalismo y moralismo, a la vez que promueve una visión acrítica y pasiva de la sociedad. Más de lo mismo con el aparato cultural y el papel fundamental que desempeñan el deporte y la pura evasión y espectáculo que nos ofrece el cine, la radio y la televisión. Por último, el aparato religioso nos inculca en todos y cada uno de los momentos capitales de la vida del ser humano (nacimiento/bautizo, comunión/niñez/, amor/matrimonio...) que esta vida es transitoria y el paraíso nos espera si hemos sido buenos, en el más allá. Pero hay un aparato ideológico clave: el único del que «el Estado dispone durante tantos años de la audiencia obligatoria (y, por si fuera poco, gratuita...), de 5 días sobre 7 a razón de 8 horas diarias, de formación social capitalista»[\[7\]](#); se trata de la escuela, obviamente.

Como aparato ideológico, la escuela (y Universidad de masas) está en posesión de una relativa o aparente autonomía, y por ello alberga la posibilidad de «un campo objetivo a contradicciones que, bajo formas unas veces limitadas, otras extremas, expresan los efectos de los choques entre la lucha de clases capitalista y la lucha de clases proletaria»[\[8\]](#). Pero en tanto que unidad del aparato represivo del Estado, no pelagra su rígida y centralizada organización clasista, dirigida, diseñada y gestionada por miembros de las clases en el poder.

Dividimos la incorporación al mundo laboral en tres periodos o etapas; al alcanzar la edad legal de desempeñar un trabajo (16 años), una gran masa de adolescentes cae en «la producción»: fábricas, construcción, hostelería... o el campo si viven en zonas rurales. Son el grupo poblacional principal que nutre

y alimenta el sistema productivo, el que asegura las pensiones y financia la sanidad, la espalda y los brazos del país que mediante sus impuestos sostiene el sistema en sí mismo. Hablamos en su mayoría de individuos carentes de estudios, prescindibles e intercambiables; muchos de ellos nutrirán el denominado ejército de reserva. Otra parte de la juventud avanza un poco más en la línea educacional y encontramos jóvenes procedentes en su mayoría de la antigua FP, vinculados a trabajos de tipo manual o administrativo de moderada especialización o cualificación; pequeños funcionarios y obreros especializados. Un último grupo de elegidos (el grupo más reducido de los tres) alcanza la meta final, aquellos que terminan sus estudios universitarios. Su función es la de nutrir y proporcionar los agentes de la explotación (empresarios, banqueros, altos funcionarios...), los agentes de la represión (altos mandos en los cuerpos y fuerzas de Seguridad del Estado) y los profesionales en reproducir la ideología (cargos políticos, periodistas de opinión...). Cada grupo está en posesión de una ideología particular en función del rol que debe desempeñar en la sociedad de clases. El primer grupo asumirá su rol de explotados, desarrollando una conciencia profesional, caracterizada por elementos de tipo moral, cívicos, nacionales y sobre todo y más importante, apolíticos. En el segundo y tercer grupo, se perfilarán aquellos roles idóneos para el agente de la explotación: saber mandar y dirigir a los obreros y subordinados, así como roles diseñados para el agente de la represión; saber ordenar y hacerse obedecer sin réplica o discusión posible. Todas estas integridades —modestia, resignación o sumisión, cinismo, autoritarismo o capacidad de mando— se aprenden y reproducen de igual forma en el resto de aparatos ideológicos del Estado (la familia, la Iglesia, el Ejército, aparato cultural...), pero ningún otro aparato ideológico reproductor de la ideología dominante es de carácter obligatorio: podemos abandonar o desestructurar la familia, repudiar a la Iglesia, no ver televisión libremente o no acudir al cine a visionar determinada película, pero mientras seamos menores de 16 años, estamos obligados por ley a ir a la escuela, por lo que se trata del único aparato ideológico del Estado a cuyo influjo filosófico y moral dominante nadie puede escapar. La clase en el poder no iba a promover la escolarización masiva sin cobrar un peaje, quizás aún no somos conscientes de cuán elevado.

La brecha ya se ha producido; un grupo poblacional reducido, perteneciente a la clase social vinculada al poder, ocupa de forma mayoritaria las aulas

universitarias, pero las luchas y avances de las clases populares, acentuadas en el último siglo, provocan que dicha masa universitaria no sea tan compacta y homogénea como en un principio Althusser pudiera pensar: muchos – aunque minoritarios– hijos de clase trabajadora consiguen hacerse un hueco y alcanzan estudios universitarios. Dada esta circunstancia, podría pensarse que la lucha de clases está servida y que contradicciones y fisuras amenazan con truncar la hegemonía y dominio del modelo ideológico imperante, al menos en el ámbito académico. Abrazar un razonamiento así sería simplista e inevitablemente ingenuo: la escuela no es el único dispositivo que reproduce la doctrina moral e ideológica dominante, y si la escuela falla en la labor de seleccionar a los «elegidos», la estructura sistémica dispone de otros medios para ir arrojando a la cuneta a los que, en un principio, no aspiraban a puestos de mando dado su origen social.

#### EL HIJO DEL OBRERO, ¿A LA UNIVERSIDAD?

Es irónico que, en los tiempos de la Universidad de masas, estas se queden a la puerta de las facultades. Como hemos visto, el sistema educativo constituye una carrera de obstáculos en la que muy pocos de los que provengan de un hogar proletario podrán llegar a la ansiada meta llamada Universidad pública. Al propio Ministerio de Educación no le queda más que reconocer esta realidad en sus publicaciones. En el informe *¿Universidad sin clases?*, elaborado por varios especialistas por encargo del Ministerio, podemos leer que «... el acceso y el logro académico en la educación secundaria y universitaria guardan una estrecha relación con la ocupación y el nivel educativo de los padres y las madres [...] el logro educativo es superior entre los estudiantes cuyos padres son trabajadores no manuales, y entre aquellos cuyos progenitores cuentan con estudios universitarios»[\[9\]](#). Y los datos que aparecen en dicho informe, provenientes de la encuesta internacional Eurostudent IV, son de lo más elocuentes: casi el 74 por 100 de los estudiantes universitarios españoles son hijos de profesionales de nivel medio-alto[\[10\]](#), mientras que solo el 26,9 por 100 son hijos de trabajadores manuales. Estas cifras podrían ser proporcionales y coherentes si los profesionales de nivel medio-alto supusieran el 74 por 100 del global de los hombres en activo de entre 40 y 60 años del Estado español, pero la Encuesta

de Población Activa (EPA) nos muestra que aquellos solo conforman un poco más del 50 por 100 de ese conjunto. Mientras que casi el 48 por 100 de los hombres de 40 a 60 años son trabajadores manuales o «blue collar»[\[11\]](#), según el estudio. Queda claro, por tanto, que los hijos de los obreros siguen todavía infrarrepresentados en los estudios superiores y que la movilidad social, en este sentido, ha sido baja. Otras cifras dadas por el Ministerio de Educación muestran que la mayoría de los estudiantes que accedieron a la Universidad en el curso 2011-2012 eran hijos de trabajadores de la administración y servicios (23,9 por 100 con padre trabajador de este sector y 27,8 por 100 con madre), seguidos por los hijos de técnicos y profesionales científicos e intelectuales (17,3 por 100 en ambos casos), luego está el 12,2 por 100 hijo de padre directivo o gerente (5,8 por 100 con madre) y el dato más demoledor de todos, ni el 10 por 100 son hijos de trabajadores poco cualificados (9,5 por 100 con padre y 9,3 por 100 con madre)[\[12\]](#).

En cuanto a la relación entre nivel educativo de los padres y nivel educativo de los universitarios españoles, comprobamos que, en la actualidad, un 49 por 100 de estos tiene un padre o una madre que ha realizado estudios superiores, y solo un 25 por 100 provienen de familias con bajos niveles de estudios. La correlación entre nivel educativo de los padres y nivel educativo de los hijos no se da solamente en el Estado español sino en el conjunto de países de la UE, donde solo un 3 por 100 de los hijos de padres con un alto nivel educativo tienen un bajo nivel educativo mientras que solo el 18 por 100 de los hijos de padres con bajo nivel educativo tienen un alto nivel educativo[\[13\]](#). A diferencia de algunos países de la antigua Unión Soviética, donde se pueden encontrar altos porcentajes de obreros manuales con estudios de segundo y tercer ciclo, en el Estado español hay una correlación entre nivel educativo, nivel ocupacional y nivel de renta, lo que confirma nuevamente la presencia minoritaria de los hijos de la clase trabajadora en la Universidad española. Y, cuando estos se encuentran presentes, necesitan obtener ingresos adicionales para continuar con sus estudios, es decir, compatibilizar estudios y trabajo. Aunque parezca mentira, el Ministerio nos dice que el Estado español se sitúa en un grupo intermedio, en relación al resto de países de la muestra, porque «... no destaca por contar con un sistema educativo elitista, caracterizado por el reclutamiento prioritario de estudiantes con padres de niveles educativos superiores»[\[14\]](#). Vaya, que debemos estar agradecidos por no ser como otros países donde los hijos de

familias con niveles educativos bajos ni siquiera llegan al 10 por 100.

Este estudio es muy interesante porque también nos muestra cómo la mayoría de los que optan por estudiar diplomaturas, es decir, estudios de tercer ciclo más cortos que las antiguas licenciaturas, son hijos de progenitores con bajos niveles de estudios. De igual manera, a medida que los estudiantes aumentan su edad de incorporación al mundo universitario, bien sea de manera presencial o a través de los estudios *online*, encontramos más porcentaje de hijos de padres de bajos niveles educativos. Algo que pone en evidencia cómo los descendientes de quienes tienen más bajos estudios han de esperar muchas veces a desarrollar una profesión que les dé ingresos para poder después completar estudios universitarios, aunque sea por gusto. Ambos son ejemplos de cómo la Universidad refleja la cadena de reproducción de la estratificación social.

Viendo este panorama no es de extrañar que el mismo estudio nos diga que el 70 por 100 de los estudiantes entrevistados en el Estado español tiene una percepción subjetiva del estatus social de sus familias como de rango medio-alto, y que tal percepción es todavía superior en los hijos de padres con mayor bagaje educativo. Por el contrario, solo un 15 por 100 considera que sus progenitores están dentro de la franja más baja de la escala de medición y, dentro de estos, solo el 4 por 100 procede de una familia con estudios superiores. Es bastante extraño, por tanto, autoperibirse como de estatus bajo cuando tus padres tienen estudios superiores, y eso es coherente con una realidad: en el Estado español los estudios superiores siguen siendo un coto privilegiado para la pequeña burguesía y las elites, a pesar de los avances que se han producido en las últimas décadas en el acceso de los hijos de la clase trabajadora a la Universidad.

Sin embargo, parece que no todos los estudiantes tienen clara la composición socioeconómica de sus compañeros de aula y, mucho menos, el privilegio que supone su tipo de vida al lado de la imposibilidad siquiera de poder estudiar que sufren muchos jóvenes, no solo en el Estado español sino en el mundo (que pregunten si no a los estudiantes chilenos...). No podemos sino sonrojarnos de pura vergüenza ajena cuando hoy revisitamos textos clave que abordan la problemática estudiantil. *De la miseria en el medio estudiantil* narra las peripecias de un grupito de privilegiados (sociológica y numéricamente eran un grupo de privilegiados) que se queja porque papá y mamá no les dan una paga acorde con sus inquietudes, pese a que, «en una

época en que el arte está muerto, el estudiante continúa asistiendo con fiel asiduidad a los teatros y cine-clubs»[\[15\]](#). Con 20 años, en la universidad y de cine-club en cine-club. Pobrecillos. Mucho peor que entrar en un taller con 15 años a apretar tuercas diez horas al día, como hicieron nuestros padres a finales de los años sesenta, en plena dictadura. La angustiosa y miserable vida que llevaban los estudiantes franceses de finales de los años sesenta se muestra de manera fiel en la maravillosa (y profundamente realista) *Soñadores* de Bernardo Bertolucci. La burguesía en un enorme piso del centro de París jugando al amor libre y a la revolución. El catártico final es una bella metáfora del Mayo francés: en última instancia, pesa más la moral burguesa que las ansias emancipadoras. Una revolución puede ser interclasista e incluso ser dirigida por miembros de la burguesía que toman conciencia (Marx, Engels, Lenin, Castro, el Che), pero cuando un movimiento está nutrido mayoritariamente por miembros de la clase dominante (como era el estudiantado francés del 68) está condenado irremediabilmente al fracaso. Una cosa es gritarle a papá carca reaccionario; otra cosa es querer expropiarlo, es como expropiarse a uno mismo. El único que conocemos que expropió a su padre fue Fidel Castro. Pese a que la abolición de la herencia (como mecanismo que perpetúa las clases sociales) es un punto clave tanto del socialismo como del anarquismo, no vimos muchas pancartas en el 68 que abogaran por la eliminación de la misma. ¿Renunciar al ático de papá en el Barrio Latino? Sin igualdad de oportunidades no hay movimiento interclasista, sino revolucionarios Lacoste.

En fecha más reciente se ha podido ver, en manifestaciones estudiantiles de instituciones públicas como el Instituto Politécnico Nacional de México, carteles con lemas tales como «Elegí el Poli para ser ingeniero, no obrero», dejando claro que la Universidad está para huir como la peste de la condición obrera a la que se ve, de manera elitista, como una calamidad. Diríamos que esto es propio del pánico que tiene la pequeña burguesía a bajar en la escala social pero hay algo mucho peor, llamado pérdida de conciencia de clase, cuando son los propios hijos universitarios de la clase obrera los que pueden llegar a suscribir estas palabras.

Por todo lo anterior, no podemos estar de acuerdo en afirmaciones como «... a los estudiantes no hay que identificarlos ni con la clase capitalista ni con la obrera, pues son un grupo social distinto, que ha producido formas de lucha distintas y que, progresivamente, ha ido adquiriendo mayor



potencialidad política»[\[16\]](#), que se vierten alegremente desde la izquierda académica. Aun a riesgo de ser reiterativos, lo diremos una y mil veces: no es igual la situación del estudiante hijo de la clase obrera que la realidad de los hijos de la burguesía y, por consiguiente, no pueden ser un «grupo compacto» ni pertenecer a una misma clase social. Ni siquiera pueden adoptar los mismos métodos de lucha a la hora de defender sus derechos. El estudiante de origen burgués puede permitirse el lujo de faltar a clase para acudir a asambleas sin fin donde se debate de lo divino y lo humano; el estudiante proletario, abocado a compatibilizar estudios y trabajo, quizá no tenga siquiera el tiempo de participar en ellas ni de hacer «vida de campus», presionado por la necesidad de no suspender para mantener la beca (si la tiene) o para librarse de la penalización que se aplica a quienes repiten asignatura. Los riesgos que pueden asumir los estudiantes hijos de la pequeña y gran burguesía, sabedores de que, hagan lo que hagan, podrán obtener la influencia de papá o mamá para sacarles las castañas del fuego, no son los mismos que los del estudiante hijo del proletariado que, de por sí, está en una situación de vulnerabilidad y debilidad mayor tanto en el contexto universitario como fuera de la torre de marfil de la Universidad. ¿Quién no ha conocido en su facultad al típico ultra radical que miraba por encima del hombro a los estudiantes que no secundaban la acción directa de su grupúsculo estudiantil pero que luego volvía a dormir al chalet de su papi empresario? ¿Cómo no recordar a los revolucionarios de salón pontificando que los trabajadores que buscaban trabajo en una ETT eran «traidores», pero que no habían visto en su vida a sus padres dar golpes contra la pared por no tener trabajo? Anécdotas, dirán algunos. Pero son anécdotas que, cuando escarbamos un poco, se repiten en distintas latitudes como un patrón digno de consideración.

### *Problemas de integración*

La inserción en el medio universitario puede llegar a ser difícil para los hijos de la clase obrera. Quizá por primera vez les toque salir del barrio y relacionarse de manera directa con personas de una clase social distinta a la suya, bien sean alumnos o profesores, con los que sienten que hay un foso de incomprensión. Compañeros de clase que no saben lo que es no poder

estudiar si el Ministerio no te da la beca, o profesores de Economía que se permiten hacer loas a las reconversiones industriales sin ser conscientes de que están frente a los hijos de quienes las padecen. Todo esto afectará, por supuesto, el ánimo y el rendimiento académico del estudiante proletario, que sentirá que no acaba de encajar ni de fluir en esos ambientes donde todo el mundo parece llegar con un bagaje cultural distinto al suyo.

Cuando el propio sistema educativo no sea suficiente para la necesaria estratificación social que alimente la división del trabajo en condiciones de producción capitalistas, otra circunstancia determinante para el rendimiento académico en función de la clase social entrará en escena: el modelo social y cultural en sí mismo. Cuando se tienen 20 años y se vive en una gran ciudad, se es especialmente vulnerable al bombardeo consumista gestionado y suministrado por los grandes medios de comunicación de masas. En una sociedad de consumo, en la que la adquisición de innumerables bienes y objetos es la piedra filosofal, no ser un consumista integral acarrea sus consecuencias, confiere al alumno cierto estigma de «pobreza». El concepto de pobreza no es únicamente una serie de incomodidades, carencias y sufrimiento físico, también es una condición social y psicológica. Y el nivel de pobreza varía en función de la medida que elijamos como referente. Ser pobre significa estar al margen de lo que se considera una «vida normal» y, como las cifras demuestran, no es normal que los hijos de clase obrera alcancen estudios universitarios. En este contexto concreto –el de los estudios superiores–, el alumno de más bajo estrato social no encaja, es un islote en un océano de individuos entre los que adquirir innumerables objetos de consumo es un hábito, es normal. Este particular tipo de pobreza genera sentimientos de vergüenza o de culpa en el alumno de clase trabajadora, lo que provoca una incipiente carencia de autoestima.

Por todo ello y por la misma razón, abogamos con convicción por la obligatoriedad del uniforme (subvencionado en su totalidad por la institución escolar) tanto en la enseñanza primaria como secundaria, a modo de vehículo homogenizador que atenúe las diferencias de tipo estético (que indudablemente son diferencias de tipo económico) con el fin de evitar los habituales conflictos y mofas derivados de si mis pantalones son de marca o de si Pepito lleva la ropa de su hermano mayor. A su vez, esta uniformidad consolida el respeto a la institución y valora al alumno por sí mismo, no por su ropa o aspecto, al margen de que ahorra innumerables conflictos y tiempo

a los padres. Incomprensiblemente, desde sectores de la izquierda, se pone el grito en el cielo cuando se arroja sobre la mesa la cuestión del uniforme obligatorio en los centros públicos. Como suele ocurrir, el que nunca se vio señalado con el dedo porque sus pantalones estaban raídos, o no eran de marca, aboga siempre por la libertad y condena todo tipo de prohibición. La libertad de elegir unos Levi's que comprará papá si aprobamos Historia o los raídos y pasados de moda pantalones de tu hermano mayor por mucho que apruebes Historia o Matemáticas. Es fácil ser multicultural cuando se puede elegir.

En el Reino Unido, quizá el país occidental que más cerca estuvo del socialismo en términos reales (que no retóricos) en la segunda mitad del siglo XX, se obligaba en los colegios públicos a utilizar el uniforme. Basta con recordar a Billie Elliot, famoso bailarín hijo de minero, con su camisa, su corbata y su pantalón azul marino camino del colegio bailando claqué. De hecho, la desaparición del Estado de bienestar británico fue paralela a la desaparición de la obligatoriedad del uniforme en los centros públicos.

Y no digamos ya el ejemplo de Cuba, donde el uniforme es de obligatorio uso en la escuela, de la primaria al bachillerato e, incluso, en los tecnológicos, que serían el equivalente a nuestra antigua Formación Profesional.

### *Estudiante proletarizado*

Volviendo a los estudios superiores, en los que por razones obvias no se puede obligar a un mayor de edad a decirle cómo debe ir vestido, el alumno procedente de la clase obrera renuncia al mundo del trabajo (momentáneamente), con lo que renuncia también a infinidad de bienes de consumo que, según los medios, y por ende la sociedad, le reportarían mayor aceptación social, mayor estatus, popularidad, éxito en el sexo... No consumir, en un entorno en el que todo el mundo consume con voracidad, puede generar infinidad de conflictos, miedos, inseguridades: el bombardeo mediático y social es absoluto, por lo que el alumno (ahora proletarizado) deberá compaginar sus estudios con un trabajo a tiempo parcial si no quiere verse excluido de las relaciones sociales, lo que inevitablemente provoca una recesión en su rendimiento académico al disponer de menos horas para el

estudio. Los datos tampoco ofrecen ninguna duda: el 85 por 100 de estudiantes entrevistados que compaginan los estudios con algún tipo de trabajo, carecen de padres con estudios superiores. Es a los hijos de las clases más desfavorecidas a quienes toca engrosar la plantilla del modelo de empresa surgida al hilo de la masificación de las aulas. A este respecto convendría señalar la simbiosis absoluta entre educación y plagio de las relaciones de poder y modos de producción capitalistas: el acceso de las clases populares a los niveles de enseñanza superior ha traído consigo la proliferación de un modelo específico de asalariado. Se trata de los trabajos basura o trabajos para estudiantes, en Estados Unidos acuñaron el término *McJob*, es decir, un trabajo temporal, no cualificado y extremadamente precario. Las oportunidades de negocio para el empresario son ilimitadas, la plantilla va rotando de forma indefinida y, al ser trabajos destinados a estudiantes, los salarios son ridículos ante la imposibilidad de realizar medidas de fuerza o presión, dada la temporalidad efímera de este nuevo tipo de asalariado. Por una parte, se garantiza de por vida una mano de obra barata y precaria; por otra, se produce un aumento considerable del denominado ejército de reserva (ciudadanos dispuestos a trabajar a cualquier precio y en cualesquiera que sean las condiciones), lo que a su vez precariza a los asalariados en general. Los funcionalistas argüirán que este tipo de trabajos a tiempo parcial son muy útiles para la formación del alumno; primer contacto con el mundo laboral, aceptación de responsabilidades, etc., sin caer en la cuenta de que, defendiendo esta postura, contradicen de manera clara sus propias tesis de igualdad de oportunidades y rendimiento ante la institución escolar. El alumno perteneciente a la clase alta, al margen de carecer de toda presión de tipo laboral, únicamente debe centrarse en el estudio. Igualmente vulnerable al bombardeo mediático y consumista, la adquisición de bienes de consumo que le proporcionen mayor aceptación social no supone un problema para él. Acude a la facultad en coche (su padre paga la gasolina, el seguro y el impuesto de circulación), siempre come en la cafetería, siempre va a la última moda y lleva las mejores marcas, siempre sale los jueves noche, acaba de comprarse el móvil última generación y domina el inglés a la perfección gracias a los veranos de intercambio en Irlanda y la infinidad de actividades extraescolares, la mayoría de pago. Si a esto se le puede llamar igualdad de oportunidades ante el mercado laboral, que baje Marx y lo vea.

## *Fuga de la elite al sector público*

Cuando concluye el proceso educativo, cabría pensar que (basándonos en el sistema de premios y calificaciones) los alumnos más aventajados ostentarán los mejores puestos, aquellos que requieran mayor pericia o capacidad intelectual; nada más lejos de la realidad. A finales de la década de los ochenta, el sociólogo Randall Collins inició una serie de investigaciones mediante numerosas estadísticas y encuestas en torno a las necesidades de cualificación de los nuevos empleos en Estados Unidos, y las conclusiones fueron cuando menos reveladoras: los sujetos más cualificados y preparados no ocupan puestos de trabajo que requieran un elevado conocimiento y uso de la tecnología, sino puestos administrativos y burocráticos en el sector público. El estudio se puede extrapolar a cualquier país desarrollado.

Así es, la función del sistema educativo no es colocar a los más preparados en los cargos de mayor responsabilidad o que requieran mayor conocimiento, todo lo contrario, los más preparados pugnan por los puestos que reportan el mayor salario por la menor fuerza de trabajo (intelectual y no física en estos casos) necesaria para ejercitarlo. Pongamos el ejemplo de un notario. Ejercitar de notario no es una actividad que necesite de un amplio bagaje cultural o tecnológico, únicamente es necesario conocer la legislación y aplicar el código civil y mercantil según lo requieran las circunstancias; cualquiera de nosotros podría desempeñarse con una mínima preparación. La cuestión y dificultad no radica en ejercer de notario, sino en llegar a ser notario. La preparación y cualificación no sirve para ejercer con eficiencia determinado puesto, sino para alcanzar un puesto en el que la remuneración sea máxima, la fuerza de trabajo para desarrollarlo mínima y las horas de labor escasas, lo que produce que se dispare su solicitud y demanda y, por tanto, aumente de forma extrema la dificultad en el proceso selectivo. Lo mismo podríamos decir de jueces, registradores de la Propiedad o inspectores de Hacienda; ejercitar el puesto no conlleva una excesiva carga intelectual, no es necesario conocimientos de lingüística, filosofía o física, menos todavía desenvolverse con soltura en el manejo y comprensión de nuevas tecnologías, el verdadero esfuerzo se produce en el proceso selectivo. El propio proceso en sí es deficiente; ganan aquellos que mayor capacidad memorística poseen, que no es ni mucho menos mayor capacidad intelectual o de discernir. Y, sobre todo, ganan aquellos que se pueden permitir preparar las oposiciones

con mayor tranquilidad, el estar estudiando 8 o más horas al día sin trabajar y, en el caso de las oposiciones del ámbito judicial, pagar a un preparador que les ayude a memorizar los artículos coma por coma para «cantarlos» en el examen. Por tanto, y con los datos en la mano, la institución educativa es una brutal paradoja; se utiliza a modo de filtro, contradictorio porque coloca a los más cualificados en los puestos que en realidad no necesitan de una especial cualificación o vasto conocimiento (con excepción de la medicina y algunas ingenierías) y contradictorio porque los miembros de la clase dominante, la misma clase dominante que aboga por el capitalismo y la economía de mercado, huyen pavorosamente de ese mundo empresarial que defienden a capa y espada, para ocupar altos puestos administrativos y burocráticos en el sector público, ese que tanto denigran. Dados los niveles de epidemia que la corrupción nos ofrece, no faltará quién apunte que la clase dominante monopoliza el alto funcionariado y el sector público para enriquecerse y hacer pingües negocios.

### *No hay sitio para todos*

Sobra mencionar que, en esta pugna por los altos cargos funcionariales, los hijos de las clases populares están excluidos; es tremendamente lógico. La demanda hace que el proceso selectivo para alcanzar dichos puestos dure años; mantener a un hijo que no cotice hasta los 35 es un lujo, un costo de oportunidad que solo las elites pueden permitirse. Como también es lógico que, si la mayoría de los altos cargos del sector público son ocupados por miembros de las clases altas, estos reproduzcan de manera ineludible la ideología dominante, del mismo modo preservarán la perpetuación del modelo que continúe brindándoles su posición de poder y privilegio. No debe sorprendernos, por tanto, que aparezcan jueces que se niegan a casar a una pareja del mismo sexo; sencillamente reproducen los dictados morales que han recibido desde pequeños, reproducen la ética propia de su clase social. Por cierto, nuestro sistema judicial está copado por ultraderechistas del Opus y otras sectas religiosas, gente de «familias bien» que prácticamente han heredado sus cargos desde los tiempos del franquismo. Ello explica también las reticencias de la mayoría de los jueces a exhumar las fosas comunes de los represaliados por el franquismo. Si se exhuman y existen esas fosas

comunes es porque hubo fusilados, si hubo fusilados es que hubo verdugos; no quieren ver el nombre de su padre o su abuelo vinculado a esas matanzas, lo mejor es pasar página[\[17\]](#). Como veremos más adelante en el caso español, entenderemos por qué la mayoría de jueces, ministros, notarios o registradores de la Propiedad provienen de centros de enseñanza privados y jamás en su vida pisaron los tenebrosos pasillos de una escuela pública, solo quizá para inaugurarla. Por todo ello podemos afirmar que la clase dominante tiene secuestrado (igual que el aparato cultural, el aparato político, el aparato mediático, religioso...) al alto funcionariado, ese que regula y hace funcionar los engranajes estructurales del sistema, por lo que es difícil hablar de un Estado de derecho en general. Siempre se les olvida matizar: de derecho burgués. En realidad no se les olvida, lo hacen a conciencia pues la aparente ausencia de ideología, disfrazada de igualdad ante la ley, es en realidad la única ideología que prevalece y domina, esa ideología excluyente que impide (y aquí viene la gran contradicción) de forma real pero no legal que los hijos de un peón de fábrica sean jueces o inspectores de Hacienda. Y es en esa contradicción brutal donde reside la trampa que supone la igualdad ante la ley, la separación de los tres poderes y el ideal democrático del parlamentarismo capitalista: el derecho burgués garantiza que cualquiera pueda alcanzar un puesto de control o de mando, todos podemos aspirar a juez de la Audiencia Nacional, a general en el Ejército del Aire e incluso a presidente de la Nación, pero las circunstancias reales demuestran que es necesario un número determinado de ingresos para aspirar a cualquiera de los cargos citados, por eso mismo se garantiza esa posibilidad, porque se sabe que los intrusos nunca van a poder llegar o, si llegan, serán tan pocos que su presencia no cambiará nada, pues serán cooptados por su clase de adopción o acabarán siendo neutralizados si pretenden pasarse de la raya.

El proceso educativo se convierte, pues, en un espejo que duplica de forma fiel el modelo estratificado de clases sociales, reproduciendo las contradicciones y carencias que este modelo estimula. Y asumiremos, sin el menor atisbo de sospecha o conflicto social, que la mayoría de licenciados sean hijos de licenciados, que la mayoría de altos cargos funcionariales sean hijos de altos cargos funcionariales, o que la mayoría de grandes empresarios sean hijos de grandes empresarios. El sistema nos hace creer que las habilidades y hasta el talento se reproducen genéticamente, pero oculta que la reproducción va por otros derroteros. Cuando el proceso concluya, el sujeto

estará tan individualizado e institucionalizado que aceptará, sin la menor fricción, el principio de conservación de la clase dominante: la formación de la familia pasa forzosamente por la relación de pareja, esta se formará de acuerdo con criterios de clase social, a partir de una concepción mercantilista de la propia relación sentimental. Lógicamente y de manera habitual, los hijos e hijas de la clase alta terminarán emparentados entre sí. La relación de pareja se convierte en una inversión a medio y largo plazo. Se trata de una empresa y, como a cualquier empresa, se le dedica tiempo, dinero y esfuerzo. El bróker compra acciones y las conserva mientras prometen seguir aumentando de valor, después las vende rápidamente cuando las ganancias empiezan a disminuir o cuando otras acciones prometen un ingreso mayor[18], de forma muy parecida funciona el amor en la sociedad postindustrial.

Obviamente, los datos y tendencias analizadas manejan cotas muy generales, a grandes rasgos. En ocasiones la educación se convertirá en el vehículo que facilite la movilidad social y se dará el caso de arquitectos que sean hijos de albañil, o de periodistas cuyo padre fuera barrendero. Casos de esa índole no deben llevarnos a engaño, se trata de muy nobles excepciones que confirman la regla; de hecho, cuando se produce la epopeya, esta alcanza tal magnitud que dota al sujeto en cuestión de un carácter insólito, casi de superdotado, convirtiéndose en noticia que trasciende más allá de núcleos familiares y de amistades. En realidad la movilidad no es social; un licenciado en Matemáticas, hijo de un peón de fábrica, sigue siendo el hijo de un peón de fábrica pero con un título, algo que ni mucho menos garantiza la movilidad social, aumenta las posibilidades de forma notable pero no la garantiza. La movilidad real y tangible es de tipo cultural, esto produce otra significativa paradoja. El hijo de clase trabajadora que concluye estudios superiores se enfrenta a una inusual situación, está en posesión de un bagaje cultural impropio de su clase, algo que podría producir conflictos de tipo identitario. Volviendo a las relaciones de pareja, este tipo de sujeto hallará especial dificultad a la hora de establecer relaciones duraderas: por un lado, su bagaje cultural hace que se le complique entablar relaciones con miembros de su clase social ante las carencias que ello supondría; por otra parte, las personas con las que podría entablar relaciones dado su nivel cultural, ostentan una altura económica que lo sobrepasa notablemente y que tarde o temprano será motivo de conflicto en la mayoría de los casos.



## *El amor cotiza en bolsa*

Como si se tratara de la sociedad hindú, dividida en castas que no pueden mezclarse entre sí, nuestras sociedades occidentales, aparentemente modernas, civilizadas e igualitarias (todo con muchas comillas), también se encuentran estratificadas de tal manera que las distintas clases sociales tienen menor interacción de lo que a priori se pudiera pensar. Y ello sin necesidad de un mandato o tabú religioso, como sucede en la India. La sociología ha estudiado ciertos indicadores de posición de clase, entre los que destaca el de la intimidad social. Así, observamos que, sea consciente o inconscientemente, las clases sociales no se mezclan entre sí más allá de la esfera de interacción en espacios públicos. Generalmente –y los estudios de quienes se han dedicado a investigar sobre el tema así lo demuestran–, los seres humanos intiman con sus iguales, ni superiores ni inferiores[19]. Si uno se para a pensar en su círculo de amistades íntimas, aquellas con quienes suele quedar para tomar unas cervezas o un café, o a las que suele invitar a su casa para cenar y compartir la intimidad del hogar, se dará cuenta de que –salvo excepciones marcadas por cuestiones muy particulares o por intereses sociales que se mezclan con deseos aspiracionales– uno tiende a convivir con gente de su mismo posicionamiento socioeconómico. Esto es así porque entre iguales nos sentimos bien, no nos sentimos juzgados por tener más o menos, sentimos que podemos comportarnos «tal y como somos», sin tener que dar explicaciones, sin tener que fingir lo que no somos. Y porque la sociedad penaliza a los que osan saltarse estas leyes no escritas. Tal y como lo expresa Bernard Barber, «en la sociedad secular moderna, violar la regla según la cual la intimidad debe reservarse para individuos de la misma clase, es un pecado social, no religioso, pero el efecto es el mismo»[20].

En una cultura en la que prevalece la orientación mercantil y en la que el éxito material constituye el valor predominante, no hay en realidad motivos para sorprenderse de que las relaciones amorosas humanas sigan el mismo esquema de intercambio que gobierna el mercado de bienes y de trabajo[21]. La relación formal se convierte en otro proceso que afiance y robustezca la posición del individuo y, como en toda inversión, mandan los beneficios. Se invierte en función de criterios de tipo sentimental y cultural, pero sobre todo

de tipo económico; es por ello por lo que será harto improbable que encontremos parejas duraderas en las que la posición social de uno de los miembros diste en exceso de la del otro. Si en el amor rigieran y prevalecieran conceptos altruistas y sentimentales, no nos resultaría extraño que un notario se casara con una asistente, o que una inspectora de Hacienda hiciera lo propio con un fontanero. A este respecto convendría matizar lo siguiente: es mucho más probable que un notario se case con una asistente a que un fontanero lo haga con una inspectora de Hacienda porque, igual que los medios de comunicación y el sistema educativo reproducen la ideología dominante, las relaciones de pareja hacen lo propio: el machismo y el modelo heteropatriarcal de sociedad influyen de manera tajante en la movilidad social, tanto que la asistente casada con el notario automáticamente deja de serlo, algo que la sociedad encontraría relativamente normal, añadiendo además calificativos vinculados a la astucia, el espabilamiento o la fascinante belleza de la asistente en cuestión. El caso, a la inversa, es prácticamente ciencia ficción; para el fontanero, el calificativo más apropiado sería el de macarra.

Por tanto, asumiendo que el funcionamiento y origen de las relaciones de pareja son producto de distintos procesos culturales vinculados a la educación y a la influencia de una cultura de masas que tienen por fin incrementar el potencial individualista e unilateral del sujeto, el miembro de la clase dominante, sencillamente, se niega a renunciar a parte de su posición privilegiada, algo que tendría que hacer inevitablemente si su pareja pertenece a una clase inferior. Aunque nos resulte a priori poco ético o de baja catadura moral, es una circunstancia a la orden del día; en el fondo no es más que el principio básico de supervivencia vinculado a la clase social. Para paliar esta carencia de amor basado en los sentimientos y no en criterios de clase o mercantilistas, la maquinaria mediática se ocupará de ese hueco: el cine, la radio, la literatura, la televisión... se encargarán de recordarnos constantemente que el amor puro y verdadero existe, que algún día podremos alcanzarlo. El 99 por 100 de las canciones que suenan en las radiofórmulas habla de amores platónicos, y otro tanto pasa con cualquiera de los grandes bombazos en taquilla en el cine. Más de lo mismo en cualquier telenovela o cualquier *reality show* de audiencia vertiginosa; el amor siempre está en el aire. No el tipo de amor que, desde un punto de vista sociológico, rige en nuestros días, sino un amor verdadero, puro, de carácter universal, dotado de

una inherente dualidad y no del individualismo mercantilista propio de las relaciones actuales. Tanto es así que los amores más apasionados, más legendarios, se nutren de la lucha de clases para poner de manifiesto su pureza o su pasión, desde Romeo y Julieta a los amantes de Teruel, pasando por las novelas de Jane Austen y Oscar Wilde, o las oscarizadas *Titanic*, *Tal como éramos* o *Cinema Paradiso*. Toda esta ficción sirve de válvula de escape y suple de alguna manera la terrible escasez de amor verdadero que gobierna las actuales sociedades capitalistas, en las que prima la individualidad y el éxito material a toda costa y no la dualidad o colectividad. Quizá esta ficción sirva para recordarle al individuo que el amor está en el aire, que existe, que está ahí, al alcance de la mano, y que, por tanto, si decide abandonar a su pareja o su relación no termina de cuajar, no es por una cuestión mercantilista o de mayor o menor éxito material, sino porque verdaderamente no era la adecuada.

### *El caso español*

Por descontado que el modelo educativo que hemos expuesto, concierne a un grupo específico de países europeos. Fuera de este modelo se encuentra en un polo el sistema escandinavo, paradigma de un Estado social eficaz y desarrollado que se visualiza (entre otros ejemplos) en la calidad de su sistema educativo público. En el polo contrario tenemos el caso español, con uno de los niveles más bajos de educación de toda la UE. En la actualidad, el 60 por 100 de la población tiene un nivel educativo equivalente o menor a la educación primaria. El catastrófico y subdesarrollado modelo educativo español encuentra su razón de ser en dos elementos fundamentales: por un lado, el lastre de 40 años de dictadura fascista; pese a que algunos revisionistas como Pío Moa se empeñen en certificar que el régimen modernizó el país, los datos claman al cielo. Cuando el dictador murió en 1975, el 82 por 100 de la población tenía una educación menor a los 6 años, verdaderamente escalofriante[22]. El otro factor determinante que condiciona el pésimo nivel educativo en nuestro país es el omnipresente poder de la educación religiosa/privada. Mientras que nuestro sistema educativo se sitúa, junto al de Grecia y Portugal (ambos sufrieron también dictaduras de corte fascista/católico), a la cola de la UE, la presencia de la educación privada en

España es extraordinariamente desproporcionada; tanto es así que nuestro país es el estado de la UE que más gasto del PIB destina a la educación privada, un 0,60 por 100 frente al 0,30 por 100 de media de la UE. Por el contrario somos el país con menos gasto en educación pública de toda la UE[23]. Es gracioso que nuestras autoridades ignoren que «la mayoría de los países que ocupan una posición de liderazgo a nivel mundial en materia de enseñanza e investigación no tienen universidades privadas»[24]. La clase dominante española se desembaraza de la educación pública, está en posesión de sus propios centros de formación y conocimiento, asegurando el aprobado y la colocación de sus retoños. Parece que tienen miedo a pasarlos por la prueba de la competitividad de la que tanto se llenan la boca, a pesar de saber que es una competencia en la que ellos parten con ventaja. Ni siquiera así... Recordemos que universidades privadas en la línea del CEU San Pablo (Opus Dei) tienen sus propias bolsas de trabajo, en ocasiones vinculadas, por inaudito que pueda resultar, a sectores públicos. El caso más sangrante era el de Comunicación Audiovisual en el CEU de Valencia y Canal Nou, la extinta televisión autonómica. La elite reinvierte en la elite. El modelo ideológico dominante se reproduce sin pausa, a la vez que no deja escapar la oportunidad de hacer negocio con ello.

El capitalismo neoliberal llegó para arrasar con todo, también con los pilares de la Universidad pública. Se va hacia un modelo de elite donde la educación de calidad, subvencionada con dinero público para mayor inri, se reserva a unas minorías mientras que los hijos de los trabajadores nos tenemos que dar con un canto en los dientes si conseguimos llegar a la Universidad. Volvemos a la pauta del franquismo, también en el ámbito universitario.

Algunos autores afirman que las teorías de la reproducción de Bourdieu y demás planteamientos vinculados a la reproducción de las relaciones sociales en el ámbito universitario son muy relativas, puesto que también en dicho ámbito se produce una lucha de clases identificable. Lo más irónico es que probablemente sea arriesgado o discutible hablar de reproducción completa en países, como los escandinavos, donde realmente las clases populares han accedido a la educación universitaria, teniendo en cuenta que la práctica de la misma resulta casi gratuita. Lo más terrible es que pudiera parecer que dicha teoría es perfectamente aplicable en el Estado español; la prueba más fehaciente es el precio de las tasas de matrícula, o darse una vuelta por las

facultades de Derecho, Medicina o Arquitectura, verdaderos y casi infranqueables bastiones de la elite. Un dato: en la Universidad de Valencia, en las elecciones a la Facultad de Derecho, han llegado a ganar dos sindicatos, uno vinculado al PP y otro vinculado a la extrema derecha nazi. La reciente ola de recortes y la Ley Wert no hacen más que acentuar esta tendencia. «Las tasas universitarias subirán el curso próximo en la Comunidad de Madrid una media del 20 por ciento y las de FP se incrementarán más del doble que en el presente curso [2013]»[\[25\]](#). Los jóvenes que abandonan los estudios por no poder hacer frente a las tasas se cuentan ya por miles.

Por ello, aunque nos duela, debemos admitir que la escuela en este país no es ni mucho menos una conquista obrera, como afirma el profesor Carlos Fernández Liria[\[26\]](#). Podemos hablar de conquista obrera en la educación primaria y secundaria, pero no así en la universitaria. En este ámbito, como nos han mostrado las cifras, estamos todavía lejos de la equidad. «El hijo del obrero, a la Universidad» es un lema que, por desgracia para nuestra clase, es necesario seguir gritando en las manifestaciones educativas. Cabe preguntar a muchos padres de clase trabajadora al respecto cuando, después que su hijo cursara el colegio y el instituto de forma casi gratuita, se encuentran con que la supuesta Universidad pública les pide más de mil euros por matricular a su hijo; material escolar, libros, manuales y transporte aparte. Si las cosas continúan por la misma línea, los famosos ¿milleuristas? deben empezar a ahorrar desde este mismo instante si quieren que sus hijos estudien en la Universidad pública, porque claro, más de mil euros en concepto de tasas de matrícula supone la mitad de los ingresos de la pareja; si pagaran una hipoteca la situación sería ya dramática. Por supuesto, estamos pensando en gente que tenga un trabajo que le deje un pequeño margen de dinero al mes. El escenario es inviable para los desempleados o los trabajadores que conforman el grupo de los «nuevos pobres», quienes, incluso trabajando, tienen que comer gracias a los bancos de alimentos. En la actual situación del Estado español, tener más de un hijo, y asegurarles a todos una educación completa, se convierte en una hazaña solo al alcance de las elites.

O también puede preguntar a los miles de universitarios, hijos de clase obrera, que compaginan sus estudios con trabajos eventuales y extremadamente precarios ante la ausencia prácticamente absoluta de becas salario. El mismo sistema de créditos, como su propio nombre indica, es una

muestra tangible de cuán inexistente ha sido la conquista obrera de la educación universitaria en España. La matriculación es bastante significativa. Como si de una empresa de camisetas se tratara, vas adquiriendo asignaturas que introduces en un carrito de la compra; el grafismo al respecto es bastante esclarecedor. Cada asignatura tiene su precio y conforme vas llenando el carrito aumenta el número total de euros; 60 créditos suponen más de 2.000 euros aproximadamente con la última subida de tasas. Según datos de la Comisión Europea sobre el coste de los estudios universitarios para 2013-2014, nuestro país tiene el dudoso mérito de ser el sexto Estado sobre una muestra de 33 en precios máximos más caros para estudios de grado, siendo Catalunya la zona del Estado donde el precio mínimo de los estudios de grado es más alto[27]. Y eso sin tener en cuenta lo que cuesta en nuestro país repetir una asignatura, una penalización que no aplican todos los países. Lo verdaderamente aterrador, además, son los créditos que puedes obtener no por aprobar asignaturas sino por asistir a actividades extraescolares, tipo cursillos, conferencias o congresos. Por supuesto la asistencia a dichos actos oscila entre los 75 y 100 euros, con un premio de dos-tres créditos de media. Al hijo de clase alta ya no le es necesario ni estudiar, con asistir a un par de congresos por año obtiene los mismos créditos que aprobando una asignatura. Consciente del abuso que supone una matrícula de 2.000 euros, la Universidad facilita (a través de un banco privado, qué extraño...) el pago seccionándolo en 6 mensualidades, lo que supone un gasto aproximado de 333 euros al mes, casi más de lo que pagaría en un centro privado de enseñanza secundaria. Pero ahí no termina la cosa; el plan de convergencia europeo, el Plan Bolonia[28], planteó una elitización de la universidad de dimensiones titánicas, sustituyendo las licenciaturas por estudios de grado y postgrado, este último vinculado a la especialización, con unos precios por crédito inalcanzables o inmorales en un contexto de educación pública. En el caso del Estado español, el precio máximo de un curso de máster es un 67 por 100 más caro incluso que el máximo de una matrícula de grado[29]. Conscientes de ello y para paliar esa situación, entra en escena la banca privada. La familia Botín (qué apellido tan apropiado para unos banqueros) prestará a los alumnos el dinero necesario para cursar el postgrado, dinero que abonaremos cuando alcancemos el mundo laboral. Una buena manera de tener hipotecado al ciudadano incluso antes de incorporarse al mercado laboral; o, en otras palabras, han sustituido las becas por hipotecas. Y

debemos llorar (admirado Fernández Liria) por la expulsión de las clases medias del ámbito universitario; la clase obrera, por su parte, sencillamente ya se encontraba excluida, como hemos podido comprobar a lo largo del capítulo.

[1] M. Levitas, *El marxismo y la sociología de la educación*, Madrid, Siglo XXI de España, 1977, p. 137.

[2] J. Carabaña, citado en X. Bonal, *Sociología de la educación*, Barcelona, Paidós, 1998.

[3] M. Levitas, *op. cit.*, p. 260.

[4] S. Bowles y H. Gintis, *La instrucción escolar en la América capitalista*, Madrid, Siglo XXI de España, 1981.

[5] P. Bourdieu y J.-C. Passeron, *Los herederos: los estudiantes y la cultura*, México, Siglo XXI de México, 2008.

[6] Citado en M. Levitas, *op. cit.*, p. 153.

[7] L. Althusser, *Aparatos ideológicos del Estado*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.

[8] *Ibid.*

[9] M. Baraño, L. Finkel y E. Rodríguez, «Procedencia sociofamiliar», en A. Ariño y R. Llopis (dirs.), *¿Universidad sin clases? Condiciones de vida de los estudiantes universitarios en España (Eurostudent IV)*, Madrid, Secretaría General Técnica, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, 2011, p. 102.

[10] Bajo esta etiqueta el estudio engloba a distintas categorías laborales, algunas de las cuales nosotros insertaríamos dentro de la clase trabajadora (como los trabajadores de servicios o empleados de oficinas). El 74 por 100 se reparte de tal manera: 14 por 100, directores de empresas y administraciones públicas; 25 por 100, profesionales; 6 por 100, técnicos y profesionales de apoyo; 10 por 100, empleados de oficina; 15 por 100, trabajadores de servicios y personal comercial; y 30 por 100, fuerzas armadas), *ibid.*, p. 98.

[11] Por «blue collar» el estudio engloba a las siguientes categorías de ocupaciones laborales: trabajadores cualificados en actividades agrícolas y pesca; artesanos y trabajadores cualificados en la industria; operadores de instalaciones y maquinaria y montadores; y trabajadores no cualificados/asistentes domésticos relacionados, *ibid.*

[12] Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, *Datos y cifras del sistema universitario español. Curso 2012-2013*, Madrid, Secretaría General Técnica, 2012, pp. 7-8.

[13] «Educational attainment: persistence or movement through the generations?» en *Eurostat Newsrelease*, 188/2013, 11 de diciembre de 2013 [<http://ec.europa.eu/eurostat>].

[14] *Ibid.*, p. 104.

[15] Véase *Sobre la miseria de la vida estudiantil considerada bajo sus aspectos económico, político, psicológico, sexual e intelectual*, de la Internacional Situacionista, consultable en <http://www.sindominio.net/ash/miseria.htm>.

[16] C. Sevilla Alonso, *La fábrica del conocimiento. La Universidad-empresa en la*



*producción flexible*, Barcelona, El Viejo Topo, 2010, p. 153.

[17] Es curioso que el juez Baltasar Garzón sea de los pocos magistrados de origen humilde.

[18] Z. Bauman, *Amor líquido*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2007.

[19] Véase al respecto B. Barber, *Estratificación social. Un análisis comparativo de la estructura y del proceso*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1964, pp. 126-138.

[20] *Ibid.*, p. 128.

[21] Véase al respecto E. Fromm, *El arte de amar*, Barcelona, Paidós, 2004.

[22] V. Navarro, *El subdesarrollo social de España*, Barcelona, Anagrama, Colección Argumentos, 2006.

[23] *Ibid.*

[24] A. Boron, *Consolidando la explotación. La academia y el Banco Mundial contra el pensamiento crítico*, Córdoba (Argentina), Espartaco, 2008, p. 41.

[25] «Las tasas universitarias subirán un 20 por ciento de media y las de FP, más del doble», [Madridiario.es](http://madridiario.es), 17 de julio de 2013 [<http://madridiario.es/educacion/universidades/lucia-figar/subida-de-tesas/401680>].

[26] Entrevista a Carlos Fernández Liria en [LaRepubblica.es](http://LaRepubblica.es), segundo número cero, junio de 2008.

[27] V. Sacristán, «El coste de estudiar en la universidad», *Sinpermiso*, 9 de septiembre de 2014 [<http://www.sinpermiso.info>].

[28] Para los interesados en Bolonia remitimos al ya clásico C. Fernández Liria y C. Serrano, *El Plan Bolonia*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2009.

[29] V. Sacristán, art. cit.



## CAPÍTULO V

### Universidad, S. A.

«La ciencia es un arma, un arma que puede utilizarse bien o mal, y que se utiliza bien cuando está en manos del pueblo, y se utiliza mal cuando no pertenece al pueblo.»

Ernesto *Che* Guevara

«En una sociedad erigida sobre la lucha de clases no puede haber una ciencia social “imparcial”.»

V. I. Lenin

La Universidad, en tanto institución que se presenta como culminación de un proceso de aprendizaje de largo aliento, es el lugar donde se expresan de manera palpable las dificultades que encuentran los hijos de la clase obrera que optan por seguir estudios superiores. Llegar a ella, como hemos visto en el capítulo anterior, es prácticamente una carrera de obstáculos en la que los hijos de los obreros encuentran más trabas que el resto de niños y adolescentes. Una vez en ella, el desencuentro será considerable si el alumno o alumna tiene un mínimo de conciencia de clase y sabe ver más allá del techo de cristal que la sociedad pone sobre su cabeza.

Los clásicos que se han dedicado a estudiar el funcionamiento no solo de la Universidad, sino del sistema educativo en su conjunto, ponen en duda el supuesto papel humanista de la Universidad como lugar que ilumina el conocimiento o que conduce a la luz, como reza en muchos de los escudos universitarios. Pierre Bourdieu dedicó varios de sus libros a desenmascarar esa falsa función de reconocimiento meritocrático y de cuna del saber que tendría la Universidad. En una conferencia dictada en Japón en 1989 alertaba sobre la función de los títulos universitarios como una especie de «títulos nobiliarios» por parte de quienes han detentado el poder durante siglos:

En todas las sociedades avanzadas, en Francia, en Estados Unidos o en Japón, el éxito social depende muy estrechamente de un acto de nominación inicial (la imposición de un nombre, de ordinario el de una institución educativa: Universidad de Todai o de Harvard, Escuela Politécnica) que consagra escolarmente una diferencia social existente. La entrega de diplomas, que da lugar a ceremonias solemnes, es

efectivamente comparable al acto de armar caballero a alguien. La función técnica evidente, de formación, de transmisión de una competencia técnica y de selección de los más competentes técnicamente, enmascara una función social, a saber, la consagración de los detentadores estatutarios de la competencia social, del derecho a dirigir [...]; tenemos pues, tanto en Japón como en Francia, una nobleza escolar hereditaria de dirigentes de la industria, de grandes médicos, de altos funcionarios, y asimismo, de dirigentes políticos. Y esta nobleza de escuela comprende una parte importante de herederos de la antigua nobleza de sangre que han reconvertido sus títulos nobiliarios en títulos escolares[1].

Además de esta exclusión de linaje y de partida que encuentran los hijos de la clase trabajadora que superen el vía crucis de camino a la Universidad, se pueden añadir otras dificultades para el estudiante universitario de origen obrero. Este comprobará pronto que, en su caso, tener un título universitario no es garantía de ascenso social porque, salvando excepciones, la clase social se hereda. Encima, en un mercado laboral precarizado en el que cada vez caben menos personas, estudiar una carrera es insuficiente para insertarse en determinados puestos técnicos. Hay que especializarse y esa especialización no está al alcance de cualquier bolsillo, mucho menos del de las familias que menos tienen, por lo cual el filtro se hace cada vez mayor y es más difícil superarlo. Pero no hay que preocuparse, ya hemos visto que los bancos han ideado un sistema para venir en «nuestra ayuda» a través de los préstamos para el estudio –a bajo interés, con un poco de suerte–, porque las becas públicas son una especie en extinción. Se trata de sustituir un modelo de becas que permitía a unos cuantos hijos de la clase trabajadora poder estudiar, con todas sus limitaciones como ya vimos, por otro modelo en el que solo podrá estudiar quien tenga dinero o posibilidad de endeudarse.

Por su parte, la Universidad no ha sido ajena a los cambios generados por la mutación del capitalismo en su fase neoliberal. El neoliberalismo penetró en ella provocando que pasara a ser un espacio más de mercantilización, diseñado para facilitar la reproducción del capital. Así ha sido en el Estado español de manera agudizada desde la implantación europea del Plan Bolonia, donde se incorporó una «agenda modernizadora» diseñada por los tecnócratas europeos para conseguir tres objetivos: «financiación competitiva, gobernanza corporativa y transferencia de resultados de la investigación al sector productivo»[2]. Traducción: poner la Universidad al

servicio de las empresas. Las reformas universitarias, como la 3 + 2, son pasos hacia el «tránsito de la universidad de masas a la universidad-empresa»[3] pero sirven, también, para acortar la formación básica y cargar la formación en postgrados a precios mucho más elevados. Lejos quedan los ideales humanistas de la Universidad, si es que alguna vez los tuvo.

La Universidad-empresa es también un espacio donde se reproduce el discurso dominante que ayuda a la perpetuación del sistema normalizando los valores capitalistas en ella. Cátedras Repsol, contratos entre El Corte Inglés y las universidades, tarjetas de crédito bancarias asociadas al carné universitario, becas ExxonMobil para la investigación y un largo etcétera. Por no hablar de la intervención de las empresas en la conformación de los planes de estudio que introdujo la Estrategia de Lisboa y el Plan Bolonia. Vivimos en los tiempos del capitalismo académico, un mundo que desde la Universidad marca la pauta de las condiciones laborales de desregulación, flexibilidad y precariedad crecientes. Pero, incluso en este contexto, la precariedad a la salida de la Universidad sabemos que no va a ser igual para todos y todas.

Además, «las capas dirigentes intentan reservar la Universidad para seguir formando sus propias capas»[4]. Aunque, ciertamente, la idea de la Universidad como reducto donde se forman las elites sociales no es nueva; siempre ha sido así a pesar de la existencia de un breve periodo en la historia de nuestro país, coincidente con los años ochenta y noventa del siglo XX, cuando se multiplicó la matrícula universitaria y más hijos de la clase obrera pudimos acceder a ella. Pero eso no cambió la función de la Universidad como lugar de reproducción de la división social del trabajo y de producción de hegemonía cultural. Por tanto, la Universidad elitista, exclusiva y excluyente no es una ruptura propiciada por la implantación de la Ley Orgánica de Universidades (LOU), es una dolorosa continuidad histórica que se remonta a sus propios orígenes. Nuestra hipótesis de partida es que tal modelo es así porque la clase trabajadora no ha podido nunca, a lo largo de la historia, tener una presencia significativa en el mundo universitario, ni siquiera en los tiempos de la mal llamada Universidad de masas. Y las corrientes de pensamiento crítico que podrían representar sus intereses, como el marxismo, viven en el ostracismo universitario más absoluto.

## EL DESENCUENTRO ENTRE CLASE OBRERA Y UNIVERSIDAD

Universidad Pompeu Fabra (UPF), Barcelona, noviembre de 2013. Un joven trabajador de la cafetería nos sirve un cortado y mira de reojo las conversaciones de un grupo de estudiantes universitarias que ríen, con la risa de quienes no tienen muchos problemas en la vida. La mirada muestra curiosidad pero también un leve aire de desprecio hacia quienes seguramente son, para él, niñas pijas que no tienen que estar sirviendo cafés a destajo con su misma edad. Quizá sea un prejuicio del camarero, pero esa mirada expresa, como pocas, el distanciamiento entre clase trabajadora y mundo universitario, de manera mucho más elocuente al provenir de un joven que también está en la Universidad pero no tomando apuntes, sino sirviendo a quienes tienen el privilegio –sí, el privilegio– de poder estudiar. Seguramente muchos de los que se toman el café y se comen el cruasán en esa misma cafetería también son hijos de la clase obrera, aunque teniendo en cuenta que el plan de estudios de la UPF limita las posibilidades de compaginar estudio y trabajo, lo que eufemísticamente llaman «alta dedicación», podríamos dudarlo. Es la misma Universidad que gastó 6.000 euros en una reunión tras recortar su plantilla[5]. La clase obrera y el mundo universitario parecen ir, cada vez más, por caminos divergentes.

Es difícil que la Universidad sea un lugar de destino natural para la clase obrera cuando, como se ha visto en el capítulo anterior, el propio sistema educativo desde sus primeros escalones margina sutilmente a los hijos de la clase trabajadora. Ya lo decía Manuel Sacristán en los años setenta: «La principal función de la universidad desde el punto de vista de la lucha de clases es tradicionalmente la producción de hegemonía mediante la formación de una elite y la formulación de unos criterios de cultura, comportamiento, distinción, prestigio, etcétera»[6]. No nos puede extrañar, por tanto, que en el emblemático año de 1968 los hijos de obreros agrícolas, peones, obreros sin cualificar y personal de servicio supusieran solamente el 2,75 por 100 de los estudiantes universitarios en el Estado español[7]. Y, como se ha visto en el capítulo anterior, estas cifras no han aumentado como deberían a pesar de los avances.

¿Qué sucede entonces cuando el hijo o hija de un obrero llega a las aulas universitarias? Primero, que es formado en unos valores contrarios a los de sus intereses de clase. Segundo, que se le adoctrina bajo discursos que apelan

a una falsa objetividad científica, que no es tal, para convencerle de la necesidad de ser «neutral» ante los problemas de la humanidad. Pero, como apuntó Adolfo Sánchez Vázquez, el discurso de la «neutralidad académica» es sostenido por todos aquellos interesados en que desde la Universidad no pueda modificarse el *statu quo*. El conflicto, entonces, está claro: o eliges entre una visión de la Universidad como lugar que ayude a la emancipación de tu clase social, con el riesgo de ser marginado dentro de la institución, o te adaptas (como la mayoría) y te mimetizas adoptando un discurso supuestamente aséptico pero cargado de premisas ideológicas a favor del sistema. Esta disyuntiva puede no presentarse en la vida de un estudiante de ciencias puras, pero, en el caso de los estudiantes de las carreras de Ciencias Sociales y Humanidades, no hay escapatoria. Siempre está ahí, aunque no se quiera ver por negación o por falta de conciencia.

Hay hechos muy puntuales y anecdóticos, pero simbólicos, que nos recuerdan cómo clase obrera y mundo académico no se dan la mano como deberían. Por ejemplo, en los ordenadores de búsqueda de la Biblioteca Central de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), unas de las principales universidades de América Latina y el Caribe, se pueden hacer búsquedas por distintas palabras clave, pero la máquina no da opción de buscar por «clase obrera». A lo sumo, podremos buscar por clase trabajadora. ¿Sintomático?

No podemos olvidar que parte de la mala prensa que tiene la clase obrera en el ámbito académico está relacionada con las visiones académicas y políticas que asocian clase obrera con la denostada modernidad y el industrialismo contaminante de los siglos anteriores, asunto que molesta a una izquierda postmoderna que pretende ser ecológica aunque sea a través de un capitalismo verde. Un ejemplo de este divorcio fueron las movilizaciones mineras en el Estado español, cuando pudimos leer a ciertos sectores de la academia postmoderna y de la izquierda guay que se negaban a defender a los mineros en sus reivindicaciones porque eran representantes de un sector productivo que debería ser abolido, la minería. Los mineros quemaban neumáticos para salvar sus puestos de trabajo y eso contamina. Un argumento tan pueril como sesgado, ya que la minería no es la única industria contaminante. De hecho, toda actividad humana, por inmaculada que parezca, genera una huella ecológica que afecta al planeta. Podemos intentar lidiar con las contradicciones que implica y, por supuesto, luchar por mitigarlas, pero es

muy fácil apelar a que otros respeten el medio ambiente sin entrar a cuestionar qué tanto hacemos nosotros por vivir de manera coherente con lo que predicamos. Unas críticas que suenan todavía más absurdas cuando se escriben desde ordenadores o *iPads* hechos con material contaminante que ha de ser extraído de alguna mina africana por alguna población famélica para solaz de los académicos ecologistas. Quizá lo más congruente para todos sería planear un suicidio colectivo... Pero queremos decirles que hay esperanza; según un estudio del *Global Footprint Network*, el país del mundo que menor impacto ecológico tiene en el planeta es Cuba, un país socialista. Además, en el mes de marzo de 2015 Venezuela, esa «dictadura» encabezada por un Presidente obrero, creó un Ministerio para el Ecosocialismo y Aguas. Por mucho que algunos se empeñen en erigirse en adalides del pensamiento ecológico, la defensa de la naturaleza no es algo exclusivo de la burguesía ilustrada y, desde el socialismo, a pesar de los errores y las contradicciones inherentes a toda acción humana, también se han hecho aportes.

*Profesores, académicos y elite intelectual: endogamia y nepotismo made in clase media*

La distancia entre el mundo académico y la clase obrera puede llegar a ser abismal. Un primer elemento que explica este alejamiento está en el origen social de la mayoría del profesorado. Este, como ya hemos explicado, no suele provenir de los peldaños más bajos de la pirámide social. Por tanto, difícilmente se puede identificar con una clase a la que no pertenece y de la que, como veremos, niega su existencia. A ello hay que unir que, como nos cuenta Montserrat Galcerán, los académicos han quedado «relativamente al margen de los conflictos entre capital y trabajo», lo que se ha traducido en una «conciencia ilusoria de la autonomía de los académicos y de su independencia frente al mercado y el Estado»[\[8\]](#). Es decir, la profesión académica no fomenta la conciencia de clase trabajadora, sino la creencia de estar por encima de la estratificación social, sobre todo cuando se trata de profesores de ciertas carreras asociadas a determinado prestigio social (Derecho, Economía, Arquitectura, Ingenierías, etc.), de catedráticos universitarios o de otros altos funcionarios universitarios.

La Universidad española se ha vuelto una Universidad endogámica donde

el 93,3 por 100 de los profesores titulares provienen de la misma Universidad donde estudiaron (en Reino Unido la cifra es del 17 por 100 y en Estados Unidos, del 10 por 100), lo que facilita el compadreo y la corrupción. A eso hay que añadir que el 64 por 100 de quienes obtuvieron su plaza lo hicieron siendo los únicos candidatos a ganarla[9]. Estas cifras ilustran de manera meridiana las redes clientelares que operan en una Universidad que, para mayor inri, fue purgada durante el franquismo y en la que todavía, en cátedras y departamentos, se pueden seguir los árboles genealógicos de las familias de «alcurnia», en las que hay muy pocos apellidos «vulgares» y muchos apellidos compuestos.

Por otra parte, hacer carrera en la Universidad-empresa significa tener que sobrevivir y hasta adaptarse, en mayor o menor medida, a los valores competitivos y destructivos de toda solidaridad humana que el capitalismo en su fase neoliberal le impregna. Conseguir una plaza o una beca, cuando no está garantizado el otorgamiento por el propio departamento al que se pertenece, se vuelve una lucha a cuchillo entre personas que teóricamente deberían trabajar juntas. Enchufismo, traiciones, mentiras, ocultamiento de convocatorias, plagio de tesis o trabajos ajenos, robo de plazas y un largo etcétera de acciones más propias de la mafia siciliana que de personas supuestamente letradas. La exigencia de la productividad académica, que prima la cantidad frente a la calidad para responder a las agencias de evaluación y obtener puntos y certificaciones necesarias para seguir en la lid académica, propicia el ensimismamiento de los investigadores, forzándolos a estar concentrados en publicar constantemente a costa de tiempo para desarrollar otras actividades más solidarias que enfocarse en su propio currículum. Este tiene que ser engordado sin fin, cultivando un narcisismo extremo y un individualismo al que la clase obrera, socializada en otros valores, no está acostumbrada.

Cualquiera que se aproxime al mundo del profesorado universitario puede ver el elitismo y el clasismo en que se mueven muchos de sus miembros. Algunos lo expresan de manera abierta y otros de manera más sutil y velada, pero la mayoría cree haber sido ungida por una varita mágica de la superioridad intelectual. Las críticas al elitismo universitario, no obstante, son difíciles de encontrar en el ámbito académico, seguramente por la incapacidad de ciertas clases sociales de verse desde afuera y observar sus propias contradicciones o privilegios de clase. Ello hace que todavía persista

mucha gente en la Universidad que mantiene un discurso academicista según el cual en la Universidad encontraríamos a los más capaces intelectualmente, pues la academia sería un ámbito puramente meritocrático. Nada más lejos de la realidad...

Como si de una casta se tratara, el profesorado universitario se reproduce a sí mismo. No es nada infrecuente encontrar profesores universitarios cuyos padres ya lo fueron. Es más, aunque no tenemos medios para demostrarlo estadísticamente, nos atrevemos a afirmar que un hijo o hija de profesor universitario tiene más probabilidad de acabar ejerciendo la profesión de su padre o madre que cualquier hijo de vecino que se proponga acabar dando clases en la Universidad. Es sencillo: tener padres que trabajan en la Universidad te permite estar al día de todas las convocatorias de becas de investigación, estudios, ampliación de estudios, estancias en el extranjero, intercambios y demás. Cuando algunos llegamos a la Universidad en condiciones realmente precarias y pendientes del hilo de la beca del Ministerio para poder continuar con la carrera, algunos avezados ya sabían que, aparte de la beca del Ministerio, podían pedir otras becas variadas de colaboración con la Universidad que, como no podía ser menos, gozaban de poca difusión entre los estudiantes. Así, algunas de estas personas, acomodados estudiantes hijos de profesores, podían beneficiarse de varias becas que no les eran vitales pero que les permitían vivir todavía más holgadamente, suponemos que pagarse viajes en verano a lugares remotos, hacer cursos en el extranjero para mejorar sus idiomas o ampliar su currículum. Mientras, los hijos de los obreros debíamos en gran parte trabajar a la vez que estudiábamos, con la presión añadida de mantener un mínimo de promedio para no perder la beca del Ministerio, si la teníamos.

Hay quienes argumentan, entre ellos nuestro querido exministro Wert y sus corifeos del PP, que las becas deberían darse exclusivamente por una cuestión de excelencia académica, obviando por completo los factores socioeconómicos. Pero, ¿de verdad esta gente cree que se pueden sacar las mismas notas trabajando y estudiando a la vez que dedicándose en exclusiva al estudio? ¿O creen que los hijos de los trabajadores que hemos tenido que trabajar y estudiar simultáneamente somos menos inteligentes por tener en ocasiones menos promedios que aquellos que pudieron estudiar sin preocuparse por el trabajo? Por no entrar en las diferencias entre tener un espacio propio, acondicionado, bien iluminado y habilitado para el estudio o



bien vivir en un minipiso donde se comparte microhabitación con el hermano o hermana de turno y donde un escritorio solo cabría en la ventana. ¿Saben acaso lo que es tener que estudiar en el comedor de tu casa, porque no hay otro espacio disponible, con cascos puestos para aislarse del ruido del resto de la familia? Estos ejemplos, que a algunos les parecerán exagerados, son el pan de cada día de los jóvenes de familias trabajadoras. La conclusión es que al estudiante de extracción obrera se le exige una capacidad muy superior a la que se le exige al estudiante de familia burguesa porque, ante condiciones materiales más desfavorables para el estudio, se le pide que iguale y hasta supere los resultados de quienes han nacido en casas llenas de libros y han vivido con relativa comodidad, siempre bajo la amenaza de perder la beca (si tiene la suerte de contar con ella) o de ser menos «competitivo» en un mercado laboral al que se enfrentan también en peores condiciones.

Como una pescadilla que se muerde la cola, se da el «círculo perfecto»: condición socioeconómica inferior de partida lleva a la necesidad de trabajar, lo cual provoca menor rendimiento escolar, que a su vez limita la posibilidad de recibir becas y, por tanto, deriva en que se siga necesitando trabajar. Este círculo es muy difícil de romper y, las personas que lo logran, lo hacen por un azar del destino o bien porque tienen una capacidad muy superior a la media. La conclusión es clara: si eres un estudiante universitario proveniente de la clase trabajadora, tendrás que ser alguien que destaque muy por encima de la media para conseguir lo que otros, con una inteligencia promedio, podrán lograr con mucho menor esfuerzo. ¿Se puede llamar a esto «igualdad de oportunidades»? Está claro que la igualdad de oportunidades es inexistente en un sistema como el capitalista, que eleva al nivel de máxima la desigualdad absoluta entre los seres humanos y que ha emprendido una lucha a muerte contra la igualdad. Esta es percibida como una aberración propia de regímenes totalitarios y «liberticidas», como le gusta decir a la inefable Esperanza Aguirre. Sin embargo, estos falsos «paladines de la libertad» y de la meritocracia confunden las diferentes necesidades con las diferentes capacidades, erigiendo sobre tales diferencias un sistema de exclusión para aquel que no entre dentro de su clase. Parafraseando libremente a los zapatistas, su visión de la igualdad de oportunidades se podría resumir en: para nosotros, todo; nada para ellos. La ley del embudo de toda la vida.

Lo paradójico es que los profesores universitarios son un grupo profesional altamente precarizado. Proliferan los contratos en calidad de asociados,

aunque en el Estado español está regulado por ley que el porcentaje de asociados no puede superar el 40 por 100 (y el resto han de ser contratados con plaza). Profesores que, por la precariedad de sus contratos, pueden cobrar menos de 500 euros al mes y dar las mismas clases que un profesor titular que cobra tres o cuatro veces más. Esto supone un filtro claro para los hijos de la clase trabajadora. ¿Qué joven de extracción obrera puede pedirle a sus padres, que seguramente se han sacrificado durante años para que pueda estudiar, que lo sigan manteniendo o ayudando pasada cierta edad? Todavía en ciertos sectores de la clase obrera quien estudia demasiado es visto como un zángano, alguien que no quiere trabajar. Hay una relación conflictiva con el estudio, no se ve como algo de provecho. El mundo universitario es, además, un horizonte laboral que no se contempla, no hay muchos referentes familiares que puedan mostrar que alguien se puede ganar la vida dignamente dando clases en la Universidad.

Por lo anterior, no extraña escuchar a profesores universitarios que imparten asignaturas de Economía haciendo loas a los eres de las empresas ante la mirada atónita, cuando no la respuesta airada, de los pocos estudiantes que tienen a sus padres en una situación así.

Sin embargo, a pesar de la precariedad laboral de una parte del profesorado universitario, su profesión está dentro de los ámbitos de prestigio gracias al capital cultural que atesoran estos profesionales. Un bagaje cultural que siempre les va a permitir tener más opciones de trabajo que las que pueda tener un joven sin estudios expulsado al desempleo por el fin de la burbuja inmobiliaria. De hecho, cuando revisamos las cifras del desempleo, los menores porcentajes de desempleo los encontramos entre los titulados universitarios de tercer ciclo (con postgrados y doctorados).

Si dejamos a los académicos y pasamos a los intelectuales, la situación no mejora. Por su extracción de clase acomodada, muchos intelectuales tienen problemas para entender no solo a la clase obrera, sino también a los procesos políticos de carácter popular. El «populacho» les aterriza porque representa una irracionalidad que no casa con sus cerebros analíticos. Pero es muy fácil analizar con el cerebro cuando se tiene el estómago lleno. Esto no pasa solamente entre los intelectuales del Estado español o de Europa, también en América Latina y el Caribe ocurre lo mismo, con el agravante de que esos intelectuales suelen ser blancos en sociedades donde negros, mestizos e indígenas son mayoría. Estas elites intelectuales acaban llegando,

en muchos casos, a conclusiones que rayan el *supremacismo*. Olvidan que esos negros, indígenas, y también algunos mestizos, han sido relegados durante siglos a la práctica esclavitud, lo que les impidió conseguir un nivel de instrucción como el suyo. Una de las mentes más brillantes del continente americano, Simón Rodríguez, pedagogo y maestro del libertador Simón Bolívar, retrató a la perfección esta mentalidad y su «memoria selectiva» en 1830:

Los Doctores Americanos no advierten que deben su ciencia a los indios y a los negros: porque si los Señores Doctores hubieran tenido que arar, sembrar, recoger, cargar y confeccionar lo que han comido, vestido y jugado durante su vida inútil... no sabrían tanto:... estarían en los campos y serían tan brutos como sus esclavos –ejemplo los que se han quedado trabajando con ellos en las minas, en los sembrados detrás de los bueyes, en los caminos detrás de las mulas, en las canteras, y en muchas pobres tiendecillas haciendo manteos, casacas, borlas, zapatos y casullas[\[10\]](#).

En la actualidad, se puede encontrar un caso paradigmático de ese elitismo de clase combinado con prejuicio racial en las viejas elites intelectuales de Venezuela. Allí, gran parte de los intelectuales previos a la Revolución estaban vinculados a la oligarquía. Algunos de ellos apoyaron en un primer momento al chavismo como salida al colapso del régimen bipartidista y corrupto de la IV República pero pronto fueron abandonando el barco, conforme se iba profundizando el carácter popular y socialista del proceso. Otros, de entrada, no podían tolerar que un militar zambo[\[11\]](#) estuviera al mando del país. Con la llegada de Maduro el prejuicio ha seguido, ahora enfocado a la profesión de conductor de autobús del presidente, quien, debido a su orgullosa extracción obrera, es tildado de bruto e ignorante (se le llama «Maburro» en lugar de Maduro) por quienes siguen pensando que el dinero es el que da la inteligencia y el conocimiento. Otros de esos intelectuales, más inteligentes y políticamente correctos, se escudan en que la Revolución no ha empoderado suficientemente al pueblo. Sin embargo, son los mismos que impiden que ese pueblo pueda acceder a la Universidad Central de Venezuela (UCV), que sigue siendo un coto privado de la pequeña y alta burguesía del país, pese a ser una Universidad pública. Gente que lleva a cabo, además, verdaderas cazas de brujas contra los chavistas que pueden estudiar en la UCV, muchos de los cuales pasan por la Universidad en la más

absoluta clandestinidad política mientras otros se arriesgan a una militancia que supone un riesgo para su integridad física. Así es como reacciona una clase social cuando se ve desposeída del poder político, tratando por todos los medios de mantener el poder académico para que sus cachorros sigan siendo la elite que pueda formarse en exclusiva para dirigir el país.

El mundo académico e intelectual ha experimentado siempre dificultades para conectar con el movimiento obrero. Este ha estado más preocupado por la praxis política y no tanto por la teoría, fruto de la necesidad imperiosa de transformar la realidad, sin mucho tiempo para reflexionar sobre ella. En el Estado español no han proliferado figuras como un Che o un Lenin que, en medio de la lucha revolucionaria, tuvieran ganas y tiempo para leer y escribir de manera vertiginosa haciendo aportaciones teóricas. Como explicaba Perry Anderson, «En España, el proletariado demostró ser de temperamento más revolucionario que cualquier otra clase obrera del continente durante los años treinta, pero hubo muy pocos intelectuales en el movimiento obrero»[\[12\]](#). Esta herencia prosiguió en los siguientes años, con raras y contadas excepciones.

Como hemos explicado a lo largo de estos capítulos, es difícil para un hijo o hija de la clase trabajadora poder llegar a la Universidad como estudiante; mucho más lograr convertirse en profesor universitario. Por eso, lo que nos encontramos en el mundo académico es un perfil muy particular de izquierda que pasamos a describir.

### *La izquierda académica*

Dentro del océano de enchufismo, nepotismo y pensamiento reaccionario que suele predominar en las universidades públicas del Estado español (ni se diga las privadas), existe un pequeño oasis conformado por un grupo particular, la izquierda académica. Esta no es homogénea, ni siquiera ideológicamente, y está integrada por todos aquellos que no se adscriben a las lógicas dominantes en la Universidad. Sin embargo, puede llegar a crear su propia hegemonía en algunos centros de investigación o departamentos.

Antes de que nuestros amigos profesores universitarios de izquierda pongan el grito en el cielo, queremos aclarar qué entendemos por izquierda académica. Englobamos bajo este concepto a toda aquella persona de

izquierdas que se dedica al trabajo académico pero que carece de un enfoque que tome como eje central de su pensamiento los antagonismos que se dan en la sociedad entre clases explotadoras y clases explotadas. Son aquellos que, escudándose en que el marxismo está desfasado y la sociedad es mucho más compleja y plural que antaño, niegan la existencia de la clase obrera o, a lo sumo, la colocan en un lugar minoritario dentro de sus análisis sociales. Son los que acaban ignorando, por mala fe o por simple indiferencia, que la clase obrera ha desarrollado a lo largo de la historia, y fruto de su praxis política diferenciada, una conciencia y una identidad de clase propias. Son los que, en definitiva, carecen de un análisis de clase de la realidad. Por izquierda tomamos un espectro que va desde la izquierda socialdemócrata progre a la izquierda anarquista o autónoma, pasando por la comunista y sus múltiples variantes, ya que a la hora de demonizar a la clase obrera no hay distinción ideológica. Generalmente este grupo está conformado por gente que no ha pisado un barrio obrero en su vida y, si lo ha hecho, ha sido para realizar algún trabajo de campo de carácter sociológico, o bien por «turismo revolucionario», es decir, asistir a alguna charla en algún centro cívico perdido o ir a algún acto político o lúdico-cultural en alguna casa okupa del extrarradio. A veces son los que tienen el discurso más radical e incendiario, en la teoría, claro, porque en la práctica pueden vivir unos años de aventura precaria sabiendo que, tarde o temprano, caerán en los algodones de la riqueza de papá y mamá. Pero cuando decimos que sus análisis ignoran la realidad de un sistema dividido en clases no nos referimos a que adolezcan de un posicionamiento de clase, que puede estar explícito o implícito debido a lo que explicaremos más adelante, sino a que no tienen en cuenta la existencia de la clase obrera como clase social desposeída cuyos intereses no necesariamente son coincidentes con los de la pequeña burguesía a la que dicha izquierda suele pertenecer.

La izquierda académica, que ha nacido con una biblioteca bajo el brazo, se caracteriza por un elitismo intelectual que no deja de ser más que un sentimiento de superioridad mal camuflado frente a quienes no han alcanzado su formación académica. En su particular visión del mundo, los jóvenes que no han podido estudiar no lo han hecho porque «no han querido» y, por tanto, merecen ser objeto de sus burlas, en las que estos jóvenes hijos de la clase obrera son caricaturizados como canis y chonis apáticos y apolíticos que estarían todo el día haciendo botellón, no como los jóvenes universitarios

que, como todo el mundo sabe, nunca han hecho botellón... Estos comentarios quizá sean aplaudidos en el departamento universitario de turno, pero en lugares donde no todo el mundo posee dos carreras y tres postdoctorados, el elitismo y el clasismo de ciertas afirmaciones provoca bastante resquemor. La clase obrera, que sabe lo difícil que es conseguir que sus hijos puedan estudiar en igualdad de condiciones, se siente insultada... y con razón.

Las ideas preconcebidas de esa izquierda académica elitista e insensible conectan con los lamentos sobre la «juventud más preparada de la historia» que abandona el país para buscar trabajo en Europa u otros continentes. Una situación dramática y denunciabile, sí. Pero no encontramos la misma denuncia de los miles de jóvenes que hasta hace dos días trabajaban en la construcción o eran trabajadores sin cualificación y que ahora están en el desempleo y, además, no tienen ni el capital económico ni el capital cultural, que diría Pierre Bourdieu, para poder emigrar y ganarse la vida en otro país. Aunque parezca de mal gusto recordarlo, no todos pueden irse y, aunque se fueran, no a todos les iría igual. Pero este no parece ser un problema para la izquierda académica que, incluso, puede llegar a gritar a los cuatro vientos que ella es el «precariado» frente a una clase obrera que gana mucho dinero y que, encima, es tan garrula que se lo gasta en tunear el coche o en conciertos de Camela.

A la izquierda académica de origen burgués le incomoda que se le recuerde que la Universidad no ha sido nunca un lugar para las masas y que aquella ha vivido de espaldas a la clase trabajadora. De hecho, un discurso de clase le espanta porque le restriega en la cara su condición privilegiada y le desmonta su autopercepción como ser intelectualmente superior, merecedor de un puesto en la Universidad gracias a su esfuerzo y dedicación. La dureza de los datos demuestra que lo que algunos interpretaban como mérito, no es más que mera probabilidad estadística.

Es evidente que la Universidad tiene la virtud de transformar en privilegio cultural lo que proviene de un privilegio social, haciendo que se difumine la relación entre estatus social y privilegios académicos[13] a través de una supuesta meritocracia que, como ya hemos visto, no es tal. Pero esto no debería sorprendernos puesto que la Universidad no es un ente ajeno a la estructura social sino un lugar donde se reproducen las contradicciones de clase y la división del trabajo presentes en la sociedad[14].

No obstante, la izquierda académica quisiera que la Universidad fuera ajena a todas las contradicciones de clase y conflictos que se dan en la sociedad; una especie de torre de marfil desde la cual solo se podría observar la realidad sin involucrarse en ella, so pena de contaminarla de conflictos ajenos a su naturaleza supuestamente aséptica e inmaculada, que estaría por encima del bien y el mal. Todavía nos acordamos de estudiantes que rechazaban en asambleas estudiantiles «politizar» la Universidad y defendían la no participación de su facultad en las huelgas contra la guerra de Irak que tuvieron lugar en 2003. Lo más grave del asunto es que se trataba de estudiantes militantes de un partido supuestamente de izquierdas. Y, para mayor inri, de la disciplina de las Relaciones Internacionales, conocedores por tanto de la vulneración al Derecho Internacional que se estaba cometiendo con esa declaración de guerra unilateral, sin respaldo siquiera de Naciones Unidas. Mientras todo esto sucedía, una catedrática universitaria llamaba «bolcheviques que no van a llegar a ningún lado en la academia» a quienes hacían huelga para denunciar la invasión contra Irak. Para estos progres de salón la defensa del Derecho Internacional empezaba y acababa en la puerta del aula. Cuando la barbarie ya se había cometido y las empresas de los países de la coalición se frotaban las manos para repartirse el pastel, otro supuesto progresista profesor universitario, que nadaba muy bien en las aguas de la cooperación internacional, invitaba a sus alumnos a un ejercicio teórico de imaginar un escenario de reconstrucción que consistía en hacer sugerencias a las Naciones Unidas para mejorar la situación de los iraquíes. Una simulación de evidente mal gusto para cualquiera que se hubiera movilizado contra la guerra y que denunciara el carácter imperialista de la misma. El progresista profesor ha mutado en un prominente líder político con cargo institucional de alto rango en las filas de la derecha.

Ni que decir tiene que estas grandes carreras institucionales se pueden hacer gracias al ejercicio consistente en ser críticos sin cruzar determinadas líneas rojas que cuestionen al sistema económico dominante. El sistema capitalista sabe reconocer a los suyos y distingue a sus hijos díscolos de quienes están en la Universidad con la voluntad de transformarla en una trinchera más para la emancipación social. Así, permite la crítica siempre dentro de unos márgenes que el propio sistema establece. Cuando se traspasan esos límites, no escritos pero existentes, saltan las alarmas al grito de «¡¡ideología, ideología!!». Pero la única ideología que no se tolera en la academia es la

socialista, porque la defensa del capitalismo es parte consustancial de la naturaleza de la academia, por eso está invisibilizada a ojos de quienes la llevan incorporada de fábrica. Por ello es por lo que en las universidades españolas podemos encontrar profesores supuestamente muy críticos y muy de izquierdas que se doctoran con tesis que demuestran la inviabilidad o las contradicciones del sistema soviético, pero es mucho más difícil encontrar profesores muy críticos y muy de izquierdas que hayan hecho tesis sobre los crímenes del imperialismo o la imposibilidad del capitalismo para garantizar una vida digna por igual a todos los seres humanos del planeta.

Cuestionar el capitalismo tiene un precio en la academia: el ostracismo o la exclusión. Vicente Romano, comunicólogo español, doble doctor titulado en la República Democrática Alemana (RDA), discípulo de Manuel Sacristán, uno de los grandes marxistas españoles, traductor de las obras de Marx y con una gran trayectoria docente en Alemania, Canadá y Estados Unidos, regresó a España y nunca pudo ser catedrático de la Universidad Complutense de Madrid, donde trabajaba, por el veto a su ideología y militancia abiertamente comunista, aunque ya habían pasado décadas desde el fin de la dictadura. El caso de Vicente Romano ejemplifica, como tantos otros que podrían citarse, la persecución al marxismo y a la izquierda revolucionaria en estos tiempos de postmodernidad donde nos han contado que ya no hay verdades ni relatos universales y que, por supuesto, no existe la clase obrera como sujeto revolucionario, pues estamos ante una pluralidad de sujetos fragmentados y desconectados entre sí. Por no existir, ya ni existe la idea de Revolución, pues esta es decimonónica como el comunismo, aunque más viejo es el liberalismo. Claro que este ha sabido adaptarse muy bien a los nuevos tiempos.

## POSTMODERNISMO: EL TRIUNFO DE LA IDEOLOGÍA LIBERAL EN LA ACADEMIA

Los impactos de la ideología neoliberal han permeado todos los espacios sociales. Como hemos visto, la Universidad no ha sido una excepción y, en el caso concreto del mundo de las ideas, esto se tradujo en el abandono de la principal teoría que servía para explicar el mundo desde el lado de los oprimidos: el marxismo. Desde la caída del Muro y el triunfo del neoliberalismo, el marxismo fue desapareciendo de los círculos académicos.



Hoy la Universidad está poblada, en el mejor de los casos, de representantes de un pensamiento crítico, en ocasiones antimarxista, en otras postmarxista, que ha encontrado un cómodo hueco en los departamentos universitarios. Este discurso que surgió como contrahegemónico prolifera en las aulas y en los *papers* académicos del ámbito de las ciencias sociales. Es una crítica al sistema desde sus márgenes, que no aspira a disputar la centralidad del poder del sistema y podría ser englobada bajo la etiqueta de postmodernismo. En algunas de sus expresiones, como veremos, delatan una corriente de pensamiento liberal al servicio del cambio gatopardista soñado por las burguesías ilustradas. En otros casos, se trata de personas de izquierdas con buena voluntad, pero totalmente equivocadas, bajo nuestro punto de vista, en sus diagnósticos políticos.

Muestra de lo poco peligrosos que son para el poder los estudios que se insertan en esta corriente de pensamiento es el tipo de investigaciones que se financian desde las fundaciones privadas o públicas y las agencias de cooperación. Un académico tiene más posibilidades de encontrar becas para hacer investigación sobre temas de género, de derechos LGTB, de identidades, racismo, etc. Sin embargo, si ese mismo académico propone un proyecto de investigación que cuestione el núcleo de la dominación, esto es, el funcionamiento del sistema económico capitalista, seguramente sus posibilidades de éxito disminuirán. Lo mismo sucede con otros temas proscritos para la academia. El estudio de la Revolución Bolivariana desde una perspectiva que no implique repetir las falsedades que la prensa reproduce sobre Venezuela día sí y día también, o que asuma el análisis de ese país como un país normal con sus propias particularidades, sin calificarlo de «dictadura sangrienta», supone colocarse fuera del ámbito de la ciencia para el resto de los respetables académicos y *think tanks* internacionales que acusan a estos estudios de sesgados, mientras ellos operan como correas de transmisión de los intereses de las clases dominantes.

### *A la caza del pensamiento crítico*

Hubo un tiempo en que ser marxista estaba de moda, era *cool* y hasta servía para ligar. Pero tras la embestida neoliberal, de la que no se libró la academia, declararse marxista se convirtió en garantía casi segura de ser excluido en la

mayoría de departamentos y facultades. Pero en el caso del Estado español, el marxismo no pudo ponerse nunca de moda por la particular historia política del país. Como apuntaba en los años setenta Manuel Sacristán, nuestra Universidad fue desde 1939 un «aparato de represión ideológica»[\[15\]](#) al servicio de los vencedores de la Guerra Civil y de sus cachorros. Se esperaría que, con el paso de las décadas, esta realidad heredera de un golpe de Estado fascista y su posterior dictadura hubiera cambiado drásticamente. Sin embargo, como buena institución medieval que es, la Universidad se resiste a los cambios.

Sobre el papel, la Universidad es un reducto del librepensamiento en el que los profesores pueden defender sus posicionamientos teóricos amparándose en la libertad de cátedra. La realidad es bien distinta... La Universidad española sigue dominada por el pensamiento conservador, reaccionario, de mentalidad mediocre (salvo contadas excepciones), que constituye un tapón para las generaciones nuevas y para otras maneras de construir la Universidad ajenas al clientelismo que se ha venido fraguando durante décadas. No lo decimos nosotros, lo dicen desde las plataformas creadas para denunciar la endogamia y la persecución sufrida por quienes no se conforman con ver cómo les roban las plazas los catedráticos o profesores titulares que quieren colocar a sus familiares y amigos en la Universidad, aunque estos cuenten con menos méritos académicos.

En la Universidad, quien no tiene un padrino, no se bautiza. Y los padrinos, en su mayoría, no quieren ver ni por asomo a nadie que les haga sombra, mucho menos si es de una cuerda ideológica contestataria. Por eso, muchas veces encontramos que el requisito para acceder a las pocas becas de doctorado o de investigación que hay es el padrinazgo y la simpatía entre profesor y alumno, y que en no pocas ocasiones dichas becas no las obtiene quien cuenta con mejor currículum o ha desplegado una actividad académica internacional, sino quien se ha quedado a dorar la píldora del profesor o profesora de turno. O quien directamente es familiar o pariente de alguien que ya está previamente en la Universidad. No debe sorprender encontrar profesores críticos marginados en sus departamentos, profesoras que se autocensuran a la hora de escribir para que no se aprecie su visión política (¡cómo si fuera posible en las ciencias sociales abstraerse de la propia perspectiva política a la hora de hacer análisis social!) y no ser tildadas de demasiado «izquierdosas», mafias ultraderechistas que manejan

departamentos, facultades y universidades desde tiempos del franquismo, y así un largo etcétera.

Si nos vamos al lado de los alumnos, estos no tienen mejor panorama. Muchos han padecido la marginación académica por ser críticos o por adscribirse a determinada línea de pensamiento que no coincidía con la de su socialdemócrata (en el mejor de los casos) director de tesis. También pululan catedráticos con mucho poder que se permiten estigmatizar y vetar por sus ideas a determinados alumnos cerrándoles espacios universitarios como si fueran don Vito Corleone. Encontramos asimismo gente sobradamente preparada que ha de hacer el trabajo de machacas a quienes consiguieron una plaza tiempo ha, quién sabe bajo qué criterio. Y, lo mejor, la censura ideológica bajo el discurso de falta de objetividad científica. Es decir, quienes nadan con la corriente del pensamiento dominante se permiten tildar a quienes cuestionan este pensamiento (sea en el área que sea) de subjetivos, no científicos y –la madre de todas las infamias– ideologizados. Eso sí, ellos están tan embebidos de su propio discurso que ni siquiera pueden ver la ideología que hay en él. Solo porque su discurso es el del *mainstream*, no significa que no tenga ideología. Pero a quienes viven supuestamente de pensar, no les alcanza el razonamiento para llegar a esa conclusión.

Sin embargo, quienes sí tienen claro el papel crucial de la Universidad a la hora de conformar un pensamiento determinado que sirva a la reproducción del capital son las agencias de inteligencia. En América Latina la CIA, a través de sus fundaciones pantalla o por la vía directa, se ha dedicado durante décadas a financiar estudios funcionales a sus intereses. Desde pagar estudios antropológicos para conocer a los pueblos que deben ser sometidos y mapear el territorio, pasando por otras ramas de las ciencias sociales, nada ha escapado a los tentáculos del imperialismo. En los años setenta se calculaba que la mayor parte de la investigación científica en Estados Unidos estaba al servicio de departamentos militares[16]. Los centros de investigación son además nidos de espionaje para obtener patentes o estar al tanto de lo que está obteniendo el contrincante. Si existe el espionaje industrial, ¿por qué no el académico? A quien crea que esto es un delirio conspiranoide, le invitamos a consultar la bibliografía que otros se han encargado de producir sobre el tema.

Pondremos solo un ejemplo de la persecución del marxismo en la academia. En 1987, en los últimos años de la Guerra Fría, en la Conferencia de Ejércitos

Americanos celebrada en Mar del Plata, Argentina, las Fuerzas Armadas de Estados Unidos declararon al marxismo gramsciano y a la teología de la liberación como «enemigos estratégicos»[\[17\]](#). Y ello a pesar de que el marxismo occidental, como muy bien nos contó Perry Anderson, quedó relegado al ámbito académico en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, lo que no era tan peligroso como tener un marxismo que diera sustento a la praxis política. Incluso un marxismo circunscrito a la academia debía ser aniquilado en todo lado, con la rara excepción de la UNAM mexicana y alguna que otra Universidad. De hecho (y en este sentido resulta cuanto menos sintomático) el país donde el marxismo académico goza de una mejor salud es en los Estados Unidos, a una distancia importante de la Vieja Europa. Claro que se trata de un postmarxismo inofensivo en términos políticos, con nula repercusión en la calle, y reducido estrictamente a las aulas y los departamentos de investigación. La paradoja es brutal, el marxismo reducido a objeto de estudio en sí mismo, el marxismo no como medio o método sino como fin en sí mismo, como fenómeno cultural (en realidad como fenómeno de feria). Cómo olvidar aquellos editoriales del *New York Times* (uno de los pilares ideológicos y mediáticos del capitalismo de rostro afable)[\[18\]](#) elogiando la obra *Imperio* de Negri y Hardt.

Quizá la clave para entender la persecución al marxismo más vinculado a una praxis política la encontremos en lo que sucedió en América Latina a partir de la década de los setenta, auspiciado por las experiencias de la Revolución Cubana, la Unidad Popular chilena y el triunfo de la Revolución Sandinista en 1979, cuando el marxismo penetró en las universidades latinoamericanas de la mano de profesores que eran, a su vez, activos militantes de la izquierda revolucionaria. Autores como Ruy Mauro Marini o Aníbal Quijano, entre otros, que no se contentaron con dejar el debate marxista en las aulas sino que lo llevaron a los debates y las luchas del movimiento obrero[\[19\]](#).

No parece que el pensamiento postmoderno haya sufrido una persecución similar. Es evidente que el único pensamiento crítico que acepta el sistema es aquel que está basado en las políticas de la identidad como manera de ganar derechos para minorías oprimidas, minorías «que no tienen vocación de transformarse en mayoría»[\[20\]](#), como nos recuerda Razmig Keucheyan, y que, por tanto, son mucho menos peligrosas que una clase obrera mayoritaria que, de movilizarse políticamente en su conjunto, podría transformar los

propios cimientos del sistema capitalista. Una lucha que, además, se presenta de manera fragmentada, ahistórica y sin aparentes puentes con la lucha por la emancipación proletaria. Esta es la garantía de no sumar sino de dividir, el *divide et impera* que todo poder ha utilizado a lo largo de la historia para debilitar a sus enemigos.

### *La derrota del marxismo y el auge de lo «post»*

El reflujo del marxismo en el mapa de los pensamientos críticos mundiales se explica, en buena medida, por el cambio de la coyuntura histórica. La implosión de la Unión Soviética, la victoria del neoliberalismo y la propagación de ideas como el «fin de la Historia», junto con la desaparición física de algunos de los referentes de esta amplia corriente de pensamiento, coadyuvaron a que el marxismo quedara cada vez más como un reducto para cuatro *frikis* que lo reivindicaban como marco de análisis en la academia o en grupúsculos políticos.

Si a principios del siglo XX ser intelectual marxista suponía, como apunta Razmig Keucheyan, «encontrarse a la cabeza de las organizaciones obreras del propio país»[\[21\]](#), con el paso del siglo se dará una profesionalización de la función intelectual que alejará a estos intelectuales de la política y los llevará a recluirse en círculos académicos cada vez más abstractos y alejados de las necesidades de los trabajadores. A diferencia de los marxistas de otros tiempos históricos, los marxistas de la segunda mitad del siglo XX y de inicios del XXI suelen estar desvinculados de las organizaciones políticas y de las luchas obreras porque su ámbito de acción se encuentra, con suerte, en la academia.

La derrota del marxismo y de varias de sus expresiones políticas de resistencia, tanto en Europa como en Estados Unidos y en América Latina, trajo consigo la eclosión de un pensamiento acorde a los nuevos tiempos, el pensamiento «post». De la mano de esa izquierda académica, el postmodernismo, en sus múltiples vertientes, llegó montado en la ola neoliberal, justo en el momento en que desde la otra trinchera se teorizaba sobre el fin de las ideologías. Antiguos marxistas se batieron en retirada y abrazaron el nuevo credo. Los cambios de chaqueta, tanto en la izquierda política como en la académica, estaban a la orden del día. Para muchos no fue

más que regresar a la defensa de los intereses de la clase social de la que habían salido.

Aunque se tiende a pensar que la crisis del marxismo y la emergencia del postmodernismo tienen mucho que ver con la caída del Muro y los tiempos de hegemonía neoliberal, lo cierto es que su huella puede rastrearse décadas atrás, en el surgimiento, ya en los cincuenta y sesenta del siglo XX, de las corrientes postmarxistas. Como nos cuenta Ellen Meiksins Wood[22], postmodernos y postmarxistas comparten una fijación por el discurso y la diferencia, así como una profunda aversión hacia el marxismo tradicional, por llamarlo de algún modo.

En el contexto del festival de lo post, con una academia proveniente en su mayoría de una burguesía ilustrada, y por tanto alejada de las luchas obreras, más el reflujo de estas y el impacto del neoliberalismo en los ámbitos políticos e intelectuales, no es de extrañar que se empezara a teorizar sobre un nuevo sujeto revolucionario que vendría a sustituir a una clase obrera a la cual ya no se esperaba para hacer la revolución. El problema es que sus sustitutos tampoco parecían muy dispuestos a tomar el cielo por asalto...

El postmodernismo llegó para impugnar la modernidad en su conjunto. No se puede negar que tuvo el acierto de llevar al debate algo que se había soslayado en los análisis políticos y académicos previos: la existencia y la sensibilidad hacia otras identidades que se suman a lo que, desde el marxismo, se había considerado como identidad revolucionaria principal, esto es, la del obrero, trabajador o explotado. El postmodernismo puso la lupa en otros sujetos de lucha: el indígena oprimido por siglos de sometimiento colonial, la mujer sojuzgada a lo largo de siglos, quien enarbola la bandera de la identidad sexual, etc. Pero el postmodernismo, en su afán por incorporar toda diferencia, olvidó que el mundo estaba conformado también por trabajadores y trabajadoras. Su argumento para tan grave omisión es que no todo el mundo está sometido a relaciones de mercado y explotación. Quizá eso podría haber sido cierto cuando existía el bloque socialista, pero hoy cabría preguntarse si, con la excepción de ciertas comunidades autárquicas y aisladas, la mayoría de la humanidad no tiene que ver, en mayor o menor medida, con relaciones de intercambio capitalistas. Como la respuesta es afirmativa, su obsesión por la política de la identidad acaba siendo una oda a la diferencia y, por tanto, a la parálisis o, en el mejor de los casos, a la dispersión, cuando no la división política.

Los *postmos* parecen no querer ver que el capitalismo puede asimilar a su discurso las diferencias, y hasta mercantilizarlas generando todo tipo de productos para los más variados consumidores, como si de un anuncio de Benetton se tratara, pero lo que no puede hacer es asumir la necesidad de abolir la explotación de clase. Por eso el sistema puede permitir que un presidente afrodescendiente gobierne Estados Unidos siempre y cuando este no cuestione al complejo militar-industrial ni a la elite en el poder que maneja los hilos de la política estadounidense.

Que el postmodernismo es un pensamiento indisociable del liberalismo no lo decimos nosotros: como nos recuerda Néstor Kohan, Fredric Jameson lo calificó de «lógica cultural del capitalismo avanzado», Karel Kosík lo tildó de ideología vinculada a las nuevas formas del «supercapital», David Harvey lo acusó de «rechazar la clase de metateoría que puede explicar los procesos económico-políticos (flujos monetarios, divisiones internacionales del trabajo, mercados financieros, etc.) que son cada vez más universalizantes por la profundidad, intensidad, alcance y poder que tienen sobre la vida cotidiana»[\[23\]](#). Un pensamiento que emergió de manera contestataria frente a la modernidad, que pretendía subvertir la realidad, pero que acabó siendo fagocitado por el sistema.

Es paradójico que una corriente de pensamiento que surgió para complejizar la realidad, que impugna al marxismo por su economicismo y su simplificación, incurra en el error de simplificar ella misma la riqueza de la tradición marxista y sus diversas corrientes. Es frecuente encontrar en los análisis de los autores postmodernos la caricaturización del marxismo como una doctrina de manual soviético. Parece que la oda a la complejidad se agota cuando se trata de dar cuenta de la complejidad de otros.

Quién sabe si por lo anterior, la defensa de lo «post», sea postmodernismo, postestructuralismo o postmarxismo, da caché en la academia. Significa ser de izquierdas, pero de una izquierda metafísica, como apunta Néstor Kohan siguiendo a Antonio Gramsci[\[24\]](#). Una izquierda académica que está por encima del bien y del mal y decreta la muerte del sujeto revolucionario porque está renunciando a la lucha revolucionaria contra el capitalismo. Esto, para Kohan «no es más que la legitimación metafísica de la impotencia política. Pero esta legitimación no se hace en el lenguaje ingenuo del socialismo moderado de fines del siglo XIX, sino por medio de toda una serie de giros y neologismos filosóficos, políticos, teóricos; repletos de



eufemismos, ademanes y puestas en escena, que no logran proporcionar una nueva teoría, superior y con mayor poder de explicación y de intervención en la tradición marxista»[\[25\]](#).

Noam Chomsky, poseedor de una de las mentes más brillantes que ha dado el siglo XX, ironizaba en un artículo sobre su incapacidad para comprender a los postestructuralistas franceses:

Basta con volver a exponerme en palabras claras que yo pueda comprender, y que se muestre por qué razón eso es diferente o aun mejor o mejores que lo que otros hicieron mucho antes y continúan haciendo desde entonces sin palabras confudentes, frases incoherentes, retórica aparatosa desprovista en gran medida (desde luego, para mí) de todo sentido, etc. Ello curará mis deficiencias, si cura tienen, claro[\[26\]](#).

Su crítica era hacia todos aquellos que escribían de manera pretenciosa pero cuya producción académica demostraba ser en realidad «... obra de analfabetos frecuentemente basada en lecturas asombrosamente incompetentes [...], con desarrollos argumentales terroríficos por su incapacidad para la autocrítica más elemental, con muchas afirmaciones falsas o triviales (aunque revestidas de una alambicada verborrea) y con obvios galimatías a porrillo»[\[27\]](#). De hecho, en la Universidad, una de las características que permite identificar a un académico postmoderno es lo ininteligible de su prosa. Suelen ser orgullosos defensores de la aristocracia intelectual. Si la gente no les entiende, no es porque ellos no sepan expresarse, es porque la gente no tiene el nivel suficiente para percibir, y mucho menos comprender, su sapiencia. Da igual si esa sapiencia se limita a verdades de Perogrullo dichas de manera rebuscada. Ellos son claros exponentes de un elitismo académico que confunde enrevesamiento sintáctico y lingüístico con complejidad y profundidad intelectual. Emma Goldman decía que si no podía bailar, no era su revolución; los postmodernos parecen considerar que si no hay varios neologismos por párrafo, guiones entre palabras, aliteraciones y demás, un texto no es digno de ser académico. «Se te entiende demasiado» es una frase que se usa en la academia para denigrar el texto de alguien, al que se considera poco académico por escribir de manera sencilla.

El absurdo al que han llegado algunos académicos afectos a lo «post» es descrito por el marxista argentino Néstor Kohan:



Uno de los mecanismos discursivos reconocibles, bastante pueriles por cierto, que se pusieron de moda en los estudios culturales y los escritos políticos (incluso de izquierda) a partir de la difusión de las metafísicas «post», consiste en reemplazar los nombres singulares por los plurales... como si el simple y mecánico agregado de una letra «s» proporcionara una nueva manera de comprender el mundo[28].

Ni que decir tiene que este tipo de textos son totalmente inaccesibles para una clase trabajadora que no está para leer tonterías que tienen la misma utilidad que filosofar sobre el sexo de los ángeles. Si un trabajador o trabajadora cuenta con tiempo para leer, y tiene gusto por la lectura, buscará lecturas que puedan aportarle algo desde un punto de vista político, estético o literario. ¿Qué sentido tiene toda la faramalla de unos académicos ejerciendo el onanismo intelectual, encantados de haberse conocido y orgullosos de toda la acumulación de conocimientos que han logrado, la mayoría de ellos absolutamente prescindibles para la vida cotidiana de un trabajador promedio?

Una variante del pensamiento postmoderno que ha tenido bastante éxito en las universidades son los estudios postcoloniales y decoloniales. Es curioso cómo el pensamiento postcolonial/decolonial/subalterno ha proliferado en los departamentos universitarios del Primer Mundo (pero no solo) entre académicos que hablan desde la elite social de problemas que seguramente nunca han experimentado en sus carnes. Es meritorio. Reconocemos que es complicado lidiar con la otredad y asumir la ubicación privilegiada en una sociedad racista por el hecho de tener la piel más clara, pero también por provenir de un país privilegiado en la división internacional del trabajo a escala mundial. Ahora bien, el fervor con que algunos de estos académicos primermundistas (o de las elites del «Tercer Mundo») abrazan discursos que ponen en segundo plano la lucha de clases –como si la discriminación étnica fuera la única existente, o como si en la discriminación étnica no tuviera que ver también el tema de la clase social–, parece más la entonación subconsciente de un mea culpa por no ser negros, indígenas o mestizos, sin más, que un análisis sociohistórico de los sociedades humanas. El *summum* del absurdo llega cuando algunos confiesan no querer llevarle la contraria a alguien más moreno, aunque exprese ideas reaccionarias, para que esta persona no sienta que se está reproduciendo con ella un «tipo de relación colonial». Paternalismo y sentimiento de superioridad revestido de

consideraciones decoloniales. Es decir, por poner un ejemplo, si la dirigencia indígena de la CONAIE ecuatoriana se reúne con la Embajada de Estados Unidos para urdir un golpe de Estado contra Rafael Correa, no podemos criticarlos so pena de caer en comportamientos eurocéntricos. Ya... Y es que el problema radica en la contradicción de hablar por el otro; asumir su voz puede significar ser un altavoz para sus reivindicaciones, como fue el caso del mestizo Subcomandante Marcos hablando por los indígenas de Chiapas, pero también puede conllevar, sin pretenderlo, anular su voz. Por eso, cuando los académicos e intelectuales han pretendido hablar por los oprimidos se ha dado aquello de lo que Gayatri Spivak alertó en su texto clásico *¿Puede hablar el subalterno?*; que la propia crítica de estos intelectuales acaba reproduciendo los esquemas de dominación hacia el subalterno, sea consciente o inconscientemente. Para esta autora, los intelectuales no pueden hablar por el subalterno, pues esto perpetúa la condición de subalternidad. Sin entrar a valorar si Spivak tiene razón y, ni mucho menos, si esta crítica es extensiva a todos los académicos e intelectuales, lo cierto es que señala un punto que es también válido para la clase obrera y que mencionamos en nuestra introducción: la clase obrera necesita ser portavoz de sus propios intereses. Lo mismo aplica para el resto de grupos oprimidos. Frantz Fanon no necesitó que nadie hablara por él, tampoco los Black Panthers. El problema es que la clase media que se considera revolucionaria vive en una contradicción permanente porque usufructúa las luchas de otros.

Otro clásico del pensamiento postmoderno son las odas al multiculturalismo como muestra irrefutable de la diversidad inasible en la que viviríamos. Nuevamente, desde la academia se cree inventar la pólvora. Olvidan que, como apunta con fina ironía el escritor Javier Pérez Andújar, «para ser multicultural basta con ser pobre, porque cada pobre lo es a su manera»[\[29\]](#).

Al igual que las odas a la diferencia en lugar de a lo que nos une, las odas a lo «micro» son también características del pensamiento postmoderno[\[30\]](#). Nada más útil para el capital que el que las respuestas a su dominación –por muy polimórfica que esta pueda aparecer– se den de manera atomizada y sin coordinación alguna. El sistema capitalista puede seguir gozando de buena salud mientras sus contrincantes sean sujetos revolucionarios dispersos sin voluntad de unidad; mientras estos, en su huida del marxismo totalizante, se contenten con la defensa identitaria del «otro»; mientras su horizonte político

sea la «radicalización de la democracia» sin cuestionar las relaciones de explotación capitalista que se dan en la democracia liberal (y que seguirán dándose, por mucho que esta se democratice, a no ser que rompa con la actual forma de producción imperante) y sin plantearse que la auténtica democracia es incompatible con el capitalismo.

Lo mismo aplica cuando observamos cómo algunos autores abordan el tema de los movimientos sociales, a los cuales presentan como nuevos sujetos políticos que surgen cual champiñones por generación espontánea, es decir, sin ningún tipo de relación con la clase trabajadora, presentándolos de manera aislada y con unas reivindicaciones que nada tienen que ver con otras luchas del pasado, lo que debilita la posibilidad de articulación política con otros sectores sociales, además de sustraer la memoria imprescindible para entender que la historia de la humanidad ha sido una sucesión de luchas concatenadas.

La izquierda académica tendrá que responder algún día por su responsabilidad a la hora de elaborar un pensamiento que socava la necesaria unidad de la lucha de la clase obrera con la de otros nuevos (o supuestos nuevos) sujetos revolucionarios. También deberá responder por su inquina hacia la clase trabajadora y su obsesión por hacerla desaparecer del mapa teórico. Poco importa que todavía muchos trabajadores y trabajadoras se sigan identificando con el término clase obrera. La academia ya decretó su muerte hace décadas. No importa cómo veamos nosotros nuestro propio mundo; ellos llegaron para decirnos que estamos equivocados y que ese mundo ya no existe. Y lo hacen desde la autoridad que les otorgan sus puestos universitarios, puestos que les confieren prestigio social, o desde los altavoces que tienen a su disposición a través de los medios de comunicación. Como veremos en el siguiente bloque, el papel de los medios, la cultura y el cine tiene también su parte de responsabilidad en esta desaparición forzada de la clase obrera.

[1] P. Bourdieu, *Capital cultural, escuela y espacio social*, México, Siglo XXI de México, 2011, pp. 98-99.

[2] C. Sevilla Alonso, *op. cit.*, p. 20.

[3] *Ibid.*

[4] M. Galcerán Huguet, «Entre la academia y el mercado. Las Universidades en el

contexto del capitalismo basado en el conocimiento», *Athenea Digital* 13 (1) (marzo de 2013), p. 166.

[5] I. Vallespín, «Recortes a cuerpo de rey», *El País*, edición digital, Catalunya, 28 de febrero de 2012.

[6] M. Sacristán Luzón, «La universidad y la división del trabajo», 1976, p. 17 [[http://www.upf.edu/materials/polietica/\\_pdf/launiversidadyladivisiondeltrabajo\\_manuelsac](http://www.upf.edu/materials/polietica/_pdf/launiversidadyladivisiondeltrabajo_manuelsac) consultado el 24 de marzo de 2014].

[7] Véase Salustiano del Campo, «Procedencia social del universitario», *Cambios sociales y formas de vida*, Barcelona, Ariel, 1968, pp. 200-210.

[8] M. Galcerán Huguet, art. cit., p. 164.

[9] E. Hernández, «Universidad provinciana», *La Vanguardia*, Revista, domingo 19 de noviembre de 2006 [[http://data.inh.cat/files/files/la\\_vanguardia\\_191106b.pdf](http://data.inh.cat/files/files/la_vanguardia_191106b.pdf)].

[10] S. Rodríguez, «Nota sobre el proyecto de educación popular», en *Sociedades americanas*, Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho, 1990, pp. 256-257.

[11] Mezcla de negro e indígena.

[12] P. Anderson, *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Madrid, Siglo XXI de España, 2012, p. 40.

[13] M. Galcerán Huguet, art. cit., p. 157.

[14] *Ibid.*, p. 158.

[15] M. Sacristán Luzón, art. cit.

[16] M. Wschebor, *Imperialismo y universidades en América Latina*, México, Diógenes, 1973, p. 11.

[17] N. Kohan, *op. cit.*, p. 7.

[18] No siempre fue el diario de cabecera de la clase media progre norteamericana. Antaño, y cuando las circunstancias lo requirieron, se dedicó a criminalizar huelguistas, denunciar comunistas y, como en el caso de los Mártires de Chicago, a ponerse del lado de la patronal y los poderosos denunciando que «la reivindicación de la jornada de ocho horas es una locura».

[19] M. González, *Lo latinoamericano en el marxismo*, México, Ocean Sur, 2012, pp. 17-18.

[20] R. Keucheyan, *op. cit.*, p. 38.

[21] *Ibid.*, p. 21.

[22] E. Meiksins Wood, *¿Una política sin clases? El post-marxismo y su legado*, Buenos Aires, RyR, 2013, p. 38.

[23] D. Harvey, *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Buenos Aires, Amorrortu, 1998, p. 138.

[24] «Entendemos con Gramsci que toda afirmación filosófica que se postule como algo universal al margen de la historia y la política se convierte en pura metafísica», N. Kohan, *op. cit.*, p. 81.

[25] *Ibid.*, p. 82.

[26] N. Chomsky, «Acerca de la posmodernidad, Foucault, la French Theory y el postureo intelectual hostil a la ciencia y la Ilustración», *Sin Permiso*, 1 de septiembre de 2013, p. 3 [<http://www.sinpermiso.info>].

[27] *Ibid.*, p. 5.

[28] N. Kohan, *op. cit.*, p. 92.

[29] J. Pérez Andújar, *op. cit.*, p. 35.

[30] El ejemplo más sangrante es la moda de los «micromachismos». concepto nuevo que han puesto de moda desde las páginas de [eldiario.es](http://eldiario.es) y que viene a ser situaciones cotidianas que no son otra cosa que machismo puro y duro de toda la vida. ¿Por qué añaden lo de micro? Misterios de la vida moderna. Nos atrevemos a aventurar que en el fondo subyace cierto elitismo de clase y cultural: es una forma de distinción, de separación de ese otro nosotros social (vulgar, poco erudito y cultivado) que llama a las cosas por su nombre llano, en este caso machismo a secas. Es la pasión por reinventar, reformular, por demostrarle al mundo que no somos como ellos (y ese ellos que habla de machismo a secas probablemente sea machista). Véase «Micromachismos: están ahí, aunque a veces no queramos verlos», en *YouTube* [[https://www.youtube.com/watch?v=Co\\_z\\_GbjbHY](https://www.youtube.com/watch?v=Co_z_GbjbHY)], consultado el 10 de junio de 2016.

## TERCER BLOQUE

Identidad, cultura, medios de comunicación y movilización  
política

## CAPÍTULO VI

### Ser de clase obrera hoy: el barrio y la identidad social

«La identidad de la clase obrera es más que una simple conciencia proletaria, defensiva, vuelta sobre sí misma; es una conciencia política que hace de los obreros un actor histórico esencial frente a la clase capitalista dominante.»

Jean Lojkin

«La gente de barrio es la misma en todos lados de igual modo en que todos los ricos forman parte del mismo capital.»

Javier Pérez Andújar, *Paseos con mi madre*

«No es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia.»

Karl Marx y Friedrich Engels, *La ideología alemana*

En este capítulo tocaremos el peliagudo tema de la identidad. Peliagudo porque siempre habrá quien no se identifique con lo que aquí exponemos aun siendo de extracción obrera y, en consecuencia, pueda venir a reclamarnos que su concepción de ser de clase obrera es otra. Más allá de trazar un perfil que responda a todas las particularidades –algo imposible desde todo punto de vista debido a la heterogeneidad de la propia clase obrera–, lo que nos interesa destacar son los rasgos comunes que compartimos los que somos hijos de la clase obrera y nos hemos socializado en los barrios de la periferia. Por supuesto que existirán matices y excepciones a la regla –siempre existen, nosotros en sí también somos una excepción–, pero sabemos que la mayoría de los hijos de currelas asentirán con la cabeza cuando lean estas líneas. Hay que dejar claro, no obstante, que lo anterior no supone asumir la identidad de la clase obrera como un compartimento estanco inmune a las transformaciones históricas o a los cambios culturales. Nada más lejos de nuestra intención. La clase obrera, como ya hemos repetido, viene mutando de manera dialéctica desde su nacimiento, en paralelo a los cambios que las otras clases sociales con las que interactúa vienen asimismo experimentando. La clase obrera puede que sea un constructo social que se va transformando con el paso del tiempo, pero esa transformación no parte de la nada; cuenta con un hilo conductor histórico que permite establecer rasgos universales que

coexisten con las particularidades de cada lugar.

Algunas de estas reflexiones tienen que ver con los conflictos de identificación de la clase obrera consigo misma o la disociación que se tiene en ocasiones entre la ubicación social en la que uno se coloca y la que la estructura social le asigna. Estas confusiones parten de una falta de claridad entre lo que es el estatus y lo que es la clase, distinción teorizada por sociólogos como Weber. Mientras que la clase «es un fenómeno que opera independientemente de la percepción por parte del individuo de su situación, pues esta viene dada por la estructura del mercado», el estatus tiene que ver con aspectos subjetivos como la «conciencia de afiliación y diferenciación de grupo»[\[1\]](#), muchas veces vinculados al consumo. Así, algunas personas que objetivamente pertenecen a la clase obrera se ubican en la clase media, con la que se identifican por cuestiones de estatus o estética (gustos culturales, tipo de ocio, etcétera). Esta «inconsistencia de estatus» se muestra de manera chocante y descarnada cuando en un país como México, donde casi el 40 por 100 de la población es pobre según datos de la CEPAL, el 81 por 100 de sus habitantes cree pertenecer a la clase media[\[2\]](#).

Por otra parte, queremos ir más allá y reflexionar acerca de qué tan cierto es que la clase obrera no se identifique consigo misma y, si ello es cierto, cuáles serían los motivos. No por un mero ejercicio de reflexión teórica, sino por las repercusiones políticas que la falta de «conciencia para sí» de la clase trabajadora tiene, como veremos en el último capítulo del libro. Queremos lanzar algunas hipótesis basadas en nuestra percepción de la situación, fruto de nuestro conocimiento desde adentro de nuestra propia clase.

## LA IDENTIDAD OBRERA

Este apartado no pretende ser un recuento detallado de todas y cada una de las características que comparte la clase obrera que vive en el territorio conocido como Estado español. Un ejercicio tan ambicioso excedería las pretensiones de este libro y escaparía a las posibilidades de quienes lo escribimos. Tan solo queremos destacar algunos aspectos que consideramos relevantes para, en primer lugar, demostrar que existe una especie de identidad colectiva de lo que es ser de clase obrera –aunque dicha identidad sea difusa– que trasciende en muchos casos las fronteras nacionales y, en



segundo lugar, para demostrar que la clase obrera es un reducto de dignidad moral, lejos de la imagen distorsionada que se pretende dar de ella cuando aparece en los medios de comunicación. Reconocer esta dignidad moral no está reñido con observar y ser conscientes de sus –múltiples– defectos o contradicciones pero, como otros ya se encargan de destacarlos desde sus trincheras mediáticas o académicas, les dejaremos a ellos ese trabajo y nosotros nos centraremos en el nuestro.

Para los que estamos convencidos de que la clase obrera existe y nos identificamos con el término, a pesar de los gritos que profieren desde cierta izquierda postmoderna tildándonos de decimonónicos o nostálgicos apolillados, no deja de sorprendernos el dar con libros, textos o incluso filmes que, pese a las distancias temporales, espaciales o culturales en las que fueron creados, reproducen una esencia con la que podemos identificarnos al instante. Y nos sorprende, pese a ser personas que tenemos claro que hay una identidad común entre los miembros de una misma clase, porque nos asombra la fuerza de determinadas características y pautas de comportamiento que se repiten entre los de abajo, que pulverizan las diferencias de latitud, lengua, cultura o momento histórico. Solo así se entiende que nos identifiquemos con las observaciones de Richard Hoggart[3] sobre la cultura de la clase obrera inglesa de principios del siglo XX, o que *Chavs*, el libro de Owen Jones que refleja esa misma realidad pero ya en el siglo XXI, nos haga saltar de la silla al leerlo.

Al aproximarse a la literatura sobre el tema, sorprende además comprobar que quienes se han dedicado a reivindicar la existencia distintiva de la clase obrera o trabajadora hayan tenido hace décadas la misma impresión: que la clase trabajadora ya no existía para los centros de poder y determinados reproductores de su discurso, y que la realidad empírica que vivían estas personas desmentía tales afirmaciones.

Por otra parte, no podemos más que coincidir con Richard Hoggart cuando afirma: «Definir a la clase trabajadora *grosso modo* no significa que haya que olvidar las múltiples diferencias, los tonos sutiles y las distinciones de clase entre sus miembros. Los habitantes de una zona determinada perciben los diversos grados de prestigio de las distintas calles»[4]. Esto es importante porque aplica no solamente a las diferencias de estatus que pueden darse en un barrio determinado por vivir en una u otra calle, sino también a las diferencias de estatus que se dan entre la clase trabajadora por desempeñar un

tipo de trabajo u otro.

Fuera de la caricaturización de la clase obrera en determinados rasgos folclóricos, lo que pretendemos es afirmar que existen unas características genéricas que, salvando las diferencias de matiz, pueden servir de pauta de lo que es la clase obrera. Por supuesto, siempre habrá quien no se sienta identificado con esas características, bien sea porque es un espécimen excepcional de su clase, bien sea porque en cierto modo la niega, bien sea porque su socialización ha sido distinta.

### *¿Aburguesamiento o desclasamiento de la clase obrera?*

Uno de los problemas a la hora de analizar la identificación de la clase trabajadora con su propia condición de clase es el sesgo existente en las definiciones que se utilizan para catalogarla desde la academia, los medios de comunicación o las elites políticas. Como explica magistralmente el profesor Vicenç Navarro[5], con frecuencia en los medios de comunicación o en las encuestas les piden a las personas que se ubiquen en una escala de pertenencia entre la clase alta, clase media o clase baja. Cuando se plantea así la identificación, una mayoría de personas se ubica, como es lógico, en la clase media al considerar que no son ni ricos ni pobres. Esta jerarquía, además de sesgar los resultados, implica asumir que los estratos subalternos de la sociedad tienen algo de sometidos y, por tanto, provoca el rechazo de los individuos que rehúsan considerarse los últimos de la jerarquía. Además, tal división presenta un error metodológico, ya que la categorización así expuesta supone valorar a las personas por niveles de estatus y renta, que no por su ubicación profesional en la sociedad. Lo correcto, por tanto, es preguntar si uno se considera de clase alta/alta burguesía, clase media/pequeña burguesía o clase trabajadora/obrera. Cuando se plantea de este modo la selección, los resultados son muy distintos y la mayor parte de la gente se coloca en la categoría de la clase trabajadora/obrera.

En un cuestionario que realizamos a diversos jóvenes de extracción obrera del cinturón rojo de la provincia de Barcelona, al preguntarles en qué clase social se ubicaban, el 90 por 100 de ellos atinaba a considerarse de «clase trabajadora». Ciertamente es que algunos se colocaban en la «clase media-trabajadora» o «clase media», pero quienes eso respondían parecían hacerlo

por una cuestión aspiracional más que por tener mayor bienestar económico que otros que se autodefinían de «clase trabajadora». Es más, en ocasiones, jóvenes con ingresos que bien pudieran superar a los que se definían como «clase media» se ubicaban a sí mismos en la categoría de «clase trabajadora», demostrando que el acceso a la clase media no es solamente una cuestión de ingresos, sino que tiene que ver con cuestiones culturales, de estatus y de entorno.

Ahora bien, sería iluso por nuestra parte negar que en las últimas décadas valores del sistema tales como el individualismo, el consumismo y la apología de la competencia irrumpieron en los barrios y encontraron un caldo de cultivo idóneo para reproducirse entre sectores del proletariado con bajos niveles de conciencia de clase o bien entre sectores que, habiendo tenido una alta conciencia de clase, ahora conformaban el bando de los desengañados con el papel de los partidos políticos durante la Transición. La relativa bonanza económica y la movilidad social que trajo consigo también incidieron en este viraje hacia valores que no eran propios de la clase trabajadora, al menos no de sus segmentos más conscientes. Estos, por su parte, se hicieron cada vez más minoritarios, o bien se camuflaron en una «masa silenciosa» de personas cuya máxima participación política consistía en ir a votar una vez cada cuatro años. Lejos estaban los tiempos del asociacionismo, la lucha en la calle y la cultura organizativa.

Esto tiene una explicación muy sencilla; desde que España entró a la «democracia» y «modernidad» de la mano de los gobiernos socialistas que nos llevaron a Europa —de aquellos polvos, estos lodos—, nos han estado bombardeando para hacernos creer que ya no éramos aquel país tercermundista de trabajadores con hambre, miseria y piojos, de señoritos falangistas, de emigrantes sin estudios, que olía a ajo (Victoria Beckham *dixit*) y a franquismo. En la modernidad europea todo eso no tenía cabida. En los ochenta, España era el nuevo El Dorado, el país donde era más fácil hacerse rico en menor tiempo —en palabras del entonces ministro de Economía, Carlos Solchaga—, un país de *yuppies* donde la clase obrera, todavía fuerte y movilizaba, comenzaba a ser desplazada y desarticulada a través de la flexibilización laboral. Los noventa profundizaron esa estrategia, y complicaron más la situación vía un modelo productivo basado en el ladrillo. Muchos jóvenes trabajadores dejaron sus estudios para ir a la obra y ganar sueldos estratosféricos que sus padres no habían ganado en la vida,

gozando de un poder adquisitivo inaudito que llevó a creer a más de uno que pertenecer a la clase trabajadora era cosa del pasado. Ahora, hábitos y bienes antes reservados a la clase media-alta, podían estar al alcance de la mano, vía crédito en la mayoría de los casos: Audis, BMW, fines de semana de esquí, pisos decorados al último grito del catálogo de Porcelanosa, implantes de silicona, ropa de marca, etc., crearon la falsa sensación de pertenecer a una clase social distinta a la que en realidad se pertenecía según las relaciones sociales de producción existentes. «Si mis abuelos eran campesinos y mis padres se deslomaron para trabajar y viven en un piso de 50 metros cuadrados, pero yo puedo comprar lo que ellos no pudieron, entonces yo no soy de su misma clase social.» Este tipo de reflexiones eran, más o menos, las que pasaban por la mente de muchos jóvenes —también de otros no tan jóvenes que se beneficiaron de la movilidad social ascendente gracias a haber podido estudiar o a determinados azares—, mientras España se sumía en una burbuja económica que acabó estallando en mil pedazos. Es decir, la mejora de las condiciones de vida que en términos generales experimentó la clase obrera a finales de los años ochenta y principios de los noventa respecto a las condiciones de vida de sus antepasados, así como la movilidad social relativa que trajo aparejada, provocó un oasis en el que se ahogaron muchas conciencias de clase. Pero el acceso a determinados bienes de consumo no debería confundirse con el acceso a una nueva posición de clase por parte de los trabajadores. Se puede tener una televisión de plasma, un microondas y pijotadas como una *nespresso* pero seguir estando alejado de la cultura general y la instrucción requeridas para poder ocupar los puestos laborales que dan acceso a la clase media.

Además, las apariencias —estéticas— muchas veces confunden más que explican. Que unos jóvenes de barrio quieran vestir bien, vivir bien y remedar las pautas de conducta que ven en la televisión, no necesariamente significa que hayan olvidado cuál es su lugar en la pirámide social. El cuestionario respondido por los jóvenes de barrio y, sobre todo, nuestra experiencia directa como miembros de la clase trabajadora nos llevan a afirmar que la mayoría de los jóvenes de barrio tiene bastante clara cuál es su ubicación en la jerarquía social; otra cosa es que esa identidad de clase en sí se convierta en clase para sí.

## *El habla y la estética*

En sociedades como la española donde hay, aunque cada vez menos, cierta homogeneidad étnica, no se puede distinguir a un trabajador de un banquero por su tono de piel o el color de sus ojos. No hay una gradación social vinculada a una mayor o menor pigmentación, a excepción del caso de los gitanos y los inmigrantes que, para algunos, son esos «otros» un poco más oscuros con los que no quisieran convivir (nos atrevemos a creer que por prejuicios basados en cuestiones socioeconómicas y culturales). Tal gradación no existe, al menos no en la medida en que está presente en América Latina y el Caribe. Este hecho trastoca a muchos latinoamericanos de clase media-alta que suspiran por blanquear su raza, al más puro estilo colonial, cuando llegan a Europa o cuando interactúan con algún europeo. Sus esquemas de estratificación social no sirven para estos contextos y son incapaces de distinguir a un europeo de clase trabajadora de un europeo de clase media-alta. Sin embargo, para quienes se han criado en una realidad como la española, la clase salta a la vista, por mucho que la sociedad de consumo haya permitido una relativa estandarización en el vestir, o haya democratizado el acceso a ciertos bienes de relativo lujo como, por ejemplo, viajar en avión, aunque sea en *low cost*.

Dicen que por la boca muere el pez. El lenguaje y el habla dicen mucho del origen socioeconómico, regional e incluso barrial de quien se expresa. Quizá no tanto como en Inglaterra, donde los acentos ya marcan en sí una estratificación social, pero todos podemos detectar si alguien es de barrio o no por cómo pronuncia, el vocabulario que utiliza o cómo se comunica. ¿Quién no ha detectado a alguien que quería hacerse pasar por una clase superior cuando le ha escuchado soltar de manera involuntaria esa breve aspiración de la ese, mezclada con jota, tan típica de la periferia de nuestras grandes ciudades? En ese momento el disfraz se desmorona y la persona se desnuda ante su interlocutor, que detecta al instante el origen proletario y periférico compartido.

A mayor gesticulación, mayor pertenencia a la clase trabajadora. Esto se podría matizar, ya que en sociedades del sur de Europa o árabes, donde la gesticulación y el contacto físico están mucho más presentes, la gesticulación puede ser un rasgo cultural compartido para todas las clases. No obstante, no hay más que ver la pose hierática de ciertos pijos para darse cuenta de que

han sido socializados en la represión de sus emociones, también corporalmente. Igual que nos dicen que es de mala educación masticar con la boca abierta o hablar mientras se come (algo que la clase obrera suele hacer sin empacho), a los niños de la burguesía los educan para que controlen hasta el último de sus gestos. El caso más extremo es el de la Familia Real, donde el automatismo corporal llega a su culmen.

### *Los valores: generosidad/solidaridad*

La conciencia de clase de los obreros implica el desarrollo de unos valores surgidos al calor de las luchas sociales que emprendieron. Uno de estos valores, si no el principal, es la solidaridad colectiva, es decir, la solidaridad entre los de abajo como mecanismo de supervivencia frente a la clase dominante. Se argüirá que la burguesía también tiene su conciencia de clase particular, que la llevó a emprender una revolución contra el orden feudal, pero en su lucha contra las limitaciones que el feudalismo le imponía la burguesía desarrolló otros valores bien distintos que tienen que ver con la libertad del individuo y no del colectivo. Una impronta que se puede observar en el pensamiento político desarrollado por la burguesía, el liberalismo, que siempre pone los intereses individuales de cada sujeto de una sociedad por encima de los intereses colectivos del conjunto de esta.

Quien provenga de clase obrera y se haya codeado con otras clases sociales habrá percibido, tal vez de manera rápida y automática, las diferentes maneras de relacionarse que tienen otras clases sociales respecto a la clase trabajadora. Una de las que más llama la atención a los hijos de la clase obrera es ver los niveles de tacañería de los sectores sociales más pudientes, parquedad más acusada si tomamos en cuenta su mayor poder adquisitivo. No estamos hablando de aquellos que no dan porque no pueden dar, sino de los que, pudiendo dar muchísimo, guardan celosamente lo suyo. Pareciera que a mayor cantidad de ingresos, más seguidores de la virgen del puño cerrado y, paradójicamente, encontramos mayores ejemplos de generosidad auténtica entre los que menos tienen. Por supuesto, no estamos haciendo una afirmación de universalidad sociológica, sino basada en la experiencia empírica de los que aquí escriben en distintos lugares del mundo, experiencia que seguramente sea compartida por muchos de los que nos leen. ¿Quién no

ha tenido un compañero de instituto, facultad o de trabajo, de familia pudiente, que siempre es el último en soltar la pasta, o se intenta escaquear cuando se trata de hacer un pago para un bote común? ¿Quién no ha sufrido un jefe que, ganando un pastizal al mes, escondía como una rata los turronec que le regalaban los proveedores por Navidad pero salía de su despacho para comerse con fruición lo que los trabajadores de a pie traían para el pica pica colectivo? Y es que, como dirían nuestras madres, nadie se hace millonario trabajando, pero —añadimos nosotros— tampoco siendo generoso.

Detrás de estas anécdotas hay un sedimento acumulado de historia colectiva. ¿Qué hubiera sido de nuestra clase sin la experiencia de las cajas de resistencia que permitían a las familias trabajadoras poder comer mientras los trabajadores hacían huelga y no podían percibir sus salarios? Sin las cajas de resistencia, instrumento que algunos han olvidado en la actualidad, no se habrían logrado los derechos que a lo largo de la historia de las luchas obreras se consiguieron arrancar al capital. Que los trabajadores de Panrico estén protagonizando, mientras se escriben estas líneas, la huelga más larga de la historia de la «democracia» española es posible porque «los trabajadores cuentan con una caja de resistencia con entre 12.000 y 14.000 euros de media»[\[6\]](#). Como se ve, el sacrificio de la clase obrera, su desprendimiento, es el motor fundamental para la lucha.

La mayor generosidad no es la de aquel que puede dar cómodamente algo que le sobra, sino la del que tiene que hacer un esfuerzo para desprenderse de lo que le está entregando a otros. En este sentido, tal y como reza una imagen que pulula por las redes sociales, los más generosos suelen ser siempre los más humildes. Solo el que sabe lo que es no tener nada o padecer necesidades puede quitarse el pan de la boca para dárselo a otro. Los ricos, en cambio, creen que los pobres lo son por voluntad propia, porque no quieren trabajar o porque no se esfuerzan lo suficiente (a diferencia de ellos, claro). Este tipo de pensamiento es predominante entre prácticamente todas las clases dominantes de América Latina, pensamiento aderezado con grandes dosis de racismo colonial que sirve para justificar una posición social generalmente heredada o conseguida merced a condiciones favorables de partida, como puede ser tener un color de piel no oscuro o carecer de rasgos indígenas o afrodescendientes en sociedades claramente «pigmentocráticas», es decir, sociedades donde la estructuración social está marcada por el distinto grado de pigmentación de la piel. Lo que esconde este tipo de razonamientos es la autojustificación del

éxito social y bienestar económico en contextos desiguales. Para no sentirse mal, el exitoso tiene que asumir que él o ella merecen el mayor bienestar del que gozan porque ellos sí trabajan para darle lo mejor a sus hijos, mientras que el resto que está desempleado o tal vez ha sido desahuciado, vive en la calle o no llega a fin de mes, es el causante de su propia situación por haber vivido por encima de sus posibilidades, no saberse administrar o no ser tan listo o estudioso como lo ha sido uno. Todas estas argumentaciones que adoptan una visión meritocrática son placebos para no confrontar la realidad tal cual es: vivimos en un sistema injusto, antiético, donde cada vez más hay menos gente viviendo con más dinero y más gente malviviendo o subsistiendo. Asumir esta realidad sin tener problemas de conciencia pasa por autoconvencerse de las bondades meritocráticas del sistema, de este modo se narcotiza el pensamiento y se puede dormir tranquilo cada noche.

Lo grave no es que la clase alta y la clase media aspirante a engrosar las filas del estrato superior piensen así. Lo grave es que este discurso haya calado en ciertos sectores de la clase trabajadora que asumen la situación como una derrota personal de la que ellos son los únicos culpables. No es de extrañar, por otra parte, puesto que este es el discurso predominante en los medios de comunicación, en las películas que vemos, en los «líderes de opinión» que escuchamos. La literatura de la autoayuda ha colaborado mucho en reforzar este imaginario: «cámbiate a ti mismo y cambiará tu vida». Pero nadie explica que el ser humano es un ser social, cuya vida no puede ser cambiada al margen de las estructuras socioeconómicas existentes. A lo sumo, quien logre cambiar su situación personal, bien sea con la meditación, el emprendimiento o con un golpe de suerte, logrará cierta movilidad social, pero esta movilidad siempre será una salida individual a un problema colectivo y, por supuesto, nunca modificará un ápice las estructuras sociales que generan y reproducen la desigualdad de partida.

### *El lumpenproletariado*

Igual que reconocemos los valores positivos de nuestra clase social, también hemos de dedicar unas breves líneas a aquellos sectores que, pese a haber nacido en ella, no comparten dichos valores y prefieren «ir por libre», buscando una salida individual aun a costa de sus propios vecinos. Son el



lumpenproletariado, presente en nuestras filas desde siempre, los sectores de la clase obrera que adoptan los valores del individualismo, el egoísmo o la indiferencia canalizando su resentimiento social de manera inapropiada, bajo nuestro punto de vista. Es el vecino que te roba la moto en lugar de ir a robar a los barrios de los ricos; el que en el trabajo se escaquea cargando el peso de su trabajo a sus compañeros; el esquírol que no hace huelga, el neofascista o el que no tiene empacho en vender droga a los hijos yonquis de sus vecinos. Y así podríamos seguir con los ejemplos...

El lumpenproletariado es el quintacolumnismo de la clase obrera. Seguramente, parte de él es salvable y puede (y debe) ser recuperado para la convivencia social. Pero no podemos negar que parte de él engrosa las filas del fascismo o, en el mejor de los casos, de la apatía que impide que nuestra clase se emancipe de una vez por todas. Por suerte, son minoritarios.

## EL BARRIO: FAUNA Y FLORA

Una de las hipótesis de las que partimos, y que subyace en la idea de este libro, es que el barrio ha pasado a ser el principal lugar de socialización de la clase obrera y, por tanto, el lugar donde se crea una identidad colectiva para una clase obrera fragmentada que ya no comparte la fábrica como espacio exclusivo y común de socialización y reforzamiento de una misma identidad. Bajo esta realidad, el barrio pasa a ser el lugar de generación de una identidad colectiva que trasciende los distintos oficios que puedan desempeñar sus habitantes. Se es de tal barrio como se es de un pueblo, una identidad por encima del hecho de ser de un territorio mayor.

Como lugares de origen y vida de una clase obrera demonizada, los barrios han padecido similares ataques, siendo objeto de una campaña de desprestigio y criminalización de sus habitantes. Algo que llegó a cotas nunca vistas en la década de los ochenta del siglo pasado, cuando las drogas entraron en los barrios arrasando muchas familias a su paso.

### *Del barrio al gueto: las drogas y sus coletazos*

La heroína aparece en los barrios de las principales capitales en la década de los ochenta, un fenómeno que destrozó a miles de familias.

Significativamente, el mayor impacto se produjo en los cordones industriales, en la periferia de las grandes ciudades, precisamente allí donde el azote del paro y la reconversión industrial habían golpeado con más fuerza y donde más se temían, a priori, posibles revueltas de carácter social. Tampoco es de extrañar que la ciudad donde la heroína penetrara con más fuerza fuera Bilbao, doblemente peligrosa, primero por el reajuste industrial y segundo por las históricas reclamaciones independentistas que calaban cada vez con más fuerza entre los jóvenes vascos. Surgió en esta época el plan ZEN (zona especial norte), un programa específico implantado por el PSOE en 1983 para dar poderes extraordinarios a la Policía y al Ejército españoles y fomentar la propaganda mediante las Operaciones Psicológicas a través de los medios de comunicación para enfrentarse, contener, la situación preinsurreccional que se vivía entonces en el País Vasco. Es revelador que en la época costara lo mismo un gramo de hachís que un gramo de heroína. A fecha de hoy, Bilbao continúa encabezando la lista de más muertes por heroína del Estado español, en la actualidad solo superada por Barcelona.

Durante aquellos años se produce un auge del chabolismo, de los marginados, los desposeídos, un sector de la población que vive hacinado en las afueras de las grandes ciudades y que no trabaja, no consume, que sobrevive de lo que el resto tira a la basura y de escasas prestaciones sociales, un amenazante sector de población potencialmente peligroso si llegara a organizarse o reivindicar de forma constructiva o de forma violenta; la heroína resolvió el problema, atacando frontalmente este tejido social que surgía en los barrios más desfavorecidos. La estructura de poder se lavaba las manos ante la opinión pública alegando que este destrozo y fisura respondía únicamente a redes de narcotraficantes, cuando la única realidad perceptible es que la policía sabía perfectamente donde se ubicaban los principales puntos de venta; sucede igual en la actualidad. Todos sabemos dónde se encuentran estos supermercados de la droga: Las Barranquillas en Vallecas, Can Tunis en Barcelona, Penamoa en La Coruña o Las Casitas Rosas en la Malva-rosa de Valencia, por poner algunos ejemplos. Puntos de droga sobradamente conocidos por las autoridades, sería de lo más sencillo realizar constantes desalojos y redadas, pero se prefiere mirar hacia otra parte; la marginalidad es otro pilar fundamental de la sociedad capitalista, igual de necesaria que el paro y la inflación. El miedo a caer en la temida marginalidad se utiliza de puente para recordarle al asalariado (en este caso

sin cualificación) cómo podría terminar si no acepta de buena gana ciertas condiciones de tipo laboral o salarial. Una marginalidad en gran parte invisible a los grandes medios, pero ubicable para cualquier ciudadano de clase trabajadora o clase media que habite cualquier periferia de una gran urbe porque, por razones obvias, estos barrios y poblados no se ubican en la Castellana de Madrid ni en la calle Colón de Valencia.

Asociaciones como Proyecto Hombre, Reto, Remar... practican desde hace décadas innumerables planes de «reinserción» y «desintoxicación». Organizaciones de claro corte tradicionalista y católico que basan sus programas en *Tú eres el único culpable, pecador*, no la sociedad ni el ambiente en el que te criaste. Organizaciones que se enriquecen de forma desmedida a golpe de subvención. Trasladan a los drogodependientes a sus fantásticas y milagrosas granjas alejadas de la gran ciudad, pensando que la única forma de que el drogadicto abandone su dependencia es tenerlo encerrado tres meses ordeñando vacas y leyendo la Biblia, inculcándole los valores más católicos y reaccionarios. Cualquier especialista sabe que se necesitan al menos dos largos años para desintoxicarse, y cinco para evitar posibles recaídas. Los resultados de estas empresas demuestran que son completamente ineficaces: el 90 por 100 de los toxicómanos que pasan por estas milagrosas granjas no superan el problema, muchos empeoran. Pese a todo, estos sistemas de *reinserción* se perpetuaron en nuestro país. Obviamente, si una mayoría de toxicómanos saliera completamente curada de estas clínicas, el negocio se vería abocado a la quiebra; la heroína fue en los años ochenta la gallina de los huevos de oro. A día de hoy, la gestión y dirección de reformatorios, centros de internamiento para inmigrantes y centros de tutela siguen en manos de capital privado (ahora de forma oficial) que, por supuesto, no se esforzará lo más mínimo en reinsertar a los jóvenes delincuentes que pisan sus instalaciones.

Destacar lo anterior no significa negar que haya sectores de nuestra clase que han optado por hacer de la venta de droga y el trapicheo a pequeña escala su *modus vivendi*. Suelen ser las personas con menos conciencia de clase y con una visión más individualista de la realidad las que acaban optando por esa «salida fácil» que en la adolescencia puede ser tomada como un juego que te permite obtener pasta para salir el fin de semana y financiarte tus fiestas, pero que si se cronifica suele acabar con los huesos del camello de turno entre rejas. Ya sabemos que, en temas de drogas, solo los grandes capos

gozan de impunidad ante el Estado, mientras que los pringaos que son el último engranaje de la cadena tienen más posibilidades de vérselas con la ley. Así funciona el capitalismo: se puede lavar dinero y entrarle al negocio del narco a gran escala (en ciertos países de América Latina muchos empresarios y políticos saben bien en qué consiste eso), pero cuidado con intentar pasar droga como alternativa laboral a pequeña escala en una favela o en un barrio de la periferia...

### *Marginación y estigmatización*

La impactante flexibilización del mercado laboral en los años ochenta, debidamente enaltecida y vendida como positiva por los grandes medios, llegó de la mano de la entrada de las drogas a nuestros barrios, como hemos visto, y puso en la agenda mediática el tema de la marginalidad. Desde entonces, asociar barrio obrero con barrio marginal ha sido uno de los deportes favoritos de los medios de comunicación, replicado por ciertos sectores de clase media que nunca han pisado un barrio pero se atreven a reproducir clichés clasistas con una ingenuidad pasmosa. No es de extrañar que estos prejuicios molesten a los trabajadores honrados que viven en el barrio y quieren huir del estigma de ser tratados como un lumpen social. Hablar de «barrios marginales», por otra parte, es un error en toda regla. Lo correcto sería llamarlos «barrios marginados», porque eso es lo que suelen ser: lugares ignotos para los ayuntamientos de turno, adonde las infraestructuras llegaron a golpe de protesta y cuyos ciudadanos han vivido siempre con el estigma de ser de unas zonas que los convertían, en el imaginario biempensante, en delincuentes en potencia.

Un ejemplo de la estigmatización de un barrio y sus vecinos, llevada hasta el esperpento, fue lo que sucedió en el barrio barcelonés del Carmelo cuando, a principios de 2005, las obras de ampliación de la línea 5 del metro provocaron el hundimiento de un edificio de viviendas –previamente desalojado, lo que no causó muertos, por suerte– y el desalojo de sus casas de miles de personas, en un perímetro que abarcó varias manzanas a la redonda. La complicada orografía del terreno, la aparente ausencia de estudios previos que alertaran de la necesidad de tomar precauciones extremas, el uso de un cemento de menor calidad para ahorrar en costos y la corrupción escenificada

en el escándalo del 3 por 100 en comisiones que salpicó a Convergència i Unió (CiU), llevaron a que cientos de familias tuvieran que dormir durante semanas en hoteles de varias estrellas en la ciudad de Barcelona. Como el Carmelo ha sido tradicionalmente un barrio estigmatizado y sus vecinos han sido vistos como ciudadanos de tercera categoría en esa meca del diseño que es la Barcelona-parque-temático-de-Gaudí, los que aquí escriben llegaron a escuchar comentarios según los cuales los vecinos del Carmelo debían dar «gracias» por estar en hoteles de lujo, mucho mejores que sus propias casas, olvidando que una casa, por humilde que pueda parecer a ojos de terceros, es el lugar donde más a gusto se encuentra una persona, más si está padeciendo una situación traumática (recordemos que los inquilinos del edificio hundido perdieron absolutamente todas sus pertenencias y recuerdos personales). Tampoco tardaron en darse suspicacias sobre el interés de los vecinos, que se iban a «forrar» con las indemnizaciones. Nos preguntamos qué hubiera sucedido si un escándalo semejante se hubiera dado en un barrio burgués, donde a sus vecinos se les hubiera sacado de sus casas durante semanas y hasta meses, obligándolos a vivir con lo mínimo en un lugar que no era el suyo, destrozando los pisos que tanto sudor y lágrimas costó a muchas familias adquirir y entregándoselos de nuevo reformados, pero siempre bajo la inquietud de pensar si los cimientos de los mismos habían quedado sólidos tras el accidente.

El tratamiento mediático del accidente llegó al paroxismo con el aterrizaje de María Teresa Campos y su equipo en el barrio. Como si de un buitre carroñero se tratara, la Campos tomó una conocida arteria del barrio para montar su plató y hacer un programa especial donde desfilaron políticos, personajes de la tele, la cultura, etc., todos muy apenados por lo que estaba sucediendo con esos pobrecitos seres marginales del Carmelo, a los que les había caído una plaga bíblica porque, por supuesto, las irresponsabilidades políticas o los errores técnicos que causaron el accidente no interesaban a la Campos. El programa estaba aderezado, cómo no, con grandes dosis de fingida emotividad, buscando el morbo y las historias personales que no explicaban nada y que solo pretendían dar lástima. A las pocas personas del barrio que pudimos asistir de público a esa teatralización del lucro mediático con las desgracias ajenas se nos quería privar del derecho a la palabra cuando llegó el turno del debate. Tuvimos que protestar, fuera de cámara, ante el equipo de la Campos para que nos dejaran hablar e intervenir en directo, en

horario *prime time*, para expresar algunas inquietudes surgidas desde el mismo barrio. Pero costó. Para la Campos era más importante que sus tertulianos todólogos opinaran sobre el barrio y el accidente mientras los vecinos nos teníamos que conformar con mirar y aplaudir acríticamente lo que otros, que con seguridad era la primera vez que ponían un pie en nuestro barrio, tenían que decir sobre nuestra realidad. Esta es solo una anécdota de las muchas que podrían ponerse sobre cómo se construye el imaginario colectivo de los barrios donde habita la clase obrera, dejando que otros hablen por ella en los términos interesados que ellos quieren.

### *Las transformaciones de los barrios obreros*

A diferencia de la realidad que muchos jóvenes nacidos después de la década de los noventa han vivido, quienes nacimos en la década de los setenta y principios de los ochenta todavía pudimos vivir una infancia donde la política se vivía en los barrios, formando parte de las relaciones, las conversaciones y el paisaje cotidiano. Fueron los coletazos de la euforia de libertad que deslumbró a nuestros padres en la época de la Transición. Euforia que se fue disipando a medida que el Estado español se «modernizaba» en aras de entrar al club selecto de los vecinos ricos, la Unión Europea, de la mano de un PSOE apadrinado por la socialdemocracia europea y unos Estados Unidos que no se habían cansado de maniobrar en la sombra para dirigir dicha Transición hacia un escenario favorable a sus intereses. Los nuevos tiempos, hijos de la reforma de la dictadura y no de su ruptura, exigían pasar página de la molesta historia reciente y las dirigencias de los partidos referentes de la clase obrera española, PSOE y PCE, se modernizaron a la altura de las exigencias. Abrazaron con fervor el pragmatismo, bien en la forma del posibilismo, bien en la forma del eurocomunismo, provocando la decepción y la consiguiente salida del partido de gran parte de sus militantes. Esto fue especialmente cierto en el caso del PCE, pues la victoria electoral del PSOE en 1982 provocó, por el contrario, un efecto llamada que incorporó savia nueva a sus filas, entre ellos a muchos arribistas, desde socialistas de nuevo cuño hasta comunistas ahora convencidos de las bondades de la socialdemocracia.

Pese a las traiciones, las bases comunistas proseguían su trabajo de

hormiga. En la década de los ochenta todavía era posible ver cómo la correspondiente organización de vecinos lograba llevar servicios básicos a los barrios marginados por la política municipal. A pesar del ingreso del Estado español en el Primer Mundo y la pretendida equiparación con la realidad europea, cabe recordar que muchos barrios periféricos seguían siendo en esa época núcleos urbanos jalonados de descampados llenos de ratas, con una recogida de basuras insuficiente y un saneamiento público que dejaba mucho que desear en general, con carencias graves de transporte para llegar al centro de las ciudades, etc. Muchas de esas asociaciones se nutrían de los mejores cuadros comunistas, que eran personas cuyos nombres y caras todos conocían y constituían un ejemplo ético. En los ochenta se podía vivir cerca de una sede del PCE (o sus contrapartes autonómicas) y comprobar que no era un cascarón vacío lleno de tecnócratas y vividores de la política. Más bien, ellos eran los sufridores de la política. En las campañas electorales era frecuente ver a los militantes montados en coches con grandes altavoces en la baca difundiendo la propaganda electoral, lanzando pegatinas de los partidos a los niños que jugábamos en el parque, llamando a los vecinos al próximo mitin (que, a diferencia de lo que pasa hoy en día, se hacía en el barrio), repartiendo octavillas a pie de mercado, hablando con los vecinos... La política se hacía en los barrios y para los barrios porque era la propia clase obrera organizada la que tomaba las riendas de la situación.

No todo el mundo estaba organizado pero, en términos generales, había una gran conciencia política. Nuestros padres eran trabajadores que nos transmitían sus ilusiones, proyectaban en nosotros sus aspiraciones, su visión del mundo, todo ello no solo por lo que se debatía en la televisión (que contaba con más y mejores programas de auténtico debate y donde no existía la infame figura del tertuliano actual), sino por lo que se vivía en la calle, lo que se discutía con el vecino o la vecina. Tras este ambiente se encontraba una memoria viva, reciente, de la represión que había supuesto la dictadura sobre la mayoría de nuestras familias. Aunque se hablara poco (o, mejor dicho, de manera insuficiente) del tema, en especial delante de los pequeños de las familias, los niños sabíamos que éramos «rojos», que nuestros abuelos y abuelas habían perdido una guerra que había habido en nuestro país hacía muchos años, que había que desconfiar de los curas y los militares, y que un señor que todavía aparecía en las monedas —sobre una frase ampulosa que se percibía lejana pero daba miedo, «Caudillo de España por la gracia de Dios»—

había hecho mucho daño. Si hoy vamos a un barrio y le preguntamos a los jóvenes quién fue Franco, nos llevaremos más de una sorpresa, y no para bien. Si en la propia Universidad Complutense de Madrid los reporteros del *Caiga Quien Caiga* hicieron la prueba hace años y se encontraron con estudiantes universitarios que no tenían conocimiento de la figura del dictador, imaginemos por un momento qué respuestas obtendremos en un entorno caracterizado por la despolitización salvaje de las últimas décadas, el desinterés por la política que las encuestas del CIS sitúan por encima del 60 por 100 y la distancia cada vez más lejana con lo que fue la dictadura.

Lo anterior conllevó un cambio en la cultura de los barrios. Pasamos de vivir en lugares donde los derechos tenían que ser conquistados a lugares donde se perdía la conciencia de lo que costó conseguir ciertas cosas. El *boom* impactó también en lo urbanístico, y poco a poco fueron desapareciendo los descampados de las grandes ciudades. A medida que la voracidad inmobiliaria se expandía haciéndose con todo terreno baldío, llegaban pisos de último diseño con piscinas comunitarias a lugares que antes estaban infestados de ratas. El ayuntamiento de turno, boyante por recalificaciones de terreno varias, colaboraba en ese espejismo de riqueza al dotar a los barrios proletarios de un mobiliario urbano de diseño, nunca antes visto en la historia del país. Por supuesto, muchas empresas de amiguetes se hicieron ricas vendiendo farolas, bancos y papeleras último modelo a ayuntamientos por todo el Estado. De vivir en barrios en los que no había un mínimo de mobiliario urbano, pasamos a vivir en barrios que se beneficiaban de las migajas de vivir en ciudades que pretendían ser vanguardia en Europa (daba igual en qué, Expo, Olimpiadas, Capitales de la Cultura, de la Fórmula 1 o de las regatas, lo importante era encontrar algún tema que te permitiera ser vanguardia de algo y que empezara el negocio). Los visitantes de otras latitudes que veían el espectáculo nos llamaban primermundistas. Tal vez con razón. Pero era un primermundismo que tenía más de fachada que de sustancia, como la crisis ha venido a poner de manifiesto.

### *Canis, chonis y otros especímenes*

Para mucha gente, la palabra «barrio» va asociada a la marginalidad que hemos descrito, a personajes extremos extraídos de películas de José Antonio



de la Loma o de Eloy de la Iglesia (del que hablaremos más adelante), a los sectores más lumpen que encuentran en el trapicheo la manera de pasar por este mundo o a estereotipos de jóvenes «que ni estudian ni trabajan», que hacen botellón y matan el tiempo fumando porros en el parque más cercano. Y, sí, es cierto que todo eso existe en el barrio, pero en el barrio hay mucho más. Parafraseando a nuestro eximio presidente del Gobierno, Mariano Rajoy, en los barrios existe una mayoría silenciosa que se dedica a trabajar y a intentar sacar a sus hijos adelante evitando que caigan en ese tipo de conductas delictivas o rayanas en la delincuencia, tarea nada fácil porque implica ir contracorriente de unos valores que desde los medios exaltan el enriquecimiento, la superficialidad y el rechazo al conocimiento o la disciplina necesaria para construir lo que sea, desde un movimiento de masas a un edificio.

Uno de los especímenes que los ajenos al barrio destacan por encima de todos es el de la choni/lolaila y el cani/nen/killo, o como mejor se les conozca en función de la zona geográfica desde la que estemos hablando. Generalmente, el ahorro en insultos y consideraciones despectivas cuando se refieren a este tipo de jóvenes brilla por su ausencia. Y es un desprecio que suele ser inversamente proporcional al origen proletario de quien lo profesa; aunque no negamos que desde la clase obrera también se puedan usar estos términos, a veces como una estrategia de distinción por parte del que habla, otras simplemente como una manera cariñosa de referirse a un congénere al que se quiere chingar un poco. Distinto es cuando miembros de las clases medias los emplean como una manera de estigmatizar a un tipo de jóvenes a los que ven, cuando menos, con incompreensión y hasta repulsa.

Se suele criticar a los chonis y canis por el tipo de ropa que llevan, que si usan chándals y vestir con chándal es de mal gusto, que si es ropa de marca que debería estar fuera del alcance de personas a las que se supone un bajo poder adquisitivo (el libro de Owen Jones retrata este tema a la perfección para el caso británico), etc., etc. Es curioso que en la mayoría de casos esas críticas provengan de personas que utilizan ropa alternativa o «ecoética», por usar un término en boca de especialistas en estética y política<sup>[7]</sup>, que cuesta tres veces más que lo que un joven de la clase obrera lleva encima. Y a veces ni eso. Todos hemos tenido al típico compañero de instituto o de facultad de clase media alta que era el más hippie de la clase pero que, en su afán por vestir de la manera más «alternativa» posible, llegaba hasta a arrancar las

etiquetas de las caras prendas que sus papis le compraban mientras tenía la cara de tildar a los estudiantes proletarios que vestían de manera «convencional» de pijos. Por otra parte, se olvida en estas críticas lo difícil que es salir de la telaraña de los grandes monopolios de venta de ropa tipo Inditex, H&M o similares. Comprar ropa de mercadillo tampoco acaba siendo solución porque casi toda es «made in China», y ya sabemos que bajo esa etiqueta se encuentra la explotación brutal de la mano de obra china. Por eso, necesitamos proyectos cooperativos que intenten no estar insertos en esa lógica perversa y que tengan precios asequibles para las masas ya que, por desgracia, lo alternativo –igual que lo orgánico– acaba siendo muchas veces un coto exclusivo para las clases medias y altas que pueden pagar por ello.

Otra de las demonizaciones más escuchadas cuando se trata de opinar de canis y chonis, pero que también conforman un imaginario que algunos extrapolan al conjunto de los chicos y chicas de clase trabajadora, es que son jóvenes «que ni estudian ni trabajan», jóvenes «ninis», sin oficio ni beneficio, que se decía antiguamente. Sin embargo, como apuntan conocedores del tema<sup>[8]</sup>, estos jóvenes no existen como realidad social porque la cantidad de adolescentes o jóvenes que no quieren estudiar ni trabajar es irrisoria en términos estadísticos; no así la de jóvenes a los que el sistema priva del derecho a estudiar o trabajar, cosa bien distinta. El capitalismo niega la posibilidad de realización de la gente, la degrada, la deprime, la aliena y luego, cuando la tiene en los márgenes productivos, afirma a través de sus voceros que el problema es la falta de motivación de estos jóvenes, haciendo pasar casos aislados y puntuales por ejemplos de comportamiento colectivo.

### *Los que reniegan del barrio*

Un prototipo poco frecuente en la clase obrera es el espécimen que reniega de su origen proletario y rechaza el barrio en el que vive y todo lo que en él sucede, casi siempre por una cuestión de estatus. Este tipo de persona que, por lo general, ha podido estudiar por encima del promedio de su entorno, quisiera haber nacido en otro lugar para tener que evitar ser estigmatizado cada vez que le preguntan su lugar de residencia. Es más, puede llegar a mentir sobre su origen inventando que vive en un barrio colindante al suyo que esté mejor considerado en la jerarquía de los barrios de su ciudad o,

directamente, inventar historias plagadas de mentiras para enmascarar un origen que lo hace sentir inferior en los entornos laborales en los que se desenvuelve.

Dentro de los que reniegan del barrio hay un subgrupo particular que está conformado por los esnobs que miran por encima del hombro a sus vecinos con una altiva mezcla de desprecio y condescendencia. Los esnobs suelen tener estudios universitarios, creerse muy modernos, muy cultos y superiores al resto de la gente del barrio. Este complejo de superioridad es fruto de una carencia absoluta de conciencia política. Solo así se explica su falta de comprensión de las estructuras sociales que empujan a las personas al tipo de vida o gustos estéticos, musicales o culturales que el esnob rechaza. El rechazo, por cierto, puede dirigirse también hacia su propia familia, lo que siempre conlleva conflictos de convivencia que se resuelven con el esnob huyendo del núcleo familiar y, por extensión, del barrio. Como estas posturas de negación le suelen generar graves conflictos de identidad consigo mismo, el esnob pasa en algún momento de su vida por una consulta psicológica para solucionar su disociación vital y el sentimiento de culpa subconsciente que arrastrará toda su vida. En el fondo, la psicología no podrá quitarle nunca el auténtico complejo que anida en su psique más profunda y que sale a la superficie al mínimo choque con la realidad: el sentimiento de inferioridad que siente ante las clases que percibe como superiores. Sentir orgullo de ser de clase obrera podría ser una cura para este mal del esnob, pero sería ir contra su naturaleza aspiracional o *wannabe*, como le llaman en algunos países latinoamericanos al que se la pasa queriendo ser como los estratos superiores de la pirámide social.

### *Los que «triunfan» y salen del barrio*

Pero el sedimento de historia colectiva genera otro matiz importante relativo a la identidad y fácil de vislumbrar: cuando se ha nacido en la clase obrera, se pertenece a ella, desde un punto de vista identitario, para siempre. Es algo parecido a ser irlandés: no importa dónde vivas ni cuántas generaciones lleves en un país extranjero, siempre serás irlandés. Así, no importa si hemos avanzado laboralmente o si incluso hemos alcanzando un estatus que podría vincularse a la clase media sin ningún problema; existe un

poso, una memoria transmitida de generación en generación mediante una tradición oral, casi antropológica, que permanece, a veces camuflada u oculta, pero que aflorará violentamente al menor de los descuidos para gritarle al mundo que perteneces orgulloso a la clase obrera y a tu barrio de origen, aunque ya no vivas en él. Hablamos de ese hilo rojo conductor que, aun de dudoso rigor científico (nos espetará algún liberal funcionalista) está ahí, se percibe, se nota. Y, aunque no se puede tocar ni aprehender con los dedos, se puede sentir. Esa identidad primaria aflora en la soberbia *Adiós, pequeña, adiós* (Ben Affleck, 2007) donde la hija de una madre soltera, alcohólica y con dudosas capacidades para ser una buena madre, es secuestrada tras un complot policial para ser dada en adopción a una familia de clase media que, a priori, le dará una buena educación y una vida mejor. Pero el protagonista, un hijo de la clase obrera irlandesa metido a detective, no está dispuesto a tolerarlo. Sabe que con la otra familia, la que no es la suya, la niña probablemente tenga una vida mejor, pero sencillamente no es lo correcto: la hija debe estar con su madre. Como espeta a uno de los policías que optan por el secuestro y ceder a la niña a la familia bien: «¿Por qué? ¿Porque tendrá siempre juguetes y sándwiches de queso?». En el fondo lo que está manifestando es su odio de clase, su odio hacia todo aquello que representa y sustenta que los bienes materiales nos harán mejores personas y nos garantizarán una vida mejor. Por otra parte, nos grita de forma tácita que él se crio en circunstancias similares y que, pese a todo, pudo salir adelante. Por tanto, la hija debe estar con su madre. Otro ejemplo lo encontramos en las letras del rapero norteamericano Eminem: no importa que ahora viva en una mansión, conduzca descapotables y disponga de todo tipo de lujos; cuando se sienta delante de un folio en blanco para escribir una letra, siempre aflora esa memoria colectiva, ese instinto, ese poso primario que se transmite de padres a hijos. Aflora ese joven que vivía en una caravana con su madre soltera y hacía horas extra en la cadena de montaje de General Motors en el viejo Detroit. Por ello, aunque sea un idiota machista que gusta de ostentar (a la clase obrera siempre le gustó ostentar aquello que por norma se le ha negado, por eso en los barrios marcas como Lacoste, Polo o Nike tienen prestigio entre los más jóvenes), supo recordarle a George W. Bush que a luchar a la guerra de Irak van los hijos de los pobres.

[1] A. Giddens, *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*, Madrid, Alianza, 1973, p. 89.

[2] R. Aguiar, «El 32% de los hogares mexicanos es de clase media, según un estudio», *CNN México*, 27 de julio de 2011 [<http://mexico.cnn.com/nacional/2011/07/27/el-32-de-los-hogares-mexicanos-es-de-clase-media-segun-un-estudio>].

[3] R. Hoggart, *La cultura obrera en la sociedad de masas*, Buenos Aires, Siglo XXI de Argentina, 2013.

[4] *Ibid.*, p. 48.

[5] Véase V. Navarro, «Por favor, no insulten a la clase trabajadora», *Público*, edición digital, 26 de diciembre de 2013 [<http://blogs.publico.es/dominiopublico/8544/por-favor-no-insulten-a-la-clase-trabajadora/>].

[6] «Panrico exige 5 millones a los huelguistas de Barcelona por daños y perjuicios», *Público*, 6 de febrero de 2014 [[www.publico.es](http://www.publico.es)].

[7] A. Terrús, «Un nuevo líder de izquierdas debe apostar por ropa ecoética o todo su mensaje se caerá por tierra», *Público*, 14 de diciembre de 2013 [[www.publico.es](http://www.publico.es)].

[8] V. Aragonés, *Precariedad laboral*, cit., p. 2.

## CAPÍTULO VII

### Clase obrera, cultura y medios de comunicación

«El fascismo basaba su poder en la iglesia y el ejército: no son nada comparados con la televisión.»

Pier Paolo Pasolini

Corría el año 1843 y actuaba en la ciudad de Nueva York William Charles Macready, conocido actor shakespeariano que dos años antes, cuando el actor norteamericano Edwin Forest realizó una gira por Inglaterra, emitió críticas poco agradables sobre este. En realidad se trataba de dos concepciones opuestas del teatro correspondientes a dos grupos sociales: William Macready representa la tradición cultivada, esnob, aristocrática, cuya fuente era la odiada antigua metrópoli, Inglaterra, mantenida por la gran burguesía terrateniente y autóctona. Por el contrario, Edwin Forest representaba el gusto de las «gentes sencillas», pequeños comerciantes, artesanos, obreros y campesinos pobres o asalariados. Uno de los reproches que «las personas de gusto» dirigían a Forest era que se tomaba demasiadas libertades con el «divino Shakespeare» para, precisamente, ponerlo al alcance de las masas. Cuando el cultivado y esnob Macready actuaba por primera vez en Nueva York (tras la polémica y el cruce de acusaciones), las llamadas gentes sencillas iniciaron una protesta contra la presencia del citado y elitista actor en los escenarios neoyorquinos que acabó convertida en el famoso Motín del Astor Palace<sup>[1]</sup>. Los enfrentamientos violentos entre las fuerzas del orden y la multitud derivaron en 31 muertos y 150 heridos, muchos de ellos policías. El incidente se convierte, por un lado, en un paradigmático ejercicio de orgullo de clase y, por otra parte, ilustra la relación tormentosa que la clase obrera siempre mantuvo (y mantiene) con el mundo del arte y la representación.

Hasta principios del siglo XVIII la cultura era considerada una serie de valores, códigos, creencias y modelos de conducta que usan los miembros de una sociedad ubicada en un tiempo y un espacio concretos: una forma de vida en comunidad. La cultura occidental difiere de la de los nativos americanos y esta, a su vez, difiere de la que comparte una tribu del norte de África o la Polinesia. Se trata de una acepción de cultura muy cercana a la antropología.

Así, existen culturas en las que se ha desarrollado más la tecnología mientras en otras observamos un mayor respeto por la naturaleza y fusión con la madre tierra; diferentes entre sí, no existen culturas superiores o inferiores. Es una posición que cualquier académico de izquierdas (o cualquier persona en su sano juicio) validaría: pudimos comprobar que legitimar la existencia de culturas superiores trajo la barbarie y todo tipo de exterminios de corte racial o étnico. Aunque ha costado varios siglos, nadie más allá de la extrema derecha afirmaría la existencia de culturas superiores (aunque quizá muchos lo piensen), pues sería incurrir en un discurso abiertamente racista.

Cabe mencionar que, cuando el arte deja de ofrecerse a la gloria de Dios y se mercantiliza, surge una nueva acepción y el uso del término «cultura» se vincula entonces con la valoración de ciertos productos o manifestaciones culturales y artísticas de la más alta calidad. Una persona culta es una persona refinada, erudita, cultivada, en posesión de un vasto conocimiento o bagaje en una o varias áreas determinadas. No deja de ser curioso que los mismos teóricos que nunca hablarían de una cultura superior (vinculada a un determinado pueblo en un sentido antropológico) legitimen de manera tajante la estratificación de la cultura vinculada a la producción artística en distintas categorías de acuerdo con su calidad; del famoso *high cult*, *midcult* y *low brow cult* de Umberto Eco (la más asumida en la academia occidental) al elitismo decrépito de Adorno y su odio visceral por la cultura de masas. La paradoja es considerable, pues los mismos que jamás afirmarían que la cultura germana es superior a la maorí, afirman posteriormente, y sin el más mínimo pudor, que una sinfonía de Wagner es alta cultura, mientras que la bachata es un producto popular (por tanto de baja calidad) destinado a las multitudes. Y tienen parte de razón; quizás alguna bachata comercial, producida en serie para romper las pistas de las discotecas de música latina, pueda ser un producto de ínfima calidad, pero —y aquí reside el *quid* de la cuestión— ni Adorno ni ningún musicólogo blanco, burgués y protestante puede venir a decirnos que una ópera de Richard Wagner es superior —o se encuentra en una categoría de mayor calidad— al *Blue Train* de John Coltrane, o a Camarón y Tomatito en el Concierto de París, inequívocas manifestaciones artísticas populares y de masas. Ni puede decirlo ni puede demostrarlo; intentar demostrarlo, además, sería caer en aquello mismo que el propio Adorno recriminó a sus colegas Robert K. Merton y Paul F. Lazarsfeld cuando visitó la Escuela de Chicago y denunció su funcionalismo:

la cultura no se puede cuantificar o medir. Este planteamiento es tan arbitrario como pueril; ¿dónde ubicaríamos una obra como *El acorazado Potemkin*? Se trata de arte elevado que, a su vez, está destinado a las masas, pues hablamos de una película hecha por encargo a petición del gobierno soviético. ¿O quizá es que Camarón es cultura popular sonando en una cinta de casete en el barrio de las Tres Mil Viviendas y, en cambio, alta cultura cuando suena en directo en el Cirque d'Hiver para deleite de la cosmopolita y multicultural burguesía parisina?

En realidad se trata de un debate completamente estéril sin la menor trascendencia fuera de la academia (como tantos otros), que únicamente sirve para escribir tesis doctorales, renovar cátedras en las facultades de Comunicación y, de forma velada y como veremos a continuación, perpetuar la hegemonía de la clase dominante. Por otra parte, este libro va sobre clases sociales y no sobre Wagner, por ello no nos interesan las teorías que clasifican y estratifican la cultura en base a una serie de criterios (generalmente de tipo racista) que siempre resultan demasiado parciales y absurdos: recordemos a Adorno exprimiéndose los sesos para determinar si la improvisación en el jazz era verdadera o en realidad se encorsetaba dentro de una serie de códigos y parámetros inamovibles. ¿Y qué más da? Como dicen en el barrio, hazlo tú si lo ves tan fácil. Lo que realmente nos interesa no es clasificar la cultura, sino quién la produce y con qué objetivo.

#### CLASE OBRERA Y CINE: LA REPRESENTACIÓN NEGADA

En el año 1897, en una remota localidad ucraniana, el cineasta trotamundos Félix Mesguich, llegó con su proyector para mostrar a los lugareños las maravillas y virtudes de ese prodigio de la técnica inventado hace no mucho por los hermanos Lumière. Tras la aparición del zar Nicolás II en la pantalla, los campesinos encolerizados incendiaron la barraca de proyección, convencidos de que aquel artefacto no respondía a los avances del llamado progreso, sino más bien a la mano maligna de Belcebú, convencidos de su brujería. La anécdota, contada hasta la saciedad en infinidad de libros, tertulias y conferencias, no deja de ser representativa en extremo para ilustrar de forma rotunda lo que supuso la aparición del cine a finales del siglo XIX.

La anécdota (o anécdotas, pues hubo cientos del mismo calado durante esa



época) no solo muestra el impacto de las imágenes en movimiento sobre las gentes rurales o poco instruidas; señala también los derroteros, itinerarios y penurias que habría de padecer el cine antes de llegar a ser encumbrado como arte, dicen algunos que el séptimo.

Su principal componente, la espectacularidad que supone la imagen en movimiento, lo condenó inevitablemente al mundo tosco y pueril de los barracones de feria y los circos ambulantes, convertido de forma ineludible en entretenimiento y opio de las clases populares. Ríos de tinta corrieron raudos a analizar, y en la mayoría de los casos menospreciar y ningunear, aquella nueva forma de espectáculo que hacía las delicias de un público entregado. La nueva «diversión de idiotas» (Georges Duhamel), o el llamado teatro de los pobres o «teatro del proletariado» (Jaurès), se iba abriendo camino mientras las elites eruditas –acostumbradas a pisar un patio de butacas únicamente para disfrutar de una orquesta filarmónica o de los textos de Shakespeare– juraban ante Dios que no participarían de aquella aberración junto al populacho. A principios del siglo XX, en opinión de las clases opulentas, acudir al cine significaba poco más que lavarse en el río o emborracharse en una taberna portuaria. Pero huelga apuntar que, si durante los primeros años de vida del cine, la clase alta no acudía a las proyecciones no era solo por una cuestión de esnobismo, sino, como veremos a continuación, por el mundo del trabajo y sus consecuencias sobre la vida cotidiana.

Durante los primeros años de vida del cine, los incendios (con estampidas y muertes) se convirtieron en algo relativamente habitual durante las proyecciones. Las películas de nitrato de celulosa –el famoso «celuloide»– eran muy inflamables, y la iluminación a base de acetileno o gas ciudad, produciendo un proceso químico ciertamente peligroso y que se daba, la mayoría de las veces, en locales cuyas condiciones sanitarias y de seguridad dejaban mucho que desear. El miedo del burgués a acudir al cine estaba más que justificado: dicho miedo era un hecho propio de las capas sociales para las cuales el riesgo físico no formaba parte de las condiciones normales de la venta de su fuerza de trabajo[2]. No podemos olvidar las incómodas localidades, reducidas la mayoría de las veces a incómodas sillas (ni hablar de butacas) o a estar de pie durante las proyecciones. A lo que hay que añadir la incomodidad física y muy real (escozor en los ojos) que el espectador experimentaba cuando miraba esas imágenes extremadamente temblorosas y

centelleantes. Claro que todo cambia cuando eres un obrero manual acostumbrado al peligro y la incomodidad:

Trátese del plomero colocado todo el día de rodillas sobre un tejado inquietante, expuesto a la lluvia, al sol, a un resbalón mortal, o del obrero (o de la obrera) de fábrica, con los oídos atacados por un estruendo incesante, las narices y los pulmones corroídos por humos y vapores nauseabundos, con los dedos, los miembros, la vida misma a continua merced de la ruptura de un cable o de la caída de un volquete. Al lado de esto el cine, con su humo y mala ventilación, con la incomodidad de los asientos, con el ambiente poco civilizado que durante cierto tiempo reinaría en los locales de proyección, todavía podía pasar por un lugar de proyección[3].

Pese a ello, la expansión del cine corrió como la pólvora y, en cuestión de pocos años, no quedó la más remota aldea o pueblo marítimo o montañoso que no gozara de sus proyecciones semanales. El cine era, por encima de cualquier otro espacio público, el centro neurálgico y perfecta herramienta de socialización de las clases populares, pues, a diferencia del mercado, no importaba ni la edad ni el género para pertrecharse religiosamente semana tras semana. En el cine se lloraba, se reía, en las últimas filas y a cobijo de la oscuridad, en el cine también se amaba. Bajo la luz del proyector florecían pasiones ocultas, se disparaban los calores de la pubertad o se echaban en falta los amores que pudieron ser y no fueron, y los habitantes, especialmente las clases populares y los más jóvenes, aguardaban impacientes la llegada del sábado para descubrir nuevos héroes, bandidos, bestias feroces en exóticas regiones del mundo y la actriz de labios carnosos que los abstraiera durante unas horas de la dura rutina. Si hay una película que refleje lo narrado es, sin lugar a dudas, esa obra monumental titulada *Cinema Paradiso* (Giuseppe Tornatore, 1986), espejo fiel del cine como fenómeno sociológico y popular.

En muchas ocasiones, el cine del pueblo se convertía en el único nexo que unía a sus habitantes con el resto del país o del mundo, la incursión de noticias antes de dar comienzo los filmes convirtió al cine en el primer noticiario en imágenes de la historia, circunstancia que podemos observar en la galardonada *El viento que agita la cebada* (Ken Loach, 2006). Ese monopolio de la información y el espectáculo no pasaría desapercibido a la clase dominante. Monarcas, gobernantes y personalidades se servirán del nuevo aparato para publicitarse y edulcorarse ante sus súbditos o

conciudadanos. Por otra parte, el cine se había convertido en una diversión exclusivamente destinada al público popular y ello empezaba a notarse en las proyecciones: en muchos casos las historias narraban las humillantes peripecias de burgueses con sombrero de copa que eran continuamente degradados y satirizados. Urgía que la burguesía acudiera al cine, primero por una cuestión ideológica; segundo, por una cuestión puramente comercial y económica. Y en eso que llegó Hollywood y un puñado de productoras se plantearon fabricar, distribuir y exhibir películas como si se tratase de coches o aspiradoras.

Convertido ya en un fenómeno interclasista, el cine, a diferencia de otras manifestaciones culturales, no puede ser ejercido de forma inmediata o de forma altruista (salvo raras excepciones). La producción de una película moderna implica una enorme inversión de tipo económico; electricistas, carpinteros, decoradores, publicistas, técnicos de imagen, luz y sonido, actores... Mientras que para escribir una novela tan solo es necesaria una máquina de escribir o para pintar un cuadro pinturas y un lienzo, la creación de un filme no se encuentra al alcance de cualquiera, por mucha voluntad que tenga para ello. Son necesarios ciertos conocimientos mínimos de carácter técnico (al margen y además de los artísticos) indispensables para su composición. Ni siquiera alguien con mucho dinero sería capaz de crear una película, por nefasta que fuera, sin conocer el funcionamiento de la cámara, de la mezcla de sonido o del proceso de montaje<sup>[4]</sup>. Por todo ello, y dada su naturaleza técnica y tecnológica vinculada a una serie de conocimientos específicos y comerciales, el cine es un arte, una industria, una tecnología y un vehículo ideológico de carácter netamente burgués.

El cine, como medio de comunicación de masas, pertenece esencialmente a la esfera de la superestructura (ideas, ideología, conciencia) y se encuentra determinado de forma absoluta por las fuerzas económicas. Por tanto, es uno de los motores de cambio, pues ayuda a instaurar la hegemonía y poder de la clase dominante, reproduciendo su ideología. En consecuencia, se utilizará para impedir el avance de la clase obrera, convirtiéndose en la negación de la misma. Circunstancia que se manifiesta tras comprobar que la mayoría de elipsis temporales en los filmes sirven para esconder el mundo del trabajo y sus efectos. Si el cine pretendiera mantener una relación directa con la realidad de la vida humana, teniendo en cuenta que la actividad laboral ocupa más de la mitad del día, sería lógico que dicha actividad laboral se viera

reflejada en proporción. En realidad, y como todos sabemos, no sucede así. Con las filmotecas y los archivos en la mano, solo una ínfima parte está dedicada a aquello que ocupa la mayor parte del tiempo consciente del ser humano: su trabajo<sup>[5]</sup>. Tanto es así que a las películas que optan por ser proporcionales se les cuelga la etiqueta de «sociales», «políticas» o, peor si cabe, «de autor». Lo que las hace salir en clara desventaja. Por ello no es de extrañar que multitud de películas concluyan sin saber cómo se ganaban la vida los protagonistas. El género en cuestión acentúa, más si cabe, este tipo de elipsis casi surrealistas. ¿A qué se dedicaba Ilsa en Casablanca? ¿Costurera? ¿Secretaria? ¿Maestra? Como buena fémica, se dedicaba a amar a los hombres sin medida, primero a Rick, luego a Laszlo, después de nuevo a Rick. La cuestión del género y la reproducción del modelo patriarcal de sociedad que aparece en los filmes, es solo la punta del iceberg: el cómo la ideología dominante se manifiesta y reproduce en las películas es una cuestión extremadamente compleja, puesto que en la mayoría de las ocasiones se hace de forma inconsciente, de manera no intencionada. Obviamente, Michael Curtiz no ocultó el oficio de Ilsa para consumir un plan secreto destinado a negar la representación de la clase obrera y así perpetuar la posición de la burguesía industrial; sencillamente, la vida laboral de Ilsa no es relevante para la historia. La gente va al cine a evadirse, no a verse reflejada, la rutina es aburrida. La misión del autor comprometido, por tanto, debe ser la de entretener. Una vez seducido el espectador, y con sus defensas bajas (es decir, cuando se relajan años de influencia de la ideología dominante vía innumerables construcciones culturales), soltar su discurso comprometido. Nadie lo podía haber descrito mejor que Godard: hacer un *Love Story* con lucha de clases. Títulos tan dispares y separados en el tiempo como *Cinema Paradiso* (Giuseppe Tornatore, 1986), *Mi nombre es Joe* (Ken Loach, 1998) o *Una jornada particular* (Ettore Scola, 1977) lo consiguen.

Si en algún contexto se manifiesta de forma clara esa negación de la clase obrera en el cine, es en el español.

### *Cine social español: de Eloy de la Iglesia a Fernando León de Aranoa*

El 29 de mayo de 2009 se producía un acto de justicia y una reparación profesional de dimensiones históricas. El cosmopolita y ultramoderno Centro

de Cultura Contemporánea de Barcelona (CCCB), inauguraba la exposición «Quinkis de los ochenta. Cine, prensa y calle», en la que (como no podía ser de otra manera) se rendía homenaje a Eloy de la Iglesia, hasta hace muy poco denostado y maldito director de cine. Por un lado, la crítica especializada siempre se cebó con él, acusándolo de ejecutar un cine lumpenproletario (tanto en la forma como en el contenido), grosero y violento. Recordemos que se trata de la misma crítica especializada que lapidó *Blade Runner* cuando se estrenó en 1982 (en la prestigiosa cabecera valenciana *Cartelera Turia* todavía tiene puesto un triste «1» en una calificación que va de cero a cinco. Benditas hemerotecas). Por su parte, el *mainstream* español (esa Cultura de la Transición de la que hablaremos unas líneas más adelante) lo arrinconó y sencillamente le imposibilitó seguir trabajando pese a que muchas de sus películas funcionaron notablemente en taquilla (*Techo de cristal*, *Navajeros*, *Colegas*, *El Pico* o *El Pico 2*).

Para que se produjera este homenaje tenían que darse dos circunstancias: que la heroína ya no fuera un mecanismo disuasorio frente a posibles formas de organización política en los barrios obreros y que, por descontado, el máximo representante del llamado cine quinkis hubiera muerto (hacía tres años que el director guipuzcoano había fallecido en el más triste de los olvidos). Así funciona el *mild cult* subvencionado por las instituciones. Ahora puede resultar transgresor, *kitsch* e incluso entrañable, en cualquier caso inofensivo y exento de todo conflicto; cuando la heroína destrozaba las periferias de las grandes ciudades y se cebaba con los hijos de los padres recientemente despedidos tras la salvaje reconversión industrial (Felipe, te debemos una), resultaba un cine demasiado incómodo para nuestra vertical e inocua Cultura de la Transición. La exposición del CCCB se convierte, pues, en una especie de purga de pecados, en un tardío lavado de conciencia en el que jóvenes con gafas de pasta (de cristal transparente y sin graduar) y camisetas de Björk visitan como turistas (como el turista occidental que, asombrado, fotografía las reses cuando se cruzan en mitad de la carretera en la India) aquellas historias de heroína y barrios «marginales» y adolescentes conduciendo Supermirafioris. El mecanismo es perverso: una vez superado el conflicto social, la marginalidad y la opresión quedan reducidas a algo exótico, fotografiable e histórico. Y por supuesto «simbólico», vocablo fetiche de la izquierda académica. Se convierten a golpe de subvención (cobrar taquilla por una exposición así sería demasiado vergonzante) en una

pieza de museo, en algo propio de una época superada. Comprobamos la certificación de lo retro y lo añejo como algo inequívocamente *cool*, aunque se trate de auténticos dramas humanos. Asistimos a la constatación absurda de que cualquier tiempo pasado fue mejor y más interesante, sobre todo si conseguimos superar conflictos sociales explosivos o incluso situaciones casi preinsurreccionales: recordemos que por la misma época se produjeron infinidad de conflictos y tensiones de corte social (la Batalla de Euskalduna, la lucha de los Altos Hornos en Sagunto o la entrada de tanquetas en Reinosa). El mismo paternalismo (bienintencionado pero clasista) con el que los responsables del CCCB plantearon dicha exposición, encontramos en el cine de León de Aranoa: escribir *kinki* con «q» resulta tan auténtico y creíble como los adolescentes «marginales» de *Barrio*. Entremos en materia.

En *Familia*, Fernando León de Aranoa desmonta y niega uno de los mitos mejor asentados de la postmodernidad, uno de los dogmas del nuevo espíritu del turbocapitalismo neoliberal: que es mejor estar solo que mal acompañado. En un tono ciertamente hilarante y zambulléndose de lleno en la comedia negra más extrema, asistimos estupefactos a cómo un burgués solitario alquila (por contrato y previo pago), una familia de pega que actúe como tal: una mujer y dos hijos veinteañeros. En realidad se trata de actores que deben interpretar su papel y consumir la farsa, hacer como que de verdad quieren a ese padre y marido y son una familia normal y feliz. Las más disparatadas situaciones se van produciendo a lo largo de la cinta.

En realidad el trasfondo que subyace es verdaderamente dramático; el solitario prefiere el simulacro, la familia de pega, la familia que finge y la familia que interpreta su papel previo pago, a la angustia de estar solo. La soledad aparece como lo que siempre fue, un monstruo doloroso. La película desmiente de forma brillante el individualismo extremo que gobierna nuestras sociedades y esa cultura del simulacro que parece que todo lo impregna. No es (como diría Baudrillard) que las personas prefieren la copia o la realidad simulada a la experiencia real, es que se ven obligadas a conformarse con el simulacro, no tienen opción de elegir. Nos encontramos con una forma de totalitarismo de la simulación. En otro nivel, Aranoa denuncia las miserias morales de la burguesía y expone sus profundas contradicciones: por una parte, la clase dominante siempre se encomendó a la familia cristiana tradicional; por otra (aunque bajo cuerda), alienta un individualismo devastador, lo que provoca infinidad de sujetos inadaptados, como el

personaje interpretado de forma magistral por Juan Luis Galiardo. Los aciertos y virtudes con las que León de Aranoa describe las miserias burguesas se convierten en un salto al vacío cuando el director madrileño se adentra en el proletariado, el lumpen o los barrios marginados, es entonces cuando yerra el tiro notablemente.

En *Barrio* (1998) nos encontramos con las andanzas y peripecias de tres adolescentes de un barrio obrero y/o marginal (no termina de quedar claro), dispuestos a pasar otro verano más en Madrid. El hastío, la falta de recursos económicos para divertirse, y los muchos y de diversa índole problemas familiares, acentúan esa sensación asfixiante a la que están condenados. El primer error lo encontramos en el trío protagonista, en los actores: no cuellan, no encajan, no resultan creíbles como chicos de un barrio marginal (en realidad marginado). Si habíamos señalado que el lenguaje es el espejo del alma y el vehículo en el que se manifiestan nuestras carencias y virtudes, viendo las interpretaciones de los tres jóvenes no hacemos más que reafirmarnos en nuestras posiciones. Especialmente uno de ellos, el más guapito; tiene un deje al hablar más propio de la Castellana que de un barrio como el que presenta la película. Al mismo joven nos lo encontramos a mitad del filme con una camiseta de Sonic Youth. Sigue sin encajar. Una camiseta de Sonic Youth tiene sentido en un estudiante de Ciencias Políticas del Campus de Somosaguas, no en un adolescente de un barrio marginal/marginado. En este tipo de barrios no se escucha al grupo neoyorquino precursor del *noise rock*, sino más bien techno *bakalaero* y grupos en la línea de Camela o El Barrio. Lo que nos lleva a la banda sonora, bajo nuestra opinión, introducida con calzador porque es del gusto del director y no porque de alguna manera sitúe al espectador y refuerce la historia. A nosotros también nos parece interesante la música de grupos como 7 notas 7 colores o Hechos contra el decoro, pero no nos resulta adecuada para ambientar lo que ocurre en este tipo de barrios. Un grupo considerado el mayor representante del autonomismo madrileño tiene sentido en el Centro Social Okupado El Patio Maravillas, no en Villaverde Bajo. Relacionar la música rap con la marginalidad es un lugar común y un tópico muy bien asentado, pero en ocasiones (especialmente en nuestro país) el tópico falla. Las comparaciones son odiosas pero inevitables: tres años antes se había estrenado la monumental *El odio* (1995) de Mathieu Kassovitz. La primera diferencia la encontramos en el trío protagonista: no vienen de una escuela de

teatro del centro de Madrid o Barcelona, los actores son tres jóvenes que realmente provienen de un barrio marginado, incluso el posteriormente afamado Vincent Cassel. Lo que desconoce Aranoa es que los jóvenes de la periferia parisina que queman coches sí escuchan rap, pero esa circunstancia no sirve para todas las realidades, no vale un corta y pega: en los barrios obreros españoles, el rap no es ni mucho menos una música hegemónica. Pensamos que la única vez que el director madrileño acierta musicalmente es cuando la hermana de uno de los jóvenes baila de forma sensual al ritmo de *Devórame otra vez* (Lalo Rodríguez), quizá una de las letras más pasionales y eróticas de la historia de la música latina, que tuvo bastante éxito en el Estado español.

¿Qué podría sucederle a un adolescente de Madrid de limitados recursos económicos? ¿Que le tocara en un sorteo una moto acuática? Precisamente eso mismo. Lo rebuscado y poco probable de este giro en el guion (con la moto de agua aparcada y atada a una farola en medio de la plaza) nos acerca peligrosamente al surrealismo. Buñuel nos enseñó que el surrealismo es una herramienta poderosa para denunciar las miserias y atrocidades de la burguesía; *Un perro andaluz* (1929), *El ángel exterminador* (1962), pero también sentenció que había que huir de él y que no sirve cuando nos adentramos en el lumpen, la marginalidad o la pobreza, en donde hay que tirar de hiperrealismo (léase en sentido coloquial y no baudrillardiano); *Las Hurdes* (1933), *Los olvidados* (1950), *Viridiana* (1961)... Mientras esas situaciones rayanas en el surrealismo funcionan de manera brillante en *Familia*, se convierten en un lastre en *Barrio*.

Otra de esas situaciones que coquetean con el surrealismo es el trabajo que, como repartidor de pizzas, acepta uno de los protagonistas: con su uniforme y gorra de pizzero subido en los autobuses cargado de pizzas porque carece de moto. Como es lógico, las jovencitas de su edad se ríen de él cuando coge el autobús, porque la escena es completamente absurda. Lógico es también que al no desplazarse en moto, llegue siempre tarde y con la pizza fría, lo que provoca la ira de los clientes. Lo que no es lógico es que su jefe o sus compañeros no caigan en que carece de moto para realizar los pedidos. Aranoa hace trampas para ablandar nuestro corazón, llevando al límite una situación inverosímil. El director madrileño que, irónicamente, nace en mayo del sesenta y ocho visita como turista la clase obrera marginal (aunque sería mejor definirla como marginalizada) y, mediante su lente distorsionada, no



solo la representa sin recursos, sino también sin el más mínimo sentido común o capacidad de raciocinio, olvidando de manera desconcertante que la necesidad agudiza el ingenio y que cualquier barrio obrero está repleto de pillos de lo más espabilados. En la misma línea no podemos olvidar la lacrimógena escena en la que los tres protagonistas se cuelan en una tienda de trofeos (escena que veríamos repetida en *Los lunes al sol* con los rudos siderúrgicos filosofando puro existencialismo frente a una tienda de televisores), con la facilona metáfora de copas y trofeos para unos perdedores natos. Y nos permitimos el lujo de hablar de «perdedores» (paradigma neoliberal) y no de pobres porque el filme reduce a los tres jóvenes a eso mismo. No solo son pobres y tienen enormes problemas familiares (a cada cual peor), sino que además carecen de toda habilidad social o capacidad para relacionarse con su entorno. Ni siquiera son capaces de ligar con chicas de su edad, se limitan a soñar con mulatas del Caribe, a las que por cierto *les falta una vértebra y por eso follan mejor*. Solamente echamos en falta una escena que de alguna manera culmine la sucesión de desgracias: el patio del instituto, donde un gordo repetidor y burgués les roba la merienda a golpes. Incluso, siendo más malvados, que alguno de los tres protagonistas fuera quedándose ciego al más puro estilo Von Trier/*Dancer in the Dark*. Los que firman estas líneas también trabajaron en verano cuando iban al instituto, fueron dependientas en zapaterías, mozos de almacén o eventuales campesinos en interminables hileras de rosales. Las humillaciones y abusos de tipo laboral eran una constante, así como los sueldos de miseria, pero nunca fuimos tan estúpidos como para aceptar un trabajo de repartidor de pizzas sin moto. Observamos un profundo desconocimiento de la realidad obrera y es aquí donde residen todas las carencias e inexactitudes.

La mirada de Aranoa es bienintencionada pero paternalista. Y es profundamente paternalista porque se hace desde fuera, desde el otro lado de la verja. Entonces nos encontramos con ese retrato que pinta de los tres jóvenes ingenuos, completamente inocentes y carentes de toda maldad. Incluso cuando uno de ellos trapichea con droga parece decirnos que, en el fondo, solo quieren salir a cenar y bailar en la discoteca como cualquier muchacho de su edad. Observamos, de nuevo, un profundo desconocimiento de la realidad proletaria, pues las macrodiscotecas de polígono que abren hasta el amanecer son un elemento central en el modelo de ocio de la cultura obrera española (el *pub* en la británica). Es la mirada condescendiente del

burgués con buena conciencia que piensa que los pobres son buenos por naturaleza y siempre son víctimas de las circunstancias. Es como el blanco progre y bienintencionado que no se atreve a llamar a ningún negro *negrata*, o como el heterosexual que nunca llamaría a un homosexual *maricón*: lo hace porque en realidad no tiene ni amigos negros ni amigos homosexuales. Pura corrección política.

Cuando se vive una realidad asfixiante, ese hastío y desesperanza se convierte, en la mayoría de los casos, en una violencia y odio visceral que no necesariamente ni siempre está justificado por las circunstancias. Volvamos de nuevo a la cinta de Mathieu Kassovitz; los tres jóvenes franceses albergan una brutal violencia en su interior que debe ser desatada, sea contra la policía/el sistema, contra sus propios vecinos o contra ellos mismos. En *Barrio* no hay el menor viso de violencia explícita, los tres jóvenes son tres ángeles que cualquier señorona burguesa de buena conciencia adoptaría o apadrinaría sin dudarlo en su obra benéfica, algo que no ocurriría jamás con cualquiera de los tres protagonistas de *El odio*. El factor étnico influye, pero no hace falta visitar Francia para encontrar películas desgarradoras a la par que realistas: en cualquier cinta de Eloy de la Iglesia vemos cómo el marginado no se sienta en un puente a soñar con coches de gama alta, sino que actúa con violencia y movido por el odio, sea para conseguir droga, sea para conseguir dinero o sea para tomar prestado aquello que se le niega (coches, ropa, caprichos, etc.). Por no hablar del retrato cruel y demoledor que de los pobres hace Buñuel en *Los olvidados* o *Viridiana*; sin paternalismos, sin justificaciones, sin piedad. Y abrimos un paréntesis para mencionar la soberbia y valiente *Grupo 7* (Alberto Rodríguez, 2012) y celebrar el intelecto colectivo y la violencia de los de abajo frente a la represión policial.

Con motivo de la celebración de la Expo 92, un grupo de policías, el Grupo 7, tiene que desalojar el centro de Sevilla de droga y delincuencia. La situación se recrudece, la operación policial salta a los barrios «marginales» y se convierte con el tiempo en una sucesión constante de palizas, torturas y abusos de toda índole. A ese cóctel explosivo hay que añadir que los mismos policías pasan a controlar el negocio de la droga bajo cuerda. La corrupción completa se ha desatado y ya no hay marcha atrás: el odio hacia el Grupo 7 se va incubando a fuego lento entre narcotraficantes, prostitutas y jóvenes de estos barrios. En un momento dado son capturados y desarmados, viéndose

rodeados por centenares de personas en el corazón del barrio. En ese momento el espectador piensa que Dios perdona, pero el lumpenproletariado no. Lo más lógico es que fueran apaleados hasta morir, pero el intelecto colectivo tiene humillaciones mucho más perversas: uno a uno son desnudados y obligados a caminar de rodillas entre las risotadas e insultos de la muchedumbre. Para el más sanguinario de los policías (un psicópata interpretado por Mario Casas) tienen reservado un numerito especial. Le obligan a arrastrarse a cuatro patas, en calzoncillos, como un burro. La escena se corona cuando un mozalbete de etnia gitana se sube a horcajadas sobre su espalda y le azota el trasero con una vara al grito de ¡arre! para deleite de las masas iletradas y enfurecidas. Mucho más humillante y doloroso que una paliza. El simbolismo de la escena es demoledor: el poder —representado por el monopolio de la violencia— a cuatro patas y en calzoncillos cargando el peso de los desheredados y desechados por el sistema. Sin justificaciones condescendientes. Otro acierto del director es elegir al ídolo de jovencitas Mario Casas como protagonista del filme. Resulta de lo más saludable políticamente que miles de jovencitas españolas hayan visionado la más valiente denuncia de corrupción policial hecha en el cine español en décadas.

Volviendo de nuevo a León de Aranoa, denunciemos otra de sus carencias: el director madrileño —y a diferencia de Kassovitz— despolitiza completamente a los jóvenes sin esperanza. En ningún momento del filme son clase *para sí*, carecen de conciencia de quiénes son y qué función desempeñan en la pirámide social. No hay culpables de su situación; pareciera que esa existencia miserable y vacía es una maldición natural, como si de una tormenta o un terremoto se tratase, carece de explicación sociopolítica. Por su parte, los protagonistas de *El odio* no hacen una exposición de teoría marxista denunciando que son las sobras del capitalismo postindustrial, no es necesario y sería un absurdo, pero sí encontramos ese primitivo orgullo de clase (*el futuro es nuestro*) y una difuminada conciencia de quiénes son y qué papel les ha tocado vivir en todo este entramado. Aranoa lo que hace al invisibilizar a los culpables es, simple y llanamente, negar la lucha de clases. Esa que sí encontramos en los jóvenes franceses frente a la policía (y el odio visceral que sienten contra toda forma de autoridad), los periodistas (a los que echan del barrio a pedradas porque «esto no es un zoo») o las chicas de clase media en la galería de arte con las que intentan ligar.

### *Cine y delincuencia: Ciudad de Dios vs Tropa de elite*

El mundo entero se conmocionó con la aparición de *Ciudad de Dios* (Fernando Meirelles, 2002). Desde Glauber Rocha y el Novo Cine brasileño, ningún otro filme había mostrado de forma tan espectacular, la violenta realidad de las favelas, la pobreza extrema y la marginalidad. La película narra la vida de varios personajes que habitan en una peligrosa favela en Río de Janeiro a lo largo de casi tres décadas; asistimos estupefactos a la vida y muerte de las distintas generaciones de delincuentes que intentan sobrevivir en un entorno hostil hasta el extremo. Utilizando la voz en *off* en primera persona, diferentes técnicas de edición, una espectacular fotografía y una narrativa no lineal, Meirelles nos adentra en una fábula macabra llena de violencia juvenil, asesinatos y ausencia completa de los más mínimos códigos morales. La cinta fue un éxito en taquilla y la crítica la mimó con numerosos premios y reconocimientos internacionales: consiguió la friolera de cuatro nominaciones a los Óscar (dirección, montaje, fotografía y mejor guion adaptado), algo verdaderamente inaudito tratándose de una película extranjera. Su fuerza visual (en ocasiones demasiado cercana al videoclip) es incuestionable, su técnica narrativa roza la perfección, no hay duda de que nos encontramos ante una maravilla estética. Es en lo ético y en lo político donde hace aguas por todas partes.

Meirelles no lo pretende, pero de alguna manera mitifica al delincuente. La película comienza, de forma muy significativa al respecto, cuando el camión del butano es asaltado por la banda de Cabeleira: son los dueños de la favela, los que roban la pelota a los niños, los que sacan la pistola pero lo hacen de forma graciosa entre risotadas, los delincuentes simpáticos y entrañables, los que llevan dinero encima y no madrugan... Son incluso los que se acuestan con señoras casadas y huyen de los maridos celosos. Y no es algo casual, la misma tónica se da a lo largo de todo el filme: la figura del delincuente es atractiva, entrañable y un modelo que imitar. En el polo opuesto tenemos al que no delinque y trabaja, al pringado. Buscapé, el joven protagonista que narra la historia, es el pringado principal, por ello tiene un trabajo que odia, tiene una virginidad de la que no consigue desprenderse y es un completo negado para la delincuencia. Y resulta obvio que, en este tipo de barrios, el

joven anónimo aspira a ser el rey de la favela y no el conductor del camión de butano o reponedor en un supermercado, pero quedarse ahí y limitarse a fotografiar la realidad es no implicarse, es reflejar esa realidad sin tomar partido. Con *Ciudad de Dios* ocurre como con *El Padrino*, terminas identificándote y tomando cariño a una banda de asesinos sin escrúpulos. La empatía completa con el delincuente alcanza su cénit con la muerte de Bené, en palabras del narcotraficante Cenoura: «el tío más cojonudo de Ciudad de Dios». Bené es un tío majo, es *cool*, invita a todo el mundo, viste a la moda y, como no podía ser de otra manera, le levanta la novia al pringado de Buscapé. En realidad nos resulta simpático y empatizamos con el personaje porque el director nos tiende una trampa emocional que no tiene cabida en el mundo real: en nuestro día a día no encontramos asesinos majos. Meirelles hace lo que lleva haciendo Hollywood durante décadas con la mafia (y, en los últimos tiempos, también con su aproximación al tema del narcotráfico)[\[6\]](#), que no es otra cosa que combinar el atractivo del dinero fácil y una vida al límite, con personajes entrañables con los que nos gusta empatizar. Bené es la versión favela/*cool* de Tommy (interpretado por Joe Pesci) en *Uno de los nuestros* (Martin Scorsese, 1990). Es imposible no empatizar con Tommy, no importa si es un psicópata asesino de gatillo fácil: es muy gracioso.

A Meirelles (brasileño blanco de clase media-alta) le ocurre lo mismo que a León de Aranoa: su pertenencia a la clase media les hace sentir culpables y se horrorizan con ese mundo turbio del que quizá solo están separados por un par de avenidas y, al no pertenecer a él y no vivirlo en primera persona, no pueden odiarlo o condenarlo abiertamente. Por ello nos encontramos siempre con jóvenes llenos de bondades que, aunque hayan asesinado a panaderos, obreros, vecinos y policías, son siempre las verdaderas víctimas. Discurso que enlaza con la tradición marxista occidental que nos dice que son siempre el entorno y las condiciones socioeconómicas las culpables, que las cárceles están llenas de pobres y son un mecanismo de exclusión social, que abajo los muros de las prisiones, etc. Es un razonamiento que tiene sentido y que asumimos –relativamente– con los delitos relacionados con la propiedad, pero estamos hablando de asesinos que trafican, roban y matan a su propia clase social con la finalidad de darse innumerables caprichos y de no madrugar. Una salida individualista, nada revolucionaria. La clase media de izquierdas, con su moral santurrón, nos diría que más roban y asesinan los Estados, pero, como es obvio, una cosa no justifica la otra. Eso es como

llegar a casa con tres asignaturas suspendidas y justificarse con que fulanito las ha suspendido todas. En las antípodas de estos planteamientos condescendientes y victimistas nos encontramos con José Padilha y *Tropa de elite*.

Decía un siempre provocador Pasolini que, durante la revuelta de Mayo del 68, empatizaba más con el pobre policía (hijo de la clase obrera que se ve abocado a convertirse en represor con la meta de alcanzar estabilidad laboral) que con el estudiante que se manifestaba (en el fondo un niño de papá burgués). No sabemos si José Padilha estudió de cerca al poeta y cineasta italiano, lo que sí es cierto es que, mediante la soberbia *Tropa de elite* (2007), se propuso derribar todos y cada uno de los tópicos biempensantes de la clase media progresista.

La película nos adentra en el Batallón de Operaciones Policiales Especiales (BOPE), el cuerpo de elite de la policía militar brasileña que debe *apaciguar* las favelas ante la inminente visita del papa Juan Pablo II a Río de Janeiro. De forma inmediata nos vemos envueltos en una espiral de violencia y corrupción que parece no tener fin. Muchos críticos (especialmente los estadounidenses) han tildado la película de reaccionaria e incluso de fascista, pero, bajo nuestro punto de vista, se trata de una película profundamente revolucionaria y radical<sup>[7]</sup>. Y es radical porque, a diferencia de *Ciudad de Dios* o *Barrio*, va a la raíz del problema y se atreve a llamar a las cosas por su nombre. Uno de los errores clásicos de la izquierda (especialmente la española) es vincular fascismo o totalitarismo con marcialidad o militarismo; desde luego películas como *Tierra y libertad* (Ken Loach, 1995) no ayudaron mucho a derribar este dogma. Es comprensible la preparación extrema a la que son sometidos los aspirantes al BOPE, no podemos olvidar que se trata de amplias zonas en las que el monopolio de la violencia por parte del Estado ha saltado en mil pedazos, la policía no es la única que va armada hasta los dientes. Un monopolio de la violencia que no se rompe para combatir el sistema y sus injusticias (FARC-EP, EZLN, RAF, etc.) sino para todo lo contrario, para perpetuar ese sistema y adquirir todo tipo de bienes de consumo, en muchas ocasiones de lujo. De la misma forma, no podemos pasar por alto que se trata de una auténtica zona de guerra en la que el enemigo no duda en abrir fuego. El protocolo que sigue cualquier policía occidental antes de disparar su arma reglamentaria carece de todo sentido en un lugar donde la policía da el alto y el delincuente no se detiene

sino que se gira y dispara con un fusil de asalto M16, capaz de atravesar el coche patrulla como si fuera papel de fumar. Como nos cuenta la voz en *off* del capitán Nascimento: el armamento que en cualquier parte del mundo es utilizado en las guerras, en Brasil es utilizado por los narcotraficantes. La ley es una caricatura, nos encontramos ante una auténtica lucha por la supervivencia. Ante ello podemos cerrarnos en banda y soltar el discurso clásico de «las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado son el brazo armado de la clase dominante destinado a perpetuar su posición de dominio» y gritar A.C.A.B. (*All cops are bastards*) quedándonos en la superficie, o podemos profundizar en el problema, en lo social, hasta darnos cuenta de que el problema va mucho más allá de un par de proclamas efectistas de mani de tres al cuarto. Esto es lo que planteaba Pasolini en su famosa provocación del 68 y es lo mismo que plantea Padilha en el filme: ¿qué provoca la violencia en Brasil? ¿Un sistema económico injusto, o los progres blancos de clase media que consumen marihuana y cocaína? ¿Cómo no va a haber corrupción endémica si los policías sencillamente carecen de sueldo y existe una completa ausencia del Estado como institución reguladora y de convivencia? ¿Pueden coexistir el Estado de derecho y la guerra abierta? El BOPE dispara primero y pregunta después, el BOPE es violento, el BOPE tortura, el BOPE comete asesinatos extrajudiciales pero, paradójicamente y pese a ello, «en el BOPE no hay corruptos», nos dice con cínica ironía el capitán Nascimento. Y tiene parte de razón: el BOPE no roba, no extorsiona, no coge el sobre, es un batallón de elite completamente insobornable que se dedica a hacer cumplir la ley cueste lo que cueste. El capitán Nascimento en el fondo es un conservador de izquierdas que, conocedor exhaustivo de los entresijos del sistema y sus trampas y mentiras, es un pragmático extremo, un estalinista de la razón de Estado, un fundamentalista de la razón instrumental. En realidad, solo es un policía honesto embrutecido por las circunstancias, la prueba de ello es que, en la igualmente imprescindible *Tropa de elite 2*, acaba aliándose con uno de los pocos políticos honestos que llega a conocer en su lucha contra la corrupción desde su nueva posición burocrática alejada de las calles: un diputado del Partido Comunista (al que además le salva la vida). Lo que no soporta el capitán Nascimento es la profunda hipocresía de la clase media blanca como Fernando Meirelles (arquitecto de prestigio metido a cineasta) que denuncia la corrupción policial desde la zona residencial en donde viven, zona residencial que sirve de salvavidas a Buscapé, el joven de *Ciudad de*

*Dios* que quiere ser fotógrafo: la periodista del periódico es muy enrollada, es maja, es civilizada (vive en un piso con agua caliente) y además fuma porros y es una liberal que le hace perder la virginidad.

Cuando Pasolini dijo que la verdadera clase obrera eran los policías del 68 se refería a Matías, el joven aspirante al BOPE que además estudia Derecho en un ambiente hostil: jóvenes blancos de clase media que odian a la policía y que, vía Michel Foucault en *Vigilar y castigar*, denuncian que el poder es una relación en la que la policía es el brazo ejecutor. Matías, como es obvio, decide guardar su embarazoso secreto. Resulta revelador el origen social de los compañeros de clase de Matías en pleno debate en la facultad: «Mi padre es juez y dice que la policía...». Esos hijos de jueces, de empresarios y banqueros que debaten sobre Foucault y denuncian a la policía, ayudan en una ONG en plena favela e intiman con los jóvenes que controlan el tráfico de drogas en dicha favela. Los narcos son víctimas, son guays y tienen conciencia social: el líder de la banda hasta lleva una camiseta del Che. Cuando todo se desmorona y los narcotraficantes muestran su verdadero rostro, la novia de Matías (joven blanca de clase media vinculada a la ONG) acude a pedirle ayuda porque sus amigos corren peligro de muerte. Matías le responde irónico que no se preocupe, que los narcos tienen conciencia social, ¿no? Pero cuando verdaderamente brota la lucha de clases, desnuda y terrible, es al final de la película.

Asesinados los cooperantes progres (la hija de un conocido empresario y un asistente social) a manos de los narcotraficantes, el capitán Nascimento nos recuerda que no soporta que «en Río nadie protesta cuando muere un policía, solo protestan cuando mueren los ricos». De hecho, a lo largo del filme, mueren infinidad de jóvenes narcotraficantes y policías y ninguna de esas muertes aparece en las noticias, en cambio la muerte de dos ricos sí acapara los noticiarios. Entonces nos encontramos con una patética manifestación pacifista que entona el no a la violencia, nutrida por los mismos blancos de clase media que estudian a Foucault pero fuman muchos porros. Aparece Matías (que ha perdido a su amigo y compañero) y revienta la manifestación golpeando brutalmente al camello local que distribuye la hierba en la universidad. Mientras lo pateo grita que «¡él ha matado a mi amigo!». Rodeado y fuera de sí, concluye: «Sois todos unos hijos de puta, sois iguales que él, unos cabrones burgueses, una panda de porreros hijos de puta».

Y por esto la película es radical, porque acude a la raíz del problema. Los



jóvenes de clase media son capaces de elaborar un pensamiento marxista y abstraerse para denunciar que la lógica policial en Brasil sirve para perpetuar un sistema que produce desigualdad y violencia, pero son lo suficientemente cobardes como para abstraerse un peldaño más —y ser marxistas de verdad— y cerciorarse de que el tráfico de drogas que ellos sustentan, primero, ha matado al amigo de Matías; y segundo, perpetúa un modelo de exclusión y violencia del que, por cierto, ni Foucault ni el resto de profesores de la facultad tienen la más remota idea de cómo funciona en realidad. Y tercero y más importante: los jóvenes blancos de la clase media brasileña en realidad no pretenden transformar la sociedad, se encuentran cómodos en su papel de disidentes acomodados con sus críticas a la policía revestidas de un antimilitarismo ingenuo y multicolor. Un revolucionario de verdad sabe que el poder nace de la boca de los fusiles (Mao *dixit*) y es consciente de que para que se produzca una transformación real de la sociedad (y no parches que eternizan el mismo modelo excluyente) hay que contar con un apoyo importante en el seno de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado. Por ello, partidos como el KKE o Syriza hacen campaña y forman cuadros bajo cuerda en el Ejército (la Policía ya la han perdido en manos de Amanecer Dorado por dormirse en los laureles). El que grita A.C.A.B. es un idealista y ha reducido la militancia a una pura cuestión estética, dentro siempre del sistema que dice combatir. Reducir los cuerpos de seguridad a mero blanco, a mero chivo expiatorio que purgue de alguna manera nuestra nula capacidad de movilización es un ejercicio de miopía terrible. Hasta el socialdemócrata Michael Moore tiene más visión al respecto que muchos supuestos marxistas ortodoxos que pululan por las redes sociales: en su premiada en Cannes *Fahrenheit 9/11*, nos muestra que son los jóvenes negros de los barrios marginados los que nutren el grueso de las fuerzas armadas, la carne de cañón que morirá en Irak. Es insultante, pero perfecto desde el punto de vista estratégico de la clase dominante: los mismos que son marginados y dados de lado por un sistema excluyente, son los que salen a dar la vida para perpetuar ese mismo sistema. Michael Moore lo sabía. Pasolini lo sabía. Lenin lo sabía (de hecho, los partidos comunistas surgen y rompen con la socialdemocracia al comenzar la Primera Guerra Mundial) y José Padilha también lo sabía cuando filmó *Tropa de elite*. Allende lo supo demasiado tarde.

Por todo ello, cuando se produjo el golpe de Estado en 2002 en Venezuela, no fueron solamente las masas, organizadas o no, las que abortaron el golpe,

fueron también los paracaidistas con sus fusiles —esa hornada de jóvenes mandos, hijos de la clase obrera, instruidos en el chavismo— quienes fueron imprescindibles para frenar a la reacción y traer de vuelta al presidente legítimo y electo. Fueron esos Matías anónimos los que restauraron la democracia[8]. Y mientras la izquierda no entienda que lo que necesitamos para vencer son policías y militares honestos como Matías, estaremos condenados. Lo que los jóvenes blancos de la ONG del filme de Padilha no alcanzan a comprender es que el Che Guevara hubiera hecho lo mismo que hace Matías al final de la película: volarle los sesos al narcojefe de la favela. Lo mismo que hace el FLN en Argelia para allanar el camino de la revolución y la independencia: limpiar las calles de juego, prostitución y drogas (*La batalla de Argel*, 1967, Gillo Pontecorvo). En *Tropa de elite* los narcotraficantes de la favela no son entrañables ni simpáticos, se los muestra como lo que realmente son: asesinos sin escrúpulos que han perdido cualquier empatía por la vida ajena. La izquierda debe entender que la mafia (a modo de crimen organizado) es profundamente contrarrevolucionaria y una forma de capitalismo extremo basado en la explotación de la mayoría (los pequeños chorizos y recaderos) en beneficio de una minoría (los grandes capos). Tenemos que entender que, por mucho que Hollywood mitifique la figura del buscavidas que empieza desde cero y crea un imperio (las similitudes con la figura del emprendedor capitalista son demasiado obvias), el obrero es el auténtico tipo duro. Como nos recuerda De Niro en su brillante *Una historia del Bronx*: habría que ver a Sony madrugando cada día para vivir de su trabajo, entonces veríamos quién es más duro.

### *El cine y la Guerra Civil Española*

La Guerra Civil y el cine español forman un matrimonio difícil, lleno de celos infantiles y cuernos consentidos. Continuamos esperando, como si se tratara de la llegada de un nuevo mesías, esa película definitiva sobre la Guerra Civil que a la izquierda nos reconforte y nos haga sentir a salvo. Es el eterno debate, la infinita disyuntiva que aparece en cualquier discusión cinematográfica que se precie: por qué no llega la película definitiva de la Guerra Civil Española, esa que huyera de la equidistancia cobarde (*Soldados de Salamina*), esa que no pintara la contienda como un absurdo conflicto

fratricida entre hermanos (*La vaquilla*), esa que no fuera un panfleto orwelliano que retratara a los militares republicanos como demonios marciales al servicio del maléfico Imperio soviético (*Tierra y libertad*). Una película definitiva que señalara con el dedo y a conciencia quiénes eran los buenos y quiénes los malos, sin ambigüedades ni esa condescendencia patética del socialdemócrata cultureta que nos muestra la guerra como si el estar en posesión de fuertes ideales fuera propio de naciones inmaduras, carentes de rodaje o bagaje democrático. Se trataría de un filme valiente y categórico, que se encontrara alejado de la mirada indulgente que coloca a los republicanos en un escalafón moral más alto que a los nacionales (puro decoro), pero que no tiene la suficiente valentía para pedir explicaciones (y, por tanto, condenas a los verdugos), haciendo como si nada hubiera ocurrido, elevando el conflicto a la categoría de mito, más allá del bien y el mal, intangible, inextrapolable al debate político real.

Con la postguerra y el franquismo pasa un poco lo mismo. Es sintomático que el precursor en retratar al fascismo español con toda su crueldad, aunque matizado por el mundo de fantasía creado por su protagonista para huir de la realidad, fuera un director mexicano, Guillermo del Toro, en *El laberinto del fauno* (2006).

La propuesta del PSOE para el Valle de los Caídos –convertirlo en un museo de la memoria y la reconciliación– representa a la perfección el tono mojigato, equidistante y conciliador que hemos podido observar en el cine español que aborda el conflicto civil del 36. Lo que en cualquier otro país resultaría impensable, aquí se convierte en una dolorosa realidad insultante. Nadie concibe que los campos de exterminio nazis de Auschwitz o Mauthausen fueran museos de la reconciliación y la concordia entre ambos bandos, se trata de museos del horror y de la memoria que señalan con el dedo –y sin ambigüedades– a la bestia fascista para que nadie olvide y para que jamás vuelva a repetirse. De la misma forma, nos resultaría incomprensible que en Stuttgart, Berlín o Múnich encontráramos calles, avenidas y estatuas dedicadas al alto mando alemán. ¿Calle General Himmler? ¿Paseo Goebbels? ¿Avenida de las SS? ¿Una estatua de Adolf Hitler a caballo en lo alto de la Puerta de Brandenburgo? Lo que en cualquier país civilizado resultaría un verdadero insulto a las libertades democráticas, en nuestro país es el pan nuestro de cada día: tenemos calles dedicadas al General Franco, al General Mola o a la División Azul. Los bustos de Franco

o Primo de Rivera y de los «caídos por Dios y por España» pueblan nuestra geografía, ya sea en iglesias y catedrales o en plazas y calles. La cifra de desaparecidos por la represión franquista podría rondar, según algunas estimaciones, los 200.000, más del doble que la suma de los desaparecidos en las dictaduras chilena, argentina y brasileña. De hecho, ostentamos el macabro récord de ser el país de todo el planeta con mayor número de fosas comunes y desaparecidos, únicamente superado por la Camboya de Pol Pot. A ello hay que añadir cerca de medio millón de muertos por la contienda (y el hambre y las enfermedades derivadas de la misma) y otro medio millón de desplazados y exiliados. No obstante, y pese a unas cifras tan escalofriantes, la propuesta del PSOE, antaño principal partido «de izquierdas», sobre qué hacer con el enorme mausoleo y enorme fosa común que rinde culto al tirano, es convertirlo en un museo de la concordia y la reconciliación. En palabras textuales: «Un espacio de dignificación, honor y homenaje a todas las víctimas de los dos bandos de la Guerra Civil y de la represión de la dictadura, *un lugar abierto a la convivencia democrática de toda la ciudadanía y un espacio de reconciliación y concordia*»<sup>[9]</sup> (la cursiva es nuestra). ¿Alguien concibe un monumento en Europa a las víctimas de los dos bandos? Al margen, en muchos países, presentar una propuesta que equipare a las víctimas con los verdugos sería delito. Pero, como dice acertadamente el profesor Juan Carlos Monedero, España es el único país de Europa en el que se puede ser demócrata sin ser antifascista.

Una de las pocas películas españolas que se atrevió a coger el toro por los cuernos (y no aborda la Guerra Civil, sino la cruenta postguerra) y llamó a las cosas por su nombre fue *La voz dormida*, de Benito Zambrano (2011). Una película valiente, honesta, feminista y abiertamente antifascista. Una historia sólida narrada de forma categóricamente sencilla que te toca la fibra y emociona, gracias en gran medida a las soberbias interpretaciones de Inma Cuesta y una sorprendente María León. Y, como resulta obvio con el escenario que hemos expuesto anteriormente y en un país lleno de calles dedicadas a Franco, fue completamente lapidada y acusada de partidista, de roja y de posicionarse sin ambigüedades con el bando republicano. ¿Se imaginan a la crítica acusando a Spielberg de «posicionarse» con los judíos de los campos tras estrenar *La lista de Schindler*? ¿Acusado de maniqueísmo? Es que el capitán Göth interpretado por Ralph Fiennes parece muy nazi, muy mala persona. En esa escena en la que se dedica a fusilar

judíos con su rifle de precisión sentado en la terraza, «casi todo resulta previsible, enfático y forzado en una trama que no te deja pensar por ti mismo, que intenta manipularte torpemente». Lo suyo hubiera sido mostrar un enfrentamiento entre hermanos al grito de ¡los aliados bombardearon Dresde! que es más o menos lo que ocurre cada vez que se pretende recuperar la memoria histórica en este país: «es que los republicanos asesinaron en Paracuellos».

Huelga recordar que las críticas más despiadadas a *La voz dormida* no vinieron de la derecha recalcitrante, fue *El País* (qué casualidad) mediante la servil pluma del inefable Carlos Boyero, quien se encargó de lapidar la cinta de Zambrano. Boyero no se emociona con el filme porque «resulta previsible, enfático y maniqueo». Nosotros opinamos que Boyero cumple su papel de crítico de cine en programas de la *Ser* o artículos en *El Mundo* y *El País*, que ejerce como máximo exponente del *middle cult* patrio y funciona a la perfección como comentarista cuando algún incauto oyente llama a La Ventana para preguntar sobre *El lobo de Wall Street* u *Origen*. Pero el CINE, con mayúsculas, le viene muy grande. No olvidemos que se trata del mismo crítico que opina que Tarkovski es aburrido y *2001 una odisea del espacio* «un coñazo». Carlos Boyero no se emociona con *La voz dormida* por la misma razón que *Novecento* le parece «buena, pero un vergonzante panfleto lleno de banderas comunistas», no se emociona porque, sencillamente, no es de los nuestros. Su función (y su trabajo) es la de intelectual del régimen destinado a ser consumido por padres de familia de clase media que devoran el dominical de *El País* (y leen con ahínco las páginas de decoración e interiores), se afilian a Médicos Sin Fronteras y se creen rebeldes porque una vez con 22 años en la facultad se fumaron un porro de hierba: el paradigma de la más elevada mediocridad. Lo que resulta interesante (e inquietante) es que no lapida la película por su puesta en escena, sus interpretaciones o su dirección (ahí tiene que reconocer que es buena); la lapida precisamente por posicionarse políticamente sin ambigüedades. Preferimos no saber qué opina Boyero de obras como *El acorazado Potemkin* o *La sal de la tierra*, quizá es de esos esnobs que abogan por separar el arte de la política o quizás abrazó el credo *hipster* que coloca el cine militante en la cumbre del mal gusto. Bertolt Brecht nos pille confesados.

Volviendo a Zambrano, no podríamos dejar de mencionar su monumental *Solas*, obra cumbre del cine obrerista hecho dentro de nuestras fronteras y

probablemente la mejor película española sobre la clase obrera de las dos últimas décadas. *Solas* es cine obrerista porque basta con escuchar hablar a la protagonista para cerciorarse de que no está limpiando suelos temporalmente para pagarse un máster, por tanto, bajo el prisma del «precariado»; la protagonista de *Solas* sería clase obrera tradicional y no un nuevo sujeto emergente. O, quién sabe, quizá ni siquiera la considerarán obrera por no encajar en el retrato acartonado y folclórico de la clase obrera que utiliza la academia postmoderna vía un obrero cincuentón de mono azul.

### *Judíos y soviéticos*

El cine, al margen de sugestionar de manera determinante el imaginario colectivo, condiciona también la Historia, la forma y moldea hasta desdibujarla completamente. Cuando evocamos mentalmente la Segunda Guerra Mundial automáticamente nos viene a la memoria los norteamericanos desembarcando en Normandía, es probable incluso que hasta se nos aparezca la cara de Tom Hanks. No importa que Estados Unidos se incorporara mucho más tarde a la contienda y que la URSS cargara con el peso de la guerra, tanto en lo puramente militar y armamentístico como en el número de bajas (cerca de 25 millones de rusos perecieron en la Segunda Guerra Mundial según el profesor Fontana<sup>[10]</sup>). Fueron los soviéticos los que tomaron Berlín y fueron los soviéticos los que liberaron Auschwitz y el resto de campos de exterminio (Belzec, Sobibor, Treblinka, etc.); los aliados liberaron principalmente campos de prisioneros. De hecho, a muy poca gente pareció sorprenderle que al final de la oscarizada y lacrimógena *La vida es bella* (Roberto Benigni, 1997), el que libera el campo es un tanque acorazado del que asoma la cabeza un apuesto joven norteamericano que masca chicle y en un perfecto inglés *yanqui* le espeta al niño protagonista un *Hi boy*. La más que probable incongruencia histórica poco importa, alimenta el relato parcial y tendencioso en torno a la Segunda Guerra Mundial que la gran industria cinematográfica ha creado. La prueba evidente es que ahora mismo somos incapaces de recordar un solo filme que nos muestre cómo los soviéticos liberan Berlín o cómo entran a liberar un campo. Películas sobre los campos de exterminio hay muchas y de diversa índole pero todas cumplen, a grandes rasgos, el mismo esquema: en los campos de exterminio solo hay judíos

(triángulo amarillo). No existen los presos políticos comunistas (triángulo rojo), los homosexuales (triángulo rosa), ni mucho menos los gitanos (triángulo marrón), pese a que se calcula que cerca del 50 por 100 de la población romaní centroeuropea pereció a manos del Tercer Reich[\[11\]](#). En alguna ocasión hemos visto a judíos socialistas, véase *El pianista* de Roman Polanski (2002), o judíos comunistas en uno de los protagonistas de *Los falsificadores* (Stefan Ruzowitzky, 2007), pero siempre se encuentran en el campo por su condición primera de judíos, no de presos políticos, secundaria. La industria cultural olvida que los primeros en llenar los campos fueron los alemanes comunistas, la disidencia interna, pero hasta los campos de concentración albergan una latente lucha de clases que se traduce en una historiografía oficial en la que hay víctimas de primera (los judíos) y de segunda (los gitanos o los comunistas). Lucha de clases que se desnuda de manera brillante en *El pianista* cuando Polanski denuncia (para ira de los judíos ortodoxos de Israel) a la clase alta judía de Varsovia que intima con el enemigo nazi a cambio de mantener algunos privilegios. Nos encontramos siempre ante un tipo de filme estandarizado en el que no vemos nunca la liberación del campo, si ello se produce es de la mano de los americanos (poco probable estadísticamente), como en *La vida es bella*, o cuando los alemanes, sencillamente, abandonan el campo porque la guerra ha terminado, como ocurre en *Los falsificadores*. Spielberg no tiene tiempo para filmar a los soviéticos que liberan Auschwitz, pero sí para destrozar una obra maestra mediante los últimos cinco minutos de *La lista de Schindler* con la bandera de Israel a todo color. Por todo ello, y por más que lo intentamos, nos cuesta poner cara a los soldados soviéticos, sencillamente no existen en el relato que la industria cinematográfica ha levantado en torno a la Segunda Guerra Mundial. El Ejército Rojo es el extraño, el *otro*, el que carece de rostro. Y al carecer de rostro carece también de sueños, de miedos, de día a día en el frente, de amores a los que añorar o compañeros a los que llorar. En el mejor de los casos, son las bombas que se acercan a Berlín y que suenan cada vez más cerca (*El hundimiento*, Oliver Hirschbiegel, 2004). De hecho, y aunque pueda resultar sorprendente, hemos tenido que esperar 68 años para poder contemplar una superproducción que narre la mayor batalla que se produjo en la Segunda Guerra Mundial y probablemente el mayor y más masivo movimiento bélico de toda la historia. Hablamos de *Stalingrado* (Fedor Bondarchuk, 2013), obviamente de producción rusa y que misteriosamente,



pese al despliegue excelso en la producción y pese a tratarse de la primera cinta rusa rodada en 3D, no se estrenó en el Estado español.

#### LA CAJA TONTA AL SERVICIO DE LA PATRONAL: GENTE DE BIEN Y BUFONES

Recién concluida la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos se ve en la necesidad de transformar su modo de producción: los hombres regresaban del frente y se enfrentaban con el paro y, a diferencia de sus homólogos europeos, no había una nación que reconstruir. La mujer que ahora ocupaba el puesto en la fábrica de su novio o esposo, debía volver al lugar que ¿le pertenece? El *American Way of Life* no espera a nadie... En un breve periodo de tiempo la economía estadounidense pasa de ser una economía dependiente de la guerra a una economía dependiente del consumo<sup>[12]</sup>. Los motivos son varios y diversos. Una economía basada en el consumo, es decir, en productos y objetos perecederos derivados del deseo irracional de poseer, tiene una lucrativa y determinante ventaja, se puede perpetuar por el fin de los tiempos. La compra y venta de objetos de consumo se convierte en un pozo de inagotable riqueza. La mayoría de los productos son de una duración limitada y de una utilidad harto discutible desde una perspectiva racional y destinada a la conservación del individuo. El cómo se transforma una sociedad desde los cimientos tiene llana explicación, la entrada en escena del probablemente más revolucionario medio de comunicación de masas creado jamás: la televisión. Esta penetra en todos y cada uno de los hogares, su poder de persuasión es demoledor y la publicidad es la primera en percatarse de ello, tanto es así que la simbiosis absoluta entre ambas será prácticamente inmediata. Tostadoras, cepillos de dientes, coches, máquinas de cortar el césped, agencias de seguros, aspiradoras, maquinillas de afeitar, sótanos antiatómicos, familias alegres y felices jugando en el porche, jóvenes ejecutivos con sus cadillacs, el pequeño Jimmy que reparte periódicos con su bicicleta, el baile de fin de curso en el gimnasio del instituto y Buddy Holly sonando en todas las radiofórmulas.

La clase obrera pasa de ser productora a ser además consumidora, nos encontramos con una «euforia dentro de la infelicidad». Como dice Marcuse: «La libre elección de amos no suprime ni a los amos ni a los esclavos. Escoger libremente entre una amplia variedad de bienes y servicios no



significa libertad si estos bienes y servicios sostienen controles sociales sobre una vida de esfuerzo y de temor, esto es, si sostienen la alienación»[\[13\]](#). Claro que Marcuse conoció los dorados sesenta y no la era Thatcher-Reagan o la España de los seis millones de parados; no podemos sino sonrojarnos de lo desfasados que han quedado algunos presupuestos teóricos que legitimaban cierta atenuación de la lucha de clases por una libre elección de bienes de consumo o por qué obrero y propietario ven el mismo programa de televisión y compran la misma pasta de dientes.

### *La máquina de generar consenso*

Las imágenes en movimiento entretienen y persuaden mucho más que cualquier periódico o revista sensacionalista. El Poder Mediático, ahora reforzado por la presencia de un televisor en cada núcleo familiar, será el catalizador de esos miedos manufacturados (amenaza roja, holocausto nuclear...) que le recuerde a la gente por qué nos necesita; por otra parte, se convertirá en el instrumento que publicite y transcriba las ventajas del nuevo modo de producción, del nuevo estilo de vida. La televisión se convierte en la fábrica del universo visual que nos rodea y del que a diario obtenemos los datos, tendencias y puntos de vista que determinan nuestra imaginación, nuestra concepción del mundo y de nosotros mismos. Ofrece, de forma gratuita, un torrente de imágenes aceleradas y repletas de efectos y trucos visuales que alteran nuestra natural percepción y nos privan del hábito de una contemplación detenida y pausada, sin saltos ni aceleraciones; en otras palabras, real. La televisión manufactura un efecto narcotizante/hipnótico que se traduce en la pasividad acrítica e inoperante del espectador, cuya única función interactiva posible durante el proceso comunicativo se limita a cambiar de canal, eso sí, sin moverse del sofá mediante el mando a distancia. La televisión persuade y suministra un mensaje determinado y funcional, al no existir un punto de vista alternativo en igualdad de condiciones, es decir, con la misma capacidad de alcance de la televisión, esta impone y totaliza de manera irrefutable su concepción de la existencia; nos dice cómo vestir, cómo vivir y, lo que es más peligroso, cómo pensar.

La imagen compone la materia prima principal del lenguaje y universo televisivo. Su poder persuasivo reside en su naturaleza paradójica; por un

lado, mediante un complejo dispositivo técnico, es capaz de generar de forma objetiva y con precisión una realidad dada, su objetividad reproductora es indiscutible; pero, por otra parte, esa misma realidad es alterada en la dirección o sentido concreto que el realizador, el montador, director de informativos, etc., quieran agregarle. De hecho, tendemos a pensar que aquello que se ha visto en televisión es inequívocamente real, cierto e irrefutable. Cualquier ciudadano daría mucha más credibilidad a una noticia vista en televisión que otra que abordara el mismo acontecimiento leída en prensa o escuchada en radio. El individuo, y con toda la razón del mundo, tiende a creer aquello que sus ojos le dicen, ello no significa que sus ojos no puedan equivocarse o que lo que esté viendo sea verdadero. Muchos factores convierten una imagen en principio netamente objetiva, en una imagen cargada de simbolismo, ideología o significado. Pongamos un ejemplo básico en el que podemos alterar el significado y simbolismo de la imagen en muchos sentidos.

Tenemos la noticia de una manifestación contra la actual crisis económica en el centro de Madrid, y se producen algunos disturbios y enfrentamientos con la policía. Las imágenes que poseemos contienen varias secuencias, planos de jóvenes portando pancartas y coreando consignas, grandes planos generales de la manifestación, un total (entrevista) de una de las personas miembro de uno de los colectivos convocantes y más planos del final de la manifestación, cuando se producen los disturbios y enfrentamientos.

*1.ª adulteración, el director de informativos:* el orden en el que introduzca la noticia en la escaleta será determinante para condicionar la percepción del espectador. No es lo mismo que la noticia sea incluida al azar que entre específicas noticias elegidas a conciencia. Colocar nuestro suceso detrás de una noticia en la que se narra la detención de un grupo de jóvenes vascos por pertenencia a ETA transformaría la percepción con la que el espectador recibe nuestra noticia; es una forma sutil de relacionar y vincular ambos acontecimientos y obtener rentabilidad ideológica.

*2.ª adulteración, el montador:* la utilización arbitraria de los planos es concluyente. El montador puede ser equitativo y en el minuto y medio que dispone para narrar los hechos puede sacar planos generales de la manifestación, la entrevista a un miembro de los colectivos, las pancartas y

consignas... pero, sin lugar a dudas, la violencia y los disturbios monopolizarán el reportaje. La violencia es espectáculo y, como tal, vende. El telediario pertenece a una empresa privada y, como en todas, mandan los beneficios.

3.<sup>a</sup> *adulteración, la voz en off del periodista*: es probablemente lo más importante a la hora de cargar de simbolismo, ideología o significado una imagen. La voz podría empezar diciendo: *Esta tarde en Madrid se ha producido una manifestación en contra de la actual crisis económica que ha congregado a un número X de personas que reivindicaban... bla bla bla... a última hora se han producido incidentes entre la policía y algunos manifestantes que...* Pero eso sería demasiado imparcial, lo habitual es: *Graves disturbios en el centro de Madrid. Jóvenes antisistema fuertemente organizados se han enfrentado a la policía, que se ha visto obligada a cargar con contundencia...* Mientras, se suceden imágenes de cuatro encapuchados lanzando piedras y policías con escopetas lanza-pelotas en mano, en algunos telediarios ponen hasta música inquietante mientras narran el reportaje. Desaparecen los planos generales, así como las pancartas con los lemas, todo se reduce a que un grupo de descerebrados se dedican a destrozarse mobiliario urbano y enfrentarse a las fuerzas del orden no se sabe muy bien por qué. ¿Se podría ser más tendencioso? Claro que sí: sustituimos la entrevista al manifestante perteneciente a los colectivos convocantes por las incendiarias declaraciones de uno de los vecinos que clama al cielo indignado porque le han roto una luna de su escaparate.

Este ejemplo ilustra cómo a una noticia se le puede alterar su significación y se puede criminalizar ideológicamente. De una forma más o menos tendenciosa, el espectador sería informado de que en Madrid se han producido enfrentamientos con la policía. Las imágenes no engañan, son el resto de elementos –contexto, sonido, selección de planos– los que transforman la noticia en una dirección u otra, pero se podría ir más lejos todavía. En infinidad de ocasiones, directamente las imágenes no corresponden con lo que narra la voz en *off*, en casos de esa índole la ruptura con la realidad es completa y produce un efecto peligroso en extremo. CNN llegó a emitir una crónica telefónica desde una supuesta manifestación en Caracas mientras simultáneamente aparecían en pantalla disturbios de México. Televisión Española narró disturbios también supuestamente en

Caracas mientras utilizaba imágenes de archivo de manifestaciones brasileñas en las que la policía reprime duramente: la cadena tuvo que retractarse públicamente[14]. Telecinco emitió un documental denunciando una supuesta prostitución infantil en Cuba con imágenes de archivo robadas a un documental alemán: el director del mismo ha denunciado a la cadena del grupo Vocento, el caso está en los tribunales[15]. Durante la sospechosamente mediática represión china sobre el Tíbet, televisiones alemanas utilizaron imágenes de disturbios en Nepal, filtrándolas en nombre de la famosa represión del Ejército chino[16]. Tenemos también las famosas incubadoras que desencadenaron la primera Guerra del Golfo, el célebre cormorán y la marea negra, las fosas comunes de la antigua Yugoslavia, la supuesta toma de Trípoli por los rebeldes libios grabadas en Qatar... la lista sería infinita[17]. Sin la necesidad de caer en la paranoia esperpéntica de Baudrillard, podemos afirmar que la televisión construye una serie de realidades alternativas o paralelas en las que el espectador participa, de forma inconsciente, en la redefinición conceptual de determinados acontecimientos, transformados con el fin de afianzar posiciones hegemónicas. Siendo poco perspicaces, salta a la vista que la mayoría de rupturas con la realidad, o criminalizaciones ideológicas, se utilizan para desprestigiar modelos de organización social y política distintos o contrarios al dominante. Sería demasiada casualidad que en la mayoría de las ocasiones en las que un gigante mediático pide disculpas por una información errónea, se trate siempre de países como Cuba, Venezuela, China, la antigua Yugoslavia... Por supuesto, cuando se produce la aclaración o el gran medio se retracta, lo hace con la boca pequeña y la repercusión social no provoca el impacto suficiente para mudar el ideario colectivo; en consecuencia, la realidad transformada, la realidad *no real*, construye y condiciona la historia, principal víctima. Los grandes medios siempre se equivocan, manipulan o sesgan en la misma dirección ideológica, las razones son obvias, el que paga manda.

### *La tiranía del publicitario*

La publicidad condiciona y estructura de manera arbitraria la parrilla televisiva. La programación de las distintas cadenas no será diseñada por periodistas o licenciados en Comunicación, estos quedan relegados a una

función meramente instrumental y práctica, serán los gigantes empresariales los que decidirán qué debemos ver, a qué hora lo debemos ver y cada cuánto lo deberemos ver. El objetivo último y principal de la creación de una nueva serie o programa no es el de entretener al espectador, otorgar prestigio a la cadena en función de su calidad o hacer subir las audiencias. El objetivo no es otro que la inserción de anuncios publicitarios, ellos financian y sostienen el espacio televisivo; de hecho, son la única fuente de ingresos que la televisión posee para sufragar sus equipos técnicos con capacidad de emisión, así como sus instalaciones y profesionales. El complejo dispositivo que hace posible que llegue la señal hasta el interior de nuestros hogares se reduce a un mero soporte al servicio de la publicidad. Esta circunstancia hará que el espacio y el tiempo televisivo se coticen hasta cotas insospechadas, lo que inevitablemente provocará que únicamente los grandes complejos industriales/financieros opten al privilegio de ver sus productos anunciados en millones de hogares simultáneamente. Es tan sencillo como preguntarse por qué la panadería de tu barrio no la anuncian en Antena 3.

La publicidad es el elemento fundamental que produce los beneficios en las grandes corporaciones mediáticas. Se retroalimentan mutuamente: sin consumo y por tanto sin publicidad, los grandes medios no podrían continuar existiendo; sin los grandes medios en los que ofrecerse al gran público, el consumo se reduciría al boca a boca y ámbito local, casi al trueque. Aquí reside la clave: si mediante la publicidad los grandes grupos empresariales sostienen la televisión económicamente, y dado que la televisión no puede ser mantenida de otra manera (bajo condiciones de producción capitalistas), la naturaleza de la misma jamás podrá ser objetiva e imparcial. Su idiosincrasia y su lógica responden a unos intereses concretos, vinculados a un grupo de personas reducido e identificable. Los modelos, valores e ideología que reproduzca el medio televisivo, responderán a los intereses vinculados a los anunciantes. Como de forma muy honesta afirman Paul F. Lazarsfeld y Robert K. Merton para justificar el mismo sistema mediático que nosotros intentamos someter a crítica: «Quienes mantienen las empresas son aquellos que hacen publicidad a través de dichas empresas. Es el mundo de los negocios el que financia la producción y distribución de los medios de comunicación para las masas. Al margen de toda intención, quien corre con los gastos tiene derecho a elegir». Bravo por su sinceridad. Sin anuncio no hay serie o programa, sin anuncio no hay periodista, sin anuncio no hay

televisión, sin televisión no habría... ¿sistema de organización social y política tal y como lo conocemos?

En las facultades de Económicas argumentan que la publicidad es el método mediante el cual un fabricante dado difunde los beneficios de su producto, con el fin último de lograr venderlo. De esta forma la publicidad se ve en la necesidad de crear y modificar las tendencias de la demanda. Pero en la Facultad de Comunicación (algunos profesores buenos) nos enseñaron que la publicidad es una técnica de comunicación masiva cuya meta es suministrar al individuo aquello que no necesita realmente, una serie infinita de necesidades creadas. Aquello que el individuo sí necesita se encuentra a su disposición sin necesidad de publicidad y de forma casi gratuita, por ello se debe alterar la demanda; en otras palabras, se debe crear, diseñar una demanda, pues la demanda de verdaderas necesidades ya está cubierta y es muy limitada. A su vez, cuantos más anuncios copan nuestros espacios públicos, menos efecto producen los mensajes en el espectador/consumidor, la saturación es total, por tanto los publicistas no pueden, no deben conocer límite y rompen todas las barreras imaginables, rozando en ocasiones el esperpento, el sexismo, el racismo... y especialmente el clasismo. Lo que sea necesario si demuestra que sirve para vender mejor determinado producto. La medida, la discreción o la prudencia son términos ajenos a la industria publicitaria; se trata de llamar la atención y vender productos, no de ser cívicos ni mucho menos morales.

La publicidad, en tanto que pretende cambiar las mentes y suscitar determinado comportamiento en el sujeto, es propaganda, y como toda propaganda promueve la creación/ejecución de determinadas actitudes. Por lógica aplastante, si el propagandista *está a favor* de ciertas actitudes y valores, naturalmente debe *estar en contra* de otras. Lo que nos viene a decir en pocas pero siniestras palabras, es que toda televisión y por ende todo medio de comunicación masivo, es propaganda. La tarea del propagandista es doble, por un lado debe promocionar su punto de vista como verdadero, por otra parte debe desvirtuar, distorsionar o empequeñecer alternativas o puntos de vista distintos. Indudablemente la televisión es el medio ideal para transmitir este tipo de mensajes.

*Publicidad y clase obrera: la imagen ausente*

Invitamos al lector a hacer un pequeño ejercicio mental con nosotros: intente recordar un solo anuncio publicitario en el que su protagonista (o protagonistas) pertenezca o parezca pertenecer a la clase obrera y/o trabajadora. Dejaremos unos segundos para recordar.... ¿Cuesta, verdad? De hecho nos resultaría chocante y fuera de lugar que el padre que llega del trabajo con huevos Kinder para reunirse con su idílica familia, vistiera un mono azul o la camisa de cajero en Mercadona. No hace falta mencionar a los hombres que anuncian coches, relojes o alta tecnología. El caso de la mujer es más sangrante si cabe, reducida a mero objeto sexual; su función es estar delgada, sonreír y lucir palmito. Y ser burguesa, por supuesto. El caso de los anuncios de cereales, como veremos a continuación, es bastante significativo.

El spot se estructura generalmente en dos partes, en la primera la joven atractiva desayuna en casa medio desnuda, después en la segunda parte (ingeridos ya los milagrosos cereales que mantendrán su escultural silueta) sale de casa con un traje de chaqueta dispuesta a dominar el mundo. Suele desayunar sola porque es independiente y dinámica, y una ejecutiva agresiva no va a tirar su carrera profesional por la borda: tener hijos es un obstáculo que además afea la figura. Machaca al prójimo y «siéntete estupenda» (*Special K*). Cuando nos encontramos con madres, igualmente se trata de mujeres esculturales con trabajos estupendos y súper interesantes, trabajos que por supuesto permiten la combinación de la vida laboral con la maternidad (como si el hombre fuera incapaz de cuidar de los hijos o de limpiar la casa), pero el tono es menos agresivo y más armonioso. Un tono que, por cierto, oculta que con toda probabilidad la casa en la que vive no la limpia ni ella ni su marido, sino una trabajadora doméstica inmigrante, la misma que cuida a sus hijos por cuatro duros para que ella pueda salir a «comerse el mundo» de manera supuestamente emancipada. La realidad no mediática nos dice que las probabilidades de ser despedida (por una compensación ridícula tras la última reforma laboral) si te quedas embarazada son altísimas, pero el publicista no refleja la realidad, sino que dibuja una realidad utópica; el anuncio no es lo que es, es lo que nos gustaría. Siempre aparece una báscula y, como no podría ser de otra manera, se busca la delgadez porque se trata de estar bella, no sana.

La ropa, el estilo, el tono, el vocabulario, el tipo de vivienda, de trabajo y de hábitos que conforman la narrativa publicitaria son siempre generados por y para la clase media y alta. En publicidad, la clase obrera ni está ni se la

espera. Primero, porque los productos destinados intrínsecamente a las clases populares no necesitan publicitarse, pues cumplen un papel netamente funcional (unos vaqueros de Alcampo o una leche de marca blanca en Carrefour); de hecho, nadie se siente culpable tras comprar tres pares de calcetines en el mercadillo o un paquete de macarrones en Mercadona. El caso de Mercadona es bastante paradigmático como gran empresa cuyo grueso de clientes pertenece a las clases populares: es una de las macroempresas más boyantes y ni siquiera necesita anunciarse en televisión. En cambio, el supermercado de El Corte Inglés lo vemos una y otra vez en carteles urbanos o patrocinando las noticias de Antena 3 o el espacio meteorológico. Claro que no es lo mismo la sección de charcutería de El Corte Inglés que la de Mercadona, la primera está destinada a sibaritas paladares; la segunda está destinada a alimentar a la plebe. La primera satisface deseos; la segunda, necesidades.

### *La espectacularización de la clase obrera*

El 30 de marzo de 2010 se produjo el definitivo apagón analógico de nuestra televisión, nos adentrábamos en el tenebroso y colorido mundo de la TDT (Televisión Digital Terrestre). Según la página del Ministerio de Industria, la TDT es el resultado de la aplicación de la tecnología digital a la señal de televisión, para luego transmitirla por medio de ondas hercianas terrestres, es decir, aquellas que se transmiten por la atmósfera sin necesidad de cable o satélite y se reciben por medio de antenas UHF convencionales<sup>[18]</sup>. En otras palabras, una nueva aplicación tecnológica que permite aprovechar mejor el ancho de banda, lo que implica un aumento considerable del número de canales y de información. Algún ingenuo podría pensar que mayor espacio daría lugar a una televisión más plural y rica en contenidos, nada más lejos de la realidad. Ahora podemos disfrutar de ocho reposiciones seguidas de *Hermano Mayor* o *Callejeros*. Es decir, la bazofia de siempre aumentada hasta el absurdo vía permanentes reposiciones y repeticiones.

La mecánica de *Hermano Mayor* es sencilla, monotemática y repetitiva. En su página web nos lo explican: «¿Quieres participar en la nueva temporada de *Hermano Mayor*? ¿La convivencia en casa es insostenible? ¿La relación



padres e hijos está rota? ¿La tensión se ha adueñado de vuestras vidas? ¿Vuestro entorno y toda la familia sufre las consecuencias de este conflicto? Pedro García Aguado busca jóvenes problemáticos de entre 18 y 22 años que no respetan las normas más elementales de convivencia»[\[19\]](#). Entonces aparece el antiguo deportista de elite y exdrogadicto Aguado y se inicia el proceso de reeducación, un proceso filmado en todo momento a través de las cámaras de Cuatro. El guion se repite semana tras semana: el adolescente es casi siempre un chico o chica de barrio que no sabe comportarse en sociedad y maltrata a su familia, que es víctima impotente de su furia verbal e incluso de sus agresiones físicas. Al principio el chico o la chica en cuestión grita durante todo el tiempo y rechaza cualquier tipo de ayuda, después Aguado y una psicóloga hacen ver al adolescente conflictivo lo reprochable de su comportamiento (para ello se ayudan muchas veces de alguna celebridad a la que idolatre el adolescente), y el programa termina con un empalagoso abrazo familiar y con los televidentes –padres de clase obrera con pretensiones de clase media que no han sabido nunca lo que es tener hijos problemáticos– musitando aquello de «con una buena hostia a tiempo...». Ellos y la pequeña burguesía pueden volver a sentirse a salvo: el Jonathan o la Sheila de turno no volverán a hacer maldades.

El guion, como no podía ser de otra manera, centra la culpa únicamente en el individuo, invisibilizando las condiciones materiales y familiares que lo rodean, abrazando el dogma liberal que busca soluciones individuales centradas en la autoayuda a problemas que en realidad son colectivos e inequívocamente políticos, tales como el paro juvenil, las familias desestructuradas, la ausencia de ayudas a la dependencia o el que, sencillamente, en una sociedad basada en el hiperconsumismo salvaje es bastante probable que surjan individuos no adaptados entre aquellas capas poblacionales que no pueden participar de dicho aquelarre consumista. Aguado ejerce de *coach*-emprendedor (los términos de moda) para recordarnos que circunstancias como el paro juvenil (casi del 60 por 100 en nuestro país), o que te insulten en el instituto por ser lesbiana, desaparecerán si te esfuerzas lo suficiente y sonríes. Si eres feliz. Sé feliz, maldita sea. Sobre mencionar que la mayoría de familias participantes pertenecen a la clase trabajadora, algo que salta a la vista observando de cerca el tipo de pisos en los que transcurre el espectáculo o la profesión de los padres, por no hablar del deje o del pobre manejo de vocabulario de los participantes al hablar o

expresarse durante el *show*. Por si fuera poco, en los cortes del programa, se utilizan paredes llenas de graffiti para transmitir una innecesaria sensación de inseguridad y barrio «marginal». El hip hop y el flamenco suelen acompañar este tipo de cortes.

Nos encontramos con las miserias y discusiones de una familia aireadas en televisión para solaz de millones de espectadores, la cima del voyeurismo, pura pornografía social llena de gritos, insultos y actitudes reprobables. ¿Por qué dichas familias se prestan a vender su intimidad de una forma tan humillante? Por lo de siempre, por dinero. La familia participante recibe una no desvelada suma (presumimos importante) de dinero por el sencillo hecho de participar. Si a *Hermano Mayor* nos atuviéramos, pudiera parecer que ni médicos, ni abogadas ni arquitectos tienen problemas y disputas familiares. En realidad, la pequeña y alta burguesía también protagonizan discusiones de toda índole, pero por una parte no necesita el dinero y, por otra, como las infidelidades con el fontanero o la secretaria, siempre quedan de puertas para dentro. El motivo principal de las disputas en el programa de Cuatro siempre es el dinero: «¡Dame diez euros para salir con mis amigos! ¡Que me des diez euros!». Y se pone a destrozar la casa por diez malditos euros que su madre, soltera o divorciada y empleada de hogar, no puede facilitarle. Que el programa está preparado, calculado y guionizado resulta evidente, pese al contrato de confidencialidad, por distintas redes sociales y foros, donde se comenta vía conocidos de los protagonistas que, en muchas ocasiones, los adolescentes son animados a romper cosas y a elevar el tono de voz para aumentar el dramatismo de las escenas y, con ello, la audiencia. Huelga recordar que la labor terapéutica del programa *siempre* funciona: al existir contrato de por medio, si se diera el caso de un joven que rechaza por completo la ayuda, agrede a Aguado y manda el programa a freír espárragos, no cobraría. En realidad es un chantaje, o te curas o no cobras. Todos se curan. Los hijos de la clase obrera expuestos en el zoo de la televisión. Por su parte, los hijos de abogados, médicos y arquitectos no rompen cristales y puertas a gritos por diez euros: años más tarde rompen familias mediante las preferentes de Bankia o matan a enfermos de hepatitis C mediante recortes en sanidad.

Si en *Hermano Mayor* o *Princesas de barrio* (docu-reality que narra la vida de cuatro chicas de barrio estereotipadas como chonis hasta decir basta) es la clase obrera la que sufre su espectacularización, en *Callejeros* serán los

sectores marginales o lumpenproletarios quienes padezcan las crueldades de la llamada post-televisión. La mecánica es extremadamente sencilla: coger una cámara y un micrófono y desplazarse a las zonas más devastadas y empobrecidas de la ciudad, generalmente poblados chabolistas, bloques de viviendas o zonas habituales de tráfico de drogas como párquines de discotecas en polígonos industriales o mercados de la droga. Prostitutas, toxicómanos, exconvictos, traficantes de drogas o jóvenes pastilleros, todos tienen su minuto de gloria en *Callejeros*. En *Callejeros* el sensacionalismo no es una cosa más, es lo único: cuanto más excéntrico sea el personaje, cuanto más levante la voz, cuanto más visibles sean los efectos de las drogas, más prolongada será la *entrevista*. Es un auténtico circo de los horrores no destinado a denunciar la marginalidad o las condiciones insalubres en las que habitan muchos de nuestros ¿ciudadanos? o compatriotas sino a reflejar, a través de una cámara fría que no se compromete lo más mínimo, la miseria más absoluta y decadente. Eso cuando no se burlan directamente de los personajes «sin oficio ni beneficio» que pasan por su lente. El hambre del sensacionalismo más abyecto provoca situaciones verdaderamente indignantes como sucedió en un *Callejeros* en Valencia.

Debajo del puente de Campanar se formó una especie de campamento improvisado en el que cientos de inmigrantes (subsaharianos en su mayoría) vivían hacinados en condiciones completamente deplorables. Antes de ser desalojados salvajemente mediante chorros de agua a presión por el Excelentísimo Ayuntamiento de Valencia de Rita Barberá, se acercaron las cámaras de *Callejeros*. Había un montón de jóvenes organizados denunciando su situación y, de entre más de 500 personas hacinadas, solamente había una en visible estado de embriaguez. Sobra mencionar a quién de todos los inmigrantes entrevistó *Callejeros* «en profundidad». Bajo la lógica de la post-televisión, es mucho más rentable (desde un punto de vista estrictamente comercial) un borracho tambaleándose que un joven denunciando condiciones sanitarias insalubres. El ejemplo es paradigmático y resume a la perfección la naturaleza escatológica del programa. Por otra parte, y dada la preferencia del programa por la marginalidad, cabría mencionar que muchos de los protagonistas del programa son de etnia gitana, perpetuando así una imagen estigmatizada del pueblo gitano que nada contribuye a una convivencia sana: en muchos de los comentarios de la red social YouTube podemos leer comentarios pidiendo la castración química de

las mujeres gitanas para que no engendren a más de «estos elementos». Entonces, cuando estamos completamente saturados de todo de tipo de personajes, vidas destrozadas y esperpentos de toda índole, la clase media catalana hace una selección de los mejores, solamente auténticos campeones, la *crème* de la *crème*, la elite. Y nos lo empaqueta bajo un halo supuestamente progresista para que nos echemos unas risas y nos sintamos a salvo de vivir lejos de toda esa escoria.

APM (*Alguna Pregunta Más*) es una recopilación semanal de todos los personajes más *frikis* y excéntricos que recorren la parrilla televisiva. Después de *Callejeros*, *El diario de Patricia*, *Princesas de Barrio* o *Hermano Mayor*, encontramos el formato definitivo, la selección de los mejores momentos y lo mejor de cada casa. A modo de *collage* visual, se va sucediendo un torrente de imágenes con lo más esperpéntico de toda la semana. Los toxicómanos más graciosos, el gitano que hace sus necesidades en un pozo y los canis más machistas de toda la televisión. La diferencia (más hiriente a nuestro juicio) respecto a la telebasura tradicional y sensacionalista, es que APM se posiciona, es decir, mediante otras imágenes y declaraciones, cuestiona y censura los comportamientos. Por ello, pone risas enlatadas cuando un niño gitano presume ante las cámaras de no estar escolarizado o superpone una imagen de alguien vomitando cuando un joven del extrarradio intenta seducir a una joven en el parquin de una discoteca. APM nos dice qué es lo correcto y lo que no, las dosis de paternalismo y moralidad alcanzan cotas considerables. Uno de los *gags* más recurrentes es reírse de la gente (generalmente jóvenes de clase obrera) que conjuga mal los verbos. Por ello no sorprende que dos de los vídeos más viralizados del programa sean, por una parte, «El gitano que caga en los hoyos» (un joven de etnia gitana que entre risas nos cuenta que carece de un baño en el que hacer sus necesidades y lleva años cagando en un pozo), y «Se va a haber un follón que no saben dónde se han metido» (un padre de familia a punto de ser desahuciado con un hijo enfermo). Desde luego unas risas aseguradas.

APM no solo censura comportamientos y se ríe de las carencias, también hace política. Estudiando de cerca varios programas, suponemos que se trata de un posicionamiento muy cercano a las tesis de CiU (que, a fin de cuentas, es quien paga el programa): mientras le parece muy gracioso un padre desahuciado o que en pleno siglo XXI haya gente viviendo sin agua corriente en infraviviendas, no duda en hacer campaña por la independencia

(entonando sin decoro el *Espanya ens roba*) y criticar con virulencia a la derecha centralista y a la caverna. La mayoría de las ocasiones es con motivos fundados, pero a nosotros nos gustaría que, en lugar de hacer mofa y risotada con la miseria, la denunciara con la misma intensidad con la que hace campaña por el independentismo.

Para no faltar a la verdad, en diversas ocasiones ha sido también la clase alta (generalmente muy alta) la que ha sido víctima de sus mofas: millonarios excéntricos que se ríen de la gente gorda o personajes del mundo de la farándula en la línea de Carmen Lomana o Chabeli Iglesias. Pero, como es lógico y al margen de excepciones centradas en la prensa rosa, el grueso de la parrilla televisiva basura es nutrido por (generalmente) jóvenes de hogares desestructurados o con evidentes carencias culturales. Carencias que se presentan como sinónimo de ser de clase obrera, creando un determinado imaginario que los propios trabajadores asumen. En cambio, pocas veces esos graciosos guionistas televisivos, que igual que diseñan el APM crean al *nen* de Castefa o hacen los chistes malos de Buena Fuente, ridiculizan a la clase media. Y no por falta de oportunidades; podrían, por ejemplo, mostrar la incultura de los periodistas que abren la boca para decir barbaridades sobre cualquier realidad lejana de la que no tienen la menor idea pero sobre la que opinan alegremente... Pero, claro, eso sería pedirles que echaran piedras sobre su propio tejado.

\* \* \*

Hemos visto cómo la clase obrera es invisibilizada o directamente convertida en carnaza para el resto de televidentes. Parecía imposible llegar más lejos, pero en televisión no existen límites, ni morales ni mucho menos éticos o políticos. Lo mejor estaba por llegar, el más difícil todavía. Cuando parecía que la clase trabajadora no podía sufrir más humillaciones, aparecieron *El jefe infiltrado* y *Empeños a lo bestia*. Programas que demuestran, junto a otros como *Millonario anónimo*, que, al contrario de lo que nos dicen, las clases existen y el choque de intereses entre ellas sigue más vigente que nunca.

*El jefe infiltrado* es fiel a su nombre y se basa en eso mismo, un directivo de una gran empresa que se introduce de incógnito en el día a día laboral de una de sus empresas con el fin, por supuesto, de ver dónde hay fallos o dónde

se deben hacer mejoras en aras de aumentar los beneficios. Para justificar la presencia de las cámaras grabándolo todo, se le dice a los empleados que se trata de un programa que hace seguimiento a trabajadores de mediana edad que se acaban de reinventar. Los ingenuos asalariados pican como es previsible: en la actualidad existen programas que graban absolutamente todo.

Si de algo ha servido el programa es para poner de manifiesto que la máxima revolucionaria que dice que las empresas pueden funcionar sin jefes, pero no sin trabajadores, es una verdad como un templo. Era ciertamente grotesco ver a los altos ejecutivos en la cadena de montaje, en los repartos o pendientes de los pedidos. Están las personas torpes, luego están los altos ejecutivos. Ni uno solo fue capaz de adaptarse al ritmo impuesto por ellos mismos; de hecho, si hubieran sido verdaderos trabajadores en periodo de pruebas, ninguno hubiera sido contratado. Es delicioso verlos lloriquear en su torpeza y su desesperante lentitud cuando el trabajador o encargado de turno les echaba la bronca y les gritaba que así no, que esto tiene que ir más deprisa, que te has vuelto a equivocar, joder, que tú de dónde sales, etc. Resulta surrealista escucharles decir que eso no es forma de tratar a la gente.

El programa entero es una trampa y el ejecutivo, consciente de que están las cámaras y de que su empresa será vista de cerca por millones de personas, de repente se convierte en aguerrido sindicalista y adalid de los derechos laborales: no tienes que correr tanto, ponte la máscara, no hables así a los nuevos, etc. Se nos ocurre que siempre tendría que haber cámaras en los centros de trabajo, no para vigilar a los trabajadores sino para vigilar a los jefes cuando imponen un sistema productivo tiránico que luego rechazan (cuando hay una cámara de La Sexta). Este programa ha proporcionado grandes momentos, como cuando el impresentable director de Domino's Pizza España (empresa que merecería ser objeto de un boicot activo) recriminaba a los jóvenes repartidores, sin la menor de las vergüenzas, que no corrieran tanto con la moto. Obviamente los repartidores se encogían de hombros y aseguraban que si no corrían los pedidos no llegaban calientes, que si no llegaban calientes a ellos los echaban y que hacían falta más repartidores. Pero el momento cumbre llegó cuando el mismo ejecutivo tuvo que colocarse el disfraz de ficha de dominó gigante y salir a repartir publicidad. Como es lógico ante un trabajo tan humillante (de hecho en algunas ciudades los hombres-anuncio están prohibidos por ley), el trabajador

de turno, el que se ponía el disfraz de enorme ficha de dominó todos los días, lo hacía con cara de perro y a desgana. El ejecutivo de incógnito le espetaba que era un trabajo muy divertido y que tenía que aprender a motivarse. En ese preciso instante, lo hubiéramos estrangulado con nuestras manos desnudas.

En el programa desfila gente que no llega a fin de mes, madres solteras, jóvenes marginales que intentan rehacer su vida y todo tipo de historias truculentas y morbosas, pero se trata siempre de problemas personales, no de problemas laborales. El sueldo, las horas extras no remuneradas, el horario de trabajo, las vacaciones, etc., están fuera de toda discusión o debate. El sindicato desde luego está completamente vetado en el programa, no existe en el entorno idílico que del mundo del trabajo nos muestra La Sexta. Nos encontramos en un entorno laboral mágico, sin conflicto. Al final del programa y como el domador de la foca que le tira un pescadito si esta realiza sin equivocarse las cabriolas y piruetas pertinentes, los trabajadores más fieles a la empresa y más pelotas reciben una remuneración económica y el espectáculo termina con un paternal abrazo entre el jefe y el asalariado mientras las notas envolventes de una melosa melodía lo inundan todo. ¿Quién dijo lucha de clases? Lo que nos hubiera gustado un Jefe infiltrado en la planta de embotellamiento de Coca-Cola en Fuenlabrada o con los trabajadores de Movistar y su revuelta de las escaleras...

Por su parte, *Empeños a lo bestia* se sitúa en la desolada Detroit, ciudad declarada en quiebra total y antaño paraíso y centro neurálgico de la industria automovilística (la deslocalización capitalista no es patriota y ni siquiera respeta a los suyos). La esperanza de vida en Detroit es menor a la de Cuba, Venezuela o Ecuador, y en las pocas escuelas que siguen funcionando (la ciudad se vacía a pasos agigantados) han surgido brotes de paludismo. En un escenario en donde las casas se vacían y la mayoría de negocios echan el cierre, la casa de empeños American Jewelry vive un momento dulce, tanto como para dedicarle un programa que narre el día a día en una ciudad salvajemente golpeada por la crisis económica.

La tienda (en realidad del tamaño de una gran superficie o centro comercial) es regida por una macarra cincuentón que lleva pendientes con brillantes y una enorme y gruesa cadena de oro colgando de su cuello y que, como él mismo reconoce, está aquí para ganar dinero. No hay mayor misterio, secreto o guion previo, el programa es una sucesión de pobres que empeñan lo poco que les queda para disponer de algo de dinero en metálico y

poder llenar la nevera, todo ante las cámaras. Como ha ocurrido siempre con los prestamistas, se abusa de manera miserable de la persona necesitada y vemos desfilar a padres de familia que empeñan el cortacésped por quince dólares o madres solteras negras que venden su microondas por ocho dólares (con suerte). La necesidad lleva a la desesperación y en muchas ocasiones la transacción o préstamo termina de manera violenta y a gritos. Es entonces cuando suben los índices de audiencia. Es cuando los gorilas de seguridad sacan a rastras a esa madre soltera que quiere un par de dólares más por su secador o su anillo de compromiso. Es cuando el propietario —el macarra de la cadena de oro al cuello— se pone chulo con los clientes y los echa a gritos de su tienda, consciente de que los gorilas reducirán al padre de familia desesperado antes de que se le acerque a escasos dos metros. Es cuando nos preguntamos en qué tipo de civilización vivimos, que no solo provoca este tipo de situaciones de miseria sino que además las filma y retransmite para todo el país. La clase obrera, los pobres, los desheredados, aquellos que habrían de heredar la tierra pero han sido desposeídos, expuestos en el circo de la televisión por cable. Un circo moderno que se burla de sujetos históricos y de sus carencias: conforme aumentan los desahucios aumentan también los programas en donde millonarios carismáticos nos enseñan por dentro sus enormes mansiones y su buen gusto para la decoración en cocinas de sesenta metros cuadrados o en piscinas climatizadas con cascada incluida. Pura obscenidad, más en los tiempos que corren. En la misma línea burlona nos encontramos que, mientras regresa el hambre y en muchos hogares miles de niños no pueden hacer tres comidas al día, se disparan los programas dedicados a la cocina: *MasterChef*, *Top Chef*, *MasterChef junior*, *Todos contra el chef*, *Duelo de chefs*, *Mi madre cocina mejor que la tuya*, *Pesadilla en la cocina*, *Cocina con Clan*, *Sabotaje en la cocina*, *Un país para comérselo...* La comida, que ya no llena muchas neveras, llena ahora nuestro entretenimiento a través de la caja tonta.

La historia, dijo un loco barbudo alemán, tiende a repetirse: a principios del siglo XX, en las grandes urbes europeas y norteamericanas, niñas de tribus africanas eran expuestas (previo paso por taquilla) en zoológicos públicos para el deleite de los curiosos espectadores, blancos, que se sorprendían condescendientes del tono de la piel, del pelo rizado o de los labios carnosos de aquellas exóticas criaturas abandonadas por Dios. En la actualidad el hombre y la mujer negra han vuelto al zoológico. Al zoo de la televisión:



programas como *Policías* o *Empeños a lo bestia* se empeñan en mostrarnos a negros haciendo maldades, a negros expuestos tras una pantalla (que hace de jaula segura) para su visionado por millones. El objetivo no es otro que generar en la clase media una mezcla de miedo, asco y morbo. La negra vuelve a ser expuesta en el zoológico, esta vez no es una niña de una tribu como a principios del siglo XX, hoy es una madre soltera que empeña su microondas por ocho malditos dólares.

## MÚSICA DE MASAS Y GUSTOS POPULARES

El sociólogo César Rendueles nos recordaba en su Twitter que el grupo Camela actuaba después de muchos años en Barcelona, que se trataba de una formación que había vendido siete millones de discos, que se habían vendido miles de entradas pero que, misteriosamente, tan solo tres medios escritos habían pedido acreditarse para cubrir el evento.

Cuando el grupo de hip hop Violadores del Verso lanzó su tercer álbum, *Vivir para contarlo*, se colocó de forma inmediata el número uno en la lista oficial de ventas Promusicae, desbancando a la cantante Malú. La noticia llegó al despacho de los peces gordos de Sony (discográfica de Malú) que entraron en cólera y movilizaron a una legión de abogados. Aquello no podía ser, un grupo de raperos en una discográfica independiente no podía destronar del número uno a nuestra pupila superventas. Los abogados, tras conocer las cifras de ventas después de hablar con Promusicae, no tuvieron más remedio que reconocer la dolorosa realidad.

Durante la fiesta de los Premios de la Música Independiente los grupos recogieron sus premios con total normalidad, dedicaron los galardones a sus padres, a sus madres y a sus agentes y sellos discográficos. Cuando el grupo Los Chikos del Maíz recogió su premio al mejor disco de música urbana, recordaron la ausencia del ministro de Cultura alegando que estaría cerrando algún colegio público. Seguidamente denunciaron las redadas racistas que reprimían a los manteros a tiros, la ola de recortes en sanidad y educación y dedicaron el premio a toda la gente que se estaba movilizandando en las calles. También hicieron alusión a las cacerías del rey Juan Carlos y pidieron una república. Cuando la televisión nacional (La2) retransmitió la gala, todos los grupos aparecieron recogiendo su premio excepto Los Chikos del Maíz.

¿Casualidad?

Cuando Fermín Muguruza recogió su premio en la gala de los Premios de la Música y denunció el cierre del diario vasco *Egunkaria*, no le dejaron apenas terminar su discurso: los pitos, los abucheos e insultos inundaron el teatro. Siete años después se demostró que el citado diario no tenía relación alguna con el grupo armado ETA y la Audiencia Nacional absolvió a toda la dirección del periódico. Decenas de trabajadores se vieron en la calle. Algunos de los detenidos denunciaron torturas en comisaría. A fecha de hoy nadie ha pedido perdón ni ha asumido responsabilidad alguna, sea de tipo judicial o económica.

Ejemplos los hay de todos los colores, pero todos apuntan en la misma dirección: la disonancia o brecha entre la música que escucha el pueblo y la música que pretende imponer el *establishment* mediático, es cada vez mayor. No importa si se trata de grupos alternativos politizados que llenan salas y festivales o de grupos como Camela (un grupo no politizado pero que se escucha en todos los barrios proletarios del Estado español) que, pese a vender millones de discos, se ven excluidos de las listas de ventas y de la prensa musical.

Quizá una de las excepciones en este sentido es Estopa, integrado por los hermanos Muñoz, dos extrabajadores de una cadena de montaje provenientes del barrio de San Ildefonso, en Cornellà de Llobregat, una de las zonas más proletarias del cinturón rojo barcelonés. Los Estopa vienen de la clase obrera y gustan a la clase obrera. A pesar del éxito siguen teniendo una imagen de chavales de barrio normales y corrientes que no necesitan fingir un deje que no es suyo ni pretenden esconder o manipular sus orígenes. Estopa contrasta con muchos otros grupos y solistas que se encuentran en el mundo musical, donde proliferan los enchufados por algún músico, excantante o famoso de turno que les ha abierto las puertas del negocio (pensemos en tantos hijos de, sobrinos de, nietos de... incursionando en la música con toda facilidad, aunque sus cualidades musicales sean nulas, como muestran los casos de Álex Lecquio o Kiko Rivera). La industria musical mima a los Estopa y hasta trata de repetir la fórmula de su éxito creando un Melendi pseudorrumbero que pone acento del sur al cantar, a pesar de ser asturiano.

Pero, curiosamente, existe una diferencia de trato y valoración entre Camela y Estopa por parte de la crítica, donde quedan claros los prejuicios y hasta, se podría decir, cierta xenofobia. Camela tiene integrantes de etnia gitana que

antes de vivir de la música se dedicaban a la venta ambulante en los mercadillos, mientras que los Muñoz son payos trabajadores de fábrica. Incluso en la clase obrera hay estratos diferenciados y jerarquías. Pero hay algo que los iguala. Aunque ambos grupos son dos de los referentes del éxito de masas que pueden conseguir miembros de la clase obrera en el mundo de la música, algunos críticos consideran que el tecno-rumba o la rumba-pop no son sonidos al nivel de otros estilos. Son esos esnobs que solo reconocen escuchar a grupos como Los Chichos cuando estos se vuelven producto de culto *vintage* y van al Primavera Sound, pero no mientras eran el grupo que sonaba a todas horas en los barrios periféricos. ¡Cómo van a escuchar ellos la misma música que se escucha en las cárceles o en los barrios más deprimidos! Nuevamente, los prejuicios de clase aparecen aunque se traten de ocultar bajo el manto de criterios puramente musicales. Se encuentran detrás de las críticas y valoraciones supuestamente musicales pero que en realidad se basan en criterios extramusicales de quienes se creen superiores por escuchar determinado tipo de música. De hecho, si sometiéramos los elementos musicales (armonía, ritmo, orquestación, etc.) presentes en estos estilos, vistos como «lolailos» por los esnobs de turno, a un análisis teórico comparativo con los existentes en estilos como el pop o el *indie*, encontraríamos que no son tan distintos[20].

### *La Movida madrileña como síntoma*

El aparato mediático nos recuerda constantemente qué debemos escuchar y qué no. El asunto no es nuevo. Tras la muerte de Franco, y con la llegada de las ansiadas libertades, se abrió un enorme abanico de posibilidades, consensos y relaciones en despachos y camerinos. Eso fue la Movida, una gran mamada colectiva.

Para analizar la Movida hay que entender o situar bien el fenómeno de la postmodernidad. Teníamos razón, nuestro modelo de organización era el único viable o, como se empeñaban en decir desde la socialdemocracia antiguos maoístas hoy notarios o profesores de universidad, era el menos malo de los modelos. Ahora estábamos a salvo. Ese invento llamado postmodernidad servía de coartada para rematar cualquier viso de compromiso social o ético, invento que bien podría resumirse como «una

actitud más frívola de diseño, fiesta y cinismo de terciopelo que invade revistas de cultura, debates públicos y comportamientos cotidianos [...] repleto de conceptos sintomáticos como repetición, exceso, detalle, fragmento, metamorfosis, inestabilidad, desorden, caos, perversión, laberinto...»[21]. En realidad, hoy podemos arriesgarnos a sentenciar que más allá de una actitud, una conciencia (o falsa conciencia) de una época definida o un método de análisis de la realidad, la postmodernidad no fue más que un periodo histórico concreto, un puñado de años en los que la batalla ideológica se decantó de parte de los buenos, los que creían en el mundo libre, rápido y flexible. Dicho fenómeno tiene poco de extraordinario o inusual, aunque algunos se empeñaran en que habíamos llegado a un no-punto de la Historia, a una no-historia, o lo que es peor, a una posthistoria. Sencillamente se enmarca en la estrategia capitalista que tiene por meta última sepultar cualquier viso de alternativa a la forma de organización política y económica existente[22]. En otras palabras, la postmodernidad no fue más que un modelo de propaganda en un periodo concreto que obtuvo muy buenos resultados, una acertada campaña de *marketing*.

En el Estado español, y como suele ser costumbre, nos subimos tarde y mal al carro de lo postmoderno, salto al vacío que se percibía muy complejo tras 40 años de oscurantismo cultural y represión abierta. Lanzarse al pozo de la fragmentación y lo frívolo, zambullirse en la ciénaga nihilista del todo vale y retozar con el lema *No hay alternativa* sin mancharse las manos de mierda y sangre, se convertía en una difícil tarea, pero se hizo, vaya si se hizo, de la noche a la mañana además, y a golpe de subvención. No existe ningún fenómeno que ilustre de forma más propicia y adecuada el desembarco de la postmodernidad en nuestro país, como ese engendro llamado Movida madrileña. Ahora, con cierta perspectiva histórica, es el momento de plantearse qué fue y qué nos ofreció la tan cacareada y vanagloriada Movida madrileña.

Lo primero que constatamos al abordar dicho monstruo cultural es que, junto a la famosa y sacrosanta Transición democrática, es de los pocos fenómenos o periodos que gozan de una visión positiva e incuestionable por parte de los *media*; existe una unanimidad más que sospechosa a la hora de valorar la Movida, no importa que el periodista sea de *ABC* o *La Razón*, de *El País* o *Público*, todos la ensalzan como un periodo casi mágico y, lo que es peor, necesario, circunstancia que debería habernos puesto en alerta desde

hace tiempo. La Movida, insistimos, es, junto a la Transición y la Monarquía, uno de los mitos mejor asentados en el imaginario colectivo español; muy pocas voces se atreven a cuestionarla. Nosotros, como somos de los malos, de los que no se creen el cuento del mundo libre, rápido y flexible, romperemos una lanza.

No podemos olvidar el contexto mundial en el que se produce la Movida, los perversos años ochenta; falta todavía por escribirse el ensayo perfecto que narre con exactitud el verdadero advenimiento de oscuridad que supuso la llegada de dicha década prodigiosa: Reagan, Thatcher, techno-pop, heroína, postmodernidad, permanentes rizadas y laca, sida, películas de Almodóvar, video clubes, discos de Mecano, la muerte de Steve McQueen... En un contexto tan poco propicio para los movimientos contraculturales surge la Movida, la misma que –bajo nuestra parcial opinión– no fue más que un puñado de grupos de lo más mediocre, de una calidad ínfima, una ceremonia del mal gusto y lo cutre, un aquelarre de inofensivo nihilismo[23] que se le metió con calzador y sin vaselina a unas masas alienadas que terminaron siéndolo un poco más cuando concluyó el proceso, tutelado de principio a fin por las instituciones. Todo ello, por mucho que algunos críticos musico/culturales en nómina de PRISA se empeñen en tildar dicho periodo como *la edad de oro* de pop español. Ver a Pedro Almodóvar (gurú incontestable de la postmodernidad española) vestido únicamente con unos pañales talla XXL, rodeado de grotescos personajes y berreando aquello de *voy a ser mamá*, incitando a su bebé a prostituirse, se nos antoja cualquier cosa menos [post]moderno. Eso tiene un nombre y poco tiene que ver con actitudes culturales consagradas al nihilismo y la frivolidad neoliberal, se llama esperpento y lo acuñó Valle-Inclán hace muchas décadas, incluso antes de que Jean-François Lyotard escribiera su tan emblemática obra *La condición postmoderna*.

Que artistas como Antonio Vega y Carlos Berlanga estén considerados verdaderos genios y visionarios debería hacernos sospechar. Antonio Vega, por mucha heroína que se inyectase, nunca dejó de ser un letrista vulgar; solo hay que analizar tibiamente el texto de la obra cumbre de la movida, *Chica de ayer*, algo que dejamos al libre albedrío del lector, nos basta con recordar la lista de grandes artistas que la han versionado: El Canto del Loco, Enrique Iglesias... La brillante metáfora, nunca utilizada, de «tus cabellos dorados parecen el sol», pone de manifiesto la elevada profundidad de un texto quizá

demasiado complejo para dinosaurios marxistas de nuestra condición. No deja de ser curioso; lo que en Camela no dejaría de ser un recurso literario pobre, en Antonio Vega se convierte en bella metáfora. El diario *El País* publicó una encuesta entre sus críticos musicales que sitúa *Chica de ayer* como la mejor canción de la historia del pop español («Te acuestas a mi lado sin saber por qué»). Por su parte, Carlos Berlanga y sus sintetizadores galopantes, con Alaska gritando banalidades como que *mi novio es un zombie* o aquello de *terror en el hipermercado*, hacían de lo postmoderno religión en nuestro país. A ello hay que añadir títulos como *Pepi, Luci, Bom y otras chicas del montón*, imperdibles en las narices, permanentes y hombreras, y el alcalde de una capital como Madrid incitando a la juventud a que se colocara, como suena.

Lo más gracioso del proceso es que, mientras a golpe de subvención se colocaba en el mapa a artistillas niños de papá (empezando por Berlanga) que celebraban la frivolidad más dantesca como símbolo inequívoco de una generación, en otro lugar se gestaba una verdadera revolución músico-cultural, realmente urbana, transgresora, contracultural y de corte eminentemente independiente: el rock radical vasco. Grupos como Kortatu, La Polla Records, Eskorbuto o Barricada daban voz a esa otra cara de la España moderna silenciada por los grandes medios; la heroína, la salvaje reconversión industrial, las aspiraciones nacionales, el terrorismo de Estado, la entrada en la OTAN, los abusos patronales, los despidos masivos... Unos años de plomo y sangre que la Movida no dibujó ni plasmó, se dedicó a ocultarlos a ritmo de sintetizador barato, retozando con unas instituciones profundamente corruptas (como se demostró no mucho más tarde) que venían de pactar la venta al mejor postor de la clase obrera en esa operación de maquillaje llamada comúnmente Transición a la democracia (también conocida como transacción). La evasora fiscal Ana Torroja y su grupo Mecano no lo podrían haber descrito mejor: «No me mires no me mires déjalo ya, que hoy no me he peinado a la moda [...] mira ahora mira ahora ya puedes mirar, que ya me he puesto el maquillaje»... Estrofa que define a la perfección la artificialidad y la trampa de la Transición.

Los hechos son al menos muy interesantes: conforme la reestructuración industrial y el desempleo masivo siembran el desasosiego entre la juventud española de principios y mediados de los ochenta, tres fenómenos socioculturales aparecen en la escena. Por una parte el auge —financiado a

golpe de subvención pública— de la conocida Movida madrileña, por otro lado la aparición de las macrodiscotecas y *after hours* que no cierran en todo el fin de semana. La famosa ruta *destroy* (bautizada *del bakalao* por los grandes medios a principios de los noventa) atrae a jóvenes de Madrid y Barcelona, e incluso Sevilla o Bilbao, que acuden a la huerta valenciana a disfrutar de un fin de semana sin dormir a ritmo de anfetaminas. Por último, la extensión de la heroína, a precio de saldo en el mercado por aquellos días. Los tres fenómenos convergen al mismo tiempo en determinado contexto histórico y social, y los tres conllevan un elemento disuasorio común, las drogas. De forma perpetrada o planificada, o haciendo la vista gorda, el hecho incuestionable es que la aparición y extensión de la droga como mecanismo alienante y disuasorio en nuestro país (evidentemente el individuo que consume droga no se plantea el porqué de las cosas ni se moviliza para cambiarlas) coincide con el periodo de mayor crecimiento de las tasas de desempleo, la expansión de la temporalidad y con la mayor y más desestabilizadora reconversión industrial que ha conocido la España moderna. No ver la relación es no querer abrir los ojos, solo hay que empezar a encajar las piezas.

La Movida madrileña no fue más que la perfecta cortina de humo, la operación de maquillaje cultural que necesitábamos ante nosotros mismos, y ante el mundo, para subirnos al carro neoliberal de los recortes, las políticas de austeridad y la entrada en la organización terrorista del Atlántico Norte. Nos empaquetaron el punk en la cola de El Corte Inglés, nos vendieron a los Sex Pistols pero se olvidaron de The Clash. Primaba la provocación, pero únicamente en lo puramente estético: a Berlanga o a Antonio Vega les traía sin cuidado la entrada en la OTAN o el desmantelamiento de nuestro tejido industrial. La Movida no fue más que los últimos destellos, los últimos coletazos del tardofranquismo que, tras colarnos la Monarquía, los Pactos de Moncloa y una ley electoral injusta y profundamente anticomunista, quería tener a las masas entretenidas y alienadas en extremo para eso mismo, para que nadie cuestionara un proceso tutelado desde arriba que, como se ha demostrado, enterraría a los trabajadores en un periodo de oscuridad y precariedad digno de las novelas de Dickens. Ya lo dijo Paquito, todo atado y bien atado.

La historia, aunque muchos vaticinaran su colapso, se puso de nuevo a caminar y, como el tiempo, deja a cada uno en su lugar. Solo hay que echar

un vistazo a todos aquellos gurús postmodernos y observar quién firma sus nóminas: Almodóvar se dedica (al margen de rodar filmes de dudoso gusto) a rubricar manifiestos en contra de Cuba por orden de Rosa Montero o a guardar espectral silencio respecto a la presencia de nuestras tropas en Afganistán o Libia: será el *establishment* el que decida qué guerras son justas y cuándo hay que ponerse la chapita del «No a la guerra». El *rey del pollo frito* (al margen de recibir pedrazos en el Viña Rock) se dedica a debatir en programas culturales en la línea de *Crónicas marcianas*, eso cuando no está recaudando fondos para la SGAE en conciertos benéficos, bodas o salones de peluquería. Su cuestionable gestión en la SGAE lo llevó a tener que declarar ante la Audiencia Nacional por fraude fiscal. El productor de «la mejor canción de la historia del pop español», el usurero Teddy Bautista, fue detenido por desvío de capitales; la Audiencia Nacional se pregunta cómo hizo desaparecer 400 millones de euros, el pelotazo cultural más grande de la historia de nuestro país. Ni Houdini lo hubiera hecho mejor. Ana Torroja se dedica a engañar al Fisco y vivir de las rentas, más de lo mismo podemos decir de Miguel Bosé, otro que vive del pasado, con su complejo de Bowie y sus giras en modo bucle del Papito. Y como en los ochenta, como un lobo, va detrás de ti. Alaska se entrega a su amigo Federico Jiménez Losantos, se pasea por denigrantes espacios de telerrealidad y es una habitual del canal de extrema derecha Intereconomía. Loquillo, cuando no anuncia bancos que desahucian a familias, regala ramos de flores a Inés Arrimadas de Ciudadanos o intima con César Vidal (impagable la entrevista dialogando sobre *country* racista sureño). El resto de músicos se dedica a lloriquear como colegiales por culpa de la piratería. No asumen que el público prefiera ir a cualquier concierto minoritario de punk o hip hop, de la misma forma que no asumen que cualquier rapero mediocre tenga letras más elaboradas y profundas que Carlos Berlanga o Antonio Vega. Francisco Umbral, el cronista de la Movida y ex aguerrido intelectual comunista (se distanció del partido cuando tras las primeras elecciones se supo que no iba a ganar) al que Gregorio Morán dedica unas cuantas pullitas en uno de sus últimos libros[\[24\]](#), terminó «hablando de su libro» en las páginas de *El Mundo* defendiendo a José María Aznar. De Fernando Savater mejor no hablamos y por su parte Ágatha Ruiz de la Prada (la pionera de la onda *fashionista*) se casó con Pedro Jeta Ramírez. Todas las piezas encajan, forman parte de un todo: ese mundillo progre profundamente endogámico que desde hace décadas monopoliza el



mundo de la cultura española a través de una combinación de enchufismo familiar y subvenciones del Ministerio de Cultura. Y como las Casas Reales, fornican entre sí para perpetuar el linaje, lo cual explica la nula capacidad intelectual de algunos y la disfunción mental de otros. Pero se les acaba el chollo; internet y su oferta de cultura libre los está desbancando a patadas. No pudimos más que esbozar media sonrisa nerviosa cuando se reunieron como buitres pedigüños en torno a la ministra de Cultura para hacer el signo de la ceja y criminalizar el top manta. Es entonces cuando, ataviados con un bolso de Prada, millones de euros en su cuenta y su residencia en Miami o Andorra, aúllan aquello de «¡nos estamos muriendo de hambre!». Y no les falta verdad, tienen hambre de *flashes*, de ego, de *royalties*, de portadas, de monopolio...

No merecen compasión alguna, eran puro simulacro burgués, estaban en nómina entonces y siguen estándolo ahora, con unas cuantas arrugas apenas estiradas por interminables sesiones de cirugía estética e inyecciones de bótox, momias del mundo del espectáculo (Debord *dixit*) que deambulan por el bulevar de los sueños pagados a golpe de subvención sociata. Lo que sucede es que la postmodernidad es una máscara que puede resistir el envite de trabajadores en huelga o muchas noches de anfetaminas en el Rock-Ola, pero no puede resistir el paso del tiempo, el peso de la Historia.

### *Turista rico, turista pobre*

En la actualidad el entramado mediático nos sigue diciendo qué grupos debemos escuchar y cuáles deben ser relegados al ostracismo: cuando llega el Festival Internacional de Benicàssim (FIB) la noticia abre todos los telediarios y nuestros periodistas se empeñan en vendernos las bondades del citado festival, la cantidad de dinero que los *fibers* se dejarán en la pequeña localidad o los grupos que subirán al escenario. Desde luego, ninguno nos recuerda el precio abusivo de las entradas (casi 200 euros), circunstancia que supone que el público esté mayoritariamente formado por ingleses de clase media y alta, y que cada vez cueste más ver a españoles entre el público. Ello a su vez provocó que, con los años, el cartel del festival se tiñera de anglosajón hasta, como ocurre en la actualidad, desterrar a casi cualquier grupo que cante en castellano. No importa, los jóvenes ingleses que vienen al

FIB son modernos, educados, cosmopolitas. Están en las antípodas de las hordas de gamberros británicos que vienen cada año a Salou a perturbar nuestra costa. Entonces los medios sí se hacen preguntas y se posicionan. Una televisión denunciaba indignada que, en muchas de las fiestas británicas en Magaluf (Mallorca), estaba prohibida la entrada a españoles. El argumentario se perfila obvio: no nos importa si nuestras playas se han convertido en el patio de recreo que Europa utiliza para su libre esparcimiento, no importa si somos una maldita colonia para los europeos del norte y tampoco importa si familias progres suecas apadrinan niños españoles que no pueden hacer tres comidas al día, no; lo verdaderamente indignante es que cuatro borrachos de los sectores más cafres de la clase obrera (los *chavs* de los que nos habló Owen Jones) impidan a los españoles entrar en sus fiestas. Nos pueden colonizar, pero nos tienen que colonizar con estilo. Por supuesto, ningún medio denuncia que los españoles han sido expulsados del FIB y que tampoco pueden entrar al festival, no porque un *hooligan* tatuado les prohíba la entrada sino por su precio inalcanzable: el patrón de cuna siempre supo ejercer la represión de forma mucho más sutil que el capataz o nuevo rico. O, en otras palabras, podemos tolerar que nos colonicen los chicos de Oxford y otras universidades, pero pondremos el grito en el cielo cuando las hordas de la FP británica aterricen sobre nuestro suelo. Los primeros también se emborrachan y vomitan, pero en lugar de hacerlo en la calle, lo hacen en el confortable baño del hotel de tres estrellas. Al fin y al cabo, siempre hubo clases.

Cuando el Viña Rock, el festival que se celebra en la población manchega de Villarrobledo, llegó a su XX aniversario en 2015, al margen de alguna crónica y artículo en prensa escrita, la noticia no abrió telediarios ni acaparó grandes portadas. Desde luego, nada que se le parezca al fenómeno mediático de todos los años con el FIB, no importa que en esa edición acudieran más de 72.000 personas al Viña y abarrotaran el recinto durante tres días. Se trata de un festival que se nutre mayoritariamente de público español, los grupos que actúan (generalmente punk, rock alternativo y hip hop) son españoles y además pertenecen a ese tipo de grupos politizados que incomodan al *statu quo* existente, muchos han sufrido censura o criminalización abierta vía denuncias por parte de la derecha y la extrema derecha. El festival no deja de ser un negocio, pero la parrilla de grupos es lo suficientemente incómoda como para que el telediario de Antena 3 no abra su noticiario en tono

paternalista, como sucede con el FIB. Es muy interesante: mientras los borrachos de Salou o Magaluf son auténticos gamberros, los borrachos del FIB son jóvenes entrañables que vienen a pasarlo bien y sobre todo a dejar un montón de dinero. No importa que el borracho en cuestión no pueda articular palabra y balbucee ante las cámaras; un patético y servicial paternalismo inunda todo el reportaje.

El público del Viña Rock es algo más joven (la entrada en principio cuesta 20 euros) y, borracho o no, no suele aparecer en los telediarios. Una panorámica de la zona de acampada no podría ocultar la cantidad de banderas republicanas o independentistas que coronan muchas de las tiendas de campaña, algo que ni Antena 3, ni Telecinco o, ni que decir tiene, la televisión nacional están dispuestas a retransmitir en horario de máxima audiencia. El público del Viña (a diferencia del público del FIB o el Sónar) no tiene miedo al barro o la lluvia, no le importa dormir sobre un montón de escombros o litronas, está hecho de otra pasta. La estética no es un valor en alza, ropa sencilla y sobre todo práctica: botas de montaña cómodas, pantalón de bolsillos y la camiseta de tu grupo favorito. Estudiante sin recursos o trabajador precario, la gente se busca la vida hasta el extremo para estirar, de la manera más digna posible, los tres días que dura el festival. Los lugareños lo saben y se aprovechan; entonces vemos el verdadero rostro del capitalismo y cómo la iniciativa privada se abre paso entre el alcohol, las noches sin dormir y la ausencia de agua corriente. La gente del pueblo hace su agosto, sea vendiendo bocadillos y latas de cerveza, sea vendiendo tabaco y mecheros o sea alquilando la ducha de casa a los aguerridos acampados: agua fría, cuatro euros; agua caliente, seis euros. Adam Smith sonríe desde su tumba.

En festivales como el FIB, el Sónar o el Primavera Sound, se percibe un evidente sesgo de clase. En primer lugar son festivales nutridos principalmente por extranjeros (europeos del Norte), tanto arriba como debajo del escenario. De alguna manera es la elite revirtiendo en la elite, ninguno de los grupos que aparece le suenan ni a tu madre, ni al fontanero, ni al joven que te vende el costo y lleva riñonera. Festivales de vanguardia, apuestan siempre por las últimas tendencias y, como bien saben los críticos meridianamente serios, en la vanguardia hay propuestas muy loables y proyectos que son verdaderas tomaduras de pelo (el Sónar suele apostar por estas últimas). El precio de las entradas no es para todos los públicos y la

estética no es ya un valor en alza, es que es lo único: gafas de pasta, polos Lacoste o Fred Perry, Adidas Gazelle, bolsito a juego. El Sónar es el único festival en el que dentro del recinto mientras pinchan los dj's o actúan los grupos, se puede ver a gente leyendo un libro con los cascos del *iPod* puestos. En estos recintos nada queda al azar, y las colas de entrada parecen más desfiles de modelos o anuncios de Apple que un festival de música. En el Sónar, de día, habilitan césped artificial para que los pijos londinenses (o los barceloneses *cool*) puedan simular vivir un Woodstock y sentirse libres tirándose por el suelo, eso sí, sin mancharse los pantalones Carhartt. Como es obvio, no hablar inglés no es que esté mal visto, es que es inconcebible.

Una cuestión interesante es que ni el Sónar ni el Primavera Sound tienen zona de acampada, son festivales urbanos en los que el asistente duerme en hoteles de la ciudad. Las tiendas de campaña, el camping gas y los paquetes de choped no están hechos para la burguesía, ni para los que se creen clase media. O, como nos dijo hace algunos años una iluminada, «la acampada del Viña parece más un campo de refugiados que un festival».

### *El imperio Radio 3*

Durante la edición del festival Viña Rock de 2015, el grupo Los Chikos del Maíz comenzó su actuación preguntando al público si estaba por ahí abajo el director de Radio 3. Después se respondieron ellos mismos afirmando categóricamente que no, que estaría mamándosela al ministro de Cultura. El auditorio con cerca de 40.000 personas se vino abajo. Lo que en un principio podría parecer una actitud *punk* contra toda la autoridad, en realidad escondía una problemática latente en los servicios públicos de este país.

Cuenta la leyenda que, tras la publicación del segundo álbum de Los Chikos del Maíz, se hizo inevitable su visita a los estudios de Radio 3, la radio pública. No era un problema que se pudiera esconder debajo de la alfombra: el grupo agotaba las entradas en cada ciudad que visitaba, el disco se reeditó hasta en cuatro ocasiones llegando a mantenerse hasta dos meses en la lista oficial de ventas, las redes sociales lo pedían... Más teniendo en cuenta que en dicha radio existe un programa especializado en hip hop, La Cuarta Parte, en el que se suceden las entrevistas todas las semanas. Muy a regañadientes, la dirección de la radio aceptó la entrevista. El bueno del

presentador (que llevaba años intentando entrevistar al grupo) se vio presionado en dos sentidos: la entrevista debía ser extremadamente neutra y evitar la discusión política y, no menos importante, la entrevista debía grabarse en diferido, y no en directo, por lo que pudieran decir o pasar. Todo esto en la España de la UE, en una radio pública y en el año 2015. Se hizo la entrevista, se grabó y se habló únicamente de música. Pero la entrevista al final nunca se emitió y Los Chikos del Maíz siguen siendo el único grupo exitoso de hip hop que no ha pasado por el programa. Quizá todo empieza a encajar cuando descubrimos que una de las canciones de ese último disco, de modo muy premonitorio, se titula: «No somos indies con flequillo [pero tenemos derecho a sonar en Radio 3]». Así era; por un lado, lo que debería ser una radio pública centrada en la escena alternativa terminó convirtiéndose en un escaparate para los grupos de indie pop. Por otra parte, a Fernando Flores no le gusta que le recuerden que es un limpiabotas del régimen que salta cuando le dicen «salta», calla cuando le dicen «calla» y censura cuando le dicen desde arriba que censure.

El problema de Radio 3 es que se ha convertido en el hilo musical del indie pop gafapastero nacional. Música (mal llamada) alternativa hay de muchos estilos y géneros pero, en términos políticos, únicamente la puede haber de dos formas: comprometida o inocua. Radio 3 apuesta de manera descarnada por la segunda opción. En la parrilla existen programas específicos (generalmente a altas horas de la madrugada) dedicados al hip hop o al metal urbano en el que alguna vez se cuelan grupos reivindicativos, pero no dejan de ser excepciones muy puntuales, difíciles de escuchar a no ser que odies el ajo y el espejo no te devuelva el reflejo, seas guardia jurado en una obra o médico de urgencias en un hospital cercano. El grueso de la parrilla y las horas punta son nutridas por distintos programas (distintos en el nombre no en el contenido) que se dedican a bombardear sin descanso los temas de grupos como Vetusta Morla, Los Planetas, Supersubmarina, Dorian o Los Punsetes. No tenemos nada en contra del indie nacional (tampoco nos apasiona, para ser sinceros), pero nos llama poderosamente la atención ese monopolio del que goza en determinados programas y revistas. Para demostrar que no es paranoia ni odio a los chicos de clase media que se dejan flequillo, hemos entrado en la página de Radio 3 en la que aparece su lista de programas, y el resultado ha sido ciertamente estremecedor.

Lo primero que llama la atención es la cantidad de programas dedicados al

pop-rock, indie, garage, etc. Tanto es así que mientras espacios dedicados a la música latina o afrocaribeña solo encontramos tres, dedicados al pop-rock encontramos la friolera de veintiséis. Ello se produce en un país precisamente latino, lo que nos invita a pensar que los programadores de contenidos de Radio 3 sufren algún tipo de disonancia cognitiva que les induce a creer que, en realidad, viven en Mánchester y no en el Estado español. Nos llama poderosamente la atención que, mientras hay programas dedicados a la música en francés (El Hexágono), o a la música generada en los países escandinavos (Nordiscos), no haya ninguno dedicado exclusivamente a la música en catalán, gallego o euskera: Radio 3 está con las víctimas, el Rey y con la Constitución. Pero lo verdaderamente surrealista e hiriente es que, en la cuna del flamenco (un país del sur de Europa llamado España), tan solo encontremos un programa (Duendeando) dedicado a este género en la radio pública. Y ese es el problema. Si los programadores de Radio 3 creen vivir en Mánchester nos parece perfecto; que tengamos que pagar su anglofilia y sus gustos musicales con dinero público nos parece una atrocidad. Magaluf, con los turistas borrachos y una policía extranjera patrullando nuestras calles, nos demuestra que somos una colonia; los contenidos de Radio 3 nos lo confirman. Además del monopolio indie rock nos encontramos con cuatro espacios dedicados a la tecnología, cuatro espacios dedicados a la música electrónica, tres dedicados al rap/hip hop, dos al heavy metal/punk hardcore, uno al jazz, uno a bandas sonoras, otro a la música popular canaria (los músicos canarios, a diferencia de los vascos y catalanes, se portan bien) y uno más a la música étnica o «del mundo» (cuando en realidad se les olvida decir del «Tercer Mundo»). Luego tenemos hasta quince programas multidisciplinares dedicados a la cultura en general (poesía, cine, teatro, artes plásticas, etc.), aunque una cifra importante, todavía muy lejos del récord de programas dedicados al indie rock. Hasta hay un espacio dedicado a todos aquellos que fuimos adolescentes en los años noventa, la llamada generación X (Generación gallina) en el que, sin pestañear y a traición, se atreven a realizar un especial-retrospectiva sobre la serie Friends. Espeluznante.

\* \* \*

Todos estos ejemplos nos llevan a concluir que el mundo de la cultura y de la música no puede escapar a la lógica de clase que permea a todas las esferas

de la sociedad. Como bien apuntó Pierre Bourdieu, los aspectos sociales moldean nuestro gusto y nuestras preferencias, desde el ideal de belleza hasta los sonidos que regalamos a nuestros oídos, pasando por el tipo de ocio. Nada escapa a la influencia del entorno ni al influjo de la industria cultural. El capitalismo, en cambio, nos vende la idea de que somos libres para elegir qué programas o películas ver, qué comprar, qué grupos escuchar. Y nosotros queremos creerlo porque queremos ser únicos, especiales e irrepetibles. Es más, queremos huir del supuesto determinismo que implica afirmar que nuestra clase social condiciona mucho más nuestro consumo cultural de lo que quisiéramos reconocer. Pero sentimos decir a todos los Kikos Amat del mundo que Bourdieu tenía razón, por mucho que los barrios estén llenos de excepciones a la norma.

No tenemos nada en contra de que haya obreros que adopten como propia la cultura burguesa. Lo que nos parece reprochable es que esa otra clase social nos imponga su gusto, su visión estética, su sensibilidad musical u otros valores mientras se ríe de los nuestros con la complicidad de los sectores «ilustrados» de la clase obrera, que han llegado a creerse varias de las falsas premisas del «buen gusto» burgués. Lo triste es que esto puede suceder por la pérdida de identidad cultural de los trabajadores y de su conciencia de clase. Factores en los que el retroceso político e ideológico de las últimas décadas ha tenido mucho que ver.

[1] N. Burch, *El tragaluz del infinito*, Madrid, Cátedra, 2008, p. 122.

[2] *Ibid.*, p. 244.

[3] *Ibid.*, p. 65.

[4] Sin contar con las excentricidades de Andy Warhol y su «cine», como grabar a un amigo durante ocho horas mientras duerme. Sinceramente, no nos extraña que atentaran contra su persona.

[5] J. E. Monterde, *La imagen negada: representaciones de la clase trabajadora en el cine*, Valencia, Filmoteca de la Generalitat Valenciana, colección Textos, 1997.

[6] Hasta un director que tiene toda nuestra admiración artística y política, como Oliver Stone, incurre en representaciones del narcotráfico de lo más naíf (*Savages*, 2012). Muy distintas al retrato fidedigno y sin concesiones de cómo opera esta lacra del capitalismo que se puede ver en la película *Heli* (2013) del director mexicano Amat Escalante. Es la diferencia de perspectiva entre alguien que vive en una realidad donde la gente se puede drogar al margen de los «efectos colaterales» del narcotráfico y quien no puede dejar de ver el impacto cotidiano que provoca en su entorno.

[7] De hecho, José Padilha demostró su sensibilidad social con su primer documental, *Ómnibus 174*, en el que retrató la vida de un chico de la calle que acabó secuestrando un autobús y matando a varios pasajeros. A diferencia de las lecturas «clases medias» que en América Latina suelen presentar a los pobres como a monstruos sin alma, Padilha se preocupó por huir de las aproximaciones sensacionalistas y fue al origen de los hechos, mostrando cómo un sistema judicial injusto y brutal con los más débiles, unido a la indiferencia de las clases medias hacia la desigualdad social y sus altas dosis de racismo, provocan un resentimiento social que está en la base de gran parte de los comportamientos delictivos de quienes, bajo otro tipo de sistema o circunstancias, no tendrían ningún problema con la justicia.

[8] No podemos dejar de recomendar el maravilloso documental de David Segarra, *Un golpe y una carta* (2008), donde se presenta a uno de esos héroes anónimos, militar de bajo rango encargado de la limpieza del lugar donde los golpistas tenían secuestrado al presidente Chávez y cuya acción fue crucial para sacar al mundo un mensaje que cambió los acontecimientos: una carta manuscrita de Chávez afirmando que no había renunciado, como sostenían los golpistas.

[9] «El PSOE pide exhumar los restos de Franco del Valle de los Caídos», *Europa Press*, 29 de octubre de 2013.

[10] J. Fontana, *Por el bien del imperio*, Barcelona, Pasado & Presente, 2011.

[11] De hecho uno de los jueces aliados en Núremberg se encargó de recordar a todo el mundo que él «no había venido aquí a defender gitanos».

[12] Solo en parte, la paranoia alimentada por la amenaza roja justificará el demencial gasto armamentístico.

[13] H. Marcuse, *El hombre unidimensional*, Barcelona, Ariel, 2008, p. 38.

[14] Véase <http://elteleoperador.blogspot.com/2007/06/informacin.html>. Se observa perfectamente el uniforme de la policía brasileña.

[15] El citado documental es verdaderamente un perfecto ejercicio de manipulación, insulto y parcialidad. Véase «La prostitución periodística de Telecinco contra Cuba, desmontando la infamia», *Cubainformación*, 10 de agosto de 2011 [[www.cubainformacion.tv/index.php?option=com\\_content&task=view&id=6853&Itemid=86](http://www.cubainformacion.tv/index.php?option=com_content&task=view&id=6853&Itemid=86)].

[16] Véase C. Martínez, «Ejemplos de manipulación informativa sobre el Tíbet», *Rebelión*, 2 de abril de 2008.

[17] Una exhaustiva recopilación en M. Collon, *Ojo con los media*, Hondarribia, Hiru, 2002.

[18] <http://www.televisiondigital.gob.es/TDT/Paginas/que-es-tdt.aspx>.

[19] <http://www.cuatro.com/hermano-mayor/>.

[20] Como Víctor Lenore ya ha desnudado magistralmente el clasismo presente en el ambiente de la música, remitimos a los lectores a su libro *Indies, hipsters y gafapastas. Crónica de una dominación cultural*, Madrid, Capitán Swing, 2014.

[21] V. Sánchez Biosca, *Una cultura de la fragmentación. Pastiche, relato y cuerpo en el cine y la televisión*, Valencia, Filmoteca de la Generalitat Valenciana, colección Textos, 1995.



[22] El famoso eslogan de la inefable Margaret Thatcher, «TINA» (*There Is No Alternative*), que venía a decir algo así como «jodeos, porque no hay alternativa».

[23] Tan diferente del nihilismo radical de Eskorbuto y su anti-todo.

[24] Véase el recomendable G. Morán, *El cura y los mandarines. Historia no oficial del Bosque de los Letrados*, Madrid, Akal, 2014.

## CAPÍTULO VIII

### Clase obrera y movilización política

«Para convertirse en los “ideólogos de la clase obrera” (Lenin), en los “intelectuales orgánicos” del proletariado (Gramsci), es necesario que los intelectuales realicen una revolución radical en sus ideas, una reeducación larga, dolorosa y difícil. Una lucha sin término, tanto exterior como interior. Los proletarios tienen un “instinto de clase” que les facilita el paso a las “posiciones de clase” proletarias. Los intelectuales, por el contrario, tienen un instinto de clase pequeñoburgués que se resiste a ese paso.»

Louis Althusser

Abordar la participación política de la clase obrera supone adentrarnos en un terreno donde los trabajadores juegan en desventaja. Desde su surgimiento, la clase obrera ha tenido formas propias de lucha (paradas en el trabajo, asambleas, concentraciones públicas espontáneas, corte de calles y carreteras, etc.) que han sido deslegitimadas –y combatidas– por quienes detentan el poder en el sistema. Estas pequeñas expresiones del movimiento obrero no han recibido gran atención por parte de la historiografía tradicional<sup>[1]</sup>, mucho más preocupada por relatarnos la Historia de los «grandes personajes» y los «grandes acontecimientos».

A la hora de luchar en el terreno de lo institucional, a la clase obrera le ha tocado siempre estar en campo contrario y con reglas ajenas, las del orden burgués. Este hecho, junto con la alienación, explica la desafección política de nuestra clase hacia prácticas que no son las suyas y que, por el contrario, sí están legitimadas por la clase dominante<sup>[2]</sup>, lo que se traduce en muchas ocasiones en menores índices de participación electoral y una baja militancia política. Lo anterior no debe confundirse con una falta de conciencia sobre su lugar subordinado en la sociedad sino, más bien, con cierta apatía resignada que se traduce en expresiones como: «siempre ha habido ricos y pobres» o «es lo que hay». Es lo que Paul Willis denomina la «ironía trágica»<sup>[3]</sup> de la cultura obrera, con la que gran parte de esta asume y reproduce su papel en la sociedad.

¿LA CLASE OBRERA TOMA LA CALLE?

Dicen algunos que el 15M lo cambió todo; otros, que no sirvió de nada. La realidad, más allá de optimismos fundamentalistas o radicalismos agoreros, es que abrió un periodo de movilizaciones como no se había conocido en el Estado español desde la llamada Transición. A la izquierda le pilló con el pie cambiado; a la clase obrera le pilló completamente fuera de juego y con parte de sus mejores activos en el banquillo. La cuestión indiscutible es que las calles y plazas se llenaron. Parte de la izquierda, en un principio, lo rechazó porque no lo había propiciado ella ni estaba siendo protagonista. El choque con esos jóvenes que se consideraban apolíticos, en muchos casos, fue evidente. Por su parte, la clase obrera bastante tenía con llenar la nevera y madrugar cada día como para pernoctar al raso sobre el duro asfalto de las plazas. Y si la izquierda era un invitado de piedra y la clase obrera estaba ausente ¿quién protagonizó y dirigió las protestas? Efectivamente: la clase media.

### *El 15M: la clase media en la encrucijada*

La brutal crisis financiera de 2008 rompió un pacto, quebró un sueño, truncó el curso *natural* de los acontecimientos. A saber: que la clase obrera seguiría al margen de las decisiones políticas y haciendo piruetas para llegar a fin de mes, que la clase media continuaría ocupando los puestos medios de la pirámide vinculados a profesiones liberales (abogados, profesores, arquitectos, médicos y alto funcionariado) y que, por su parte, las elites perpetuarían su balance de beneficios hasta no saber dónde meter tanto dinero. Así había sido siempre, así debía continuar. El 15M fue el resultado de una traición trapacera, la traición de las elites que, en su afán por acumular más y más dividendos, se llevó por delante a toda una generación de jóvenes a la que formó de manera extraordinaria para luego condenarla a servir mesas o verse forzada a marchar al extranjero. El 15M fue, a grandes rasgos, un sonoro y multitudinario «¿Qué hay de lo mío?».

Dice Pablo Iglesias que son ellos («la casta») los que han roto el pacto de convivencia. Y tiene toda la razón, pero nosotros nos preguntamos qué tipo de convivencia. El pacto no se rompe si hay hijos de obreros que no pueden acceder a la Universidad (eso siempre ocurrió, como hemos demostrado); el pacto se rompe cuando los hijos de las clases medias se ven forzados a

abandonar la Universidad. El pacto no se rompe cuando la clase obrera es desahuciada, siempre hubo desahucios; se rompe cuando los desahucios empiezan a afectar a las clases medias. El pacto no se rompe cuando hay pobres durmiendo en la calle, siempre los hubo; el pacto se rompe cuando muchos de los que duermen debajo de un puente tienen un título universitario y ello los convierte en noticia, dolorosa noticia. El pacto no se rompe cuando los obreros emigran, siempre lo hicieron; pertenece a su idiosincrasia como clase, fuera migraciones internas de Andalucía a Catalunya o fuera migraciones al extranjero en los años sesenta: el pacto se rompe tanto que no son emigrados, son *exiliados* (a la clase media siempre le gustó distinguirse de la chusma). El pacto no se rompe cuando a Cáritas y los comedores sociales acuden familias procedentes de barrios marginados u obreros; el pacto se rompe cuando «La crisis empuja a las familias de clase media a los comedores de beneficencia»[\[4\]](#). Es decir, los que están por debajo de nosotros lo pueden pasar mal, de alguna manera están acostumbrados, pero que no nos toquen lo nuestro. Nosotros no somos como *ellos*. Ni el profesor Monedero, ni Pablo Iglesias, ni Alberto Garzón y otras mentes doctas; quizá quien mejor describió el 15M y la crisis económica fue Carmen Lomana:

Te afecta ver a amigos lo mal que lo están pasando, gente que se ha quedado sin trabajo, que tienen mucho patrimonio, pero no lo pueden vender porque es un momento muy crítico y que no tienen dinero *cash* para ir al supermercado y eso lo estoy viendo. Porque el pobre de siempre, que ha estado pidiendo, está acostumbrado, lo peor es la pobreza en las personas que han tenido un trabajo y han vivido bien y de pronto se encuentran que les embargan la casa, que no tienen paro, hay unos dramas...[\[5\]](#).

Nadie lo podría haber descrito mejor.

### *Cuando protestar sale muy caro*

¿Quién nutre en un principio el 15M? No todos los que quieren, sino aquellos que *pueden* participar. Cuando el método de protesta consiste en acampar en el centro de la ciudad, participar en la protesta se convierte casi en un privilegio de clase que quizá solo unos pocos pueden permitirse. Acampar, sea en el campo o en la ciudad, implica un desembolso económico importante (de hecho, muchos trabajadores lo hacen durante sus vacaciones):

comer y cenar fuera todos los días, gastar transporte público a diario para volver a casa y ducharse, etc. Por otro lado están las obligaciones familiares y laborales ya que, obviamente, un padre de familia que trabaja de lunes a viernes no puede plantar su tienda al raso y dormir cada noche en el suelo para al día siguiente madrugar y apretar tuercas. En definitiva, quedan excluidos todos aquellos que desempeñen un trabajo más o menos físico y cansado, con lo que el perfil se va estrechando hasta resultar evidente: jóvenes universitarios que viven en el centro o cerca del centro de la ciudad. No es lo mismo un joven de Lavapiés que acude cada día a Sol, y que incluso pernocta cada noche, que un joven de Sanse. Al segundo, desplazarse le cuesta cerca de una hora y un desembolso de casi cuatro euros, a diario. La protesta diaria, la movilización que es veinticuatro horas al día y siete días a la semana, solo unos pocos pueden permitírsela: aquellos que disponen de tiempo. La clase obrera no es que no participara en el 15M, es que sencillamente no podía. El modelo de protesta consistente en acampar en el centro de la ciudad no excluía únicamente a la clase obrera, se cebaba también con padres de familia, madres solteras, parados sin posibilidad económica de desplazarse a diario al centro, gente con problemas de movilidad, etc., que se encontraban también excluidos, no de las protestas sino, como veremos a continuación, de las decisiones políticas tomadas en asamblea.

Había pasado ya algún tiempo pero la situación era evidente: aquellos que más tiempo pasaban en la acampada eran los que tomaban las decisiones políticas. Bajo el aura del consenso (en realidad, una forma asamblearia de participación profundamente reaccionaria que conduce al completo inmovilismo), aquellos con posibilidades de vivir una temporadita en el centro eran los que tomaban las decisiones, como bien denunció el profesor Boaventura de Sousa Santos. Obviamente, la realidad social de alguien que dispone del tiempo y los recursos para acampar un mes en el centro de Madrid no es la misma que la de alguien que limpia escaleras de lunes a viernes; las reivindicaciones tampoco. Viven en la misma ciudad, comparten asamblea y ganas de cambio, pero viven en planetas distintos. Ello se tradujo en una serie de ambigüedades y eslóganes que iban de queremos una «justicia justa» al «todos los políticos son iguales», pasando por el legendario «la culpa es de los coches oficiales». Se trataba de gente sin experiencia política, sin bagaje en las movilizaciones, un tótum revolútum en el que la extrema

izquierda se desesperaba, la extrema derecha intentaba infiltrarse sin éxito alguno y los partidos del régimen observaban con cierta distancia a la espera de que todo el vendaval pasara y las aguas volvieran a su cauce. Y así ocurrió. El 15M abandonó las plazas (a los occidentales les cuesta mucho vivir de forma permanente en un campo de refugiados), el PP arrasó con mayoría absoluta en las elecciones y las hostias de los antidisturbios llovieron a mansalva sobre aquellos que más levantaron la voz (cabe mencionar en ese sentido el brutal desalojo de Plaza Catalunya por parte de los *mossos d'esquadra*). Y el sueño se vino abajo y se convirtió en pesadilla: los políticos del régimen se regocijaban y recordaban a los acampados que, en democracia, para cambiar las cosas hay que presentarse a las elecciones; la extrema izquierda agorera y ceniza también se regocijaba en su «ya te lo dije» y en su «no llevan banderas rojas y por tanto están condenados al fracaso», y parecía que todo había sido el sueño de una noche de verano, una primavera del amor que soñó con un mundo en el que dejaríamos de ser mercancía en manos de políticos y banqueros. El peligro del 15M no fue la movilización en las plazas o sus ingenuos eslóganes baratos, el verdadero peligro fue el poso que dejó, el espíritu de movilización que instauró, la sensación de hastío permanente: el peligro no fue el fuego inicial del 15M, lo que hará tambalear al régimen serán sus cenizas.

### *Ola de movilizaciones*

El espíritu de época se había instaurado; justo después de que el sueño se viniera abajo, la verdadera ola de movilizaciones tuvo lugar. Dos factores la hicieron posible: por un lado, la crisis económica se agudizaba y hacía estragos entre la clase media. Por otra parte, y como un bombero pirómano que avivaba más si cabe el fuego, la mayoría absoluta del PP agravó esa crisis mediante una serie de recortes y más recortes que empobrecerían todavía más las condiciones sociales y laborales de la población. Primero fueron los funcionarios, aquellos que sufrieron en primera instancia y directamente los recortes y menguas en los presupuestos y nóminas. Surgió la marea verde (educación), la marea blanca (sanidad), los funcionarios de Justicia, bomberos, las marchas por la dignidad, etc. Iniciativas como la de «Rodea el congreso» tensaban la situación mientras los estudiantes valencianos de

enseñanzas medias eran apaleados salvajemente en lo que se vino a denominar la «Primavera valenciana»: los alumnos de un instituto público se movilizaron en protesta por la ausencia de calefacción en las aulas, tenían que dar clase con los abrigos y chaquetones puestos. La respuesta del gobierno fue enviar a los antidisturbios a abrir la cabeza a niños de 15 y 16 años; las imágenes dieron la vuelta al mundo<sup>[6]</sup>. Para avivar más el fuego, en unas bochornosas declaraciones Manuel Moreno, jefe de la policía, dijo que los estudiantes eran «el enemigo», en un lenguaje más propio de un conflicto armado. La represión trajo más indignación y en cuestión de horas la protesta se extendió por toda la ciudad: contenedores en llamas en la zona universitaria, toma del rectorado y otros edificios públicos y una desmedida presencia policial en todas las esquinas convirtieron a Valencia, durante cinco días, en un verdadero Estado policial en el que ser joven era motivo de ser sospechoso. Pese a ello se produjo la magia: las manifestaciones espontáneas se sucedían, las camisetas negras con el lema «Soy el enemigo» se vendían por centenares para sufragar las multas, así como los conciertos solidarios. Las concentraciones en las comisarías exigiendo la puesta en libertad de los detenidos se multiplicaban, la solidaridad se hacía bandera y Valencia, antaño bastión de la corrupción y de sucesivos gobiernos conservadores, cambió para siempre. Tres años después, cuando llegaron las primeras elecciones autonómicas y municipales, Valencia se convertía en una de las «capitales del cambio». El acto de fin de campaña de Podemos en las elecciones generales no se produjo en Madrid o en Barcelona, se produjo en Valencia. ¿Casualidad? Las casualidades no existen, menos en política.

Mientras llovían los golpes sobre los estudiantes, un movimiento social se consolidaba, se hacía fuerte y sobre todo se extendía hasta el último rincón del país: la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH). Cansados de los abusos de los bancos, de eternas hipotecas que no se podían pagar cuando el paro masivo se extendía, y hartos de ver cómo las familias eran expulsadas de sus casas y puestas de patitas en la calle mientras los políticos se llevaban el dinero a manos llenas, los ciudadanos decidieron que ya era suficiente. Y se organizaron. La estrategia era sencilla pero profundamente efectista e impactante; cada vez que se produjera un desahucio y las fuerzas de seguridad fueran a echar a la familia por la fuerza de su casa, los vecinos, amigos y militantes y simpatizantes de la PAH pondrían su cuerpo, de manera pacífica, para bloquear la entrada a las autoridades judiciales y

policiales e impedir que la familia fuera desahuciada. Esa era la parte más impactante; luego están las asambleas, el asesoramiento legal y otro tipo de acciones como los escraches a políticos o la toma de bancos que expulsan a familias de sus casas. En definitiva, un movimiento social que prendió como la pólvora: no hay ahora mismo ciudad o pueblo que no tenga su asamblea de la PAH. Las imágenes saltaron a los medios y la indignación se multiplicó: era incómodo, bochornoso y muy indignante ver a los antidisturbios arrastrando de los pelos a la ciudadanía con el fin de abrirse paso, tirar una puerta abajo y sacar por la fuerza a un padre o madre de familia y sus hijos para hacerles dormir en la calle. Acentuaba la indignación que mientras miles de familias se quedaban con lo puesto para dormir al raso, la burbuja inmobiliaria había explotado y se producía la sangrante paradoja de encontrarnos en un país con cientos de miles de viviendas vacías que ponía en la calle a padres de familia en paro o a madres solteras. La lógica del sentido común se abría paso frente a la lógica capitalista. La PAH consiguió lo que no consiguieron los partidos comunistas en décadas, y que no es otra cosa que hacer que las masas cuestionen el pilar fundamental sobre el que se sostiene el sistema capitalista: la propiedad privada. ¿Eran legales los desalojos? Por supuesto. ¿Eran justos? Ni por asomo. La contradicción entre legalidad y legitimidad se agudizaba hasta niveles insoportables para la clase dominante y el sistema financiero. Pero más allá de la magistral lección de táctica de las PAH, nos interesa especialmente este movimiento porque, a diferencia del 15M, las mareas de funcionarios o las movilizaciones estudiantiles, la PAH es un movimiento social en el que la clase obrera sí tuvo una representación importante y significativa. Ahí reside el éxito de la PAH, aunque muchos de sus «dirigentes» y caras más visibles provenían de partidos comunistas y otro tipo de organizaciones con larga trayectoria (Rafa Mayoral, hoy congresista por Podemos; Ada Colau, hoy alcaldesa de Barcelona, etc.), bastaba con acercarse a una asamblea para cerciorarse de que era el pueblo, la gente normal, los trabajadores llanos, quienes nutrían el movimiento. Mientras en el 15M costaba dolores encontrar miembros de la clase obrera, en cualquier asamblea de la PAH encontrabas a albañiles en paro, amas de casa, cajeras de supermercado o fontaneros con una orden de desalojo colgando sobre sus espaldas. El sistema no se tambalea cuando los cuatro de siempre (el *punki* radical, el estudiante de Filosofía o el profe universitario) se juntan para hablar de Marcuse o Pasolini; el sistema se



tambalea cuando un ama de casa y un fontanero bajan a una asamblea y ocupan un banco. Es en esa presencia significativa de miembros de la clase obrera donde radica el potencial subversivo de la PAH. De hecho, y de manera tajante, la PAH ha influido en las políticas sociales de los llamados «ayuntamientos del cambio»: la medida de contener los desahucios y buscar soluciones habitacionales para las familias desahuciadas es una medida tan asumida por la sociedad que ya ni siquiera el PSOE, el mismo que aceleró los desahucios exprés, se atreve a cuestionar (al menos de puertas para afuera).

Paralelamente a todo esto, el conflicto minero se agudizaba y de repente las calles y los montes del norte de España se llenaron de barricadas, cohetes explosivos y enfrentamientos casi cuerpo a cuerpo con la Guardia Civil. Los mineros no saben luchar de otra forma, va en su ADN; ellos no saben de batucadas, sentadas pacíficas o gritos mudos. Solamente saben luchar de la misma forma con la que consiguieron sus derechos, de la forma que ha pasado de padres a hijos en todas las cuencas mineras del país: con una violencia extrema. Pero son mineros. Y mientras a un joven que en una manifestación en el centro de Madrid tira un cóctel molotov se le condena y tacha de violento antisistema, con los mineros se tolera. En cuestión de días, la protesta se extendió por todas las cuencas y los telediarios se saturaron con esas espectaculares imágenes de hombres de mediana edad organizados a modo de guerrilla urbana plantando cara y en muchas ocasiones hiriendo gravemente y haciendo retroceder a las fuerzas de seguridad. Había algo de justicia poética en aquel fuego: la ola de movilizaciones había sido fundamentalmente pacífica, acciones de desobediencia civil en las que, fuera el brutal desalojo de Plaza Catalunya o fuera en los desahucios arrastrando a la gente de los pelos, los que recibían los golpes y sangraban siempre eran los mismos. La autodefensa minera cumplió una función reparadora. «Los mineros sí que tienen huevos» era la frase que se oía en todos los bares, barrios o centros de trabajo. La huelga se alargó durante semanas y, de nuevo, brotó la solidaridad y las cajas de resistencia se llenaban vía venta de camisetas, conciertos y donaciones anónimas. El conflicto trascendió nuestras fronteras e incluso los mineros ingleses (ya jubilados) organizaron una colecta para enviar dinero a sus compañeros españoles. Recordaron que en el pasado y en la lucha contra Thatcher, recibieron la solidaridad de sus homólogos en la península.

La movilización culminó con la Marcha minera; los mineros de todo el

Estado recorrerían cientos de kilómetros a pie para dirigirse a Madrid y culminar ante el Ministerio la ola de movilizaciones. Por el camino, y cuando paraban en cada pueblo o ciudad, la gente los recibía con aplausos, bandas de música y solidaridad en forma de comida o de un techo bajo el que dormir. Cuando llegaron a la capital, cerca de un millón de personas recibieron a los mineros entre vítores y aplausos; la gente quería ver de cerca a esos héroes de carne y hueso que en pleno siglo XXI se enfrentaban al poder con métodos de principios del siglo XX. Cientos de autobuses de todo el Estado se acercaron cargados de gente solidaria que quería recibir a los mineros y darles las gracias por tanto. Los bomberos de Madrid hicieron un cordón de seguridad y escoltaron a los mineros durante el recorrido por la capital. Se gritaba «Madrid, obrero, está con los mineros», o el más bello si cabe «Esta es mi selección», en referencia a la selección de fútbol, que venía de ganar una Eurocopa y un Mundial seguidos, y estábamos a mitad de una Eurocopa que también se ganaría. Tanta épica, vítores y aplausos hicieron que las lágrimas corrieran a borbotones por culpa de tanta solidaridad. La marcha terminó en el Ministerio de Industria y el Gobierno hizo lo que mejor sabe hacer, sacar a los antidisturbios a repartir leña. Chelo Baudín recibió un pelotazo con una bala de goma y estuvo un mes y medio en la UCI. «Salí a aplaudirles. Ya de retirada, con grupos de personas que levantaban los brazos frente a la policía como muestra de rechazo a la violencia, vi una escopeta, me giré y sentí en el costado un impacto terrible, indescriptible. Y perdí el conocimiento». Baudín sufrió «un hemotórax, rotura de costillas, de vértebras y problemas en el hígado. El juez ve delito en el pelotazo pero desestima la denuncia al no poder identificar al antidisturbios»[\[7\]](#).

La movilización minera no se supo gestionar. Algunos en la extrema izquierda se limitaron a glorificarlos como a divinidades y a pedir al resto de colectivos que se movilizaran de la misma manera, algo bastante poco probable. No se le puede pedir a un maestro que de buenas a primeras se ponga un pasamontañas y tire cohetes incendiarios. O a una enfermera que se manifiesta por la sanidad pública. No es algo que vaya en su tradición y cada colectivo laboral tiene la suya propia. Se esperaba, ingenuamente, que la ola de violencia revolucionaria se extendiera por cada rincón del país y se asaltara el Palacio de la Moncloa al más puro estilo Palacio de Invierno y los bolcheviques. En primer lugar la violencia minera no era violencia revolucionaria, era una violencia que buscaba poner el foco de atención sobre

determinada situación laboral: la gran mayoría de mineros querían asegurar su puesto de trabajo y el pan de sus hijos (algo completamente legítimo), pero no nacionalizar los medios de producción y colocar la bandera roja sobre la Moncloa. De hecho, aunque a esa extrema izquierda le duela, los mineros que lanzaban cohetes y entraron en Madrid como héroes eran los mismos que se reunían cada año con Zapatero en la localidad leonesa de Rodiezmo, la fiesta minera asturleonera por antonomasia. Fiesta a la que nunca faltaba (no faltó ni el año en el que Zapatero, en plena crisis, se abstuvo de ir) un sinvergüenza como Alfonso Guerra.

Por su parte, otros elementos de la izquierda académica y postmoderna no hicieron más que cachondearse de los mineros, de sus reivindicaciones y de sus métodos de lucha, a los que tildaron de «porno para estalinistas». ¿Reivindicar el carbón en pleno siglo XXI cuando se luchaba por las renovables? ¿Quemar neumáticos, con lo que eso contamina? ¿Cortar las autopistas molestando al resto de ciudadanos? Es la misma izquierda guay que callaba mientras el Gobierno financiaba a fondo perdido a las grandes empresas automovilísticas, una industria, la del automóvil, que contamina y produce muchas más muertes (sea por cáncer o sea por accidente de tráfico) que la minera, apenas significativa ya en el Estado español. En realidad el conflicto iba de otra cosa. El carbón, en mucha menor medida que el siglo pasado, se sigue utilizando como combustible en muchas zonas rurales del interior de España. El problema se llama división internacional del trabajo y el Estado español, con una industria minera propia, terminaría importando carbón de países como Polonia o Alemania. Lo que ocurre es que, sencillamente, los mineros polacos y alemanes, más dóciles y domesticados en sus reivindicaciones y capaces de bajar a una mina por mil euros pelados al mes, producen un carbón más barato que los mineros españoles. Al final sí era, como se decía en los bares, una cuestión de huevos. Y los mineros españoles tenían demasiados para la lógica depredadora de la UE.

### *Represión clasista*

En un periodo de dos años, las luchas de carácter netamente obrero se intensificaron. Los jornaleros del SAT continuaban ocupando tierras de señoritos, los vecinos de Gamonal levantaban barricadas y vencían sobre un

gobierno local que quería imponer un especulativo plan urbanístico, y los trabajadores de tierra del Aeropuerto del Prat ocuparon las pistas bloqueando el tráfico aéreo. La crisis y los recortes se agudizaban y las consecuencias siempre las pagaban los mismos y de la misma forma: recortes en las nóminas, despidos masivos, privatizaciones, etc. Tras la ola de movilizaciones vino la consiguiente represión y las cosas se pusieron realmente serias. Pudimos comprobar cómo la clase dominante sabe cuidar de los suyos y sabe, de manera tajante y definitiva, castigar a los que vienen de la clase obrera y suponen una amenaza.

En una tertulia escuchamos que el 15M podía presumir de no tener a un solo condenado y, la verdad, no sabemos a ciencia cierta si es algo de lo que presumir. A fin de cuentas, muchos de los padres de los que protestaban en las plazas eran abogados, jueces o políticos de «la casta». Con la clase obrera no iba a haber esa condescendencia. Las multas desorbitadas, y sobre todo las penas de cárcel, se extendieron como un reguero de pólvora:

- Cinco años de prisión para cinco jóvenes sindicalistas por participar de piquetes en la huelga general[8], obreros metalúrgicos de Gijón. Se les acusa de subir al despacho del director y amenazarle.
- Fran Molero, militante del SAT condenado a cinco años de prisión: «El juicio ha sido una farsa»[9].
- Petición de diez años de cárcel para cinco sindicalistas por «coacciones» durante la huelga general de 2010[10]. Los hechos, ejercer de piquetes, ocurrieron en Logroño.
- Petición de tres años de cárcel y seis meses para dos sindicalistas por participar en un piquete[11] (Málaga).
- Dos años de prisión para 23 trabajadores del Prat por invadir las pistas[12].

Podríamos seguir con muchos más ejemplos, y algún observador perverso nos dirá que el sistema tolera de forma más benévola las acampadas y las batucadas que las luchas obreras, pero si hubo una condena y una farsa ejemplarizante fue con el caso del joven Alfon. Vecino del obrero y combativo barrio de Vallecas, bajó con su novia por la mañana a los piquetes el día de huelga. Inmediatamente un grupo de policías los detuvo y sacó una bolsa cargada de un objeto explosivo. La defensa esgrimió en todo momento

que «la cadena de custodia no se cumplió y falta información sobre quién recepciona el objeto o dónde ha estado guardado»[\[13\]](#). Sencillamente era la versión de la policía frente a la del joven. El juez optó por condenar al joven obrero a cuatro años de prisión, además en régimen FIES, otorgando al caso un carácter más político si cabe. De nada sirvieron las masivas movilizaciones en el barrio, o que diputados de izquierdas como Cayo Lara o Alberto Garzón denunciaran el caso en el Congreso. Los hechos fueron algo manufacturado y circunstancial, la condena era una condena disuasoria y ejemplarizante: se condenaba su militancia obrera y antifascista, se condenaba a todo un barrio para que tomara nota. Lo mismo podríamos decir del jornalero, sindicalista y diputado por Podemos Andrés Bódalo; una condena ejemplarizante que lo único que busca es sembrar el miedo entre los miembros del Sindicato Andaluz de Trabajadores del campo. En el momento en que estas líneas se escriben, sus compañeros llevan más de 15 días en huelga de hambre para lograr que Bódalo sea indultado.

Mientras Alfon y Bódalo siguen sumando días en prisión, el pequeño Nicolás se pega la vida padre. Acusado de hasta ocho delitos, entre los que se incluyen falsedad documental, estafa y usurpación de funciones públicas, en la actualidad participa en el *reality* Gran Hermano VIP, donde se embolsará 30.000 euros a la semana. Claro que no es lo mismo ser un joven obrero de Vallecas o un jornalero pobre que ser un joven de la Fundación FAES que toma café con el presidente de la patronal madrileña. A fin de cuentas, siempre hubo clases, ¿no?

\* \* \*

Cabe mencionar que la serie de movilizaciones obreras continúa hasta nuestros días. Habría que mencionar el sangrante caso de la embotelladora de Coca-Cola en Fuenlabrada: tras meses de movilización que desembocaron en la ocupación por la fuerza de la fábrica con la instalación de un campamento permanente en el que las familias obreras se turnaban y hacían vida y guardia, hasta en dos ocasiones el Tribunal Supremo ha dado la razón a los obreros declarando el ere de la multinacional como nulo. Pero somos la Coca-Cola y nos meamos en lo que diga el Tribunal Supremo español... Todavía se sigue esperando que la multinacional acate la sentencia y readmita a todos los despedidos. También nos acordamos de «la revolución de las escaleras»: la

gran lucha que comenzó con una huelga de tres meses de los técnicos de instalación y mantenimiento de las contratas, subcontratas y «falsos autónomos» de Telefónica-Movistar, ha sido un ejemplo de unidad y movilización contra la precariedad laboral, y la primera contra la compañía[14]. Se trata de los técnicos que trabajan subidos a una escalera para que el resto de ciudadanos tengamos internet en casa. Las condiciones laborales eran de semiesclavitud: ropa de trabajo, vehículo propio, seguro, responsabilidad civil, gasolina y herramientas, todo pagado por ellos mismos; circunstancias tales que les llevan a trabajar de 10 a 12 horas diarias, para cobrar entre 600 y 800 euros al mes. Cuando desde el *establishment*, los medios y los gurús del *coaching* se insiste una y otra vez en que emprendamos y nos hagamos pequeños empresarios o autónomos probablemente se refieren a esto: págate tu ropa de trabajo, págate tu vehículo, págate la gasolina y las herramientas y trabaja 12 horas al día por 600 euros. ¡Y presume de ser tu propio jefe! Y sonríe. Y sé positivo.

Al respecto convendría matizar una mentira extendida y pregonada por la izquierda postmoderna fanática del «precariado intelectual»: «Los obreros de mono azul son unos privilegiados. No como yo, que tengo dos carreras y estoy sirviendo mesas a cinco euros la hora». La mentira no se sostiene, no en la España del siglo XXI. En enero de 2016, en un debate en la Cadena Ser se denunciaban las paupérrimas condiciones laborales de los obreros de la construcción: horas de trabajo que se pagan a tres euros, jornadas interminables para llegar a los 800, nóminas que reflejan lo que marca el convenio aunque otra cosa es lo que luego el trabajador percibe, ausencia de seguridad en riesgos laborales, un incremento de la siniestralidad laboral y un larguísimo etcétera[15]. Pero una de las noticias del año fue la de un joven imberbe que escribió en su Facebook lo siguiente: «Me llamo Benjamín Serra, tengo dos carreras y un máster y limpio WCs. No, no es broma. Lo hago para pagar el alquiler de mi habitación en Londres». Y claro, que un niño rico (se sacó las dos carreras pagando en el CEU San Pablo, universidad vinculada al Opus Dei y bastión de la derecha más recalcitrante) descubriera el mundo del trabajo y tuviera que limpiar inodoros indignó a la clase media y a su entramado mediático. Una ola de indignación recorrió cada rincón del país. La carta pública no tiene desperdicio, Serra Bosch asegura que su situación económica *daña* su orgullo: le «revienta» sonreír a «algunos clientes que te miran por encima del hombro» y contiene sus ganas de «sacar

mis títulos universitarios y ponérselos en la cara». Mucho nos tememos que Benjamín está descubriendo eso que algunos llaman orgullo de clase y conciencia obrera, algo que nunca le explicaron en la privada y elitista Escuela de Negocios IEBS donde te sacaste el máster por no menos de 10.000 euros. Nosotros pensamos que, en lugar de lloriquear por Facebook, debería reunirse con sus compañeros y organizarse en un sindicato, pero eso es algo que no es propio de la clase social de Benjamín, por eso anda tan despistado. Un tal Lucio Molina lo resumió a la perfección en apenas 120 caracteres: «Descubro gracias a Benjamín Serra Bosch que personas con carrera limpian WC. Ah, que si son sudamericanos no cuentan». La realidad es que, con la crisis, la temporalidad y la precariedad han golpeado de igual manera a los trabajadores de la industria o «cuello azul»: «La crisis ha empujado a la baja la duración de los contratos temporales en la industria. Y la *incipiente* [la cursiva es nuestra, no de *El País*] recuperación no ha supuesto un alivio. En 2008, la vida media de un contrato en este sector ascendía a 188 días, más de seis meses; en 2015, no llega a dos»[\[16\]](#).

Que se viralice la carta de un niño de papá cansado de servir unos meses en Londres, mientras que la noticia de los trabajadores de la construcción que ganan tres euros la hora pase completamente desapercibida, pone de manifiesto, una vez más, cómo la clase dominante y el entramado mediático a su servicio cuidan y miman a los suyos.

Pese a la pataleta de Benjamín, los trabajadores se organizaban y las movilizaciones se producían en todos los rincones y espacios del país. Tanto era así que la derecha pidió regular el derecho a manifestación: no había día en que en ciudades como Madrid o Barcelona no se tuviera que cortar el tráfico por el paso de una manifestación. «Habría que modificarla, no para recortar derechos, pero sí para racionalizar el uso del espacio público. No puede ser que en un mismo día en Madrid haya diez manifestaciones en la misma zona. Los comerciantes y vecinos del centro de Madrid están desesperados con toda la razón», dijo Cristina Cifuentes como delegada de Gobierno[\[17\]](#). La realidad era que la sociedad, en buena medida, se politizaba; muestra de ello era que los programas del fin de semana en el *prime time* nocturno dejaron de ser debates de la prensa del corazón para convertirse en debates políticos.

## CLASE OBRERA Y LUCHA ELECTORAL: DE LA TRANSICIÓN AL SURGIMIENTO DE PODEMOS

La historia de la clase obrera y su relación directa con los procesos electorales en nuestro país, es profundamente tormentosa. La izquierda agorera siempre ha echado pestes sobre el movimiento obrero español, empeñándose en recordarnos una y otra vez que el franquismo duró cuarenta años y que Franco murió en la cama. Cabría recordar a estos *cuñados* de izquierdas que sí, Franco murió en la cama, pero el régimen murió en las calles. De la misma forma, huelga recordar que, mientras en Italia o Alemania el fascismo llegó al poder de una manera poco traumática y casi entre vítores y alfombras rojas, en nuestro país fueron necesarios tres años de cruenta guerra civil entre un pueblo que se armó para defender la legitimidad republicana emanada de las urnas, y un ejército golpista que no hubiera podido vencer sin la ayuda militar, logística y económica de Hitler y Mussolini. De hecho, y este es un dato muy interesante, la clase obrera española durante la Guerra Civil fue la primera en toda Europa occidental en poner en marcha auténticos procesos de colectivización, expropiación de bienes a la Iglesia y nacionalización masiva de empresas. Y este, y no otro, fue el motivo por el que las grandes potencias europeas «democráticas» nos abandonaron a nuestra suerte: mejor un caudillo fascista que respete la propiedad privada que una revolución social en el corazón de Europa (la derrota del Ejército Blanco a manos del Ejército Rojo en Rusia y la consolidación de la URSS como actor fundamental en el tablero geopolítico seguían muy presentes en la memoria de grandes empresas multinacionales y oligarcas europeos).

Tras la derrota en la Guerra Civil, el movimiento obrero se difuminó hasta desaparecer y la salvaje, y represiva postguerra se encargó de que a nadie se le volviera a ocurrir organizarse política o sindicalmente en favor de la clase obrera. De hecho, muchos de los antiguos obreros que empuñaron los fusiles contra Franco y sus generales golpistas, terminaron como mano de obra esclava al servicio del nuevo régimen: todos los pantanos, presas y monumentos a los vencedores (empezando por el Valle de los Caídos) fueron construidos por trabajadores presos pertenecientes al bando republicano. Sin derechos, sin jornal y trabajando de sol a sol por un poco de agua y un mendrugo de pan duro. Por un lado, se escarmentaba a la clase obrera más



combativa; por otra parte, una serie de empresas (principalmente constructoras y energéticas) leales al régimen golpista hacían su agosto y se consolidaban en el sector internacional gracias a esa masa de trabajadores esclavos que hacía que los beneficios fueran ingentes: el no tener que pagar un salario multiplica con creces las ganancias y oportunidades de negocio. Como muestra del tipo de democracia en la que vivimos, tras el estallido de la burbuja inmobiliaria en 2008 muchas de esas mismas empresas y constructoras que se hicieron ricas durante el franquismo mediante la mano de obra esclava y que hoy alcanzan los puestos más altos en el IBEX 35, ocupaban los titulares de prensa una y otra vez por dejar a familias sin calefacción, por estar asesoradas por ex altos cargos (generalmente exministros) en lo que se vino a conocer como el fenómeno de las «puertas giratorias», o por estar relacionadas con la financiación ilegal del Partido Popular y sus innumerables casos de corrupción. Dragados de Florentino Pérez, Acciona, Iberdrola, Gas Natural Fenosa (donde Felipe González asesoraba socialismo por 127.000 euros al año), y por supuesto, Obrascón Huarte Lain, S.A. (más conocida como OHL), de Villar Mir, una de cuyas empresas –Huarte– se encargó de construir el Valle de los Caídos empleando mano de obra esclava[\[18\]](#). La única verdad económica de este país es que un puñado de familias lleva saqueando lo público, como mínimo, desde principios del siglo XX hasta ahora. Un robo normalizado e institucionalizado que se retroalimenta a sí mismo con la fiesta electoral y el bipartidismo mediante una sucesión de gobiernos serviles. La alternancia decimonónica de Cánovas y Sagasta revisitada con PP y PSOE. Es comprensible que la aparición de Podemos (aun siendo un proyecto de corte puramente socialdemócrata y ciertamente moderado) despierte tanta furia, miedo y haga soltar espuma por la boca a los que llevan décadas beneficiándose de ese modelo de explotación y expolio.

Tras la represión de los vencedores, las tapias de los cementerios rezumando dolor y muerte y el fracaso del maquis, el régimen gozaría de una paz relativa durante cerca de 20 años: la ley del silencio, y sobre todo el miedo como elemento disuasorio contra toda disidencia, afianzaron a un régimen que, pese a ello, pronto se vio asediado por distintos flancos. La mano de obra esclava durante la postguerra y las garantías de una clase trabajadora sin posibilidades de organizarse políticamente propiciaron negocios prósperos y una industrialización rápida y poco traumática: se

abrían fábricas sin cesar en las grandes ciudades mientras el campo se abandonaba rumbo a esas fábricas o rumbo a países como Alemania, Francia o Bélgica. En muy pocos años, entrada ya la década de los sesenta, España ya contaba con importantes núcleos industriales en donde se agrupaba (cada vez en mayor número) una pujante, aunque no organizada, clase obrera industrial. Huelga recordar que fue la clase obrera y no los universitarios, la oposición en el exilio o los intelectuales (y, por supuesto, no esos tertulianos todólogos que corrieron «delante de los grises»), la primera en enfrentarse abiertamente al régimen franquista, iniciando un periodo de movilizaciones y conflictos que perduraría hasta bien entrados los años ochenta.

Una de las primeras movilizaciones obreras importantes se produjo en Vizcaya; la «Huelga de Bandas», como se la conoce, comenzó el 30 de noviembre de 1966, después de que la empresa desestimara las reivindicaciones de los trabajadores, molestos porque la dirección había disminuido su retribución salarial al tiempo que aumentaba su ritmo de trabajo. La movilización pilló por sorpresa a la dirección de la empresa, a las autoridades del régimen y al propio Franco, que no podía comprender cómo un grupo de obreros vascos se había atrevido a desafiar la legislación vigente y envalentonarse a pesar de la represión que sabían que podían sufrir<sup>[19]</sup>. Pero ocurrió. La represión no se hizo esperar y, tras distintas intentonas de frenar el conflicto, el régimen declaró el estado de excepción en todas «Las Vascongadas», los trabajadores fueron juzgados y condenados a penas de prisión o directamente «desterrados», mandándoles a otras regiones o ciudades. Esto fue el pistoletazo de salida; en pocos años metalúrgicos, mineros, trabajadores de la construcción o incluso trabajadores de la banca, todos se enfrentaron en algún momento u otro al régimen franquista reivindicando mejoras salariales o derechos democráticos. Mientras las huelgas y manifestaciones se sucedían, CCOO, completamente clandestina e ilegal, daba sus primeros pasos.

El PCE logró hegemonizar la lucha política contra la dictadura, bien fuera por la vía política, bien fuera por la vía sindical, con su sindicato de referencia, CCOO. Pero también fue protagonista en la resistencia guerrillera, el maquis. Gran parte de su prestigio provino del ejemplo de lucha de sus militantes en la clandestinidad, que dieron lecciones de sacrificio y pusieron la mayor parte de muertos, torturados y exiliados, frente a un PSOE prácticamente ausente en la lucha en el interior. Además, el PSOE estaba

fraccionado en distintas corrientes y grupos que pugnaban por hacerse con el control del partido. Finalmente, las viejas glorias del PSOE Histórico en el exterior fueron desplazadas en 1974, en el mítico Congreso de Suresnes, por los jóvenes del interior, encabezados por un ambicioso Felipe González dispuesto a «renovar» el partido, esto es, a acabar con todo vestigio del pasado obrero, socialista y marxista que el PSOE había tenido desde su creación por Pablo Iglesias en el siglo XIX. A esas alturas, los vínculos de Felipe González con la CIA y otros servicios de inteligencia europeos eran innegables, aunque no evidentes[20]. Intereses geoestratégicos y de estabilidad política maniobraron para dirigir el paso de la dictadura a la democracia por los cauces deseados por la clase dirigente internacional, esto es, tratando de que las aguas de la movilización social y la presión política existente no se desbordaran yendo hacia cauces comunistas en un contexto en el que todavía existía la URSS, no lo olvidemos.

El PSOE se prestó a este trabajo de contención social con frenesí. Cabría decir que buena parte de la dirección del PCE también. Después de canalizar el descontento de ciertos sectores de la izquierda con la bajada de pantalones del PCE durante la Transición, y jugar al voto útil, el PSOE logró una aplastante victoria electoral en 1982. En ese momento se inició la mayor traición a la clase obrera que se ha dado jamás en la historia reciente del Estado español, cuando el PSOE olvidó su pasado histórico y abrazó el credo del neoliberalismo comenzando a gobernar para las elites, en lugar de para la clase que lo estuvo votando masivamente durante doce años. El «OTAN, de entrada no» que se convirtió en un «Sí a la OTAN» fue el punto de partida que mostró la poca vergüenza de una dirigencia que estaba ya muy alejada de los intereses y la ideología de sus bases.

### *El PCE o la madre del cordero*

Izquierda Unida (IU) surgió al calor de las movilizaciones del No a la OTAN, unas siglas que evocan transversalidad y de alguna manera *camuflan* las siglas del PCE y su vinculación con un pasado guerracivilista. Una apuesta seductora que intentaba aglutinar distintas agrupaciones y sentimientos a la izquierda del PSOE justo cuando muchos empezaban a darse cuenta de que el PSOE tenía muy poco de socialista y obrero, y mucho

de plegarse a las exigencias atlánticas y europeístas; reformas laborales, desmantelamiento masivo del tejido industrial, pelotazos y corrupción, etc. En junio de 1986, IU participó por primera vez en unas elecciones generales, obteniendo 7 escaños (3 más que el PCE en las anteriores generales) con un 4,6 por 100 de los votos. En las municipales de 1987 sus resultados mejoraron, obteniendo el 7,18 por 100 de los votos. Su techo lo alcanzó bajo la dirección de Julio Anguita en 1996, con la obtención de un 10,54 por 100 de los votos, y su peor momento discurre bajo el mandato de Gaspar Llamazares, quien se acerca al PSOE, generando una sensación de hastío y desolación entre muchos militantes: resulta incomprensible que nadie a la izquierda del PSOE sea capaz de rentabilizar políticamente una de las peores crisis económicas que se recuerdan. Todo el mundo se preguntaba por qué, con la calle movilizándose a niveles propios de la Transición, nadie era capaz de canalizar ese descontento electoralmente. La llegada de Cayo Lara, en 2011, no consiguió ser el revulsivo adecuado: las crisis internas dentro de la coalición y, sobre todo, la aparición de nombres vinculados al partido en el escándalo de las «Tarjetas Black» de Bankia, no hicieron sino agravar una situación desesperada. El momento que mejor simboliza esa desconexión con la realidad social y política que se vive en la calle es cuando Cayo Lara es increpado y casi expulsado de un desahucio al grito de «oportunista». El líder de IU había decidido sumarse a la protesta «a título individual».

Algo falla, algo no encaja cuando la gente te increpa en un desahucio pese a que tu formación está luchando contra los desahucios desde el primer día y cuando la propia Plataforma de Afectados por la Hipoteca quiso «defender la presencia a título personal del líder de IU y su derecho a manifestarse como el resto de los “indignados” y han apuntado que Lara, que les había pedido permiso para poder asistir, ha estado con ellos desde el principio cuando nadie lo hacía»[\[21\]](#). Quizás años de desgaste de una formación que nunca pudo rebasar la barrera del 10 por 100 de los votos y tuvo que conformarse con ser la muletilla del PSOE en muchos ayuntamientos, quizá un liderazgo débil al que le costaba conectar con las nuevas generaciones, quizá el hastío generalizado de la ciudadanía y muchos despistados que se empeñaban en repetir que «todos los políticos son iguales», pero sobre todo terribles fallas en la comunicación y, para algunos, también en el discurso. La situación era desesperante: por un lado, una crisis de régimen e institucional completa que no encontraba salida por la izquierda; por otro, el repetido mantra que

criminaliza a las cúpulas y glorifica a las bases, unas bases que pese a ello se empeñaban en apostar por los candidatos viejos y arrinconaban a las jóvenes promesas. La situación era tan insostenible que se sucedieron los intentos: desde propuestas a la izquierda de la misma Izquierda Unida, tales como Iniciativa Internacionalista, hasta la iniciativa trotskista de Izquierda Anticapitalista (una escisión más que sumar a IU), que apenas tuvo incidencia por mucho que recibiera el apoyo simbólico de Slavoj Žižek, Ken Loach y otros intelectuales y personalidades célebres.

En esta travesía en el desierto y falta de conexión con la realidad social, hay que añadir el papel, en muchos casos desmovilizador (cuando no meramente servil), de los dos grandes sindicatos mayoritarios, la otrora combativa CCOO y UGT. Estos se han convertido en una maquinaria de recibir subvenciones que, de tanto alternar con la patronal, ha olvidado quién es su enemigo natural de clase. Unos sindicatos centrados únicamente en sus afiliados y perdidos sin saber hacer una lectura adecuada de las transformaciones en el mundo del trabajo y su terciarización. En este sentido, la ausencia de intelectuales obreristas o provenientes de la clase obrera desempeñó un papel fundamental. La situación era paradójica en extremo: mientras la calle y la sociedad se movilizaban y politizaban y se sucedían las manifestaciones, ocupaciones, encierros, etc., las centrales sindicales y los clásicos partidos de izquierdas eran incapaces de capitalizar ese descontento. Y al fondo de todo, la madre del cordero, el padre biológico de toda propuesta o iniciativa dispuesta a asaltar los cielos en nombre del proletariado: el PCE. Del Partido Comunista surgió Izquierda Unida, el Partido Comunista Obrero Español (PCOE), el Partido Comunista de los Pueblos de España (PCPE), Izquierda Anticapitalista, el Partido del Trabajo de España (PTE), la Organización Revolucionaria de los Trabajadores (ORT), el Partido Comunista de España (marxista-leninista) [PCE (m-l)], la Organización Marxista-Leninista Española (OMLE), el Partido Comunista de España (reconstituido) [PCE(r)]... Y la lista podría seguir... Todos estaban vinculados de algún modo con la misma organización, un partido que no supo rentabilizar su fuerza durante la oposición al franquismo, un partido desdibujado y desgastado por la burocracia y por un papel en las instituciones en las que parece que nunca terminó de encajar, pues cargaba con la contradicción de tener que gestionarlas cuando, por su naturaleza, se esperaba que quisiera transformarlas. Aun así, algunos de sus miembros se adaptaron

muy bien al pasteleo institucional... Pero un partido, conviene recordar a los amnésicos, que puso sobre la mesa los muertos, los torturados, los encarcelados y los héroes, en un momento en el que proclamarse demócrata era un deporte de alto riesgo. Un partido que, por desgracia (o por la lógica burocrática y las contradicciones que genera ejercer de partido comunista en la Europa occidental), nunca tuvo dirigentes a la altura de sus abnegados militantes. Un partido que se dejó el sudor, la sangre y las lágrimas cuando muchos de los que hoy lo vilipendian alegremente no habían nacido o, peor todavía, ya hacían política desde la seguridad plácida que supone lamer almorranas por los pasillos de los ministerios o los decanatos. Un partido que, no obstante, fue una escuela de cuadros políticos de la que otros se aprovecharon más que él mismo. Muestra de ello es que de las Juventudes del PCE surgió un joven valleciano con coleta que se propuso cambiar la manera de hacer política en el país.

### *La televisión se politiza o el surgimiento de «El Coletas»*

Su primera aparición como tertuliano en una televisión de verdad (y no en formatos para YouTube) fue en la derechosa y recalcitrante Intereconomía. Era maravilloso ver cómo plantaba cara y humillaba a todos esos derechistas de llavero de Franco y misa diaria. Los vídeos se hicieron virales y el fenómeno saltó de inmediato a las redes sociales e internet. El espectáculo no tardó en llegar a los oídos de las grandes cadenas y, en cuestión de un par de meses, el profesor universitario de la coleta se convirtió en un habitual de las tertulias políticas de alcance nacional y, sobre todo y más importante, en un habitual en las conversaciones que se producían en los bares, universidades y centros de trabajo. «El coletas ese tiene más razón que un santo» o «el coletas ese tiene un par de pelotas» eran frases que se podían escuchar en la cola del supermercado, en la panadería o en un pub por la noche. Esto era lo verdaderamente importante; su discurso estaba calando en la calle y, de alguna manera, suministraba argumentario y razones a una ciudadanía harta y presa del hastío que no encontraba en los medios nadie con quien identificarse. El grueso de las tertulias recogía un espectro muy limitado, un espectro que abarcaba del PP al PSOE y que se resumía en periodistas afines al PSOE y periodistas afines al PP tirándose los trastos a la cabeza vía el

recurrente «y tú más» respecto a los innumerables casos de corrupción. En este sentido, Pablo Iglesias llegó para llenar un vacío de representatividad de la izquierda, de la voz de la calle y, por qué no decirlo, de la clase obrera, en la televisión. Pablo Iglesias sabía moverse por los platós como pez en el agua, había nacido para la televisión y, mediante un lenguaje muy cercano y asumible por cualquier ciudadano, se convertía en el fenómeno mediático del año. En una operación perfectamente calculada, tradujo el clásico argumentario de la extrema izquierda a un lenguaje que no asustara al ciudadano de a pie y que fuera comprensible por cualquier hijo de vecino.

Esta traducción (que algunos se empeñaron en tildar de «transversalidad», vocablo horrible) se puso de manifiesto en muchos aspectos. Así, mientras la extrema izquierda hablaba de socialización de los medios de producción y expropiaciones masivas, Pablo nos recordó el artículo 128 de la Constitución, que legitima al gobierno para nacionalizar empresas en beneficio del interés general y que, por tanto, nacionalizar una empresa energética que se niega a dar cobertura a todos los compatriotas tiene poco de bolchevique y mucho de defender los derechos humanos. Idea, conviene recordar, que tomó prestada de Julio Anguita, el primero en reivindicar la Constitución más allá de diatribas incendiarias. Y mientras la extrema izquierda hablaba de implantar una Tercera República, Pablo nos recordó, prudente, que lo ideal sería que el jefe del Estado se presentara a unas elecciones. La cuestión es que, por primera vez en mucho tiempo (quizá desde los debates de La Clave en los años ochenta), una serie de cuestiones tales como la nacionalización de servicios estratégicos, el derecho a la autodeterminación, la banca pública o la subida de impuestos a los ricos se ponían encima de la mesa (mediática) de una manera convincente y directa. Hasta se pudo hablar de la situación de los presos de ETA y el conflicto vasco desde una óptica que no fuera la de un coronel franquista retirado, que era más o menos la única posición posible en las tertulias de corte nacional hasta la llegada de Pablo Iglesias. La ventana de oportunidad aprovechando el filón mediático se vislumbraba evidente, no aprovecharla hubiera sido un error histórico. Y en eso, ¿sorprendiendo a muchos?, llegó Podemos.

La presentación oficial se produjo en el Teatro de Barrio en Lavapiés y escenificó una tónica que se perpetuaría con el paso del tiempo: acudió mucha gente y pocos medios. Desde el día uno, la relación de Podemos con los *mass media* sería un verdadero tormento, y todo porque el régimen, en

una incomprensible estrechez de miras, subestimó a la formación morada y a su capacidad de penetración en la sociedad. En un principio se les tildó de *frikis*, de productos de la televisión, de excéntricos de extrema izquierda. Y tenían razón: Podemos era un compendio de *frikis* de extrema izquierda nacidos al calor de la televisión, un puñado de niños listos que, formados en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense, venían con la lección aprendida. Y todo eran risas hasta que llegaron las elecciones europeas y, contra todo pronóstico, se obtuvo la escandalosa cifra de cinco diputados. Una campaña austera pero profundamente efectiva y un magistral manejo de las redes sociales propiciaron el zapatazo. Entonces, el mismo régimen que menospreció y subestimó a la formación morada, engrasó la maquinaria mediática y comenzó la operación de acoso y derribo contra Podemos. La criminalización se hizo con toda la artillería y movilizó a todos los efectivos.

### *El régimen pasa a la ofensiva*

No hizo falta escarbar mucho para comprobar que la cúpula de Podemos había estado asesorando a gobiernos de corte popular en Latinoamérica, unas búsquedas en YouTube y unos cuantos visionados del programa La Tuerka hicieron el resto. Y contra Podemos todo valía, comunismo totalitario, vinculación con ETA, la beca de Errejón, Monedero y Hacienda, Pablo y la financiación vía Irán, pagos en negro y un larguísimo etcétera. Pero, pese a la gran ofensiva, no había dónde rascar: todas y cada una de las denuncias que acusaron a la formación o a alguno de sus miembros de cometer algún tipo de delito fiscal o económico se fueron archivando una tras otra. No importaba, el ruido ya se había hecho y el «difama, que algo queda» había cumplido con creces su función. Ocurría que mientras cada uno de estos supuestos escándalos copaban absolutamente todas las portadas de los diarios de tirada nacional y todas las tertulias, las posteriores causas archivadas aparecían en muy pequeñito o directamente se obviaban. En el imaginario más *cuñado* de este país, la formación morada ya está vinculada inequívocamente a Venezuela, a la financiación ilegal y a ETA. La ofensiva no solo fue mediática, también lo fue política y puso de manifiesto quién dirige realmente las grandes rotativas: el presidente del Banco Sabadell dijo sin sonrojarse que



«hace falta un Podemos de derechas». Dicho y hecho. Ciudadanos, un pequeño partido radicado en Catalunya vinculado a la derecha centralista y más recalcitrante, recibió el mayor espaldarazo mediático (y económico, que algún día tendrá que explicar) que la historia reciente de nuestro país puede recordar. De Eduardo Inda a *El Mundo*, *La Razón*, *ABC*, *El Español* e incluso el antaño social-liberal y órgano de difusión del PSOE, *El País*, se volcaron con la formación naranja a base de inflar y adulterar unas encuestas que rayaban el puro surrealismo. El partido de Albert Rivera era el cambio sensato, un cambio lejos de radicalismos separatistas. Por ello cuando Pablo Iglesias acude al programa *El Hormiguero*, más que una entrevista, se trata de una encerrona y un constante asedio; mientras que cuando es Albert Rivera quien acude al programa, se le pone una alfombra roja, se le ríen las gracias y se le practica una concienzuda felación en vivo y en directo; de forma metafórica, claro. Es lógico, Pablo Motos, el presentador de este circo, gana cuatro millones de euros al año. Sale a defender lo que es suyo.

Era evidente que detrás de los ataques a Podemos lo que se escondía, muy indisimuladamente, era el miedo a que esta nueva fuerza política lograra canalizar el amplio descontento social existente y, sobre todo, lograra movilizar a la población en defensa de un programa para parar el ataque a las clases populares (cabe recordar que Podemos nunca ha hablado directamente de la clase obrera ya que prefiere términos más transversales y abarcadores, según el aparente criterio de parte de su dirigencia).

No obstante, y pese a la tormenta desatada, se supo torear bien la ofensiva, y cuando llegaron las elecciones municipales Podemos, bien fuera solo o en alianza con otras fuerzas de la izquierda (las denominadas «confluencias»), mejoró sus resultados de las europeas y se hizo con las principales capitales. Valencia, Madrid, Barcelona, Zaragoza, A Coruña o Cádiz pasaban a ser «capitales del cambio» y aunque se tratara de poder municipal, con las limitaciones que ello implica, la oligarquía no iba a tolerar por las buenas que se le vetara en parcelas de poder que, piensa, le pertenecen por derecho divino. Entonces ocurrió que Madrid nunca había sufrido atascos o contaminación, ello respondía a la gestión maquiavélica del gobierno de Manuela Carmena y sus concejales comunistas. De Ada Colau dijeron directamente que su sitio era vender pescado en un mercado, no ser alcaldesa. Machismo, clasismo, racismo, todo valía para cuestionar la ola de cambio.

Llegaron las generales de diciembre de 2015 y ¡oh sorpresa! Ciudadanos se

quedó muy lejos de lo que vaticinaban las encuestas (algunas los llegaron a poner como primera fuerza), el PP ganó en número de votos y el PSOE rebasó a Podemos por un estrecho margen. Ciudadanos quedaba descolgado a una ¿sorprendente? cuarta posición. Es decir, se hacían inevitables los pactos para la gobernabilidad del país. El pacto natural hubiera sido un gobierno del PSOE con el apoyo de Podemos y otras fuerzas de izquierdas más minoritarias, pero Pedro Sánchez (en realidad una marioneta al que le habían hecho arremangarse la camisa para resultar más cercano) se plegó a los pesos pesados e históricos de su partido (la vieja guardia felipista) que exigieron que, bajo ningún concepto, había que gobernar o ceder poder al partido morado. Una cosa era pactar en las municipales y autonómicas, otra bien distinta era gobernar la maquinaria estatal mano a mano con esa horda de rojos y separatistas. Así, en un nuevo giro a la derecha, Sánchez se alió con Ciudadanos, y donde hubo abolición de la reforma laboral del PP, eliminación completa del copago sanitario y la LOMCE y subidas de impuestos a los más ricos, quedó el 80 por 100 del programa de Ciudadanos, como le gustaba presumir a Rivera y a su gurú económico forjado en FAES, Luis Garicano. Si a alguien sorprendió este pacto fue al votante socialista, el mismo que aplaudía y asentía cuando, en plena campaña, Sánchez juraba y perjuraba que Ciudadanos era la nueva sucursal del PP.

La contraofensiva del régimen continuó desatada y profundamente agresiva en el camino hacia las segundas elecciones generales de junio de 2016, pero ocurrió que en ocasiones la oligarquía no está tan coordinada y organizada como a la extrema izquierda le gusta pensar, y pasó que se les fue de las manos. La vinculación con Venezuela (por poner la acusación más recurrente) fue tan brutal y desmedida que rozó el absurdo y el puro surrealismo: llegó un punto en el que hasta los periodistas más afines al régimen se cercioraron de que se hablaba más de Venezuela que de los problemas de los españoles. La ofensiva, tan salvaje y desbocada, y por momentos tan completamente fuera de control que se convirtió en puro esperpento, se estaba volviendo en su contra y parecía que, cada vez que algún tertuliano vinculaba a Podemos con Venezuela, generaba en el espectador medio primero sonrisas (ya están otra vez con lo mismo); después, una sensación de hastío generalizado hacia todo lo que huela o provenga de la vieja política. La guinda del pastel llegó cuando, en una operación bastante ridícula y tácticamente nefasta, el señor Albert Rivera marchó a Venezuela a

defender a la oposición y a dar abrazos a los jóvenes venezolanos carentes de papel *tualé*. Se dice que hasta el ministro de Exteriores en funciones, José Manuel García-Margallo, aconsejó a Rivera no viajar a Venezuela y montar el numerito. Por un lado, continuaban por una línea que habían explorado y explotado hasta la saciedad con ningún resultado en los tribunales, generando una sensación de cansancio generalizada; por otro, servían en bandeja de plata el argumentario a Podemos: no te vimos defendiendo los derechos humanos en la puerta de ningún desahucio y algunos parecen empeñados en hablar de los problemas que ocurren a ocho mil kilómetros de distancia de España. El régimen tiene la capacidad de desplegar un completo asedio, pero su volumen es tan enorme e informe, y la hidra tiene tantas cabezas, que en ocasiones le cuesta horrores poder coordinar de manera eficiente ese asedio. El tiro había salido ya por la culata: con un PSOE que se había derechizado todavía más acercándose a Ciudadanos, y unos medios de comunicación masiva centrados en criminalizar a Podemos de una forma permanente pero no coordinada, la hoja de ruta trazada por la organización morada se materializada y daba un paso de gigante convirtiendo el *sorpasso* al PSOE en una realidad *posible* y, sobre todo, inminente. Así lo demostraban hasta las encuestas más reaccionarias y conservadoras. La intención de Podemos siempre fue acudir a unas nuevas elecciones; la vieja guardia felipista, guiada más por sus odios personales que por la táctica política (o sencillamente presionada por las grandes multinacionales que pagan sus ingentes nóminas), se lo puso en bandeja a Pablo Iglesias.

Pero llegó la segunda vuelta de elecciones y el sueño se truncó, el *sorpasso* no se produjo y el PP incrementó su número de votos. Podemos se presentó en confluencia con IU, como Unidos Podemos. La coalición logró mantener el número de escaños pero se perdieron 1,3 millones de votos por el camino, lo que desató todo tipo de interpretaciones sobre las causas de la abstención de muchos de los que, en las anteriores generales, habían votado por Podemos o por IU. No obstante las críticas, la coalición mostró ser exitosa porque resistió la pérdida de diputados que se habría producido si ambas formaciones hubieran ido por separado. Pero el sueño de ganar que albergaban las clases populares, una vez más, se convertía en pesadilla. Los motivos son muchos y de diversa índole. Las encuestas se cocinaron con el fin de hinchar desmesuradamente el apoyo a Unidos Podemos con el objetivo de movilizar al electorado más conservador; no es una opinión, es un hecho.

La diferencia entre encuestas y resultados era demasiado abismal como para pensar otra cosa. Hablamos de la misma gente que destroza la sanidad catalana de forma encubierta para frenar el independentismo o que conspira contra políticos rivales (Fernández Díaz *Affaire*). Manipular una encuesta para RTVE o Metroscopia es una nimiedad que cuesta lo que cuesta levantar un teléfono. Por un lado agitan el miedo y convierten en factible y muy probable el ascenso de Unidos Podemos, lo que moviliza a los sectores más conservadores (Ciudadanos fue el más perjudicado en ese sentido); por otro lado se genera una falsa ilusión que desemboca en pesimismo y una sensación de derrota que lo primero que hace es desgastar e, inmediatamente, buscar culpables.

Otro factor determinante pensamos que es el de las dos Españas, la rural y la urbanita. Mientras en las zonas más desarrolladas y urbanas, donde hay mayor concentración de la clase obrera, se pide cambio, en las zonas rurales cuesta horrores penetrar. Sea por redes clientelares o envejecimiento de la población, la realidad es que en Castilla y León (por poner el ejemplo más sangrante) la hegemonía conservadora es absoluta. La unión de las izquierdas ha logrado conectar con el voto obrero urbano pero todavía está lejos de atraer el voto campesino y rural. Algunos sostendrán que el patrón de transformación social se produce siempre con las grandes ciudades y núcleos urbanos como vanguardia política que posteriormente se extenderá al resto del país. Así ha ocurrido siempre, pero la argumentación es tramposa y tiene poco recorrido, básicamente por motivos históricos. En la actualidad no va a producirse ningún proceso de industrialización ulterior o revolución burguesa o de las luces. La modernidad como fenómeno histórico y cultural ya pasó por nuestro país. Por supuesto que la ley electoral, heredera de los pactos de la Transición, está diseñada para beneficiar la sobredimensión de las zonas rurales y conservadoras, pero es lo que tenemos y es con lo que hay que trabajar. Un buen comienzo pasaría por, durante la campaña electoral, no abandonar a las ciudades y zonas en las que se espera poco voto; tampoco ayuda centrarse en problemas exclusivamente urbanos como las pymes, el exilio de los mejor preparados, la educación universitaria o los becarios. Conviene recordar que cerca de la mitad de españoles carece de correo electrónico; por muy brillante que sea la campaña en redes, tiene un techo de cristal. Hay quien habla YPP (Yerno Perfecto Progresista) que se traduce en los Garzón, los Bustinduy, los Errejón: currículos académicos interminables

pero una sensibilidad inequívocamente urbanita que no conecta con otras realidades existentes en nuestro país. Los baños de masas en los grandes núcleos urbanos refuerzan el espíritu y generan ilusión, pero hay que bajar al barro y conectar con esa realidad que se encuentra también marginada en los medios. Por otra parte, conviene recordar que ese apoyo en los grandes núcleos se ha producido principalmente en Euskal Herria y Catalunya, donde se viven, con mayor o menor intensidad, sendos procesos y/o conflictos nacionales que urge solucionar por la vía democrática y la consulta.

Los 71 diputados de Unidos Podemos es más de lo que muchos se atrevieron a soñar. Conviene recordar que Allende tardó cuatro elecciones hasta alcanzar la victoria; nadie dijo que fuera a ser fácil. Lo que antaño era una máquina electoral ahora debe asentarse y crear base, tejido social en los barrios, en las asociaciones de vecinos, en los centros de trabajo, y volver a las mejores tradiciones de construcción popular desde la base. Es imprescindible involucrar a la clase obrera en ello, a los jóvenes de los barrios –y de los pueblos– que no tienen perspectivas laborales y que tampoco pueden estudiar, pero también a sus padres, madres y abuelos. La política tiene que volver a ser algo cotidiano y propio, no algo ajeno que se deja en manos de terceros con apatía o resignación. Si continúa la alianza electoral con IU, seguramente sea más fácil crear ese tejido social ya que este partido cuenta con más cuadros políticos y mayor implantación territorial que Podemos, fruto de décadas de organización previa. Pero sería bueno que no se repitieran los errores que IU y el PCE cometieron en estos últimos años, a saber: la obsesión por el poder institucional en detrimento de la construcción de base. Se dice que hay que pasar del asalto al cerco. Y en ese cerco a las instituciones y al régimen, la clase obrera debe desempeñar un papel fundamental y los barrios proletarios deben estar entre los objetivos principales a conquistar. De lo contrario, nos encontraremos con situaciones como la que se dio en Catalunya en las elecciones autonómicas de septiembre de 2015.

*Cuando la clase obrera no vota lo que la izquierda quiere: el procés català como síntoma*

Es difícil para la izquierda movilizar a la clase obrera. Esta se ha sentido

traicionada, con razón, por muchos partidos que decían defenderla pero que, a la hora de la verdad, han terminado gobernando para los de arriba de la pirámide. La lista abarcaría a prácticamente toda la socialdemocracia europea sin excepción. Esta decepción continuada ha llevado a la clase obrera, incluso, a abrazar salidas neofascistas que, con toda la demagogia y el cinismo que solo la ultraderecha puede tener, le prometen un paraíso donde ningún inmigrante le quitará los puestos de trabajo, además de apelar a un discurso del miedo basado en la xenofobia. En Francia fue muy evidente el triunfo de los Le Pen en barrios obreros que antaño habían sido bastiones del Partido Comunista. De hecho, en Francia se está produciendo una paradoja digna de mención: muchos de los aguerridos sindicalistas que están paralizando el país (algunos incluso sindicados en la CGT) votan al Frente Nacional, aunque lo digan con la boca pequeña o lo hagan tapándose la nariz. El éxito, aunque sea relativo, que Donald Trump puede tener entre ciertos sectores de la clase obrera estadounidense denominada *white trash* («basura blanca»), es otro ejemplo de ello. En el Estado español, algunos trataron de presentar a la clase obrera catalana de origen inmigrante, que votó en un porcentaje considerable en contra de la independencia de Catalunya, como a votantes españolistas y, por tanto, filofascistas y de derechas, reproduciendo una visión simplista de la realidad que evitaba analizar a fondo qué había sucedido en las elecciones del 27 de septiembre de 2015 y en los años previos.

Si hay un ejemplo paradigmático de la poca implicación de la clase obrera en la movilización política, ese es el proceso independentista catalán, más conocido como *el procés*. Un proceso que va adelante ante la indiferencia, cuando no la animadversión, de grandes sectores de la clase obrera catalana de origen inmigrante, que se concentra demográficamente en lo que se conoce como cinturón rojo de la provincia de Barcelona. En las elecciones autonómicas (o plebiscitarias para el nacionalismo catalán) de septiembre de 2015 se produjo un fenómeno digno de estudio pormenorizado: en los barrios más empobrecidos de la ciudad de Barcelona, concentrados en los distritos de Nou Barris u Horta-Guinardó, esos mismos que hacía escasos meses habían aupado a Ada Colau a la alcaldía de Barcelona y donde la derecha (catalana o española) tiene dificultades para penetrar, mucha gente salió a votar a la derecha camuflada de *Ciutadans* (Ciudadanos) pensando que con ese voto se podía frenar *el procés*. La paradoja es considerable y casi única en la historia

reciente política del Estado español: en los mismos barrios que votaron masivamente a Colau para la alcaldía, se votó de manera considerable a Ciudadanos en las autonómicas. Dejando a un lado los votos provenientes de fachas convencidos, gran parte de ellos no parecían venir de votantes de derecha sino de votantes tradicionales de la izquierda que, bien por falta de información, bien por confusión, votaban una opción que hasta entonces había sido más que minoritaria en esos barrios. Pronto la progresía y la derecha catalana, así como el independentismo revolucionario, salieron a calificar a estos votos de «votos de derecha» que venían de «garrulos» iletrados. Hubo algunos tuits míticos al respecto. La clase obrera era, una vez más, tildada de escoria fascista y españolista sin ir nunca a la otra cara de la moneda, necesaria para entender lo que había sucedido: la idea que amplios sectores de la clase obrera de origen inmigrante tenían sobre el catalanismo distaba mucho de lo que le gustaría o hubiera gustado a los independentistas, ya fueran de izquierdas o de derechas. Una posición respecto al catalanismo que se maceró gracias o, mejor dicho, por culpa de la hegemonía política y cultural de CiU durante décadas. Un partido[22] que, igual que su homólogo español, el Partido Popular, se dedicó a saquear el país a manos llenas y tiene embargada su sede por orden judicial[23], conviene no olvidarlo.

Algunos elementos nos permiten entender el mayoritario divorcio entre los barrios obreros del cinturón rojo de Barcelona y el sentimiento nacionalista catalán. Cuando Jordi Pujol dijo en 2014 que «el gran éxito de Catalunya es que ahora mismo haya inmigrantes que se apellidan Fernández o que son chonis y hacen proclamas soberanistas»[24] estaba dando bastantes pistas al respecto. Esta equiparación de la clase obrera de origen inmigrante con el estereotipo choni decía mucho de cómo la burguesía catalana había percibido siempre a los pobrecitos inmigrantes del sur u otras zonas del Estado que llegaron a trabajar en sus fábricas o casas, igual que en la actualidad se recibe, en Catalunya o en el resto del Estado, a los inmigrantes de origen no español con prejuicios y sentimientos no escondidos de superioridad. Pujol explicitaba, sin ser consciente de que destapaba todos sus prejuicios en una frase que a él le parecía integradora, la visión políticamente incorrecta de la derecha de toda la vida, como un Donald Trump cualquiera. Inclusive cuando estas declaraciones de 2014 habían mejorado bastante su percepción del tema como «problema» en los años setenta, cuando tuvo que redactar sendos artículos de *aclaración* en *El País*[25] por un librito que había escrito tiempo

atrás, *La inmigración, problema y esperanza de Cataluña*, donde dejaba perlas como la siguiente:

El hombre andaluz no es un hombre coherente. Es un hombre anárquico. Es un hombre destruido. Es, generalmente, un hombre poco hecho, un hombre que vive en un estado de ignorancia y de miseria cultural, mental y espiritual. Es un hombre desarraigado, incapaz de tener un sentido un poco amplio de comunidad. De entrada, constituye la muestra de menor valor social y espiritual de España. Ya lo he dicho antes. Es un hombre destruido y anárquico. Si por la fuerza del número llegase a dominar sin haber superado su propia perplejidad, destruiría Cataluña[26].

Unas declaraciones que no parecían muy inteligentes para un político que pretendía gobernar en un territorio donde un porcentaje considerable de su población son nacidos en Andalucía o descendientes de andaluces[27]. Ciudadanos se dedicó durante años a rescatar estas declaraciones de un Pujol sin filtro atizando un falso problema de convivencia entre las dos lenguas cooficiales en Catalunya y, como parece lógico, consiguió pescar votos entre los sectores menos conscientes de un electorado obrero al que la izquierda revolucionaria ha abandonado hace mucho tiempo. Pero también entre zonas «pudientes» de Catalunya, donde sectores de clase alta siguen teniendo a España como referente, no lo olvidemos. Por ejemplo, en la Vall d’Aran, una de las zonas más pijas del Pirineo catalán.

Aunque Catalunya es una tierra donde la mezcla entre los distintos pueblos que han llegado a lo largo de distintas oleadas migratorias ha sido una constante, la penúltima ola migratoria procedente del Estado español y su lenta «asimilación» al catalanismo –o a lo que algunos consideran que debe consistir el hecho de ser catalán– es un tema espinoso que levanta ampollas, como demostró la polémica que suscitaron las declaraciones de Pablo Iglesias cuando instó a los trabajadores de origen inmigrante español a votar con orgullo por su opción política. Lo que en Estados Unidos se puede hacer sin problemas cuando se pide abiertamente el voto latino, en Catalunya es un tema de mal gusto porque pone encima de la mesa las divisiones de clase existentes vinculadas, en gran medida, a la procedencia y el apellido. La Catalunya de las 300 familias sigue vigente y en una sociedad tan discreta como la catalana, donde el dinero se lleva con orgullo pero sin la ostentación cutre de la que hacen gala los ricos de Madrid o los señoritos andaluces, es de



mal gusto sacarle los colores a una burguesía que quiere seguir amasando sus fortunas en un segundo plano. Javier Pérez Andújar ha retratado a la perfección esta realidad a la vista de todos, pero negada en el debate público, desde su lente de chico de la periferia estigmatizada que pretende hacerse un hueco entre el mundo intelectual controlado por la gente bien barcelonesa. Juan Marsé también nos mostró la reacción de la *gauche divine* barcelonesa ante la clase obrera de la Barcelona de postguerra en *Últimas tardes con Teresa*.

Tampoco nadie se preguntó por qué una clase obrera que está padeciendo los estragos de la crisis como en pocos lugares del Estado (en Catalunya, más de 50.000 niños en edad escolar están mal alimentados y es la segunda comunidad autónoma con más familias sin ingresos) no parecía emocionarse con la independencia, como mostraron los resultados electorales que revelaban la correlación existente entre renta y voto independentista, especialmente en la provincia de Barcelona[\[28\]](#). A mayores niveles de renta, el sentimiento independentista crecía, y viceversa. Una incómoda realidad que no terminan de asimilar (pues no parecen poder remediarlo a corto y medio plazo) las izquierdas independentistas del Estado español. El descontento o la indiferencia de amplios sectores de la clase obrera catalana con este tema a nadie parecía importarle.

El Estado español, por su parte, se niega a que el pueblo catalán vote en conjunto para decidir su futuro, y esto permite seguir en el bucle sin fin de una independencia vendida por *Junts Pel Sí* como paraíso futuro en el que todos los catalanes, trabajadores y burgueses, se darán la mano para construir un nuevo país. Un proceso que desdibuja las contradicciones de clase que alberga el interior de toda sociedad, las difumina frente a ese muro de intransigencia e inmovilismo que han supuesto los sucesivos gobiernos centrales respecto a una posible consulta o referéndum. Un proceso en donde la izquierda independentista transformadora es la que debe ceder y renunciar a sus presupuestos, tesis y planteamientos: en política siempre cede el que menos poder tiene. No obstante, sorprendió que la mitad de los militantes de la CUP antepusieran la cuestión nacional por encima de la social y decidieran embarcarse en un proyecto común con quien, hasta la fecha y probado en los tribunales, se había dedicado a saquear el país con el consecuente resultado de unos salvajes recortes en lo público que empobrecieron, más si cabe, la vida de las clases populares y trabajadoras catalanas. Es una opción

respetable y, en realidad, de lo más sencilla de discernir: el proceso de independencia no me promete una sociedad más justa e igualitaria, pero es que en España no hay precisamente una revolución bolchevique en marcha. Puestos a elegir, prefiero estar jodido con mi DNI propio. En realidad es el mismo motivo, pero a la inversa, por el que al independentismo le cuesta tanto penetrar en los barrios de carácter netamente obrero: puestos a elegir, me quedo como estoy. Resulta evidente que si *el procés* fuera capitaneado mayoritariamente por una izquierda social y transformadora, en lugar de por una banda de delincuentes con las sedes embargadas, en Nou Barris no arrasaría Ciudadanos.

Nadie se preguntaba qué asociaba esa gente de los barrios con el catalanismo, si existía acaso un catalanismo de izquierdas con presencia en esos núcleos obreros que pudiera abrir la perspectiva de esas personas, o qué referentes tenían de la izquierda independentista supuestamente revolucionaria, compuesta por chicos muy majos pero que esa clase obrera apenas veía por sus barrios o centros de trabajo. Chicos que, como el candidato Antonio Baños y pese a insistir en el carácter netamente anticapitalista y antisistémico de su formación, hacían declaraciones argumentando que no se podía ir a ningún sitio (políticamente hablando) sin la «burguesía media», a la vez que consideraba que «un trabajador de la SEAT que tiene trienios y contrato fijo resulta que tiene unas condiciones laborales infinitamente mejores que uno que es un burgués»[\[29\]](#). Después hubo quién se sorprendió cuando Ciudadanos arrasó en el cinturón rojo. En cualquier caso, recordarle a un obrero de la SEAT que es un privilegiado con trienios que cobra más que un burgués es, al margen de una falacia del tamaño de la Sagrada Familia, impropio de una formación anticapitalista. Chicos que, además, se daban abrazos fraternales con el señor Artur Mas mientras el padre moral de CiU, el ex *Molt Honorable* Jordi Pujol, era investigado por una trama de corrupción familiar que, al más puro estilo de la mafia, habría desfalcado las arcas catalanas al grito de *Espanya ens roba* («España nos roba»): herencias millonarias escondidas en Andorra que recorren Belice y las Islas Caimán, coches de alta gama (decorados con la cuatribarrada, eso sí), testaferros, contratos millonarios con la administración pública, blanqueo de capitales y un larguísimo etcétera. Y, sobrevolándolo todo, el famoso 3 por 100 denunciado años atrás por Pasqual Maragall. El mecanismo era sencillo y un calco a las operaciones delictivas del Partido

Popular en Madrid o Valencia: comisiones a cambio de adjudicaciones. Y, como ocurre con el PP, el proceso judicial y el cerco al clan Pujol se dilata en el tiempo y se estanca en una maraña de recursos y aplazamientos.

Así, nos encontramos con una fuerza revolucionaria que acabó pactando con la burguesía catalana un gobierno para conducir a Catalunya a la ansiada independencia ante el desconcierto de amplios sectores sociales de extracción popular que no entendían en qué iba a mejorar su vida con la sustitución de un Estado por otro. Mucho menos si iba a estar gestionado por quienes hacía dos días eran la bisagra del régimen español del 78, apoyando gobiernos del PP o del PSOE según bailara el agua. Un pacto con la burguesía más depredadora firmado, eso sí, con una camiseta del EZLN y citando a Buenaventura Durruti. Un pacto que, en lo que a conseguir la independencia se refiere, ha servido de momento de poco. El proceso sigue estancado y parece que la formación anticapitalista da pequeñas muestras de arrepentimiento en los últimos meses: por lo pronto, ha servido para que con los votos de Esquerra Republicana (ERC, qué siglas tan radicales) y Convergència votaran para evitar retirar las subvenciones públicas a los colegios privados que segregan por sexo. «ERC, que en otras ocasiones se había posicionado en contra de la subvenciones a centros segregadores, ha decidido votar junto al resto de su grupo, alegando que las subvenciones vienen blindadas por la ley española, LOMCE, de rango superior»[\[30\]](#). No deja de resultar irónico un apego a la ley española tan pasional. Independencia, claro; financiar con dinero público a centros del Opus Dei que segregan por sexos mientras los institutos públicos se caen a pedazos, también. Esto demuestra que la clase obrera catalana no es que sea españolista, fascista o esté alienada; demuestra que quizá solo está curada de espanto y es más consciente que muchos politólogos e intelectuales de la diferencia abismal entre los discursos y las siglas incendiarias y la praxis política. La CUP jugó bien sus cartas, las cartas que tenía con un techo alrededor de un 8 por 100 (la formación más minoritaria con representación en el arco catalán), pero nos gustaría pensar que era consciente, desde el día uno, que un proyecto emancipador en lo social y de corte igualitario era completamente imposible con esa gentuza. La misma gentuza que no dudó en calificar a Anna Gabriel de «puta traidora».

\* \* \*

Entonces, ¿qué sucede? ¿Por qué los obreros no votan y cuando lo hacen pueden llegar a no votar a partidos que defienden a los obreros? ¿Acaso la máxima marxista que nos recuerda que las condiciones materiales determinan la conciencia ya no sirve? Sirve en parte; cuando Marx y Engels formularon las bases del socialismo científico no existía un entramado mediático de una magnitud tan enorme que te recuerda que si te compras unas Nike Air de 140 euros dejas de pertenecer a la clase obrera para ascender a una difusa clase media, una clase media a la que todo el mundo aspira y no hay nadie que no quiera pertenecer. ¡Cómo no vas a ser clase media si vistes como ellos! Y, además, quizá consumes los mismos productos culturales, la misma marca de cepillo de dientes blanqueadora y animas al mismo equipo de fútbol. Un equipo de fútbol que no evoca a un barrio o ciudad concreta, sino que está plagado de estrellas mediáticas compradas a golpe de talonario en algún país exótico. Que para comprar esas Nike de 140 euros, uno tenga que matarse a hacer horas extras a 3,50 euros la hora mientras otro vive de las plusvalías y rentas ajenas no importa; la cuestión social se desvanece en un entramado brutal de imágenes en movimiento, inmediatez tecnológica y redes sociales.

Sin embargo, Podemos consiguió —más allá de poner en tela de juicio el bipartidismo— lo que nunca consiguió IU u otras formaciones a la izquierda del PSOE: movilizar no solo el voto de los titulados universitarios y profesionales liberales sino, sobre todo, el voto de la clase obrera más pura o tradicional. De hecho, uno de sus mayores apoyos se da entre el segmento que agrupa a los obreros no cualificados. Hasta la fecha, el grueso de la clase obrera o se abstenía (mayoritariamente) o votaba al PSOE por pura inercia sociológica, siguiendo una lógica heredera de la adscripción política familiar en la Guerra Civil, sobre todo en las franjas de mayor edad. Las encuestas nos dicen que los partidos o ideas más escoradas a la izquierda obtienen su mayor respaldo entre las profesiones liberales y los jóvenes universitarios. Mientras que partidos como el PSOE obtienen su respaldo de una clase obrera con miedo al cambio, plagada de mayores de 65 años que vivieron el franquismo trabajando, no corriendo delante de los grises en la Universidad. El PSOE se benefició durante décadas del «voto útil» de una izquierda que hubiera votado a IU bajo otro tipo de ley electoral, pero que no lo hacía para no «tirar el voto». Recordemos que, como nos dicen los clásicos, la clase obrera no abandona una herramienta política hasta que no cuenta con otra para sustituirla. La aparición de Podemos y su alianza con IU, además de las

distintas confluencias territoriales, brinda a nuestra clase la posibilidad de romper el monopolio del «voto útil» de la izquierda que había ostentado el PSOE. Pese a ello, en la estructura del partido encontramos numerosas fallas y cuestiones que nos llevan a poner sobre la mesa una serie de críticas.

### *Podemos y el freudomarxismo: matar al padre*

Lo primero que llama poderosamente la atención de Podemos es su origen y composición. Nace en un ámbito estricta y exclusivamente universitario. Una primera radiografía de clase hace que se disparen las alarmas: desde el núcleo fundador hasta la gran mayoría de congresistas, las filas de la formación morada están nutridas mayoritariamente por miembros de la clase media (en el mejor de los casos); en demasiados casos concretos provienen de la alta burguesía. Iglesias puede presumir de ser un vallecano de cuna con un padre que militó en el FRAP y una madre abogada laboralista vinculada a los comienzos de Comisiones Obreras. Monedero, por su parte, nos cuenta que con 18 años hizo el petate y se marchó para siempre de casa y se puso a descargar camiones y servir mesas a la espera de las ansiadas becas. Los orígenes gloriosos terminan ahí. Así, nos encontramos con Carolina Bescansa, heredera de la «Dinastía Bescansa»[\[31\]](#), una de las familias gallegas más acaudaladas y de mayor renombre. Y José Antonio Errejón Villacieros (padre de Íñigo) integrante del alto funcionariado con una plaza del Cuerpo Superior de Administradores Civiles del Estado, que le ha llevado a desempeñar altos cargos en la administración pública de la mano del PSOE. O el muy preparado y políglota Pablo Bustinduy, hijo de la exministra socialista Ángeles Amador[\[32\]](#), la misma que no dudó en tirar de puerta giratoria e incorporarse en 2012 al consejo de administración de Red Eléctrica de España por 182.000 euros anuales. Imaginamos que, como Felipe González en Gas Natural y Trinidad Jiménez en Telefónica, asesorando socialismo en cantidades industriales. «Que haya políticos en consejos de administración de empresas es una estafa a los ciudadanos, es corrupción legal», sentenció Iglesias. El padre de Bustinduy es copropietario de BB&J Consult S.A., empresa dedicada a la ingeniería de transportes, y ocupó los cargos de director del Metro de Madrid y de Cercanías de Renfe. También tenemos el caso de Jorge Lago, impulsor y responsable de Podemos

Cultura, que cuenta con casi un millón de euros en sus cuentas corrientes y participa de hasta trece propiedades, principalmente obtenidas de una herencia y de sus actividades financieras e inmobiliarias. Casi duplica el patrimonio a partir del cual uno es considerado millonario. El más sangrante de todos es el caso de Ramón Espinar, cuyo progenitor, Ramón Espinar Gallego, está vinculado al escándalo de las Tarjetas Black: la fiscalía pide para él una pena de hasta cuatro años de prisión por un delito continuado de apropiación indebida. Fue alcalde de Leganés y lleva vinculado al PSOE desde los años setenta. El más esperpéntico de todos es el caso del padre de Monedero, un dueño de bar que no dudó en presentarse al Congreso en 2015 por el partido ultraderechista VOX. Pareciera que Podemos se erige como el partido freudiano por excelencia, y no precisamente porque la gran mayoría de sus miembros fundadores y representantes más carismáticos conozcan en profundidad la obra del psicoanalista austriaco, sino porque quieren matar al padre. Ojalá tengan el valor de hacerlo ya que, salvando las distancias, todavía estamos esperando a que los jóvenes universitarios con ansias democráticas que durante la dictadura corrieron delante de los grises, convertidos después en líderes de renombre en la izquierda, lleven a la justicia a sus franquistas progenitores.

Llegados a este punto convendría recordar que ni uno elige nacer en determinada familia, ni por supuesto nadie es responsable de los actos de sus padres u otros familiares. También sabemos que un millón de euros no se ganan de forma honrada. No obstante, conviene recordar estos episodios incómodos de gente a la que en realidad podemos apreciar en lo personal porque, de alguna manera, apuntalan la tesis principal del libro y porque los consideramos relevantes en la relación de la clase obrera con los partidos políticos: de la misma forma que consideramos que un proyecto formado exclusivamente por miembros de la clase obrera estaría limitado (para transformar la sociedad hacen falta juristas, médicos, docentes, arquitectos, etc.), pensamos que un partido capitaneado en su mayoría por personas cuyo origen social proviene no ya de la clase media liberal, sino de la alta burguesía depredadora y el alto funcionariado estrechamente ligado al *establishment*, no resulta idóneo para defender los intereses de la clase trabajadora. Primero, y desde el punto de vista táctico (y en Podemos se ha presumido mucho de táctica, estrategia y partidas de ajedrez), es completamente contraproducente y perjudicial colocar al frente de cualquier

cargo a un tipo que tiene un millón de euros en el banco o a la heredera de una acaudalada familia gallega. Que puedan ser bellísimas personas no es relevante políticamente, sus cuentas corrientes sí. Para defender al pueblo hay que parecerse al pueblo, aunque sea a grandes rasgos, especialmente si presumes de ser «gente normal» haciendo política. A este respecto convendría recordar a Podemos que, mientras no les tiembla la mano para ocultar o trasladar a segundo plano conceptos, terminología o pasados gloriosos en el Caribe, tienen enormes dificultades para hacer lo propio cuando se trata del núcleo fundador o de personas muy ligadas a la cúpula, aun sabiendo que, a todas luces, una persona con 2.000 euros en el banco sería mucho menos incómoda y beneficiosa para el partido que otra que tiene un millón de euros y trece inmuebles. Con ello no queremos cuestionar la valía de Jorge Lago, seguramente es un tipo estupendo y está en posesión de un vasto conocimiento en todo lo que atañe al mundo de la cultura y su industria. Pero ocurre que, en política, no solo cuentan los títulos, conferencias o experiencia comercial a las espaldas; en la política, y especialmente en la que se hace para defender a los de abajo, cuenta, y mucho, la legitimidad. Por poner un ejemplo al hilo de lo que comentamos, la cultura y su tormentosa relación con la política no es solo una tesis sobre Adorno, haber leído a Raymond Williams o conocer de primera mano el último grito indie; también es ser adolescente y que llegue tu grupo favorito a tu ciudad y no tengas 15 malditos euros porque tu padre es un parado de larga duración.

A posteriori, y como resulta evidente, el origen social determina en gran medida muchas de las opiniones, debates y praxis política que se generan aun en el mismo espectro político de ideario transformador. Víctor Lenore ha escrito la más demoledora crítica cultural de la historia reciente de nuestro país: *Indies, hipsters y gafapastas. Crónica de una dominación cultural*. Un certero análisis que, desde una perspectiva de clase, cuestiona la industria musical alternativa, desde la prensa especializada y su elitismo, hasta los grupos mimados por la crítica o la industria. ¿A quién molestó el libro de Lenore? ¿Al joven que, de adolescente, se perdió un concierto de su grupo favorito porque su padre es un parado de larga duración? No, al hombre del millón de euros y portavoz de Podemos Cultura, quién lo acribilló desde las páginas de *La Circular*. Y ocurre que Podemos Cultura se nutre en su mayoría de una elite universitaria (profesores, becarios, gente cursando un



máster...); quizá por ello no sorprende que su revista cultural cueste la friolera de nueve euros (un euro menos que la *New Left Review*, y en principio iba a costar trece) o que en su «lista de canciones para el cambio» no aparezca ningún grupo que le suene tibiamente a tu vecina del tercero. Que apareciera Estopa, Extremoduro o La Raíz sería algo demasiado vulgar y cuñado. Sea sustituyendo al emigrante por el exiliado o sea distanciándose de los gustos populares, las clases media y alta (aun progresistas) siempre tendieron a mantener cierta distancia con la muchedumbre. La clase aflora en los pequeños detalles, pero también cuando toca enfrentarse a la justicia, cuando se agudiza la lucha de clases o cuando subyacen los sentimientos más ocultos.

Podemos se propuso, desde el día uno, desvincularse de todo aquello que remitiera a extrema izquierda o planteamientos radicales (en términos mediáticos). Una manera de conseguirlo era nutrirse de perfiles «limpios», es decir, perfiles sin pasado glorioso en barricadas y vinculados en la mayoría de los casos a las instituciones (o régimen). Esto es, jueces, militares de alta graduación, miembros de las fuerzas de seguridad y altos funcionarios en general. La estrategia parece funcionar, pero pensamos que a largo plazo puede ser contraproducente y una losa de la que cueste desprenderse, una losa que provoque demasiados conflictos internos porque no existe nadie que no tenga un pasado —mucho menos en los tiempos de internet y Google—; ni siquiera Pablo Iglesias, como los medios se encargan de recordarle en cada entrevista en la que le ponen fragmentos de sus declaraciones antes de la aparición de Podemos. Si estuviese en nuestra mano, preferiríamos siempre ocultar un pasado glorioso que poner al frente a alguien sin pasado o con un pasado excesivamente neutro (en realidad, nada más pragmático). Y ocurre siempre que la realidad aprieta y la correlación de fuerzas estrangula, por tanto tenemos a antiguos marxistas revolucionarios que, empujados por eso que Berlinguer teorizó como «un gobierno viable en Europa occidental»[\[33\]](#), se desplazan a la socialdemocracia. ¿Dónde acaban desplazados aquellos cuyo punto de partida es una tibia socialdemocracia? Efectivamente, en ese lugar donde el régimen corre por las venas. Acaba en Manuela Carmena deteniendo a los titiriteros, recibiendo a la oposición golpista venezolana, haciendo una comisión de la memoria histórica de vergüenza o fulminando a las primeras de cambio a Guillermo Zapata tras el primer envite de la caverna mediática. ¿Hubiera hecho lo mismo Ada Colau? Apostaríamos a que no.



¿Porque Ada es mejor persona? ¿Más radical? ¿Se ubica más a la izquierda? En absoluto, no es una cuestión de radicalidad política o buenas y malas personas, es una cuestión de condiciones materiales y experiencia militante (y la relación entre ambas). Tratándose de la izquierda transformadora, el poder no corrompe, modera inevitablemente[\[34\]](#). Ada probablemente no lo hubiera hecho porque proviene de los movimientos sociales y de un entorno en el que tuvo que abandonar la carrera de Filosofía para ponerse a trabajar (su punto de partida antes de la inevitable moderación es más lejano); a Manuela no le tembló el pulso porque era una de esas pocas privilegiadas que pudo estudiar una carrera en 1965 y venía de juzgar grapos en huelga de hambre (su punto de partida es uno de los pilares del régimen, su brazo judicial).

Jiménez Villarejo era otro de esos perfiles «limpios» y de prestigio, vinculado al PSOE desde tiempos inmemorables, que no dudó en pasarse por el forro las directrices del partido y afirmar que el derecho a la autodeterminación es un disparate. No tardó en salir por la puerta de atrás profundamente decepcionado tras la negativa de Podemos de abstenerse al gobierno de Sánchez y Rivera. Nos gustaría que no ocurriera así, pero el origen, la clase social y la trayectoria vital terminan casi siempre determinando y moldeando los comportamientos políticos. Nos molesta (en realidad, nos frustra) que un nuevo partido de izquierdas, con un potencial ilimitado, sea comandado por la pequeña y alta burguesía y que la presencia de miembros de la clase obrera sea puramente testimonial. Sería injusto culpar a Podemos, en realidad es un ejemplo más que apuntala todo un proceso de invisibilización y negación de la clase obrera insertado en un proceso histórico que se remonta a finales de los años setenta; Podemos es un ejemplo como otro cualquiera. Más sangrante era que la penetración del PCE se diera más entre las clases medias y los jóvenes universitarios que entre la clase obrera. Solo es que, como obreros hijos de la clase obrera, desconfiamos de aquellos que hablan en nuestro nombre y nunca tuvieron una vida normal: hacer cuentas para llegar a fin de mes, que te devuelvan recibos de la luz o el gas, desear esas Reebok Pump y limitarte a adorarlas en los escaparates cuando todos los chicos populares de tu clase las llevaban, tener un padre taxista o fontanero, un hermano que no termina la enseñanza media, una madre que ha fregado suelos y escaleras, escuchar la Máxima FM y no Radio 3, haber bailado en un podio de la Escorpia o La Masía o no saber cuatro idiomas. Gente normal haciendo política. Pero el monstruo siguió

creciendo y Podemos generó, por sus propias dinámicas, pequeñas parcelas para la esperanza y la transversalidad (entendida como proyecto interclasista en el que también hubiera sitio para los de más abajo).

### *Discriminación positiva*

Aparecieron nuevos nombres, desde Irene Montero (oriunda del popular barrio de Moratalaz) hasta Rafa Mayoral (exmiembro de las Juventudes Comunistas y portavoz de la PAH), David Escudero en Alcobendas (cantante de la banda punk Kaos Urbano) y un larguísimo etcétera. Cabe decir que gran parte de estos cuadros políticos, de una extracción más proletaria que el núcleo irradiador, fueron fichajes que se hicieron en las juventudes del PCE o en IU, provocando el resquemor de esa izquierda transformadora que veía cómo muchos de sus antiguos militantes los abandonaban para sumarse a la «nueva política». Especialmente gracias a las municipales y autonómicas, se desplegó un ejército de gente normal (de la que no ha recorrido medio mundo, habla cuatro idiomas y nació en el seno de una familia influyente) que se puso a hacer política. Esa masa informe, esa legión de concejales de pueblo y pequeñas ciudades, es la gente que de alguna manera contrarresta la hipótesis populista de limitarse a ser una apisonadora electoral carente de sólidas raíces y tejido social que afiance, a largo plazo, el proyecto emancipador. Anónimos ciudadanos que nunca han visto en persona a Iglesias o Errejón, pero que se dejan la piel en su barrio o en su pueblo. Ciudadanos que, sin una excesiva formación teórica, se dejan la piel en cada acto, en cada pegada de carteles o en cada buzoneo. ¿Qué es Podemos? Podemos, nos contaba un viejo militante, es mi hermano, el mismo que jamás se había preocupado por la política (lleva trabajando desde los 16 años) cuando en las elecciones europeas bajó a la papelería a gastarse tres euros en fotocopias para buzonear su barrio con propaganda electoral del partido.

Las raíces se fueron extendiendo y en Podemos hubo espacio para la clase obrera más combativa: mientras algunos de los muy formados e iluminados miembros de la extrema izquierda se dedicaban a colgar fotos de Lenin en Facebook, los jornaleros andaluces –muchos de ellos jornaleros desde los 12 años y con la única formación teórica que supone ocupar tierras de terratenientes y señoritos– hicieron la lectura adecuada y pragmática de la

realidad y decidieron que el sitio de los comunistas y la clase obrera más avanzada y combativa era Podemos. Así, nombres como el de Cañamero (ya una leyenda del campo andaluz) y otros sindicalistas, bregados en mil batallas, pasaron a engrosar las filas de la formación morada. Por fin en Podemos se podían encontrar manos llenas de callos y no únicamente currículos académicos interminables. Y los autores de estas páginas respiramos aliviados.

Especialmente significativo es el caso de Alberto Rodríguez, el famoso «diputado de las rastas». Más allá de si tenía piojos o no, como se encargó de recordarnos la inefable Celia Villalobos, las plumas de los todólogos ardían de odio de clase principalmente porque carecía de un título universitario y era un obrero procedente de la FP. En realidad, una forma poco sutil de recordarnos que su sitio está en la fábrica, no en el Congreso de los Diputados, donde el 90 por 100 de los diputados que tomaron posesión después de las elecciones del 20 de diciembre de 2015 tenían un título universitario. Si cruzamos estos datos con los de la Encuesta Eurostudent IV que ya mencionamos en los capítulos anteriores, es decir, con el hecho de que un 74 por 100 de los estudiantes españoles son hijos de profesionales de nivel medio-alto y solo el 26,9 por 100 hijos de trabajadores manuales, nos podemos hacer una idea de la composición de clase del Parlamento español. Por eso Alberto Rodríguez es una auténtica *rara avis* de la política española que nos hizo plantearnos lo siguiente: si en una formación de izquierdas y que vela por los intereses de los de abajo, encontrar un diputado procedente de la clase obrera supone casi un milagro, ¿sería descabellado pedir discriminación positiva para la clase obrera en los partidos o colectivos de izquierdas, al igual que se hace con otros colectivos tales como las mujeres o los negros? ¿Es la clase obrera una minoría que hay que preservar? La paradoja reside en que se trata de una mayoría social que, tras una serie de transformaciones y sí, discriminaciones, se encuentra ínfimamente representada en el poder político. De la misma manera que se pide paridad de género o incluso de raza (esto es más en países como Estados Unidos). Cuando preguntamos a Alberto si abogaría por paridad de clase o por un cupo mínimo de miembros de la clase obrera, se muestra sorprendido:

Puede parecer increíble, pero no se me había ocurrido en la vida. O quizá sea lógico que no se me haya ocurrido, como consecuencia directa precisamente de la temática

del libro. Jamás lo había siquiera valorado, a pesar de defender rotundamente las cuotas y la discriminación positiva en cuestión de sexos.

No cabe duda que la argumentación de la pregunta es aplastante, pero ¿cómo lo mides?; ¿qué baremo usas? Yo particularmente me siento mucho más cómodo entre currelas, entre gente que sabe lo que cuesta ganarse los garbanzos y que ha visto salir despedidos compañeros con lágrimas en los ojos, lo admito. Y no me parece mal. No digo que sean mejores ni peores, simplemente que me siento más cómodo entre *las mías*. También más seguro. Aunque sé, como decía un viejo vaquero del sindicato en la fábrica, que *la clase obrera no va al paraíso* (combatiendo acertadamente el extendido mito en la izquierda del buen obrero); aunque lo sé, aun así tengo la confortable sensación de que una de *las mías* no me va a traicionar tan fácilmente como alguien de «buena familia». Posiblemente sea un error, una generalización, y pagaré cara esta visión algún día, pero de momento el olfato no me ha fallado.

Explicado esto, creo que es evidente que me gustaría que hubiera un mínimo, que me gustaría que hubiera más currelas en Podemos. Ahora bien, admito que no sé cómo se articularían los cupos de ese tipo y cómo podríamos definir hoy en día con claridad quién es un currela y quién no. En esto tengo que romper una lanza a favor de Pablo y el equipo que elaboró la propuesta de personas de Podemos que iba a colarse en el, hasta ahora blindado, Congreso de los Diputados. Prefirieron a un chico de barrio, sin carrera universitaria, con más de diez años de doblar el lomo y con un importante historial represivo a sus espaldas tras años de movilizaciones y huelgas (con las más que posibles contrapartidas electorales que esto podía suponer). Prefirieron esto a un profesor o profesora universitaria de gran currículum. Admito que detalles como ese, que pueden parecer insignificantes, convierten a Podemos en un proyecto ganador. Pero no porque esté yo concretamente, que no soy ningún genio, sino por haber entendido que el cambio solo vendrá si estamos todas en el barco y esto por supuesto incluye a las mayorías, a los nadie, a los que leen el *Marca* y no [eldiario.es](http://eldiario.es), a los que van llenos de yeso de arriba a abajo, con la furgoneta del curro, se paran, bajan la ventanilla y me gritan: «Pibe, tú eres el de Podemos, ¿no? ¡¡Dales caña a esos cabrones!!», a las que no se pierden ni un capítulo de *El Príncipe* o *MYHYV*<sup>[35]</sup>. Para mí, la diferencia entre ganar, o no, está precisamente en eso.

Por nuestra parte no tenemos nada que añadir. La clase obrera ha hablado. Y cuando habla, enuncia la verdad.

<sup>[1]</sup> F. Calvo, *El moviment obrer i la cultura popular*, Barcelona, Editorial UOC, 2010, p.

29.

[2] *Ibid.*, p. 19.

[3] P. Willis, «Los soldados rasos de la modernidad. La dialéctica del consumo cultural y la escuela del siglo XXI», *Revista de la Asociación de Sociología de la Educación* 1, 3 (septiembre de 2008), Madrid, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid, p. 46.

[4] S. Gozalo, «La crisis empuja a las familias de clase media a los comedores de beneficencia», *20 minutos*, edición digital, 22 de octubre de 2008.

[5] «Carmen Lomana, la crisis y los pobres», en *YouTube* [<https://www.youtube.com/watch?v=7ITc8vRT1LU>], consultado el 18 de mayo de 2016.

[6] «Carga policial contra estudiantes – Police clash with students once more as Valencia protests swell», en *YouTube* [<https://www.youtube.com/watch?v=YLKU2KA38vY>], consultado el 18 de mayo de 2016. Y «Primavera valenciana- Represión policial- La Sexta Noticias.mpg», en *YouTube* [<https://www.youtube.com/watch?v=jLq6lNdY09o>], consultado el 18 de mayo de 2016.

[7] Véase [https://15mpedia.org/wiki/Chelo\\_Baud%C3%ADn](https://15mpedia.org/wiki/Chelo_Baud%C3%ADn).

[8] A. Requena Aguilar, «Cinco años y tres meses de cárcel para dos sindicalistas de ArcelorMittal por un piquete», *eldiario.es*, 17 de diciembre de 2014.

[9] M. Muñoz, «Fran Molero, militante del SAT condenado a cinco años de cárcel: “El juicio ha sido una farsa”», *Cuarto Poder*, 24 de noviembre de 2011.

[10] «Piden diez años de cárcel para cinco sindicalistas por “coacciones” durante la huelga general de 2010», *Público*, 22 de abril de 2014.

[11] «Piden 3 años y seis meses de cárcel para dos sindicalistas por participar en un piquete», *Nuevatribuna.es*, 9 de septiembre de 2015.

[12] G. González, «Dos años de prisión para 23 trabajadores de El Prat por la invasión de pistas», *El Mundo*, edición digital, 30 de marzo de 2010.

[13] M. Borraz, «El Tribunal Supremo ratifica la sentencia que condena a Alfon a cuatro años de cárcel», *eldiario.es*, 17 de junio de 2015.

[14] C. Lub, «Crónica de la Revuelta de las Escaleras de las contratas de Telefónica-Movistar», *La Izquierda Diario*, 19 de enero de 2016 [[www.izquierdadiario.com](http://www.izquierdadiario.com)].

[15] I. Salvador, «3 euros la hora y a correr», *Cadena Ser*, 17 de enero de 2016 [[www.cadenaser.com](http://www.cadenaser.com)].

[16] M. V. Gómez, «La duración del contrato en la industria cae a menos de dos meses», *El País*, edición digital, 12 de enero de 2016.

[17] «Cifuentes apuesta por “modular” la Ley de manifestación porque es “muy permisiva”», *El Mundo*, edición digital, 2 de octubre de 2012.

[18] Véase A. Maestre, «Franquismo S.A.», *La Marea*, 20 de noviembre de 2014.

[19] I. Viana, «La huelga obrera que desafió a Franco durante seis meses», *ABC*, edición digital, 13 de septiembre de 2013.

[20] Un libro que relata a la perfección el papel de los Estados Unidos y sus servicios de inteligencia en la conducción de la Transición española es el de A. Grimaldos, *La CIA en España: espionaje, intrigas y política al servicio de Washington*, Madrid, Debate, 2006.

[21] «Cayo Lara, increpado en un acto de los “indignados”», *Público*, 15 de junio de

2011.

[22] En puridad, CiU es una coalición de dos partidos, *Convergència Democràtica de Catalunya* y *Unió Democràtica de Catalunya*, disuelta en 2015 por desavenencias respecto al tema de la independencia. *Convergència* se encuentra actualmente transitando hacia un nuevo partido, el *Partit Demòcrata Català*.

[23] «El juez del “caso Palau” ordena el embargo de 15 sedes de *Convergència*», *El País*, 29 de mayo de 2015 [[http://ccaa.elpais.com/ccaa/2015/05/29/catalunya/1432902866\\_094529.html](http://ccaa.elpais.com/ccaa/2015/05/29/catalunya/1432902866_094529.html)].

[24] «Pujol: “El éxito de Catalunya es que hay chonis que son soberanistas”», *La Vanguardia*, 4 de abril de 2014 [<http://www.lavanguardia.com/politica/20140404/54405471758/pujol-exito-de-cataluna-es-que-hay-inmigrantes-o-chonis-que-son-soberanistas.html>].

[25] J. Pujol, «La inmigración, problema y esperanza de Catalunya/1», *El País*, 25 de marzo de 1977 [[http://elpais.com/diario/1977/03/25/espana/228092428\\_850215.html](http://elpais.com/diario/1977/03/25/espana/228092428_850215.html)] y J. Pujol, «La inmigración, problema y esperanza de Catalunya/2», *El País*, 26 de marzo de 1977 [[http://elpais.com/diario/1977/03/26/espana/228178801\\_850215.html](http://elpais.com/diario/1977/03/26/espana/228178801_850215.html)].

[26] A. Fernández, «Ciudadans rescata los escritos racistas de Jordi Pujol para la campaña del 25-N», *El Confidencial*, 2 de noviembre de 2012 [[http://www.elconfidencial.com/espana/cataluna/2012-11-02/ciudadans-rescata-los-escritos-racistas-de-jordi-pujol-para-la-campana-del-25-n\\_215152/](http://www.elconfidencial.com/espana/cataluna/2012-11-02/ciudadans-rescata-los-escritos-racistas-de-jordi-pujol-para-la-campana-del-25-n_215152/)].

[27] Según datos del Institut d’Estadística de Catalunya (Idescat) para el año 2015, el censo de Catalunya estaba formado por 7.508.106 personas, de las cuales 4.857.555 habían nacido en Catalunya. El resto procedían de otros lugares: 1.279.621 del extranjero, pero 1.370.930 habían nacido en España y, en concreto, 606.611 en Andalucía. En el año 2000 el número de nacidos en Andalucía ascendía a 784.518 personas, y en años anteriores era todavía mayor.

[28] J. M. García Campos, «¿Qué barrios de Barcelona y su área metropolitana son las [sic] más independentistas?», *La Vanguardia*, 29 de septiembre de 2015 [<http://www.lavanguardia.com/vangdata/20150929/54437748951/partes-barcelona-area-metropolitana-independentistas.html>].

[29] Véase A. Barnils, «Antonio Baños: “Sense la mitjana burgesia no anem enlloc”», *Vilaweb*, 25 de junio de 2015. Para mayor inri, Antonio Baños presumía de origen proletario, pero estudió en un colegio de elite barcelonés.

[30] A. Puente, «Junts Pel Sí y el PP evitan retirar las subvenciones a colegios que segregan por sexos», *eldiario.es*, 16 de marzo de 2016.

[31] M. Sueiro, «Carolina Bescansa, la “oveja negra” de una dinastía gallega», *ABC*, edición digital, 21 de marzo de 2015.

[32] A. M. Ortiz, «El hijo de la casta que guía a Pablo Iglesias en Nueva York», *El Mundo*, edición digital, 22 de febrero de 2015.

[33] P. Iglesias, «¿Una cuarta socialdemocracia?», *Público*, 8 de junio de 2016 [<http://blogs.publico.es/pablo-iglesias/1058/una-cuarta-socialdemocracia/>].

[34] Y esto lo saben Lenin y su NEP, Stalin y su renuncia a la revolución proletaria internacional en pos del socialismo en un solo país, Durruti y su columna en plena Guerra

Civil y Berlinguer y su paraguas atlantista.

[\[35\]](#) Mujeres y Hombres y Viceversa.

## A MODO DE CONCLUSIÓN...

Como hemos puesto de manifiesto a lo largo de estas páginas y, aunque pueda resultar reiterativo, la clase obrera no ha muerto ni ha desaparecido, la han hecho desaparecer. A estas alturas parece más que evidente que una mayoría de periodistas, políticos, académicos, publicistas, cineastas y artistas en general niegan o deforman a la clase obrera porque no provienen de ella y, por tanto, no pueden compartir sus mismos intereses de clase. Pero, además, y quizá esto es lo más grave, carecen de la sensibilidad necesaria para captar su identidad o sus preocupaciones. Su silencio y sus caricaturas contrastan con una conciencia viva que se puede encontrar si se sabe dónde buscarla: en los barrios, puestos de trabajo, bases sindicales, etc. Es curioso cómo la clase obrera se identifica más con la etiqueta de trabajador/a de lo que la academia o los medios consideran. No hay más que ver sus pocas intervenciones en televisión cuando se les pregunta en medio de una lucha o de manera improvisada; la identidad de clase aflora inevitablemente. Una identidad que a veces es vaga y se expresa en frases como «nosotros, los pobres» o «los de abajo», pero también con un explícito «nosotros, los obreros». Esa conciencia de una realidad obrera que no solo no ha muerto, sino que va en aumento a escala global al calor de la proletarización mundial creciente, contrasta con la apabullante hegemonía de un discurso político, cultural y mediático que habla con otras categorías y para otros públicos, como si toda la sociedad estuviera compuesta de profesionales liberales que viven en adosados y desayunan cereales *Special K* con sus rubios y sonrientes hijos mientras entra mucha luz y aire fresco por los ventanales de su chalé.

Bien es cierto que, a lo largo de la historia, ha habido miembros de los sectores sociales privilegiados que han comprendido el mundo en el que vivían, lo que les ha llevado a ponerse del lado de los trabajadores. Pero, en la actualidad, los niveles de manipulación y confusión interesada imposibilitan la claridad política. Los medios y los líderes de opinión nos repiten, por activa o por pasiva, que ya no existe la clase obrera, que todos somos clase media o emprendedores dispuestos a triunfar si nos lo proponemos. Es decir, ya no hay posibilidad de abrazar la causa de los oprimidos porque no hay oprimidos sino perdedores, ya que todos somos triunfadores en potencia. Otros nos quieren hacer creer que, por el contrario,



ahora somos todos «precariado» con condiciones laborales peores que las de los trabajadores de todas las épocas, y que esto se traduce políticamente en que ya no haya un solo sujeto político que tenga en sus manos la transformación de la sociedad. Para estos gurús del fin de la clase obrera, esta sería o una minoría o un sector privilegiado frente a ese supuesto nuevo sujeto emergente. Para acabar de rematarlo, nos encontramos con el pensamiento postmoderno y sus odas a las identidades múltiples que harían a la sociedad mucho más compleja, como si el hecho de ser lesbiana, musulmán o afrodescendiente te eximiera de ser explotado en el capitalismo. Hay que abrazar por credo la complejidad, los discursos de difícil acceso, lo múltiple y transversal, aunque eso no nos ayude a entender nada y nos debilite políticamente.

A contracorriente de todos esos supuestos que nos bombardean desde hace años y desde todos los frentes, hemos demostrado que la clase obrera sigue siendo una categoría vigente para retratar una realidad que existe, aunque no se quiera ver porque no encaja en el relato feliz de un país mesocrático. Es tan vigente como la lucha de clases, pues, hasta donde sabemos, todavía no hemos asistido a la desaparición de la explotación, a la extinción del capitalismo o a esa sociedad comunista donde ya no habría clases sociales. La mutación de la clase obrera, mutación paralela a la mutación del capitalismo en las últimas décadas, se ha usado como excusa para vender una idea falsa: como la clase obrera ya no es la que fue en el siglo XIX o en buena parte del siglo XX, como ya no la representa un machote con mono azul en una fábrica sino una mujer que friega suelos para una subcontrata, un desempleado o un joven que trabaja con contratos por horas, la clase obrera no existe. Como no se parece a la de entonces, no puede ser la misma, por tanto es otra cosa y hay que cambiarle el nombre. Lo malo es que quienes pretenden decretar qué es la clase obrera, si existe o no, o bautizarla con ingeniosos y novedosos términos, lo hacen desde tribunas políticas, *papers* académicos o platós de televisión basándose en un absoluto desconocimiento de la realidad de la que hablan. Una realidad que, como mucho, han conocido a través de lo que otros dicen de ella, no de lo que ella dice de sí misma. Poco importa que sus teorizaciones se hagan de espaldas a los intereses de esos sobre los que están hablando.

Nosotros sentimos decirles a todos estos gurús del postmodernismo y *coaches* de la transversalidad que hay clase obrera para rato, porque este

sistema de robo de las minorías a las mayorías llamado capitalismo no tiene visos de autodisolverse ni de convertirse en una hermanita de la caridad que decide redistribuir la riqueza de manera más equitativa, todo lo contrario. Los años por venir van a agudizar todavía más las contradicciones sociales, pues el *establishment* va a seguir recortando derechos para continuar manteniendo y aumentando sus tasas de ganancia. El capitalismo, como máquina voraz depredadora, acabará, si no lo impedimos, con la propia vida en el planeta Tierra. Y en esta lucha titánica la clase obrera desempeña un papel fundamental, si no el principal. Sin la participación de las grandes masas de trabajadores en el combate al capitalismo como sistema de producción pero también como sistema de sentido de vida, no vamos a lograr poner en jaque a este coloso. Recordemos: la clase obrera es la única que tiene en sus manos la posibilidad de parar la producción y provocar el colapso de un país haciendo que nada funcione sin su voluntad. Es la espalda del mundo, la sal de la tierra, la mano que mece la cuna... La historia nos lo ha demostrado con creces y nos lo sigue demostrando, aunque los medios se empeñen en distraernos hablando de la dictadura-castro-chavista-come-niños de Venezuela (donde, como hemos visto, existe una de las leyes del trabajo más avanzadas de la región) en lugar de mostrarnos las batallas de los trabajadores en el mundo. Resulta significativo al respecto el silencio mediático en torno a las masivas y combativas movilizaciones que la clase obrera francesa está protagonizando contra la reforma laboral de Hollande. No, no nos lo quieren enseñar porque son el mal ejemplo, el que no debemos seguir; porque no quieren que nos demos cuenta de que somos una misma clase a escala internacional que, pese a sus diferencias, tiene mucho más por ganar que perder si se une para luchar colectivamente.

Se cumplen apenas cien años desde que por primera vez los obreros entraron en los parlamentos. Aquellos obreros que, con el uniforme de trabajo y manchados de carbón, polvo y hierro, profanaban los immaculados cortijos de esparcimiento de la clase dominante. Los primeros partidos obreros sirvieron para mejorar la vida de amplias capas poblacionales a las que, hasta la fecha, se les había negado el derecho a una vida digna. Y se consiguió mucho, derechos que antaño y para muchas generaciones de explotados hubieran sido inimaginables: el derecho a la salud, a la educación, a las vacaciones, a un seguro por desempleo, etc. Incluso, tras la combinación de la lucha parlamentaria y una organización sindical fuerte, se profundizó en la

lucha de clases y se aseguró la vivienda, la energía y los transportes, mediante la nacionalización de sectores estratégicos. Pero el capitalismo es un monstruo que todo lo devora, y donde antes había derechos inalienables, hoy hay recortes y miseria, y donde antaño había socialistas que, manchados de carbón, defendían los derechos de los obreros en los parlamentos, hoy tenemos a farsantes que en nombre del socialismo se pliegan a los intereses de las grandes corporaciones y a los intereses financieros dedicándose a apretar las tuercas a las mismas clases populares que dicen defender, se llamen Hollande en Francia, Papandréu en Grecia o Pedro Sánchez en España. En un mundo en que los partidos socialistas se venden a la Troika, en que la izquierda acumula demasiadas traiciones entre sus filas y se carece de un contrapoder que de alguna manera sirva de freno a la voracidad infinita del capitalismo, toca reinventarse para defender los intereses de las clases populares. Pero que nadie se confunda; reinventarse no es mistificar creando nuevas categorías o silenciando nuestra visión del mundo, tampoco es renunciar a nuestros sueños de justicia ni ceder en nuestras aspiraciones igualitarias. La reinvención, entendida como actualización de la lucha, tiene que hacerse con un ojo puesto en el pasado.

Ellos lo saben, nos tienen miedo. Y nos tienen auténtico pavor porque son conscientes de que somos muchos más. El miedo nunca cambió de bando, siempre lo tuvieron ellos; saben que son una minoría privilegiada que se ha impuesto a lo largo de la historia por la violencia, y saben que la única manera de contener la respuesta de la furia plebeya ante tanta injusticia es comprando a muchos de los que hablan en nuestro nombre. De esta manera mantienen un frágil equilibrio que llaman «paz social». Como dijo Simone de Beauvoir: «El opresor no sería tan fuerte si no tuviese cómplices entre los propios oprimidos». ¡Luchemos! La emancipación de nuestra clase es la emancipación de la humanidad.

# BIBLIOGRAFÍA

## LIBROS

- ALVES, G., *O novo (e precário) mundo do trabalho*, São Paulo, Boitempo, 2000.
- ALTHUSSER, L., *Aparatos ideológicos del Estado*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.
- ANDERSON, P., *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Madrid, Siglo XXI de España, 2012.
- , *Tras las huellas del materialismo histórico*, Madrid, Siglo XXI de España, 2013.
- ARIÑO, A. y LLOPIS, R. (dirs.), *¿Universidad sin clases? Condiciones de vida de los estudiantes universitarios en España (Eurostudent IV)*, Madrid, Secretaría General Técnica, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, 2011.
- BARBER, B., *Estratificación social. Un análisis comparativo de la estructura y del proceso*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1964.
- BAUMAN, Z., *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Barcelona, Gedisa, 1998.
- , *Amor líquido*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2007.
- BENSAÏD, D., *Marx intempestivo. Grandezas y miserias de una aventura crítica*, Buenos Aires, Herramienta, 2013.
- BIRNBAUM, N. et. al., *Las clases sociales en la sociedad capitalista avanzada*, Barcelona, Península, 1976.
- BONAL, X., *Sociología de la educación*, Barcelona, Paidós, 1998.
- BORON, A., *Imperio & Imperialismo*, México, Ítaca, 2003.
- , *Consolidando la explotación. La academia y el Banco Mundial contra el pensamiento crítico*, Córdoba (Argentina), Espartaco, 2008.
- BOURDIEU, P., *Capital cultural, escuela y espacio social*, México, Siglo XXI de México, 2011.
- y PASSERON, J.-C., *Los herederos: los estudiantes y la cultura*, México, Siglo XXI de México, 2008.
- y —, *La reproducción*, México, Fontamara, 2005.
- BOWLES, S. y GINTIS, H., *La instrucción escolar en la América capitalista*,

- Madrid, Siglo XXI de España, 1981.
- BURCH, N., *El tragaluz del infinito*, Madrid, Cátedra, 2008.
- CALVO, F., *El moviment obrer i la cultura popular*, Barcelona, Editorial UOC, 2010.
- COLLON, M., *Ojo con los media*, Hondarribia, Hiru, 2002.
- CROMPTON, R., *Clase y estratificación. Una introducción a los debates actuales*, Madrid, Anaya, 2013.
- DEL CAMPO, S., *Cambios sociales y formas de vida*, Barcelona, Ariel, 1968.
- DOS SANTOS, T., *Concepto de clases sociales*, México, Ediciones Quinto Sol, 1973.
- ESPINOSA CONTRERAS, R., *La teoría marxista de las clases sociales*, México, Ediciones Eón/Universidad Autónoma de Guerrero, 2010.
- FERNÁNDEZ LIRIA, C. y SERRANO GARCÍA, C., *El Plan Bolonia*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2009.
- FONTANA, J., *Por el bien del imperio*, Barcelona, Pasado & Presente, 2011.
- FROMM, E., *El arte de amar*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2004.
- GIDDENS, A., *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*, Madrid, Alianza, 1973.
- GONZÁLEZ, M., *Lo latinoamericano en el marxismo*, México, Ocean Sur, 2012.
- GRIMALDOS, A., *La CIA en España: espionaje, intrigas y política al servicio de Washington*, Madrid, Debate, 2006.
- GUILLÉN R., A., *Mito y realidad de la globalización neoliberal*, México, Universidad Autónoma Metropolitana/Porrúa, 2007.
- HARDT, M. y NEGRI, A., *Imperio*, Barcelona, Paidós, 2002.
- HARVEY, D., *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Buenos Aires, Amorrortu, 1998.
- , *El nuevo imperialismo*, Madrid, Akal, 2004.
- HOGGART, R., *La cultura obrera en la sociedad de masas*, Buenos Aires, Siglo XXI de Argentina, 2013.
- JEREZ MIR, R., *Sociología de la educación*, Lleida, Milenio, 2003.
- JESSOP, B., *Crisis del Estado de bienestar: hacia una nueva teoría del Estado y sus consecuencias sociales*, Bogotá, Siglo del Hombre/Universidad Nacional de Colombia, 1999.
- JONES, O., *Chavs. La demonización de la clase obrera*, Madrid, Capitán Swing, 2013.

- KEUCHEYAN, R., *Hemisferio izquierda. Un mapa de los nuevos pensamientos críticos*, Madrid, Siglo XXI de España, 2013.
- KOHAN, N., *Con sangre en las venas*, Bogotá, Ocean Sur, 2007.
- LACALLE, D., *La clase obrera en España. Continuidades, transformaciones, cambios*, Barcelona, El Viejo Topo/Fundación de Investigaciones Marxistas, 2006.
- LENIN, V. I., *Obras completas*, t. VII (*Setiembre de 1903-diciembre de 1904*), Madrid, Akal, 1976.
- , *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Barcelona, De Barris, 1999.
- LENORE, V., *Indies, hipsters y gafapastas. Crónica de una dominación cultural*, Madrid, Capitán Swing, 2014.
- LEVITAS, M., *El marxismo y la sociología de la educación*, Madrid, Siglo XXI de España, 1977.
- LOJKINE, J., *La clase obrera, hoy*, México, Siglo XXI de México, 1988.
- MANDEL, E., *El capital. Cien años de controversias en torno a la obra de Karl Marx*, México, Siglo XXI de México, 2005.
- MARCUSE, H., *El hombre unidimensional*, Barcelona, Ariel, 2008.
- MARX, K., *Miseria de la filosofía* [1847], México, Siglo XXI de México, 1987.
- y ENGELS, F., *Manifiesto comunista* [1848], Madrid, Akal, 2004.
- MEIKSINS WOOD, E., *¿Una política sin clases? El post-marxismo y su legado*, Buenos Aires, RyR, 2013.
- MERTENS, P., *La clase obrera en la era de las multinacionales*, Oviedo, Asociación Cultural Jaime Lago, 2011.
- MONTERDE, J. E., *La imagen negada: representaciones de la clase trabajadora en el cine*, Valencia, Filmoteca de la Generalitat Valenciana, colección Textos, 1997.
- MORÁN, G., *El cura y los mandarines. Historia no oficial del Bosque de los Letrados*, Madrid, Akal, 2014.
- NAVARRO, V., *El subdesarrollo social de España*, Barcelona, Anagrama, Argumentos, 2006.
- PÉREZ ANDÚJAR, J., *Paseos con mi madre*, Barcelona, Tusquets, Andanzas, 2012.
- POULANTZAS, N., *Las clases sociales en el capitalismo actual*, México, Siglo XXI de México, 2005.

- RIFKIN, J., *El fin del trabajo*, Buenos Aires, Paidós, 1999.
- RODRÍGUEZ, S., *Sociedades americanas*, Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho, 1990.
- ROMANO, V., *La intoxicación lingüística. El uso perverso de la lengua*, Barcelona, El Viejo Topo, 2007.
- SÁNCHEZ BIOSCA, V., *Una cultura de la fragmentación. Pastiche, relato y cuerpo en el cine y la televisión*, Valencia, Filmoteca de la Generalitat Valenciana, colección Textos, 1995.
- SEVILLA ALONSO, C., *La fábrica del conocimiento. La Universidad-empresa en la producción flexible*, Barcelona, El Viejo Topo, 2010.
- SOTELO VALENCIA, A., *La reestructuración del mundo del trabajo. Superexplotación y nuevos paradigmas de la organización del trabajo*, México, Universidad Obrera de México/Escuela Nacional para Trabajadores/Era, 2003.
- , *Los rumbos del trabajo. Superexplotación y precariedad social en el siglo XXI*, México, UNAM/Porrúa, 2012.
- , *El precariado: ¿nueva clase social?*, México, UNAM/Porrúa/Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas, 2015.
- STANDING, G., *El precariado. Una nueva clase social*, Barcelona, Pasado y Presente, 2013.
- TOURAINÉ, A., *La imagen histórica de la sociedad de clases*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1973.
- WSCHEBOR, M., *Imperialismo y universidades en América Latina*, México, Editorial Diógenes, 1973.
- ZINN, H., *La otra historia de los Estados Unidos*, Hondarribia, Hiru, 1997.

#### ARTÍCULOS Y DOCUMENTOS DE TRABAJO

- «En el capitalismo sobra gente», Entrevista a Anwar Shaikh en *Iniciativa Socialista* 42 (diciembre de 1996) [<http://www.inisoc.org/Anwar.htm>].
- ADAMOVSKY, E. «“Clase media”: reflexiones sobre los (malos) usos académicos de una categoría», *Nueva Sociedad* 247 (septiembre-octubre de 2013), Buenos Aires, Fundación Friedrich Ebert, pp. 38-49.
- ALTVATER, E. y HUISKEN, F., «Sobre trabajo productivo e improductivo», *Crítica de la economía política* 8 (1978), México, El Caballito.

- ANTUNES, R., «Al final, ¿quién es la clase trabajadora hoy?», *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista* 36 (octubre de 2007), pp. 81-87.
- , «Século XXI: nova era da precarização estrutural do trabalho?», en R. Antunes y R. Braga (comp.), *Infoproletários: degradação real do trabalho virtual*, São Paulo, Boitempo, 2009, pp. 231-238.
- ARAGONÉS, V., *Precariedad laboral*, Barcelona, Col·lectiu Ronda, 2011.
- , «Unas notas sobre la reforma laboral en la República Bolivariana de Venezuela y la contrarreforma laboral en el Reino de España», *Mientras Tanto*, 30 de junio de 2013 [<http://www.mientrastanto.org/boletin-104/notas/unas-notas-sobre-la-reforma-laboral-en-la-republica-bolivariana-de-venezuela-y-la->].
- BROWN, J., «Sobre esencias, relaciones y luchas de clase», *Rebelión*, 22 de julio de 2013 [<http://www.rebellion.org>].
- CENTRO DE INVESTIGACIONES SOCIOLOGICAS, *Barómetro de Octubre. Distribuciones marginales. Estudio nº 3001*, Madrid, CIS, 2013 [[http://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Marginales/3000\\_3019/3001/Es3001.pdf](http://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Marginales/3000_3019/3001/Es3001.pdf)].
- CHOMSKY, N., «Acerca de la posmodernidad, Foucault, la French Theory y el postureo intelectual hostil a la ciencia y la Ilustración», *Sin Permiso*, 1 de septiembre de 2013 [<http://www.sinpermiso.info>].
- CROMPTON, R. y SCOTT, J., «Introduction: the state of class analysis», en R. Crompton et. al. (eds.), *Renewing class analysis*, Oxford, Blackwell, 2000.
- «Educational attainment: persistence or movement through the generations?», *Eurostat Newsrelease*, 188/2013, 11 de diciembre de 2013 [<http://ec.europa.eu/eurostat>].
- ENGUITA, M. F., «El problema del trabajo productivo», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 30 (1982), Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, pp. 93-148.
- FERNÁNDEZ, F. y CARRIÓN, J., «Universitats, fàbriques de persones proletàries precàries?», en *Observatori del Deute en la Globalització*, marzo de 2013 [<http://www.odg.cat>].
- GALCERÁN HUGUET, M., «Entre la academia y el mercado. Las Universidades en el contexto del capitalismo basado en el conocimiento», *Athenea Digital* 13 (1) (marzo de 2013), pp. 155-167 [<http://atheneadigital.net/article/view/1038-Galceran/674>].
- GIL DE SAN VICENTE, I., «Marxismo versus sociología. Las ciencias sociales



- como instrumento del imperialismo», *Rebelión*, 2011 [<http://www.rebelion.org>].
- GOLDTHORPE, J., «Sobre la clase de servicio, su formación y su futuro», en J. Carabaña y A. de Francisco (comp.), *Teorías contemporáneas de las clases sociales*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1993, pp. 229-263.
- GUERRERO, D., «Cuestiones polémicas en torno a la teoría marxista del trabajo productivo», *Política y Sociedad* 5 (1990), Madrid, Universidad Complutense, pp. 119-130.
- HOUT, M.; BROOKS, C. y MANZA, J., «The persistence of classes in post-industrial societies», en D. J. Lee y B. S. Turner, *Conflicts about Class. Debating Inequality in late Industrialism*, Essex, Longman, 1996, pp. 49-59.
- HUSSON, M., «La formación de una clase obrera mundial», *Marxismo Crítico* [<http://marxismocritico.com/2014/01/10/la-formacion-de-una-clase-obrera-mundial/>], consultado el 10 de enero de 2014.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA, *Encuesta de Población Activa* [[www.ine.es](http://www.ine.es)].
- , *Indicadores sociales 2011. Trabajo. Tablas nacionales*.
- , *España en cifras 2013*, Madrid, INE, 2013.
- , *España en cifras 2016*, Madrid, INE, 2016.
- MARINI, R. M., «Estado y crisis en Brasil», *Cuadernos políticos* 13 (julio-septiembre de 1977), México, Era, pp. 76-84.
- MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE, *Datos y cifras del sistema universitario español. Curso 2012-2013*, Madrid, Secretaría General Técnica, 2012.
- MINISTERIO DE EMPLEO Y SEGURIDAD SOCIAL, *Estadísticas* [<http://www.empleo.gob.es/es/estadisticas/index.htm>].
- NICHOLS CLARK, T. y LIPSET, S. M., «Are social classes dying?» en D. J. Lee y B. S. Turner, *Conflicts about Class. Debating Inequality in late Industrialism*, Essex, Longman, 1996, pp. 42-48.
- PAKULSKI, J., «The dying of class or of Marxist class theory?», en D. J. Lee y B. S. Turner (eds.), *Conflicts about Class. Debating Inequality in late Industrialism*, Essex, Longman, 1996, pp. 60-70.
- PARTIT DELS COMUNISTES DE CATALUNYA, «Nosaltres, la Classe Treballadora», *Dossiers de l'Avant* 1, 14 de abril de 2013.
- POST, C., «Explorando la conciencia de la clase trabajadora: una crítica a la

- teoría de la “aristocracia obrera”», *Razón y Revolución* 26 (2013), pp. 65-106 [<http://revistaryr.org.ar/index.php/RyR/article/view/126>].
- REVELLI, M., «El invisible pueblo de los nuevos pobres», blog de *En Campo Abierto* [<http://encampoabierto.wordpress.com/2013/12/20/el-invisible-pueblo-de-los-nuevos-pobres/>], consultado el 22 de diciembre de 2013.
- REVILLA, J. C. y TOVAR, F. J., «El control organizacional en el siglo XXI: en busca del trabajador autodisciplinado», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 135 (julio-septiembre de 2011), Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, pp. 47-68.
- SACRISTÁN, V., «El coste de estudiar en la universidad», *Sinpermiso*, 9 de septiembre de 2014 [<http://www.sinpermiso.info>].
- SACRISTÁN LUZÓN, M. «La universidad y la división del trabajo», 1976 [[http://www.upf.edu/materials/polietica/\\_pdf/launiversidadyladivisiondeltrabajo.pdf](http://www.upf.edu/materials/polietica/_pdf/launiversidadyladivisiondeltrabajo.pdf)] consultado el 24 de marzo de 2014.
- SAXE-FERNÁNDEZ, J., «Globalización e imperialismo», en J. Saxe-Fernández, *Globalización: crítica a un paradigma*, México, Instituto de Investigaciones Económicas/UNAM/Plaza y Janés, 1999, pp. 9-68.
- y NÚÑEZ RODRÍGUEZ, O., «Globalización e imperialismo: la transferencia de excedentes de América Latina», en J. Saxe-Fernández y J. Petras *et. al.*, *Globalización, imperialismo y clase social*, Buenos Aires/México, Lumen Humanitas, 2001, pp. 87-165.
- UNIO GENERAL DE TREBALLADORS DE CATALUNYA, *Treballar per ser pobre (sic)*, julio de 2014 [<http://www.ugt.cat/index.php/accindical-i-social-mainmenu-131/dades-estadistiques-atur-ipc/atur-epa-i-altres-dades-sobre-ocupacio/5116-mes-de-543-000-persones-ocupades-a-catalunya-estan-en-risc-de-pobresa>].
- TEZANOS, J. F., «Introducción», en J. F. Tezanos *et. al.*, *Las nuevas clases medias*, en *Cuadernos para el Diálogo*, Madrid, 1973, pp. 9-39.
- WILLIS, P., «Los soldados rasos de la modernidad. La dialéctica del consumo cultural y la escuela del siglo XXI», *Revista de la Asociación de Sociología de la Educación* 1, 3 (septiembre de 2008), Madrid, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid, pp. 43-66.

- «Barcelona multa más de 300 veces a un pensionista por enganchar carteles», *La Vanguardia*, edición digital, 29 de enero de 2014 [[www.lavanguardia.es](http://www.lavanguardia.es)].
- «Cayo Lara, increpado en un acto de los “indignados”», *Público*, 15 de junio de 2011 [[www.publico.es](http://www.publico.es)].
- «Cifuentes apuesta por “modular” la Ley de manifestación porque es “muy permisiva”», *El Mundo*, edición digital, 2 de octubre de 2012 [[www.elmundo.es](http://www.elmundo.es)].
- «Cuando emanciparse es imposible: el 77% de los menores de 30 años vive con sus padres», *elEconomista.es*, 30 de julio de 2014 [[www.eleconomista.es](http://www.eleconomista.es)].
- «Desmontando mitos: el 81% de los parados prefiere, a igual salario, un empleo que un subsidio», *elEconomista.es*, 12 de junio de 2016 [[www.eleconomista.es](http://www.eleconomista.es)].
- «El dueño de Mercadona, Juan Roig, ya es la segunda fortuna de España», *El Mundo*, edición digital, 30 de octubre de 2013 [[www.elmundo.es](http://www.elmundo.es)].
- «El juez del “caso Palau” ordena el embargo de 15 sedes de Convergència», *El País*, 29 de mayo de 2015 [[http://ccaa.elpais.com/ccaa/2015/05/29/catalunya/1432902866\\_094529.htm](http://ccaa.elpais.com/ccaa/2015/05/29/catalunya/1432902866_094529.htm)].
- «El PSOE pide exhumar los restos de Franco del Valle de los Caídos», *Europa Press*, 29 de octubre de 2013 [[www.europapress.es](http://www.europapress.es)].
- «Elecciones Venezuela 2013: Nicolás Maduro, de conductor de autobús a Presidente», *La información*, edición digital, 15 de abril de 2013 [[www.lainformacion.com](http://www.lainformacion.com)].
- «La prostitución periodística de Telecinco contra Cuba, desmontando la infamia», *Cubainformación*, 10 de agosto de 2011 [[www.cubainformacion.tv/index.php?option=com\\_content&task=view&id=6853&Itemid=86](http://www.cubainformacion.tv/index.php?option=com_content&task=view&id=6853&Itemid=86)].
- «Las tasas universitarias subirán un 20 por ciento de media y las de FP, más del doble», *Madridiario.es*, 17 de julio de 2013 [<http://madridiario.es/educacion/universidades/lucia-figar/subida-de-tesas/401680>].
- «Los vecinos de barrios ricos de Barcelona viven ocho años más que los del Raval», *El País*, edición digital, 8 de octubre de 2012 [[www.elpais.com](http://www.elpais.com)].
- «Mercadona pagará un sueldo mínimo de 1.260 euros al mes», *Cinco días*, edición digital, 24 de diciembre de 2013

[[http://cincodias.com/cincodias/2013/12/24/empresas/1387887014\\_067921.1](http://cincodias.com/cincodias/2013/12/24/empresas/1387887014_067921.1)].

«Panrico exige 5 millones a los huelguistas de Barcelona por daños y perjuicios», *Público*, 6 de febrero de 2014 [[www.publico.es](http://www.publico.es)].

«Piden diez años de cárcel para cinco sindicalistas por “coacciones” durante la huelga general de 2010», *Público*, 22 de abril de 2014 [[www.publico.es](http://www.publico.es)].

«Piden 3 años y seis meses de cárcel para dos sindicalistas por participar en un piquete», *Nuevatribuna.es*, 9 de septiembre de 2015 [[www.nuevatribuna.es](http://www.nuevatribuna.es)].

«Pujol: “El éxito de Catalunya es que hay chonis que son soberanistas”», *La Vanguardia*, 4 de abril de 2014 [<http://www.lavanguardia.com/politica/20140404/54405471758/pujol-exito-de-cataluna-es-que-hay-inmigrantes-o-chonis-que-son-soberanistas.html>].

«Rosell dice que “un millón de amas de casa se apunta al paro” para cobrar ayudas», *El País*, edición digital, 1 de julio de 2014 [[www.elpais.com](http://www.elpais.com)].

AGUIAR, R., «El 32% de los hogares mexicanos es de clase media, según un estudio», *CNN México*, 27 de julio de 2011 [<http://mexico.cnn.com/nacional/2011/07/27/el-32-de-los-hogares-mexicanos-es-de-clase-media-segun-un-estudio>].

BARNILS, A., «Antonio Baños: “Sense la mitjana burgesia no anem enlloc”», *Vilaweb*, 25 de junio de 2015 [[www.vilaweb.cat](http://www.vilaweb.cat)].

BORRAZ, M., «El Tribunal Supremo ratifica la sentencia que condena a Alfonso a cuatro años de cárcel», *eldiario.es*, 17 de junio de 2015 [[www.eldiario.es](http://www.eldiario.es)].

FERNÁNDEZ, A., «Ciutadans rescata los escritos racistas de Jordi Pujol para la campaña del 25-N», *El Confidencial*, 2 de noviembre de 2012 [[http://www.elconfidencial.com/espana/cataluna/2012-11-02/ciutadans-rescata-los-escritos-racistas-de-jordi-pujol-para-la-campana-del-25-n\\_215152/](http://www.elconfidencial.com/espana/cataluna/2012-11-02/ciutadans-rescata-los-escritos-racistas-de-jordi-pujol-para-la-campana-del-25-n_215152/)].

GARCÍA CAMPOS, J. M., «¿Qué barrios de Barcelona y su área metropolitana son las [sic] más independentistas?», *La Vanguardia*, 29 de septiembre de 2015 [<http://www.lavanguardia.com/vangdata/20150929/54437748951/partes-barcelona-area-metropolitana-independentistas.html>].

GARCÍA GALLO, B. «Uno de cada cuatro “sin techo” tiene estudios universitarios», *El País*, edición digital, 22 de febrero de 2013

[[www.elpais.com](http://www.elpais.com)].

GÓMEZ, M. V., «La duración del contrato en la industria cae a menos de dos meses», *El País*, edición digital, 12 de enero de 2016 [[www.elpais.com](http://www.elpais.com)].

GÓMEZ-JURADO, J., «Warren Buffett, el secreto del oráculo», *ABC*, edición digital, 5 de marzo de 2012 [[www.abc.es](http://www.abc.es)].

GONZÁLEZ, G., «Dos años de prisión para 23 trabajadores de El Prat por la invasión de pistas», *El Mundo*, edición digital, 30 de marzo de 2010 [[www.elmundo.es](http://www.elmundo.es)].

GONZÁLEZ NAVARRO, J., «Unas 180 empresas cierran cada día desde que empezó la crisis», *ABC*, edición digital, 28 de enero de 2013 [[www.abc.es](http://www.abc.es)].

GOZALO, S., «La crisis empuja a las familias de clase media a los comedores de beneficencia», *20 minutos*, edición digital, 22 de octubre de 2008 [[www.20minutos.es](http://www.20minutos.es)].

HERNÁNDEZ, E., «Universidad provinciana», *La Vanguardia*, Revista, domingo 19 de noviembre de 2006 [[http://data.inh.cat/files/files/la\\_vanguardia\\_191106b.pdf](http://data.inh.cat/files/files/la_vanguardia_191106b.pdf)].

IGLESIAS, P., «¿Una cuarta socialdemocracia?», *Público*, 8 de junio de 2016 [<http://blogs.publico.es/pablo-iglesias/1058/una-cuarta-socialdemocracia/>].

LUB, C., «Crónica de la Revuelta de las Escaleras de las contratas de Telefónica-Movistar», *La Izquierda Diario*, 19 de enero de 2016 [[www.izquierdadiario.com](http://www.izquierdadiario.com)].

MAESTRE, A., «Franquismo S.A.», *La Marea*, 20 de noviembre de 2014 [[www.lamarea.com](http://www.lamarea.com)].

MARTÍN, J. M., «GRÁFICO: Cuando trabajar no evita la pobreza», *eldiario.es*, 24 de enero de 2014 [[www.eldiario.es](http://www.eldiario.es)].

MARTÍNEZ, C., «Ejemplos de manipulación informativa sobre el Tíbet», *Rebelión*, 2 de abril de 2008 [[www.rebelion.org](http://www.rebelion.org)].

MIRANDA, J. C., «Un trabajador con salario mínimo genera el valor de su sueldo en solo 9 minutos», *La Jornada*, edición digital, 7 de mayo de 2012 [[www.jornada.unam.mx](http://www.jornada.unam.mx)].

MUÑOZ, M., «Fran Molero, militante del SAT condenado a cinco años de cárcel: “El juicio ha sido una farsa”», *Cuarto Poder*, 24 de noviembre de 2011 [[www.cuartopoder.es](http://www.cuartopoder.es)].

NAVARRO, V., «Por favor, no insulten a la clase trabajadora», *Público*, 26 de diciembre de 2013 [<http://blogs.publico.es/dominiopublico/8544/por-favor-no-insulten-a-la-clase-trabajadora/>].

- ORTIZ, A. M., «El hijo de la casta que guía a Pablo Iglesias en Nueva York», *El Mundo*, edición digital, 22 de febrero de 2015 [[www.elmundo.es](http://www.elmundo.es)].
- PRIETO, C., «El lado oscuro de “Felicilandia”», *Público*, 17 de abril de 2011 [[www.publico.es](http://www.publico.es)].
- PUENTE, A., «Junts Pel Sí y el PP evitan retirar las subvenciones a colegios que segregan por sexos», *eldiario.es*, 16 de marzo de 2016 [[www.eldiario.es](http://www.eldiario.es)].
- PUJOL, J., «La inmigración, problema y esperanza de Catalunya/1», *El País*, 25 de marzo de 1977 [[http://elpais.com/diario/1977/03/25/espana/228092428\\_850215.html](http://elpais.com/diario/1977/03/25/espana/228092428_850215.html)].
- , «La inmigración, problema y esperanza de Catalunya/2», *El País*, 26 de marzo de 1977 [[http://elpais.com/diario/1977/03/26/espana/228178801\\_850215.html](http://elpais.com/diario/1977/03/26/espana/228178801_850215.html)].
- REQUENA AGUILAR, A., «Cinco años y tres meses de cárcel para dos sindicalistas de ArcelorMittal por un piquete», *eldiario.es*, 17 de diciembre de 2014 [[www.eldiario.es](http://www.eldiario.es)].
- SALVADOR, I., «3 euros la hora y a correr», *Cadena Ser*, 17 de enero de 2016 [[www.cadenaser.com](http://www.cadenaser.com)].
- SUEIRO, M., «Carolina Bescansa, la “oveja negra” de una dinastía gallega», *ABC*, edición digital, 21 de marzo de 2015 [[www.abc.es](http://www.abc.es)].
- TERRÚS, A., «Un nuevo líder de izquierdas debe apostar por ropa ecoética o todo su mensaje se caerá por tierra», *Público*, 14 de diciembre de 2013 [[www.publico.es](http://www.publico.es)].
- VALLESPÍN, J., «Recortes a cuerpo de rey», *El País*, edición digital, Catalunya, 28 de febrero de 2012 [[www.elpais.com](http://www.elpais.com)].
- VIANA, I., «La huelga obrera que desafió a Franco durante seis meses», *ABC*, edición digital, 13 de septiembre de 2013 [[www.abc.es](http://www.abc.es)].

#### ENLACES EN *YOUTUBE*

- «Carga policial contra estudiantes – Police clash with students once more as Valencia protests swell», en *YouTube* [<https://www.youtube.com/watch?v=YLKU2KA38vY>], consultado el 18 de mayo de 2016.
- «Carmen Lomana, la crisis y los pobres», en *YouTube* [<https://www.youtube.com/watch?v=7ITc8vRT1LU>], consultado el 18 de



mayo de 2016.

«Diego Cañamero pone en pie el acto central de la CUP», en *YouTube* [[http://www.youtube.com/watch?v=\\_CzaOjweYMU](http://www.youtube.com/watch?v=_CzaOjweYMU)], consultado el 16 de junio de 2013.

«Micromachismos: están ahí, aunque a veces no queramos verlos», en *YouTube* [[https://www.youtube.com/watch?v=Co\\_z\\_GbjbHY](https://www.youtube.com/watch?v=Co_z_GbjbHY)], consultado el 10 de junio de 2016.

«Primavera valenciana - Represión policial - La Sexta Noticias.mpg», en *YouTube* [<https://www.youtube.com/watch?v=jLq6lNdY09o>], consultado el 18 de mayo de 2016.

#### OTROS ENLACES EN LA WEB

[https://15mpedia.org/wiki/Chelo\\_Baud%C3%ADn](https://15mpedia.org/wiki/Chelo_Baud%C3%ADn)

<http://inditex-grupo.blogspot.com>

<http://www.cuatro.com/hermano-mayor/>

<http://www.sindominio.net/ash/miseria.htm>

<http://www.televisi3ndigital.gob.es/TDT/Paginas/que-es-tdt.aspx>

## Akal Pensamiento crítico

PINCHE  
AQUÍ

*"Una colección que  
radiografía la crisis de  
hegemonía neoliberal"*

